This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

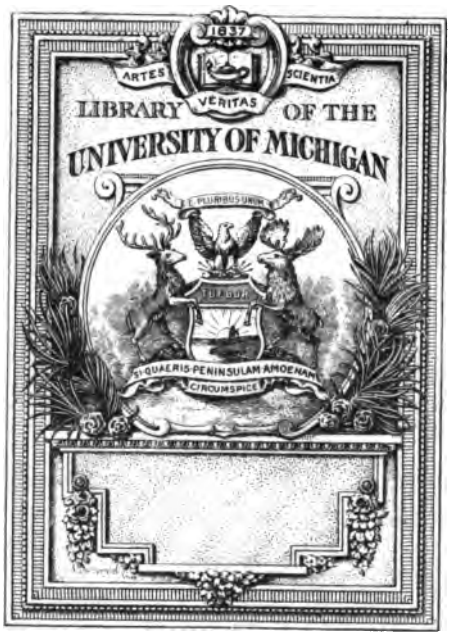
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

A 993,538


1837
ARTES
VERITAS
SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
E PLURIBUS UNUM
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE

860.8
C69
v. 23

3.10.3.4.

1837
ARTES
VERITAS
SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
E PLURIBUS UNUM
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE

860.8
C69
v.23

3.10.3.4.

COLECCION DE AUTORES ESPAÑOLES.

TOMO XXIII.

-7285-

LA FARISEA

LAS DOS GRACIAS

Y

OTRAS NOVELAS ESCOGIDAS

DE

FERNAN CABALLERO.

LEIPZIG:

F. A. BROCKHAUS.

1881.

01/-14-18E117

INDICE.

	Pág.
La Farisea	1
Las dos gracias ó la expiacion	49
Deudas pagadas	137
Dicha y suerte	175
Promesa de un soldado a la virgen del carmen	213
El Eddistone	229
Una excursion a Waterloo	239
Aquisgran	251
Episodio de un viaje a Carmona	261
El vendedor de tagarninas	267
Una madre	275
Un naufragio	287
Una visita al convento de Santa Inés de Sevilla	297
La Catedral de Sevilla en una tarde de carnaval	309

LA FARISEA.

A MI AMIGO

EL EXCMO. SEÑOR DON ANTONIO CABANILLES.

Para demostrar con un obsequio su amistad, su aprecio y su gratitud, el que tiene jardin, ofrece un ramo de las mas bellas flores que en él se crian; el que tiene verjel, brinda los mejores frutos que en él maduran. Yo no poseo este recurso; y para lograr el placer de ofrecer á V. una expresion en testimonio de aquellos sentimientos, no tengo sino esta novelita, sencilla flor de mi corazon, pobre fruto de mi entendimiento, que le suplico reciba teniendo presente este lindo pensamiento que tan bien expresa una frase popular:

Quien esto dá, os diera
Cosa mejor si la tuviera.

FERNAN CABALLERO.

CAPITULO I.

Paseaban por el campo que une al continente de la Isla la ciudad de Puerto Rico, el brigadier D. Augustin Campos, coronel de un regimiento recientemente llegado de la madre patria, y un jóven teniente, su ayudante. El entusiasta cariño que este jóven demostraba á su anciano jefe, habia sido y era el tema de burlas y censuras poco benévolas entre sus compañeros; los que no pudiendo comprender que un jóven de brillantes prendas, formado para agradar y sobresalir en cualquier reunion, prefiriese á todas ellas la sociedad de un austero anciano, atribuian esta preferencia, el uno á baja adulacion, el otro á orgulloso desden, otros en fin á extravagancia; en vista de que no hay intolerancia mas acerba que la de la medianía hácia la superioridad. Pero todos estos desahogos de la malignidad se ceñian á sonrisas burlonas, á indirectas y chistes embozados: tal era el respeto que la conducta digna, cortés é intachable del jóven teniente habia sabido inspirarles.

— Todas las galas de la naturaleza se aglomeran en esta isla para hacer de ella un Edén, decia el referido teniente Luciano Encina al brigadier. Como raudales de líquida plata de una cueva de esmeraldas, salen sus límpidos rios por entre esos árboles gigantes que están siempre verdes y llenos de sávia como la lozana juventud; serpentean entre prados que nunca se ven secos ni exhaustos, como los corazones ricos de amor; se deslizan entre las cañas, que son dulces y flexibles, como unidas lo son la condescendencia y la bondad; y cual claros espejos reproducen, embelleciéndolos, los objetos que á su paso encuentran. Los bejucos que

todo lo unen, enredan y alegran con la inimitable gracia de los niños, enriquecen aun esta poderosa y frondosa vegetacion, sobre la que descuellan las altas palmeras, buscando espacio para abrir sus brazos al cielo.

— Luciano, hijo mio, repuso el brigadier, á veces me quiere parecer que te han dado una enseñanza por demás literaria para la carrera que sigues, á la que basta un código, el del honor; y un manual, la ordenanza. Esta enseñanza ha hecho de tí un poeta, y si la poesía se sobrepone á la realidad, todo lo desbarajusta. Mas valiera que en lugar de entusiasmarte con la naturaleza, te afligieses por el mal efecto que causa el clima de esta isla á nuestra tropa. ¿Cuántas bajas tiene el regimiento?

— ¡Ciento cuatro, mi brigadier! contestó el teniente. No creais que porque mi corazon se impresione por lo que es poético, desatienda mi mente lo que por obligacion debe ocuparla. Creer á la poesía incompatible con la vida práctica, es una preocupacion de cerebros estrechos, indigna de vuestro imparcial y elevado juicio, señor.

— ¿Qué quieres, Luciano? repuso el brigadier; no es este mi sentir hijo de una prevencion hostil; es la consecuencia de mi vida de accion. Sabes que desde soldado que fuí en la guerra de la Independencia, he subido por grados, y sin nunca descansar, la escala que me ha traido al puesto en que me ves, y que considero inmerecido.

— No sé, exclamó el teniente, lo que sea mas de admirar; si el que la fortuna, sin ser solicitada, premie el mérito callado y modesto, ó el que considereis inmerecidos sus justos premios.

El brigadier calló un rato, como fluctuando entre su habitual y digna reserva y la honrada sinceridad que era la base de su carácter; pero venciendo esta última á la primera, dijo á su jóven interlocutor:

— Repugna á mi delicadeza dejarte en lo que es en parte un error; á tí, Luciano, que aun siendo tanto mas jóven que yo, miro como á mi mejor amigo, ó mas bien como á hijo. He tenido un generoso protector, Luciano, el que miéntras vivió, y notoriamente cuando fué ministro, no dejó de alar-

garme nunca su protectora mano y de darme pruebas de aprecio, siendo la última el haberme encargado en su lecho de muerte á su hijo. Este protector, Luciano, fué tu padre; conoce, pues, la verdad contenida en uno de esos refranes, frutos sazonados de la experiencia: *No hay hombre sin hombre.*

— Cierto es, señor, que no hay hombre sin hombre, contestó Luciano; es esta una verdad que cada dia confirman los hechos, como una gran leccion de Dios, que así nos enseña la fraternidad cristiana. Yo os referiré otro suceso que confirma y prueba igualmente esta verdad; atendedme. Un jóven tan noble como bondadoso, tan bizarro como tierno, habia entrado á servir en un regimiento, en el que á poco fué querido de todos, pero en particular de su asistente, que era el mejor, el mas honrado y mas aventajado soldado del regimiento. Vivia aquel unido con otro alférez, su íntimo amigo y su pariente.

Aun no se habian hallado estos primos en ninguna accion, y ambos animados y llenos de aquel santo patriotismo que defiende su fe, su Rey, su país, su hogar y la independencia nacional, aguardaban con impaciencia esta ocasion de gloria.

El gran dia, por el que con tanta impaciencia y entusiasmo anhelaban, era llegado. Batíanse ya las primeras filas, cuando recibió su compañia la órden de avanzar: así se ejecutó. El asistente, que no perdia de vista á su alférez, notó con zozobra la lívida palidez de su rostro, que denotaba una profunda emocion, y lo extraviado de su mirada que indicaba el trastorno de su mente; no obstante, seguia avanzando; pero al llegar al punto de la refriega, lo ve pararse, estremecerse; — á sus piés yacia en una laguna de sangre, desencajado el rostro por una dolorosa agonía, el cadáver de su primo! — La compañía seguia avanzando, y aquel jóven permaneció inmóvil y petrificado ante el cadáver que á sus piés tenia.

El brigadier se habia parado, y seguia con ávido y creciente interés el relato de su ayudante, fijos en él sus asombrados ojos.

— Ya en la confusion de la refriega, prosiguió el narra-

dor, volvió el fiel asistente con imponderable angustia la vista. Su alférez ya no estaba allí, pero tampoco se hallaba entre los combatientes; el corazon del hombre leal y valiente se oprimió. — ¡Se pierde! pensó con dolor; trastornado su ánimo juvenil y aun tierno por la pena y por el horror, una impresion del momento, un vértigo, se ha apoderado de él y ha subyugado su grande y noble corazon. — No léjos de allí habia unas ruinas; el generoso asistente, guiado por el instinto de su corazon, corre hácia ellas; allí encuentra al que busca, llorando sobre el cadáver de su compañero. — *¡Allí se baten!* — le grita sacudiéndole por el brazo que le habia agarrado como para despertarle de un letargo. El alférez despierta, se sacude, alza su caida cabeza, empuña la espada, corre como ebrio á lo mas encarnizado de la pelea; se porta como un Cid, gana aquel dia una cruz de honor; y llega con los años á ser uno de los jefes mas bizarros y entendidos del ejército. Aquel jóven, que el horror paralizó por un momento, era mi padre. Aquel leal amigo que por un brazo le sacó del precipicio en que iban á hundirse su vida y su honor... ¡érais vos! — Ya veis, señor, añadió el jóven, por cuyas mejillas corrian abundantes lágrimas, echándose en los brazos del brigadier, ya veis cuán cierto es que *no hay hombre sin hombre!*

— ¡Y tu padre te ha contado esto, que solo él y yo sabíamos! dijo el brigadier con voz trémula por la fuerza de su emocion; oh, qué imperdonable imprudencia!...

— Decid mas bien ¡qué gran leccion dió á su hijo, repuso Luciano, enseñándole á desconfiar de sí propio, á menospreciar la arrogancia y á dar hereditario culto á la gratitud!

CAPITULO II.

D. Claudio Fajardo pasaba por uno de los propietarios mas ricos de aquella colonia. Era viudo y tenia tres hijos.

La mayor, que se llamaba Bibiana, habia pasado de los treinta años sin haber amado á nadie, ni haber tenido pre-

tendiente alguno para su mano. Lo primero consistia en tener Bibiana uno de esos egoismos, que tan comunes se van haciendo, y que enfrian á la criatura para todo amor que no sea el de sí mismo: es esto sin duda un antídoto eficaz para las pasiones del corazon. ¡Lástima grande que el remedio sea peor que el mal! por la sencilla razon de que los daños del egoismo no tienen cura. Lo segundo, esto es, permanecer soltera, consistia en que ninguno de los pretendientes que se habian presentado habia satisfecho su altivo orgullo, que era el digno compañero que con el egoismo formaba todo el ser moral de la hija mayor del señor de Fajardo. Fuese por indiferencia, dejadez ó desden, Bibiana rara vez se alteraba, y no sabia interesarse en nada ni por nadie. Las personas frias, ó aquellas que guardan todo el calor que tienen para sus intereses individuales, suelen adquirir la fama de prudentes, reservadas y sensatas, formándose esta opinion sobre los efectos, y no sobre la causa que los produce. Así sucedia que Bibiana pasaba en su casa y fuera de ella por una mujer de madurez anticipada, de excelente carácter, de buenos sentimientos y de intachable conducta: ella admitia este incienso como merecido, y es dable que lo creyese así. ¿Quién se conoce? — Nadie. El amor propio pinta á gran parte de las criaturas lo negro blanco, como la cal de Moron.

Bibiana no era bonita: su tez era biliosa y no tenia frescura; sus marcadas facciones tenian algo de fuerte y de varonil poco ameno; en sus ojos negros habia algo, no de altivo, sino de seco y descortés que repelia, y desde luego se notaba que aquella mujer no estaba satisfecha, no iluminando nunca su impasible rostro ni un rayo de satisfaccion, ni un reflejo de contento interior, ni un destello de simpatía. Ella, que conocia su falta de belleza, no se curaba de su rostro, contentándose con alisar su cabello, y desdeñando todo peinado ó tocado de cabeza. En cambio cuidaba con esmero de su talle, y siendo alta y bien formada, tomaba aires y porte de princesa con admirable propiedad.

El segundo de los hijos de D. Claudio, que se llamaba como su padre, era un inculto *gibaro* (así denominan allí á

los campesinos), que pasaba su vida, ó á caballo, ó tendido en una hamaca, fumando y bebiendo café, ya en sus ingenios, ya en sus cafetales.

La tercera, que se llamaba Feliciana, era una niña bastante bonita, sin vicios ni virtudes, criada *á su amor*, y sin mas ideas que aquellas que unas á otras se trasmiten las vacías cabezas de las niñas desocupadas y sin educacion, sobre modas, sobre flores, sobre novios, y sobre chismes. ¡Qué no resultaria de semejantes entes superficiales, si no tuviesen las niñas de esta especie, que son muchas, dos grandes maestros en la vida, que son el amor de esposa y el amor de madre! Así vemos que niñas insufribles para todos los que no sean *pollos*, se hacen amantes y ejemplares madres de familia, las cuales dicen de corazon y enseñan á sus hijos la santa palabra de Dios que ántes repetian como papagayos. Abolid, abolid la familia, vosotros que osais apellidaros regeneradores, que con ella desaparecerán las virtudes religiosas, morales y sociales de que son la fuente, y que tan noblemente se oponen á vuestro desenfreno.

Pocos dias despues de la conversacion que hemos referido en el anterior capítulo, tenia lugar esta otra entre las dos hermanas, que acabará de darlas á conocer:

— ¿Con que, dijo la hermana mayor á la menor, decididamente has autorizado á Villareza para que te pida?

Villareza era un capitan del regimiento que mandaba el brigadier, y paisano suyo, y era novio de la interpelada.

— Sin hacerme de rogar sino lo necesario para dar valor á mi consentimiento, contestó esta: así pues, aunque no tenga el tuyo, puede darse mi casamiento por hecho.

— O nó, opinó Bibiana.

— ¿Que nó?... ¿Y porqué?

— Porque puede que el *sí* del padre no sea tan fácil de onseguir como lo ha sido el de la hija.

— Pues ¿qué es lo que puede oponer padre á Villareza, que es español, que es tan bueno, y á quien su mismo jefe celebra tanto? ¿Sobre qué fundaria su negativa?

— Sobre que no es más que un *alférez poca-ropa*, un triste capitan.

— ¿Y seria alegre por ser coronel? preguntó con impaciencia Feliciana.

— Su boda, al ménos, no seria una triste boda.

— Las bodas de los que bien se quieren, nunca son tristes, repuso Feliciana.

— Te aconsejo por tu bien y por el lustre de la familia, que no te cases, dijo en tono grave Bibiana. Cumplo con mi deber de hermana mayor aconsejándote que no insistas con poco seso en hacer un disparate.

— ¿Para que me suceda lo que á tí, que te has quedado para vestir santos?

— Prefiero vestir santos en mi esfera, á no descender de ella, repuso Bibiana: además, me parece que tú te apresuras mas de lo que lo hace el tiempo en colocarme entre las solteras incasables.

— ¡Con treinta y cinco años acuestas! exclamo la niña.

— Tengo treinta, repuso Bibiana; no tengo la mezquina vanidad de negar mi edad, como la tendrás tú en breve.

— Pues aparentas más, respondió Feliciana; será á causa de tanto estar soltera é impaciente de que no llegue un infante de España á sacarte del infeliz estado. Por mí estoy en que así que te mires esa cana sobre la sien, te arrepientes ya de no haberte casado con el cirujano mayor que estaba muy enamorado de tu dote. ¡Ojalá hubiese cargado con ambos, contigo y con el dote!

— De otra suerte hablabas, repuso Bibiana sin alterarse, en los momentos en que me necesitabas á tu cabecera, cuando estuviste tan mala; lo has olvidado, segun parece.

— No he olvidado que cuando agradecida te quise abrazar, pensando que iba á morir, me rechazaste por temor de que te pegase el mal.

— No era necesario abrazarte para cumplir con mis deberes de hermana.

— ¡Deberes! ¡Deberes! Yo no agradezco nada de lo que se hace por *deber*.

— Y yo nada hago para que me lo agradezcan.

— Y lo logras.

— Pues si no agradeciste mis cuidados, ménos agrade-

cerás mis consejos, y me excuso de darlos, dijo Bibiana levantándose erguida y encaminándose hácia la puerta.

— Eso se llama un *porte de Reina*... dijo Feliciana, y añadió riéndose: ¡Reina sin vasallos! ¡Qué dolor! ¡Toda esa majestad en vano!

En aquel momento entró un negro y anunció al brigadier coronel del regimiento recien llegado.

— ¿El viejo? exclamó Feliciana: por fin viene á esta casa que se le ofreció desde su llegada. Mira, Bibiana, ese Matusalen es un jefe, y por lo tanto, digno de tratar contigo de igual á igual. Vé de conquistar ese torreon, y serás coronela y brigadiera; te podrás poner galones en una manga y entorchados en la otra. Por lo que á mí hace, que voy á ser subalterna, me alejo respetuosamente de este estado mayor.

Diciendo esto, desapareció.

CAPITULO III.

Tres meses despues de esta primera visita en casa de Don Claudio Fajardo, se hallaba el brigadier con Luciano en su despacho. El primero estaba preocupado; el segundo estaba triste.

Despues de un rato de silencio, dijo el primero con algun embarazo al segundo:

— ¿Qué te parece Bibiana Fajardo, Luciano?

— No me gusta, señor, contestó éste sin titubear, como si hubiese estado preparado á la pregunta.

— ¿Y porqué? preguntó el brigadier.

— Por instinto, señor, contestó el interrogado.

— Atrevido es fijar nuestros juicios sobre semejante base, repuso el brigadier.

— No lo creais, señor. El instinto es la vista del alma, la inspiracion del corazon.

— No se juzga á una persona por inspiraciones, Luciano, sino por hechos y por realidades.

— Tampoco, señor, se clasifica á una mujer como á un quinto.

— Convenido, hijo mio. Entro ambas apreciaciones hay un medio término, que es el que te debe servir para asentar tu opinion sensatamente. Bibiana Fajardo es una señorita de juicio: ¿no es verdad?

— Es la fama que tiene, y cierta será, si es favorable.

— Tiene talento, prudencia y compostura.

— Todo el mundo le reconoce esas ventajas.

— Es buena hija.

— ¿En qué lo ha demostrado?

— Su padre lo pregona.

— En ese caso, cierto será, repuso con una media sonrisa Luciano.

— Es amable, prosiguió el brigadier.

— Puede que con vos lo sea.

— ¿Y porqué no seria amable con otros, y sí conmigo, que soy un hombre de edad, y que no soy ni petimetre ni galante?

— ¡O, vos sois brigadier!

— Excelente recomendacion para una muchacha, dijo riéndose el brigadier.

— La mejor para la que quiera ser brigadiera, repuso el ayudante.

— Luciano, dijo el brigadier, formula de una vez y claramente los motivos que te inducen á tener esa prevencion contra una persona que no puedes dejar de conocer que me interesa.

— En ese caso debo callar.

— De ningun modo, cuando como prueba de amistad exijo de tí que no lo hagas.

— En ese caso, señor, os diré que esa mujer nunca me agradó; y ahora que he visto todos los hilos puestos en juego para haceros caer en el lazo, añado que me es antipática.

— ¡Ella poner en juego hilos para formar un lazo!... Luciano, ¡qué poco conoces la nobleza y dignidad del carácter de Bibiana!

— Si la araña urde su tela, es porque no tiene hilandera

que la teja por ella; no es este el caso de la señorita de Fajardo, que tiene amigos que saben prevenir sus deseos, y mas si les tiene cuenta. Tales son el cirujano mayor, que en un tiempo pretendió con poca fortuna la mano de Bibiana, y piensa ofrecer la de su hija á D. Claudio cuando casadas las suyas le pese la soledad; y el compañero de negocios del padre, que desea alejar á la hija, que es un perspicaz vigilante de sus intereses.

— Aunque esto fuese, nada probaria en disfavor de Bibiana.

— Lo que no le hace favor es no tener bajo su estrecho y emballenado corpiño un corazon que sienta y lata, y que en su lugar solo haya un absorbente egoismo, exclamó el ayudante.

— Creo lo que dices un juicio aventurado, Luciano, repuso el brigadier; pero caso que fuese cierto, nadie, y yo menos que nadie, puede aspirar á hallar una mujer perfecta; y puesto que todas han de tener alguna falta, ¿crees tú que la del egoismo sea una de las capitales? ¿Piensas que pueda sobrepujar en la balanza sobre otras mil buenas prendas esenciales? ¿Abrigas la persuasion de que no se pueda vivir feliz con una persona egoista, aunque posea mil otras virtudes?

— Creo que nadie, y menos que nadie vos, respondió Luciano, puede hallar la felicidad unido á una persona orgullosa y egoista. ¿Qué liga pueden hacer lo que atrae y lo que repele?... ¿Un corazon abierto como una iglesia, y otro cerrado como una cárcel? El egoismo es un mal crónico que no sale á la cara, pero que no tiene cura y crece siempre. El egoismo es la caja de Pandora, señor; son innumerables los males que de él proceden; y á su lado, bajo su estéril sombra, no puede florecer ninguna noble y generosa virtud.

— ¡Cómo te exaltas, Luciano! dijo con bondadosa sonrisa el brigadier. Casi me hace sospechar tu inconcebible encono si habrá en todo esto, sin tú mismo conocerlo, algun despecho amoroso, algun despecho de jóven al ver á una muchacha inclinarse á un anciano.

— Señor, repuso sentido Luciano, tengo veinticuatro años; desde que salí del colegio estoy por disposicion de mi difunto padre á vuestro lado; ¿dónde, pues, habria aprendido la falsía que se necesita para hablar mal de aquello de que bien se piensa?

. . . . . .

. . . . . .

Poco tiempo despues, era Bibiana la señora brigadiera Campos.

El cariño y los cuidados que tenia con su anciano marido, eran tanto mas naturales y desembarazados, cuanto que eran sinceros, y que Bibiana se gloriaba de ellos.

Triunfaba del público, de sus hermanos y de sus compañeras, que habian predicho que el brigadier no se casaria; y triunfaba, sobre todo, de Luciano, cuya enérgica oposicion al casamiento del brigadier no le habia quedado oculta. Sabia que el ayudante, cuya adhesion á su jefe le era bien conocida, no la habia creido capaz de apreciarle en lo que valia, ni de amarle como le merecia, y hallaba un vanaglorioso placer en probar lo contrario. Nunca nombraba á su marido sin anteponer la tierna pero poco usada calificacion de *mi*; para *su* Campos todos los elogios eran escasos; para *su* Campos todos los mimos y cuidados eran pocos. Sus mas pequeños gustos eran estudiados y satisfechos por Bibiana, que era rica, con el mayor esmero, y sin reparar en gastos; á tal punto, que hubiera sido empachoso este perseverante sistema, á no haber recaido en un hombre tan bondadoso, á quien difícilmente habia incomodado nunca la hostilidad, y al que por lo tanto nunca podia incomodar lo que dimanase de afecto.

Habíase establecido una extraña rivalidad de querer entre la mujer y el amigo del brigadier, los que no podian disimular su mutua antipatía. Bibiana sabia que tenia en Luciano un competidor en el afecto y aprecio de su marido. No podia disimularse á sí misma la nobleza, la altura y superioridad del cariño de Luciano, tanto mas profundo y desinteresado cuanto que el ayudante pertenecia á una gran familia, y tenia parientes en la corte, harto mas propios á poderlo proteger

en su carrera que no aquel hombre modesto y sin conexiones, de influencia nula, y que nunca habia sabido pedir ni para sí.

Luciano, por su lado, llegaba á veces á reprocharse el instinto que le llevaba á mirar con hastío y á graduar de moneda de poco valor intrínseco, aquellas ostensibles y recalcadas demostraciones de cariño con que Bibiana abrumaba á su marido; pero los esfuerzos de su razon no alcanzaban á vencer los instintos de su sentir, ni lograba que la franqueza de su carácter los disimulase.

Bibiana, que habia adquirido, sin que lo pareciese, un gran ascendiente sobre su marido, intentó en vano alejar á Luciano, ó al ménos impedir que fuese su comensal. Su marido, que á todos sus deseos cedia por bondad y por cariño, en cosas que se rozasen con su honra, su lealtad ó sus sentimientos, era inamovible como lo son las rocas, contra las que en vano se estrellarian todas las olas que pudiese levantar el mar.

CAPITULO IV.

En lo que sí pudo influir Bibiana fué en la determinacion que tomó el Brigadier de hacer lo que nunca habia hecho ántes; escribir al ministro, que era un antiguo subalterno suyo, pidiendo su relevo y traslacion á la Península. Era este el vehemente deseo de su mujer, así como el hacer escala en Paris. Por lo cual, algunos años despues hallamos á Bibiana, á la sazon generala Campos, mas feliz, mas sobre sí y mas orgullosa que nunca, en una tertulia de la corte, sentada en un sofá, siendo objeto de las atenciones de la señora de la casa, de los obsequios de algunos militares de graduacion que hácia años conocian y apreciaban á su marido, y de la curiosidad de todos.

Bibiana, recien llegada de Paris, traia su cabello con la misma poco graciosa sencillez de siempre; vestia un traje alto de raso negro, estrictamente ceñido á sus buenas formas,

con un rico cuello de encaje de Malinas; una gruesa cadena de oro caia sobre sus hombros y venia á sujetar un reloj en su cintura. No hablaba sino con personas escogidas, y tenia el arte de no mirar á nadie sino á las personas que conceptuaba dignas de esa merced, sin afectar por eso tener la vista distraida, ni fija en algun objeto indiferente.

Bibiana, que habia visto desde su llegada el afecto y el respeto con que era tratado su marido, aumentado á la sazon por la notoriedad de sus relaciones de amistad con el ministro; Bibiana, que conocia igualmente que las deferentes atenciones que ella misma recibia eran debidas á ser la mujer del agasajado, se deshacia en ternura, y realzaba los elogios de su marido prodigando hasta la saciedad el indefectible *mi:* lo que las señoras hallaban muy tierno, pero de muy mal gusto.

Cuando entró en la tertulia el general acompañado de varios amigos, aunque al punto que entró fijó en su mujer sonriendo su benévola y cariñosa mirada, ella desde luego conoció que venia contrariado.

— ¿Qué trae mi Campos? preguntó á uno de los antiguos compañeros de su marido que se habia acercado á saludarla.

— Sus cosas, sus cosas, contestó el interrogado: el Ministro le quiere dar la Capitanía general de Madrid.

— ¿Y bien? exclamó Bibiana, en cuyo poco expresivo semblante brilló como un fuego fatuo una ráfaga de ansioso orgullo.

— ¡Y bien! no quiere admitir el cargo, contestó el amigo.

Las gruesas cejas de Bibiana se contrajeron con indecible desasosegado coraje: pero reprimiéndose instantáneamente, dijo con la mayor moderacion:

— Sus razones tendrá; nunca hace cosa mi Campos que no sea inspirada por las mas loables y honrosas causas.

Como muchas mujeres, comprendia Bibiana por instinto arcanos de fisiología y ardides diplomáticos que, expresados por Maquiavelo y por La Rochefoucauld, han dado tanto renombre á sus poco simpáticos autores. Comprendia por

tanto que un pedestal, sea el que sea, alza á la persona colocada en él.

— Loable y honrosa es la modestia, pero si se exagera, llega á propia desconfianza y degenera, repuso el amigo. Señora, las virtudes exageradas pueden volverse defectos.

— Nunca he visto las de mi Campos llevadas hasta ese extremo, dijo Bibiana. ¿Y en qué se funda para negarse á admitir el honroso puesto que se le ofrece?

— En que ni el cargo es para él, ni él para el cargo: ¿lo concebís?

— El que así sea, no; pero que así lo piense él, sí, respondió Bibiana.

— En lugar de admitir, prosiguió el amigo, pide uno de los mandos que se van á dar en la division que se está organizando para ir á sofocar la rebelion de Cataluña; os debeis oponer á esto, señora, pues si se lo diesen, os tendríais que separar del marido que tanto amais.

—¡Yo! ... ¡yo separarme de mi Campos! exclamó Bibiana con aquella tranquila sonrisa con que se afirma una cosa que no admite duda; no señor. Nunca lo he hecho desde que tengo la suerte de ser su mujer, y siempre le seguiré á todas partes; pero donde pueda necesitar de mis cuidados, con mas motivo, aunque fuese vestida de vivandera.

— Sois el modelo de las buenas esposas, señora, dijo el amigo.

— No señor; él sí es el modelo de los esposos, como lo es de todo lo bueno. Para poder afirmar esto con la conviccion con que lo afirmo yo, es necesario conocerle á fondo, vivir á su lado y en su intimidad, como mi buena suerte me lo ha proporcionado: solo así se puede apreciar en lo que vale ese mérito que oculta su modestia como las blancas nubes el esplendor del sol; esa honradez y buena fe quijotesca, si quijotesco es llevar las virtudes á su apogeo; esa caridad que no se contenta con socorrer con las manos, si el corazon no consagra con lágrimas el socorro; ese apego á las personas que le rodean, que toma todas las formas, la de protector, la de amigo, la de padre, y señaladamente la de esposo, en que la reune todas; de manera que si el pro-

fundo cariño que le tengo no fuese de esposa, seria de agradecida.

— !Esto es saber elogiar! dijo el amigo.

— No; es saber hacer justicia, dijo Bibiana.

— Debeis ser muy feliz.

— A tal punto, que no cambiaria mi suerte por la de mujer alguna, y que al lado de *mi* Campos preferiria una choza á un palacio en el que no le tuviese por compañero.

Bibiana sentia lo que decia; las *chozas* en hipótesis son otras que las *chozas* en realidad.

La persona á quien iban dirigidas esta palabras, que era tio de Luciano, dijo á este al separarse de Bibiana:

— Tu general, hijo mio, tiene una media naranja como une tortolita que arrulla cariñosamente con el sonoro dejito americano.

El franco semblante de Luciano se veló con una nube de disgusto ó contrariedad, y no respondió.

— Noto que no te electriza este modelo de amor conyugal, prosiguió su tio; no te *piache* la generala, segun parece.

— Ni es, ni parece; yo aprecio y venero cuanto pertenece al hombre á quien miro como á mi segundo padre, contestó Luciano.

CAPITULO V.

Fácil es conjeturar los esfuerzos que haria Bibiana para disuadir á su marido de su propósito de ir al teatro de la guerra, y para determinarle á que aceptase el brillante puesto que le habia sido ofrecido: esfuerzos tanto mas francos y apremiantes, cuanto que en esta ocasion podian gastar el mismo lenguaje el interes del cariño y el interes de la ambicion.

A la mañana siguiente, hallándose en el almuerzo discutiendo sobre este punto con su marido, entró Luciano.

Este, despues de la salida del general de Puerto-Rico, habia pedido su traslacion á la Península, y se hallaba con

licencia en Madrid. Cuatro años habian pasado, y ahora unia Luciano al entusiasmo del jóven la sensatez del hombre hecho.

Bibiana sintió al verle entrar la mas violenta contrariedad. Un secreto instinto le decia que nunca estarian de acuerdo en aquello que concerniese al general, y una latente pulsacion de la conciencia le murmuraba que el interes de Luciano por aquel que llamaba su segundo padre, era mas puro, mas noble y mas lleno de abnegacion que el suyo.

En breves palabras enteró el general á su jóven amigo del asunto de que trataban, acabando por pedirle su parecer, ó por mejor decir, su apoyo para el suyo. Lucian, empero, permaneció callado.

Bibiana, que no habia hablado una palabra, sintió encenderse sus mejillas por el coraje al notar el silencio que guardaba Luciano.

— Quien calla, otorga, dijo con acerbo tono. La decantada amistad por *vuestro segundo padre*, como llamais á mi marido, va hasta desear para él la muerte de los héroes. ¡Es claro! Para su infeliz y abandonada viuda seria esta muerte una desgracia sin consuelo. Vos que sois *poeta*, os consolariais con componerle una elegía.

Luciano sentia hácia Bibiana tal desvío, separaba á sus almas tan inmensa distancia, que los tiros de sus ataques nunca le alcanzaban. Así es que contestó con la mayor sangre fria:

— Señora, creo la suerte de los militares tan eventual y tan rodeada de peligros en todas circunstancias, que me abstengo de aconsejar en lo que es ciertamente un juego de la suerte; pero no tengo por qué negar que si me diesen á escoger, preferiria figurar en la lucha de la espada y no en la de los partidos políticos. El general me enseñó desde niño que los militares no tienen sino un código: el del honor; y un solo manual: la ordenanza.

— ¿Lo ves, Bibiana? exclamó el general.

— Veo, contestó esta, que se arrostran fácilmente las balas en cabeza ajena.

— Señora, repuso Luciano, mi primera súplica al general

seria, y lo es desde ahora, la de que en caso de ir á la guerra me lleve consigo de ayudante.

El general miró á Luciano con su bondadosa y apacible mirada, y le alargó la mano.

— ¡Desgraciada la mujer, dijo Bibiana en tono que quiso hacer melancólico, pero que solo fué áspero y desabrido; desgraciada la mujer que halla interpuesta entre sí y el marido á quien ama, la influencia de una persona extraña!... y ¿con qué derecho? ¿Con el que puede prestar la amistad? Y ¿qué es la amistad para querer competir con el cariño de esposa? cariño tan profundo, tan entretejido en la vida, tan único, tan absoluto, que á su lado son todos los demás como la luciérnaga comparada con esa estrella, que es á la vez Vénus y Véspero, la estrella de la mañana y la estrella de la tarde, para el hombre.

— ¡Qué injusta eres! exclamó con dolor el general Campos. ¡Perdona, Luciano!

— Señor, no me quejo, ni me puedo quejar de una injusticia que es solo debida al cariño que os profesa la generala. El exclusivismo es, segun veo, la órbita de aquella estrella.

El general salió con Luciano y fué al Ministerio á pretender el mando que apetecia, y á pedir se le nombrase á Luciano por ayudante.

— No quiero rehusar un puesto sin pedir otro, dijo á Luciano, para que nunca se puedan interpretar de un modo desfavorable las causas que me llevan á no admitir el primero.

— Os comprendo, señor, repuso Luciano; nada hay mas lógico y mas consecuente que el recto sentir.

Y no obstante, cuando salió Don Agustin Campos de casa del ministro, era capitan general de Madrid; y cuando Luciano le demostró su sorpresa, el general contestó en voz queda: — «Mañana estalla una revolucion en Madrid.» — Luciano calló. — La renuncia no era posible.

Bibiana recibió la noticia de la aceptacion de sur marido y de su desistimiento de la ida á Cataluña, con un alborozo y un aire de triunfo que enternecieron al general, que vió

en ellos solo el contento de la buena esposa, tanto como chocaron á Luciano, que vió en ellos solo la vanagloria y el orgullo satisfechos.

CAPITULO VI.

Lo que se habia anunciado, se verificó á los pocos dias. La poblacion de Madrid, encerrada en sus casas, oia con angustia y horror el toque de los tambores, el galope de los caballos, las descargas de fusilería y artillería, y veia todo ese lúgubre y atroz aparato que levantan las pasiones de los hombres en este siglo que se precia de culto, de humanitario y de progresista en sus instituciones.

El capitan general, teniendo á su lado á Luciano, daba acertadas disposiciones, y se veia siempre en donde era mayor el peligro.

La rebelion habia sido vencida; solo un numeroso grupo resistia aun. El general, para evitar la efusion de sangre, mandó hacer alto á sus tropas, y dió unos pasos adelante para proponer á los amotinados la rendicion. Uno de estos se adelantó y apuntó su fusil al general. Luciano, cual el rayo, se echó sobre el villano, y aunque no pudo impedir el disparo, desvió su direccion, y el general recibió en la rodilla el tiro destinado á su pecho. Las balas silbaron cual fantásticos áspides alrededor de Luciano: pero ninguna le tocó, como si la suerte hubiera querido premiar su bella accion.

Cuando Bibiana vió entrar en parihuelas á su marido, las muestras de su dolor y de su asombro fueron imponderables. Dia y noche veló á su cabecera con completa abnegacion, sin permitir que nadie la relevase por un momento en su incansable asistencia; no se cuidaba de su alimento ni de su vestir, ni aun apénas de las personas que se apresuraban á tributar homenajes al héroe de aquel memorable dia, contándose entre estas las mas notables de la corte.

Hasta el tercer dia no recobró el herido el conocimiento:

quedóse algunos momentos callado, y como si la luz de su memoria fuese poco á poco despabilándose y alumbrando sus recuerdos. De pronto exclamó:

— ¿Y Luciano?

— Aquí estoy, contestó este acercándose con pasos quedos y reprimiendo su emocion.

— Cedo el puesto, dijo Bibiana apartándose de la cabecera de la cama.

— ¡Bibiana, hija mia, le debo la vida! exclamó el paciente.

— ¡A él sí!... á mí no me debes nada, replicó Bibiana, con esa propiedad que tiene el egoismo de anteponer lo propio á lo ajeno en todas las circunstancias de la vida.

— Señor, observó Luciano, á los asiduos y esmerados cuidados de la generala es á los que se debe la conservacion de vuestra preciosa vida.

El paciente hizo á ambos seña de que se acercasen á él, y tomando en las suyas una mano de Bibiana y otra de Luciano, las unió y dijo enternecido:

— Sois les dos ángeles de mi vida; y puesto que me amais, amaos por amor mio. Confiesa tú, Bibiana, que hay amistades que no necesitan, para ser tipos de cariño y de abnegacion, de los vínculos de sangre, ni tampoco que los enaltezca y arraigue un sagrado lazo; y tú, Luciano, conoce que el apego de una mujer propia es bien sincero y profundo, cuando se siente y demuestra como lo hace el de Bibiana.

— Bástame, dijo esta, con que tú reconozcas mi cariño; en cuanto á mí, estoy tan exclusivamente satisfecha con el tuyo y con el que te tengo, que no cabe en mí otro sentimiento alguno.

Diciendo estas palabras, se alejó.

Entónces Luciano se echó al cuello del general, y murmuró en su oido:

— Padre mio, con nada puedo pagar la deuda del que me la dejó en respetada herencia.

A medida que el general se iba restableciendo, Luciano se iba retirando de su casa, fuese á causa del desvío cada

dia mas marcado de Bibiana hácia él, ó del que, justa ó injustamente, sentia Luciano hácia ella. Sucedió, pues, que el excelente general vió con dolor que se apartaba de su intimidad. En vano buscó Bibiana los medios de indemnizarle de esta para ella tan grata pérdida; en vano reunió en torno del convaleciente su mas apetecible sociedad, esto es, sus antiguos compañeros de armas. Nada bastó para consolarle de la ausencia de aquel que miraba como su hijo. Era por cierto extraña, aunque no única en su género, la triste situacion en que las rivalidades de dos tan distintos cariños ponian al pobre general, que era tan pacífico, tan confiado, tan tolerante. Atormentar por amor, era para él una faz incomprensible de este sentimiento, que para él y en él era todo dulzura, condescendencia y abnegacion.

Un dia entró Luciano con paso acelerado y demudado semblante.

— Estais depuesto, dijo al general.

— ¡Depuesto! exclamó con tanta indignacion como asombro Bibiana.

— Mucho lo celebro. hijo mio, dijo el general.

— Es que estais desterrado, prosiguió Luciano.

— ¿Desterrado? exclamaron á un mismo tiempo, el general con dolorosa sorpresa, y Bibiana con pálidos y trémulos labios.

— Así es: el partido contrario ha triunfado en otro terreno. El ministerio ha caido, y con él todos sus adictos, sin consideracion á sus méritos y servicios.

— Yo no era adicto á partido alguno, dijo el general.

— Pero érais amigo del ministro, repuso Luciano.

— Y á mucha honra, exclamó el honrado anciano. ¿Y esto me hace reo político?

— Ya lo estais viendo, señor.

— ¿Debí acaso rehusar un puesto en el que habia peligro? Esto no era solo contra la disciplina: era contra la honra.

— Decís bien; mas esto no alza vuestro destierro. Os enviaban á Palma; mi tio ha conseguido, á instancias mias, que se os señale para cuartel Hinojosa, que es vuestro pueblo.

— ¡Cuánto se lo agradezco, Luciano! le dijo el general.

— ¡A Hinojosa!... !Un villorro cerril en el riñon de Extremadura! exclamó Bibiana; ¡asombroso trueque!... ¡Agradecidos debemos estaros! ¿Quién os sugirió tan peregrina idea?

— El deseo de complacerme, y ha acertado, respondió á esta pregunta el general.

— En lo que te complace, repuso con disimulada amargura su mujer, parece que poco tomas en cuenta lo que pueda complacerme á mí.

— Nunca pudiéramos pensar ni Luciano ni yo, dijo el general, que pudieses preferir á mi pueblo otro que te fuese igualmente desconocido.

— El señor, replicó Bibiana, que no es ni tan anciano, ni tan modesto, ni tan ... oscuro como tú, por demás pudo pensarlo.

El general levantó la cabeza, miró sorprendido á su mujer, y no contestó.

— Señora, exclamó Luciano, ¿cómo habia yo de figurarme que para un destierro que necesariamente ha de ser corto, no eligiéseis el pueblo de vuestro marido en la Península, que lo es igualmente de vuestro cuñado, donde está establecido con vuestra hermana?

— No habia de elegir para mi residencia un pueblo de campo, porque vivan en él oscuros parientes de mi marido, á los cuales no conozco, y de los que quizas apénas se acuerde Campos; ni habia de querer habitar un mal pueblo á causa de estar condenada á vivir en él una hermana descastada, con la que no me trato par haber casado á disgusto mio.

— Voy á ver á mi tio para que rectifique la instancia, dijo Luciano tomando su sombrero.

— De modo alguno, exclamó el general.

— ¿Por qué? preguntó impaciente Bibiana.

— Lo uno, porque nada quiero pedir, contestó su marido; lo otro, porque esta segunda peticion despues de la primera, seria ridícula; pero si tanta oposicion sientes á venir á Hinojosa, añadió con bondad, permanece en Madrid, hija mia. Mi destierro no puede ser largo, y levantado que sea, volveré á tu lado.

Bibiana vaciló un instante; pero creyendo notar una imperceptible sonrisa en los labios de Luciano, contestó con solemnidad:

— Verdad es que mi permanencia aquí podria serte útil; pero no: ¡nada, ni nadie nos separará nunca, sino la muerte!

Dos dias despues partieron el general y su señora, sin que hubiese consentido este que la herida en la pierna, que no estaba aun del todo curada, le sirviese, como era justo, de motive para diferir el viaje.

CAPITULO VII.

Hinojosa es un pueblo de Extremadura, grande, tranquilo y triste, asentado en una llanura; sus horizontes los forman montes que lo encierran en su llano y hacen difíciles todas las comunicaciones. Apartado de las pocas carreteras que cruzan á España, puede que debe su sosiego á su aislamiento.

Al salir de una dehesa de encinas, se atraviesa un llano ó prado, en el que en verano se disponen las eras, y se llega á una gran cruz de piedra que sobre su frente lleva el pueblo en señal de cristiano: álzase sobre gradas, que sirven de asiento á los paseantes. A la entrada del pueblo se vé el *pilar** de la abundante fuente, á la que van las mujeres por agua: ocupacion que dá siempre un aire patriarcal á los pueblos que escapan del sacudimiento de lo que llaman *adelantos.*

En una de las calles del pueblo, nombrada Corredera de San Diego, se veia una casa de poca apariencia, y de un solo piso como lo son todas. Sobre la puerta tenia unas grandes armas, toscamente esculpidas, y que cubria por partes una capa de ese verdin ó musgo negro y amarillo, que crean unidos el tiempo y la intemperie.

Entrábase en esta casa por un vasto zaguan, el cual á ambos lados tenia grandes puertas que comunicaban á dos

---

* Así se denominan las fuentes allí.

salas, las que no se abrian sino en las grandes solemnidades de la vida humana, esto es, cuando acontecia un nacimiento, una boda ó un entierro: — tres divisiones de la vida del hombre, principio, objeto y fin, que tan solemnes son, y en las que llama este á la religion para que las presida, aun cuando en otras ocasiones la olvide.

Al frente del zaguan habia otra puerta, por la que se entraba en una gran pieza denominada *cuerpo de casa*, que al frente tenia otra que daba á una rústica galería ó techadizo, el cual precedia á un espacioso corral en que estaban las cuadras, la tahona, el horno, los pajares: en fin, las oficinas todas de la labor, con entrada separada.

A ambos lados de esta puerta, en el cuerpo de casa, habia dos grandes piezas; era una la cocina de los señores, y la otra la de los criados. En la primera, en la que no se guisaba, y que mas propiamente se hubiera podido llamar comedor, habia una enorme chimenea, cuya campana ocupaba todo el testero; ardia en ella de contínuo en invierno un fuego magno, en el que se echaban árboles enteros. — A ambos lados habia, arrimadas á las paredes laterales, tarimas cubiertas de cojines de lana, que serian tan admitidas y elegantes como lo son en las ciudades modernizadas las banquetas, si en lugar de la de *tarimas*, llevasen aquella *elegante* denominacion. En huecos practicados en la pared, nombrados *vasares*, habia colocados en simetría grandes cántaros llenos de agua, con exquisito aseo; sobre estos, en tablas, se ostentaba bien dispuesta una coleccion de búcaros de Salvatierra, de diferentes tamaños y hechuras.

En la embaldosada cocina de los criados estaba el tráfago de la casa, y una escalera de piedra que subia á los *doblados*, esto es, á los graneros y desvanes, que se hallaban entre el tejado y los techos de las habitaciones. A ambos lados del cuerpo de casa daban las puertas de las salas y alcobas, que tenian ventanas, unas á un jardin, las otras á un huertecito, en los que se criaban flores, yerbas medicinales y las legumbres mas preciosas. Estas habitaciones interiores que comunicaban con las salas, tenian en sus ventanas cristales, miéntras que las de las salas que daban á la calle tenian

encerados. Consistia esto en que las mal inclinadas *esperanzas de la Pâtria*, esto es, la generacion que ha de suceder á la actual, habia jurado odio mortal y exterminio á los cristales; la muchachería, pues, que ha sido soberana ántes de ahora, se habia amotinado contra los cristales, y habia triunfado sin barricadas con su acostumbrado proyectil.

En la cocina de los señores, que hemos descrito, se veia una tarde sentada cómodamente ante el fuego en una excelente butaca americana, á una mujer jóven, primorosa, pero sencillamente vestida. Tenia en brazos un hermoso niño al cual criaba; una negra, sentada en el suelo, se ocupaba en arreglar los preciosos rizos de una niña de tres años, y un muchacho de cinco corria hácia la puerta al encuentro de un hombre jóven. Vestia este un traje de fino atezado de ciervo, que consistia en una chaqueta y unas calzonas que caian sobre unas polainas de lo mismo.

— Táita, Táita*, ¿y Cimarron?

— ¿Pues qué, no ha entrado? respondió el cazador, que dió un silbido, precipitándose en seguida en la cocina un hermoso perro de caza, hácia el cual, despues de besar la mano á su padre corrió el niño, poniéndose ambos, el perro y el niño, á acariciarse mútuamente. La niña de los rizos se desprendió de las negras manos que la retenian, y corrió hácia el cazador, que la recibió en sus brazos, y la criatura que mamaba soltó el pecho para sonreirle.

— Una liebre y dos perdices te traigo, Feliciana, dijo el cazador, dirigiéndose á la jóven sentada en la butaca.

— Y yo en cambio te aguardo para darte una noticia tan grande y sorprendente como inesperada.

— Si es de política, guárdala y échale llave.

— ¿Me ocupo yo de política? Es una noticia de familia muy grata.

— ¿Que han salido bien hechos los chorizos?

— Nada de cosas de comida, gloton; es cosa de mas monta; es que vienen aquí mi hermana Bibiana y el general.

---

* Así denominan los niños en América á su padre.

— ¡Qué me cuentas!... ¿Te lo ha escrito ella?

— No: ella se acuerda poco de mí, y no ha contestado á mi carta en que le preguntaba por su marido cuando lo hirieron. Lo ha dicho el primo del general, el tio Miguel, á quien se lo ha escrito encorgándole casa.

— ¡Tu hermana la parisiense, la capitana generala de la corte ... en Hinojosa! ¿Cómo es eso?

— Parece que al general no solo le han depuesto, sino desterrado.

— ¿Al general Campos?

— Al mismo.

— No puede ser.

— Puede ser, puesto que es. ¡Ay, Pepe, qué de gracias tenemos que dar á Dios mis hijos y yo, de que te retirases del servicio!

— Tú lo quisiste; tú deseaste que se asegurase en fincas tu caudal.

— No el mio, Pepe: el nuestro, el de nuestros hijos. No te habrá pesado, pues has tenido tan buena mano, que has aumentado el patrimonio de tus hijos, y que vives aquí en tu pueblo, entre los tuyos, feliz, contento y tranquilo.

— No me ha pesado, no, y tú has contribuido á ello, haciéndome grata nuestra posicion porque á tí te lo era. ¡Cuánto mejor es esto que no invertir uno su patrimonio en vana pompa, como lo ha hecho tu hermana, que tanto se preciaba de razon y de superioridad!

— Como no tiene hijos ... dijo disculpando á la acusada, su hermana.

— Tampoco los deseaba.

— Eso lo diria para ocultar su desconsuelo á su buen marido.

— Te engañas, Feliciana. El egoismo en su apogeo no quiere sino á su propio individuo; no ama á padres, marido ni hijos.

— No seas injusto: Bibiana queria á Campos.

— Queria al general que la hacia generala.

— Amaba á padre.

— Amaba en él su dinero. Si hubiese quebrado, puede

que ese decantado amor hubiese descendido á la mas completa indiferencia.

— ¡Qué cosa tan fea estás diciendo! exclamó Feliciana en tono de reconvencion.

— Lo que no impide que sea una verdad como un Evángelio.

— Nunca has querido tú á Bibiana.

— Esa es una verdad como una Epístola: no he hecho mas que pagarla en la misma moneda.

— Niñada mia fué repetirte que se oponia á nuestro casamiento.

— Y ahora que eres mujer, ¿serias mas disimulada?

— No; pero seria mas prudente.

— Para recibir á tu gran señora de hermana, dijo Villareza recostado en la tarima y calentándose los piés en la hermosa candelada, espero que te quitarás ese vestido de percal catalan, y ese pañuelo de la India que llevas al cuello; pues aunque por cierto te sientan muy bien, es necesario que te pongas corsé, vestido de seda, cuello de encaje, adorno en la cabeza...

Feliciana interrumpió á su marido con una alegre carcajada, y exclamó:

— ¿Te estás burlando? ¿Criando... corsé? ¿Para ver á mi hermana, sacar mis descoloridas y ajadas galas? Ya soy vieja para moños.

— Ya verás cómo se presentará ella, dijo el marido.

— Ella es esclava de su alta posicion y del gran mundo en que vive. Yo, hijo mio, soy libre en mi tranquilo círculo, independiente en mi dulce vida privada.

— ¡Tanto clamar por la libertad! dijo alegre Villareza, y quien ménos la aclama, mas la disfruta. Pero ello es que cuando nos vea su excelencia pensará: «¡qué gansos!»

— Sí, repuso Feliciana; pero cuando nos trate pensará: «¡qué felices!»

La conversacion fué interrumpida por la madre de Villareza, que era viva, dispuesta, buena y algo gansa, y que entró diciendo:

— Vamos á merendar, hijos: tú, Feliciana, que es nece-

sario te alimentes para satifacer las agallas de ese robusto extremeño. Tú, hijo, que has estado cazando, y traerás la comida en los talones: y estos niños, que tienen movimiento y apetito perpétuo.

— Madre abuela, dijo el niño, Cimarron tambien tiene hambre.

— Pues comerá, hijo mio, repuso la abuela. En la casa que Dios bendice, hay para todos: para sus dueños, sus allegados, sus criados, para los pobres y para los animales de Dios.

CAPITULO VIII.

Poco tiempo despues llegaron el general y su mujer á Hinojosa. Esta última venia tan en extremo displicente, que ni aun deseos demostró de disimular su displicencia. No notó ni quiso notar el completo cambio de su hermana, aquella niña mal criada y voluntariosa; cambio que habian producido, sobre un buen fondo, los años, la suave y buena direccion de un marido de talento y buen juicio, y el amor á sus hijos. Así sucedió que la cordial acogida que recibió de Feliciana, fué friamente rechazada. En cuanto á los parientes de su marido, á los que el excelente hombre recibió con los brazos abiertos, tuvo el dolor de verlos recibidos por ella con tal desvío y altivez, que siendo el pundonor tan susceptible y arrogante en el pueblo español, ninguno de ellos volvió á pisar la casa de la parienta, que parecia menospreciar su trato. El general reconvino con su natural bondad á su mujer; pero no solo fueron desatendidas sus observaciones, sino ágriamente combatidas, opinando ella que los deberes de la mujer podian obligar á la que cumplia extrictamente con ellos á seguir á su marido á un villorro, pero que no se extendian á obligarla á vivir en la intimidad de toda una soez parentela.

El general extrañó la proposicion, y aun mas el tono perentorio, seco y arbitrario con que fué emitida. Sus

respectivas posiciones se habian trocado de repente, y sin transicion. Del hombre tan encumbrado por su mujer, no quedaba ya sino un inválido, apartado del mando; un desterrado, sin salud, nervio, medios ni voluntad para reconquistar su posicion; una hoja de servicios brillante, pero inútil, y una excelencia sin pedestal. Sucedia, pues, que el hombre inútil para su ambicion y su enaltecimiento, habia caido de un golpe de la cumbre de la adulacion á la sima del desprecio. El egoismo, que no se abrigaba ya bajo el manto del amor conyugal, aparecia en su acerba y brutal desnudez. El general, á pesar de su falta de mundo, y de su carácter sencillo y bondadoso, entrevió la verdad que tan patente y ostensiblemente se le mostraba; pero cerró los ojos para no ver.

Bibiana se dignó, pasado algun tiempo, de volver las visitas á las pocas personas notables del pueblo que la habian ido á ver, y en esta ocasion se hacia indispensable ir á casa de su hermana. Ataviose, pues, como lo hubiera hecho en la corte en igual ocasion de hacer visitas. Vestia sobre su emballenado corsé un rico traje de seda, hecho en Paris y guarnecido desde el cuello hasta el fin de la falda de riquísimos adornos de pasamanería y graciosos caireles; cuello y mangas de un precio fabuloso, y velo de encaje; y solo habia omitido las joyas, que en aquellas circunstancias la hubiesen puesto en ridículo. El general, que andaba con suma dificultad, la acompañó, no apoyado en el brazo de ella, sino en el de su asistente.

Cuando llegaron á casa de Villareza, la madre de este quiso llevarlos á la sala; pero su hijo y su nuera, que estaban, como solian, en la pieza llamada cocina, rodeados de sus hijos, quisieron recibirlos allí.

Bibiana entró con su consabido aire de reina. Feliciana se levantó para ofrecerle su butaca; pero ello no quiso admitirla, y se sentó en una silla, despues de haberla sacudido con su rico pañuelo de olan y de encaje.

— Señora, le dijo picada la madre de Villareza, que era una extremeña muy viva y aseada; aquí todo podrá ser tosco, pero todo está limpio.

— Difícil es eso en una *cocina*, repuso Bibiana: y si no, ved, añadió señalando con el pié unas cáscaras de castaña que sobre la silla habia puesto el niño.

— Villareza, dijo el general para cortar la contienda, no recordaba bien vuestra casa, pero por las armas la conocí.

Esta observacion que ponia en relieve la nobleza del marido de su hermana, en ocasion en que se veia rodeada de la plebeya parentela de su marido, mortificó en sumo grado el orgullo de Bibiana, que dijo en desquite:

— Esas armas tan grandes al frente de esta casa tan chica y mezquina, me recuerdan un letrero que pusieron en la grandiosa portada erigida por su dueño en una pequeñísima finca, y fué este: *compra huerta ó vende puerta.*

— Las armas no aluden á la casa, señora, dijo Villareza; aluden á la familia.

— Y esa merece todo lo grande, intervino el general; aun recuerdo el refranete que corria en boca del pueblo:

Los señores de Villareza,
Chico caudal y grande nobleza.

— La nobleza la tienen ellos mas aun en el corazon que en la sangre, que es lo que importa, añadió Feliciana.

Un fuerte grito de Bibiana, que fué el de ¡*aparta*¡ sobrecogió á todos, pero principalmente al niño, que admirado de la guarnicion, y en particular de los caireles que adornaban el vestido de su tia, habia ido poco á poco acercándose á ella, hasta tomar con la mano, en que poco ántes tenia la castaña, uno de los caireles: lo que notado por su dueña le habia arrancado aquel grito de indignacion.

El angelito dió una huida atrás, se puso muy encendido, y puesta su manita sobre el lado izquierdo del pecho, se refugió al lado de su madre, á la que dijo:

— Jesus . . . Madre! ¡Qué *aparta*! *Hasta el corazon me se menea.*

Su madre lo cogió en sus brazos riendo, besándolo y chillándolo.

— ¡Chillar una travesura á un niño! dijo con amarga sonrisa Bibiana; educacion modelo! . . . como de y para Hinojosa.

— No es la travesura, es la gracia, repuso su abuela.

— ¿Y no sabe otras? preguntó con la misma sonrisa Bibiana.

— Sí sabe, contestó su madre; sabe cantar. Canta, hijo mio, para que te oigan tus tios.

El niño se encogió de hombros, y sin dejar de apoyarse en la butaca, pasó á un lado, en el que mirando á la lumbre permaneció callado.

— Déjenle ustedes, dijo el general; los pájaros y los niños cantan solo cuando quieren, no comprenden el canto, sino con la alegría que lo inspira.

— No solo el cantar, sino todo, lo hacen los niños consentidos, por su voluntad, y no por obediencia, opinó Bibiana.

— Canta, Paco, le dijo su padre, en tono suave, pero decidido.

El angelito miró á su madre con cara triste; esta se sonrió con cariño, lo cogió de un brazo, lo trajo al frente de ella y le dijo:

— Canta, hijo mio, que lo manda padre.

El niño con la cara enfurruñada, cantó con bien entonada vocecita:

La mañana de San Juan
Llevé mi caballo al mar;
Miéntras mi caballo bebe
Echó mi niña un cantar.

Dicen las aves del campo
Que se ponen á escuchar
Miéntras que canta la niña:
«¡Qué serenito está el mar!»

— ¡Qué preciosa vocecita tiene! dijo el general; ¡qué gracioso, y, lo que vale aun mas, qué obediente es! — Ven, ángel mio, que te acaricie; voy á mandar por un sablecito para regalártelo.

— Ahora, dijo la madre, que estaba tan hueca y satisfecha como lo hubiese podido estar la madre de Rubini oyendo cantar á su hijo, ahora dirá con Mariquita la relacion que ha aprendido en la amiga, para que vean que ella tambien es obediente.

La niña, que no era corta, y sí dócil, se puso en pié

delante de su madre, que hacia de apuntador, y dijo sin acabar de pronunciar algunas palabras, y desfigurando otras con esa dulce algarabía de los niños, que comprenden las personas que los aman:

¿Quién era aquella Señora
Que por la sierra venia?
Era la *Vírgen María*
Que traia un niño en brazos;
Abierto por los costados,
Agua y sangre le corria.
¿Con qué lo limpia *María?*
Con su pañuelo bordado.
En llegando San Miguel
Con su espada y su broquel,
Su plumero de colores,
Pregunta por los pastores:
Estos van de romería.
Santa Ana parió á María,
Y María parió á Dios;
Diga usté: ¿cuál de las dos
Parió con mas alegría?
Unos dicen que Santa Ana,
Y otros dicen que María.

Con la última palabra de la relacion se puso Bibiana en pié.

— Vámonos, Campos, dijo. No tenemos tiempo de entretenernos oyendo relaciones de niños, tenemos que ir á otras casas, y aquí se come elegantemente á la una en todas partes.

— En cada país hay sus usos, replicó el general; á mí me gusta comer temprano. Las cenas que ahora se llaman comidas, no me caen bien; pero á Bibiana le gustan!...

Apénas se hubieron ido, exclamó la madre de Villareza:

— ¡Jesus, y qué manojo de abulagas! Feliciana, ¡mentira parece que sean ustedes hermanas!

— Las desgracias agrian... repuso esta.

— A los soberbios, añadió su marido; vé cómo no está agriado el general.

— Ese es angelical, repuso Feliciana.

— Sí, sí, opinó su suegra; se conoce que á él se le caen los calzones de hombre de bien; pero... ella!... ella, hija mia, está con un pié aquí y otro en el infierno.

CAPITULO IX.

Varios meses habian pasado. Volvia la primavera, Hebe de la naturaleza, con todas sus alegrías, que encantan, resplandecen, embalsaman y vivifican los dias, y que quitan á las noches su lobreguez. El cielo sacudia sus nubes como la pura fé sus dudas; el viento trocaba sus tristes amenazas en suaves arrullos, y el hombre veia brotar, verdes como la esperanza, las mieses que sembrara repitiendo la oracion que su mismo Criador le enseñó: — Dános, señor, el pan nuestro de cada dia.

Era una noche callada y de calma: la luna, en su lleno, no resplandecia, pero alumbraba, como lo hace en nuestra mente el buen sentido. Esparcíase su modesta luz perpendicularmente sobre el llano en que se extiende Hinojosa, que aparecia como el rodezno de una enorme rueda en el centro del llano.

Dirigíase hácia ella un viajero jóven con su guia. Este viajero era Luciano Encina, en cuyo semblante resplandecia uno de esos goces que buscan su complemento en que otros participen de ellos.

Apénas hubo llegado al meson, y entregado su caballería, cuando tomó las señas y se dirigió á la casa del general.

Sentada estaba Bibiana á una mesa de tresillo, en la que la acompañaban con el debido respeto algunos individuos de la numerosa falange de administradores que pululan en toda la Península, donde no hay pueblo, por insignificante que sea, en que no se encuentren. Dignábase censurar ásperamente una jugada del mas torpe de ellos, cuando con sorpresa vió entrar al antiguo ayudante del general. — Nunca su tedio hácia el consagrado amigo de su marido fué mas violento en su corazon ni mas patente en su semblante; nunca exaltó mas el despecho que contra él sentia su mala conciencia.

— Usted por acá? — Con esta frase, desabridamente pronunciada, correspondió la dueña de la casa al saludo de Luciano.

— Sí, señora, contestó este, y es porque tengo que hablar con el general; pero no le veo.

— No es extraño, repuso mezclando los naipes Bibiana; mi sociedad no le agrada tanto como la de mi hermana, en cuya casa pasa su vida.

Luciano disimuló una desdeñosa y amarga sonrisa, y salió para inquirir de los criados las señas de la casa de Feliciana; pero lo que supo fué que el general ya hacia mucho tiempo que habia vuelto de allí, y que se hallaba en su aposento.

Luciano corrió apresuradamente hácia la habitacion que le indicaron; abrió la puerta, y se precipitó en ella; pero al entrar se quedó inmóvil al ver el cuadro que se le presentaba. Sentado el general en aquel desnudo y desabrigado albergue sobre una tosca silla, desprovisto hasta de la mas sencilla y usual comodidad, tenia extendida sobre un banquillo una pierna horrorosamente hinchada y cubierta de llagas, sobre las que, con buena voluntad y torpe mano, aplicaba parches y ceñia vendajes su fiel asistente. Habia adelgazado el anciano en tales términos, que su pierna abultaba mas que su cuerpo; su semblante estaba de tal manera caido, marchito y doliente, que Luciano creyó ver en estos estragos los precursores de una cercana muerte. Su corazon se oprimió; su sobresalto le impidió moverse ni pronunciar una palabra.

— Luciano! hijo! exclamó con alborozo el general abriendo los brazos.

Luciano se echó en ellos, y permaneció con el rostro oculto sobre el hombro de aquel que amaba como á padre, dando libre curso á sus lágrimas.

— Porqué lloras, ¿hijo mio? dijo con paternal y bondadosa voz el anciano.

— De alegría, señor, repuso Luciano incorporándose y haciendo por sonreir; vengo á deciros que está levantado vuestro destierro, y que podeis volver á Madrid.

— Se lo has dicho á Bibiana?

Esta pregunta fué la expresion del efecto que produjo en el general la inesperada nueva que le traia Luciano.

— No, señor, respondió el interrogado; no he hecho mas que llegar y buscaros.

— Avisa á la señora que deseo verla, para comunicarle una noticia que le será grata, mandó el general al asistente, que salió á cumplir su cometido.

— Señor, dijo Luciano cuando estuvieron solos, ¿cómo se ha exacerbado vuestra herida hasta el punto de poneros en el estado en que os encuentro?

— Los frios, hijo mio; la vida sedentaria á que no estoy acostumbrado.

— Unidos á la falta de cuidados y de asistencia para prevenir estos malos efectos, le interrumpió con dolor Luciano. ¿Quién os asiste?

— El cirujano de aquí, respondió el general, y creo que no es muy diestro.

— Y qué! ¿no se ha mandado á la próxima capital por un profesor consumado en su ciencia? exclamó Luciano.

— No ha querido, dijo al entrar en el cuarto Bibiana, que habia oido la pregunta de Luciano: los señores de la edad de Campos, se hacen tercos, y no escuchan consejos.

El *mi* habia quedado suprimido, lo cual, despues de lo que habia visto, no pudo sorprender á Luciano, que exclamó con amargo dolor:

— Señora, estas cosas se hacen sin el consentimiento del paciente.

— Nunca he hecho yo nada sin consentimiento de mi marido, repuso en tono de severa dignidad Bibiana; un celo exagerado solo sirve para contrariar á un enfermo.

Luciano, cuya sangre hervia de indignacion, iba á contestar; pero el excelente general le previno diciendo:

— Dice bien Bibiana, hijo mio; no he querido dar mas importancia á mi dolencia de la que realmente tiene. Sabes que no soy aprensivo, y que por el contrario soy enemigo de andar con médicos y botica; y mira que si tanta importancia das á este mi padecer, que la sola primavera con su suave aliento curará, me vas á infundir aprension.

— No me pesará, si esto contribuye á que os pongais formalmente en cura, repuso Luciano.

— Me alegraré que consigais vos lo que no he podido conseguir yo, dijo Bibiana; pero á todo esto, ¿cuál es el motivo porque se me ha obligado á dejar mi partida? ¿Es para oir al señor censurar sin datos, y solo movido por el afan de ostentar un celo y un interes por tu salud, superior á todos los demás, oirle, digo, condenar el método curativo del cirujano que te asiste?

— No, hija mia, no, repuso el general; es para decirte que, gracias sin duda á las activas gestiones de Luciano, está levantado mi destierro y obtenida la licencia para volver á Madrid.

— Al fin te hicieron justicia, repuso friamente Bibiana, que supo disimular la inmensa alegría que le causó esta noticia; nos pondremos, pues, añadió, inmediatamente en camino.

— Cuando tú dispongas, respondió su marido.

— Y si el facultativo os halla capaz de emprender tan largo y molesto viaje, opinó Luciano.

— El cirujano de aquí, que no tiene la ventaja de merecer vuestra confianza, no puede ser voto en la materia, repuso Bibiana.

Luciano no contestó, pero sin decir á dónde iba, partió á la madrugada; y á la noche del dia siguiente estaba de vuelta, trayendo consigo al mejor facultativo de Córdoba, que está á catorce leguas de Hinojosa.

El profesor, despues de examinar al paciente, declaró la cura completamente errada; opinó que falta de tono la naturaleza del paciente por la dieta, las evacuaciones de sangre y la vida sedentaria, habian perdido los humores su natural equilibrio, habíanse hecho sus llagas crónicas, y, lo que era aun peor, causado un principio de hidropesía de humores. Como único medio de salvacion propuso los cercanos baños de *Aguas-Calientes.*

Esta perentoria ordenanza, que destruia de un todo los planes de Bibiana, fué muy mal acogida por ella, que no creia á su marido de tanta gravedad, y que se figuró ver al médico cohibido por las alharacas de Luciano; así que, sin atreverse á desecharla positivamente, la combatió con cuan-

tas objeciones pudo formular, las que cayeron todas ante los claros y patentes argumentos del facultativo.

Luciano, que conocia cuanto pasaba por la fria y egoista mente de aquella mujer, callaba indignado. El general, que comprendió que lo que deseaba su mujer era volver á la capital, dijo al cirujano, con aquella abnegacion de sí mismo y aquel sincero cariño hácia su mujer que le eran propios:

— Señor, yo no tengo ninguna fé en esos baños; los tomaria con suma repugnancia, y estoy persuadido de que un remedio que se toma sin fé, no aprovecha.

— Esa es la suerte de los charlatanes, repuso el profesor, el inspirar mas fé y confianza que nosotros. Por mí no puedo ni debo sino insistir en mi dictámen, y suplicaros encarecidamente que lo sigais, aun sin tener confianza en él. El axioma moral de que la fé salva, no lo es físico, y solemos salvar á enfermos por medios que les repugnan y que combaten.

— Mi presencia seria conveniente y necesaria en Madrid donde se me destina, objetó el general.

— Pero teneis para no ir la mas válida de las disculpas, repuso el médico.

— Disculpa? ¡Si supiéseis qué mal se aviene la palabra disculpa con la disciplina! dijo el veterano; en toda mi vida he hallado una para interponer entre mi deber y mi conducta.

— Lo que decís, exclamó el cirujano, es ó una exageracion ó un pretexto.

— Lo que dice mi marido no es lo uno ni lo otro, dijo sentenciosamente Bibiana; obra en esta ocasion como lo ha hecho toda su vida, acertadamente.

— El general yerra, exclamó sin poder contenerse por mas tiempo Luciano; yerra llamando deber á lo que no lo es; yerra llamando disculpa á lo que no es tampoco. Señor, prosiguió dirigiéndose al general, tomaréis los baños que os han de devolver la salud. Doloroso és decirlo, pero estais mas malo de lo que pensais, é insensato seria no poner en práctica los medios de curacion indicados por la ciencia. ¡Qué escándalo seria, añadió con creciente exaltacion, el que las personas que os aman, no os hiciesen cariñosa violencia

para que trateis de conservar vuestra preciosa vida! En cuanto á mí, no tendré nunca que reprocharme el no haber contribuido á ello con todas las fuerzas de mi razon, de mi corazon y de mi alma.

— Siendo así, está decidido el viaje á los baños, porque sabemos la influencia que sobre mi marido teneis, dijo con aparente calma Bibiana. Si no le sentasen bien, yo me lavo las manos.

— Es que yo no respondo de la cura, dijo exasperado el facultativo; de lo que sí respondo, señora, es de que si hace el general el proyectado viaje á Madrid, si llegase en vida, será para perderla á los pocos dias. Forzoso es, en vista de la oposicion que haceis á mi dictámen, que hable con esta claridad, que poco conmoverá al general, porque es un valiente.

— Padre! os opondréis aun? exclamó Luciano estrechando con vehemente súplica la demacrada mano del general entre las suyas.

— No, hijo mio, no, repuso el general: la propia conservacion es el deber del cristiano. Iré á los baños, estaré un mes. Tú, Bibiana, partirás para Madrid; me disculparás con la autoridad y con mis amigos, y cuidarás de establecerte convenientemente y á tu gusto, para que cuando, mediante Dios, vuelva á tu lado, te halle ya sosegada y fuera de todos los embarazos de la instalacion.

— Pero ¿quién te acompañará á los baños? dijo con dulcificada voz Bibiana.

— Juan mi asistente, que está hecho á mis mañas.

— Os acompañaré yo, señor, exclamó Luciano.

— Tú, hijo? preguntó enternecido el general.

— Sí, yo, vuestro hijo; que un hijo no desampara á un padre, respondió Luciano.

CAPITULO X.

Quince dias despues hallábase instalada Bibiana en el lucido estrado de la casa que habia tomado y montado con todo lujo en Madrid.

El lujo, cual la luz á las mariposas, habia atraido allí á un crecido círculo de gentes ociosas; y el buen recuerdo del general, que tenia muchos amigos, habia reunido al rededor de su mujer militares de graduacion y de categoría; por lo cual Bibiana vió con indecible satisfaccion á su tertulia mencionada en las gacetillas de los periódicos.

Estaba intrigando y esperaba conseguir el ser convidada á un banquete que debia darse en Palacio; así, pues, habia llegado esta mujer al apogeo de su constante afan de figurar, y de su anhelo por la pompa vana. En la embriaguez que le causaban sus satisfacciones y sus lauros, leia con distraccion las cartas que recibia de su marido, y con impaciencia las postdatas que solia añadir Luciano, al que encargaba el general que cerrase las cartas. En ellas le decia que el estado del general empeoraba por dias, y que este, solo por lo sufrido que era, y por no alarmarla, se lo ocultaba en sus cartas.

— Quiere asustarme, pensaba Bibiana; estará aburrido y querrá venirse, y que le releve yo; pero se engaña: él que con tanta bambolla de cariño se ofreció á acompañarle, que cumpla lo ofrecido.

Entre tanto veia Luciano con dolor que los baños, que meses ántes hubieran podido restablecer al general, ya no alcanzaban á salvarle. Inseparable del paciente, ponia en juego en lo material todos los recursos de su entendimiento, y en lo moral todos los de su corazon, para endulzar al noble y excelente anciano los últimos dias de su vida.

Mucho sufria Luciano, porque, triste es decirlo, pero ello era que la postracion de las fuerzas físicas habia traido consigo, á pesar de la varonil serenidad del general, un gran decaimiento de ánimo. Una profunda melancolía al presentir la muerte se habia apoderado de aquel que tantas veces la

habia mirado cara á cara sin pestañear; y lo que mas contribuia á aumentarla, era la ausencia de aquella compañera á la que Dios dió por mision ocupar con el Angel de la guarda la cabecera del compañero moribundo.

La cercanía de la muerte estrecha los lazos de nuestras afecciones, esperando quizá por ambas partes que no se atreverá la cruel á desatarlos. ¡Vana ilusion! — ¡Lugar á los venideros! dice la implacable aposentadora: — á vos la mansion eterna y sin límites, en la que hay sitio para todos.

— Vendrá? decia una noche que mas postrado que otras se hallaba el general.

Luciano, que desde luego comprendió que una vez lanzada en las grandezas y honores aquella mujer de corazon vano y seco, no vendria, contesto:

— Señor, como siempre le escribís que seguís sin novedad, es de creer que no piense en hacer este penoso viaje, y que os aguarde allí.

— Verdad es que no he querido alarmar su cariño, pero me siento hoy muy grave, y tanto que no me es posible escribirle; hazlo tú en mi nombre, hijo mio, y díle que ántes de morir quiero verla.

Luciano quiso contestar; pero no pudo, porque las lágrimas ahogaron su voz, y se levantó para cumplir los deseos del general.

Pasaron algunos dias sin que llegase respuesta de Bibiana.

Una tarde le dijo el médico al general:

— Teneis una buena esposa, señor; hoy he recibido una carta suya, en la que, llena de interes y de cuidado, me pregunta por el estado en que os hallais, queriendo, si no hubiese mejoría, trasladarse á vuestro lado. Por lo visto le habeis ocultado que desgraciadamente estas aguas no han surtido el deseado efecto.

— No he querido darle esa pena, contestó el excelente hombre.

— Luciano, dijo el general cuando el facultativo se hubo ido; toma este reloj, que fué de tu padre, y que me legó á su muerte. El ha señalado una por una muchas de las horas de nuestra vida, y entre estas horas no hay una cuyo

recuerdo haya podido despertar un remordimiento, ni hacer sonrojar nuestra serena frente. Sean las horas de tu vida que señale de aquí en adelante, como las anteriores, puras, honradas y felices; y cuando hagas la eleccion de la compañera de tu vida, deja á la aguja dar muchas vueltas antes de fijarla.

— Por fin conoceis... exclamó involuntariamente Luciano.

— Que eres el mejor de los amigos y el mas tierno de los hijos, le interrumpió el general; por lo cual te dejo mi último y secreto encargo.

— Decid, señor, exclamó Luciano.

— Díle que la perdono! — y ahora, hijo mio, manda llamar al padre Cura.

— Señor!... repuso consternado Luciano.

— Compláceme, hijo. Las disposiciones religiosas no apresuran la muerte y tranquilizan el espíritu.

Algunos dias despues de esta escena, estaba Bibiana enajenada de placer y radiante de orgullo satisfecho. Habia sido convidada al banquete régio.

Ostentando un trage magnifico, aunque, segun su costumbre, sério, estaba delante de su tocador colocándose las últimas joyas de su rico joyero, cuando le fué entregada una carta.

— No me puedo detener á leerla, dijo contrariada. La marquesa de F., con la que voy á Palacio, me está aguardando.

— Es que viene de Aguas-Calientes, repuso la doncella.

— Cómo! si no es la hora de la llegada del correo.

— La trae un propio.

Bibiana se detuvo y quedó un momento pensativa.

— Alguna nueva alarma de Luciano, pensó; pero sea lo que fuere... ¿qué puedo yo hacer á esta hora? Nada. Si acaso contiene la carta alguna cosa grave, lo que no creo, que necesitase tomar disposiciones, sean de la clase que sean, hasta mañana nada se podria hacer: un instante despues que hubiese llegado, me habria encontrado fuera de casa. ¿Qué hago con leerla? Dado caso que traiga alguna mala noticia, que pida alguna consulta ó algun medicamento,

nada se podria hacer á estas horas. Leerla seria, pues, proporcionarme inútilmente una mala noche, que me impidiese corresponder á la honra que me ha hecho la reina.

Bibiana guardó la carta sin leerla, se puso su abrigo, y partió.

Cuando entró á la madrugada siguiente, abrió la carta y la leyó.

Era la respuesta del cirujano, que Luciano enviaba con un propio, añadiendo dos renglones en que le decia que su marido iba á ser administrado.

Al leer esta carta Bibiana, sintió uno de esos terribles sacudimientos con que á veces se ablandan los corazones mas empedernidos; porque el sentimiento del deber, sofocado, desoido, menospreciado, combatido y al parecer vencido por los sofismas del amor propio, existe en todo aquel que haya oido la palabra de Dios, ó siquiera haya sentido la influencia de la cultura moral.

— Morir! Morir! . . . Jesus! repitió con creciente angustia; morir! yo ausente! Qué se dirá!!

Bibiana mandó apresuradamente por una silla de postas. Escribió á un facultativo de fama para que la acompañase: se vistió, lo arregló todo con admirable tino y precision, de manera que pocas horas después todo estaba pronto, y ella lista para partir; . . . cuando al dirigirse á la puerta para verificarlo, abrióse esta de repente, y en ella se presentó Luciano.

— Es tarde, señora, dijo con voz solemne.

— Tarde? Cómo! . . . ¿Y Campos?

— Ya no os aguarda.

— Es decir que ha muerto!!

— Como os lo previne.

— Llegó tarde la carta.

— Y las anteriores?

— Dios mio! No os creí!

— Como yo nunca os he creido á vós.

— Venís á insultarme?

— No, señora, vengo á entregaros esta llave.

— Qué llave?

— Con esta llave encerré en su féretro, despues de haberle cerrado los ojos, al abandonado esposo, al desatendido compañero.

Bibiana cayó sobre un sofá, convulsa y deshecha en lágrimas.

— ¡Sabeis llorar? ¡Sabeis llorar? dijo con amarga ironía Luciano. Preciso era que de la tumba se alzase el remordimiento, cual la vara de Moisés, para hacer brotar fuentes de las rocas.

— Advertid, repuso Bibiana levantándose erguida, que me habeis visto atribulada, pero no arrepentida. ¿De que pudiera yo estarlo?

— De haber merecido el perdon que os traigo: ese último suspiro de aquel que no quiso creerme cuando en su dia le dije: «creo que nadie, pero ménos que nadie vos, puede hallar la felicidad unido á una persona fria, orgullosa y egoista.» Ahora, señora, añadió con amargo desden Luciano, cubríos con vuestro luto, ostentad vuestras tocas de viuda; no os las volvais á quitar; persuadid al mundo que sois la perfecta viuda, como le persuadísteis de que érais la perfecta casada, engañándole con vuestro dolor como le habeis engañado con vuestro cariño.

— Ahora, como ántes, apareceré y me tendrá el mundo por lo que he sido y soy, repuso Bibiana disimulando con un aire altanero su furor y su humillacion.

— A veces, replicó Luciano, se asientan los juicios del mundo, y aun descansa nuestra propia percepcion, sobre un colchon de viento, cuyo vacío asombraria al que llegase á palparlo.

— No turbará vuestra constante é incalificable malignidad mi conciencia, dijo Bibiana con altivez.

— No lo dudo, contestó alejándose Luciano; cuando el egoismo paraliza el corazon . . . la conciencia está inerte!

EPILOGO.

La casa de la viuda del general Campos es reputada como el santuario de la austeridad digna, ejemplar y piadosa; como el santuario de los recuerdos, y la mansion del luto eternal. El orgullo puede tomar todas las formas, y hasta fingir los bellos sentimientos del corazon para obtener el lauro que estos alcanzan.

En la sala de la viuda se ostentaba un magnífico retrato de cuerpo entero del general, de grande uniforme, en un suntuoso marco. Sobre la chimenea, en un cajon de terciopelo cubierto con un fanal, estaba su espada. Sobre el sofá estaba colgado un hermoso cuadro en el que se representaba el cementerio de Aguas-Calientes, y en él el suntuoso mausoleo de mármol levantado allí por la Semíramis, que un no interrumpido luto presidia la grave reunion de personas que simpatizaban, las unas con sus recuerdos, las otras con sus virtudes, otras con su gravedad.

Un dia que salia de aquella casa el tio de Luciano, que hemos mencionado en otra ocasion, encontró á su sobrino, y le dijo:

— Luciano, ¿sabes que á pesar de aquel disonante y ridículo *mí*, y de aquellas recalcadas celebraciones que tanto me chocaban ántes, me he convencido de los nobles sentimientos de la generala Campos, así como del profundísimo cariño que tuvo á su excelente marido?

El interpelado no contestó.

— Me parece, Luciano, añadió su tio con alguna extrañeza, que hay poca consecuencia de tu parte en el extraordinario cariño que tuviste á Campos y en el ostentible desvío que tienes á su mujer.

Luciano abrió los labios para contestar, pero se retuvo y permaneció callado.

— No hallo, prosiguió el tio, razon alguna que motive ó disculpe esta inconsecuencia, que llama mucho la atencion. No podrás negar lo que es notorio y está á la vista de todos, esto es, que la generala es un dechado de virtudes y de méritos.

— Hay virtudes que solo tienen de tales la corteza, esto es, lo exterior, repuso Luciano.

— Hijo, esa es una sutileza que no alcanzo, aplicada á una mujer como Bibiana, que es austera...

— Sin virtud, repuso impaciente Luciano.

— Devota...

— Sin religiosidad.

— Limosnera...

— Sin caridad...

— Dadivosa...

— Sin generosidad...

— Perfecta viuda.

— Sin haber sido buena casada.

— De manera que la generala es á tus ojos un ente anómalo, un tipo nuevo, dijo sonriendo su tio.

— No señor, es muy antiguo.

— Y ¿cómo lo denominas?

— *La Farisea*, señor, contestó Luciano.

LAS DOS GRACIAS

ó

LA EXPIACION.

CAPITULO I.

A la caida de una tarde de invierno, apénas hubieron concluido de tocar la oracion las campanas de la hermosa iglesia de la ciudad de Carmona, cuando trocando la gravedad de los sonidos que llaman á la oracion, en gozoso repique, anunciaron el bautismo de un recien nacido.

Poco despues salió del templo una numerosa comparsa de bien acomodados menestrales, echando el que iba al lado de la madrina, que llevaba la criatura, monedas de cobre con gran profusion á una turba de chiquillos que á grandes gritos pedian el pelon.

Al cabo de media hora salió igualmente de la iglesia una mujer que llevaba tambien una criatura en brazos, sin mas acompañamiento que un anciano al parecer, que vestia un uniforme raido, un sacerdote, y un niño. — Entre tanto, el cura de la parroquia inscribia en sus libros: «Hoy 4 de Febrero de 184... bauticé á María de Gracia, hija de Josefa Martinez, y de Mateo Lopez, maestro carpintero de esta ciudad.» — Y en seguida con igual fecha:

«Bauticé en el mismo dia á María de Gracia, hija de Doña Teresa Espinosa de los Monteros, y de D. Ramon Vargas de Toledo, Caballero de Alcántara, coronel que ha sido de infantería.»

La comparsa que fué acompañada por la bulliciosa turba hasta su casa, al entrar en ella se dirigió á la alcoba de la parida, á la que puso la madrina la criatura en los brazos diciéndole:

— Aquí tienes á tu hija cristiana, Dios te dé á tí salud

para criarla, y á ella el salero y gracia de su madre, para que le venga bien el nombre de Gracia que se le ha puesto.

La parida recibió á su niña, que era hermosa y robusta, con una alegría que aumentó la de los demás, los cuales, reunidos por el padre de la recien bautizada al rededor de una mesa cubierta de bizcochos, dulces y botellas de licor, empezaron á beber con ruidosa algazara á la salud de la madre y de la hija. La casa, aunque compuesta solo de un piso bajo, era desahogada y bañada de sol: su gran patio estaba, como suelen estarlo casi todos en Carmona, hecho un jardin de flores y escogidas plantas.

Al lado de esta casa se hallaba otra pequeña, igualmente compuesta de un solo piso; su patio, largo y angosto, era triste y sombrío por interponerse entre este y el sol de mediodía las altas paredes de un convento. Estaba la casa descuidada y no ostentaba, cual suelen hacerlo todas las de aquella poblacion, el blanco incesantemente renovado de la cal. De este abandono se habia aprovechado una yedra, afecta á la sombra por no tener flores que cual hijas alegres la saquen al sol; allí se habia establecido y arraigado, como un amigo grave, pero constante y fiel de la casa triste y sombría, multiplicando sus frescas hojas como el amigo sus consuelos, y adhiriéndose mas y mas á medida que mas descuidada y abandonada la veia.

Al tiempo de entrar en ella el sacerdote y el militar que salieron con la otra recien bautizada de la iglesia, atravesó el zaguan un hombre cargado con un pequeño féretro blanco; aquel féretro de ángel no llevaba flores, porque no habia habido quien se las pusiera. El sacerdote que acompañaba al anciano habia cuidado de que fuese sacado al tiempo que ellos entrasen en la habitacion, para que la parida no advirtiese el momento, quizas mas destrozador que el de la misma muerte, en que se cumple por completo la eterna separacion.

El sacerdote, que era un jóven, tomó de los brazos de la mujer que la traia, á una criatura pequeña y delgada, y entrando en la alcobita á la que daba paso la sala, la puso en los brazos de una señora, á cuyo doliente estado se unia el

destrozo que habian producido en ella las vigilias y el dolor causados por la enfermedad y muerte de la niña que acababan de llevarse en el féretro blanco.

— Señora, le dijo, aquí tiene usted á su hija, por la gracia de Dios cristiana; como padrino, he elegido para ella el nombre de nuestra santa patrona la Vírgen de Gracia, y he suplicado al Señor que las dispensa, que colme de ellas á este angelito, que ha enviado á usted como compensacion al llevarse el otro á su gloria.

— ¡Ay, señor D. Manuel! repuso la pobre madre ¿y cómo hallarla si aquella niña que he perdido era todo mi consuelo, y el encanto de mi vida?

— Esta lo será, repuso D. Manuel.

— Esta muerte arranca de mi corazon un amor que era toda su vida.

— El amor que tenga usted á esta lo ocupará y vivificará pronto.

— En el corazon de una madre hay lugar para el amor de cada uno de sus hijos; ninguno estorba, pero ninguno reemplaza al que arranca la muerte. ¡Por Dios, señor D. Manuel, que me la traigan! que quiero verla, que me quiero despedir de ella!

— Señora, esa exigencia es contra la razon, y está poco conforme con la resignacion que me ha prometido usted.

— ¡Ay Dios, que ya no la veré mas! exclamó la madre prorrumpiendo en sollozos.

— Sí señora, sí señora, volverá usted á verla en la gloriosa patria comun, en la que todos los amores puros se confundirán en uno.

La desconsolada madre, estrechando contra su pecho la niña recien nacida, exclamó: Pobre hija mia, bajo qué tristes auspicios entras en la vida! Y dejando caer su cabeza sobre la almohada, siguió un rato de silencio en que no se oyeron mas que sus sollozos y gemidos.

De repente, mezclándose con estos, resonaron las alegres voces, cantos y vítores con que en la casa inmediata se celebraba el bautismo de la hija que habia nacido á sus dueños.

— ¡Pues no es esto insultar el dolor? exclamó el coronel,

cuyo carácter, agriado por largos infortunios y reveses, se habia hecho tétrico é intolerante.

— Así es la vida, D. Ramon, dijo el sacerdote. La alegría de los felices sin embargo no tiene ni puede tener intencion de insultar al dolor de los desgraciados; así como las lágrimas de estos, no tienen ni pueden tener intencion de motejar ni disminuir el contento de aquellos.

— Dice bien D. Manuel, suspiró la afligida madre; á mí me sirve, si no de consuelo, de lenitivo en mi pena, el saber que hay otras personas felices y contentas.

— Bien sentido, Doña Teresa, opinó el sacerdote; sentir los males y gozarse en las venturas ajenas, es el cumplimiento de uno de aquellos santos preceptos en que se concreta toda la ley de Dios: amar al prójimo como á sí mismo.

A poco, y despues de haber prodigado á los afligidos padres todos los consuelos que le inspiraron su fé y su corazon, se despidió el sacerdote, y en seguida entró la criada Josefa, que llena de satisfacion, participó á su señora que el padrino de la niña le habia enviado dos jamones, una docena de gallinas, una fanega de garbanzos, una arroba de chocolate y una bandeja de bizcochos.

— ¡Ay Dios mio! exclamó en el mayor apuro Doña Teresa; ¿ves Ramon? eso es por haber aceptado que fuese el señor D. Manuel padrino de la niña cuando á ello se brindó!

— Y si no lo hubiese aceptado, ¿quién lo habria sido? respondió con amarga y dolorosa sonrisa el coronel.

CAPITULO II.

Y ciertamente era difícil hallar una situacion mas aislada que aquella en que se encontraba el coronel. Hay desamparos é infortunios que pasan ignorados porque cuidan de no ser vistos, porque tienen el pudor de la pobreza noble, que consiste, no en avergonzarse de ella, sino en sufrirla con valor y sin el bochorno del socorro ajeno. En España hay

además dos motivos muy poderosos para sobrellevar bien la pobreza; es el uno la escasa suma de necesidades y la sobriedad de sus habitantes, de lo cual nace la independencia que los distingue; y el otro es, que en esta católica nacion está desde siglos arraigado el respeto á la pobreza. Puede que andando el tiempo se llegue á menospreciar, como sucede en otros países; pero por suerte aun está léjos ese dia, sobre todo en provincias donde lo *rancio* no se desarraiga fácilmente.

El coronel era el tipo de la honradez llana, sencilla, sin énfasis ni presuncion. Míope moral, veia bien lo que tenia cerca, pero no distinguia á larga distancia, por lo cual se vió en su azarosa vida pública muchas veces envuelto en situaciones críticas y comprometidas, que con mas prevision hubiera podido evitar. Sin entusiasmo por su causa, como no lo tenia por ninguna, porque su carácter no era vano ni ambicioso para calcular, ni era sensible y apasionado para sentir, siguió la del *Pretendiente*, y al terminar la lucha se expatrió sin querer acogerse al indulto, por la razon (á su parecer) de que quien no habia obrado mal, no debia por conveniencia implorar indulto; y sin tener presente que cuando una causa se adhiere á su contraria, llevando ambas la bandera del país, y dando por resultado la paz y la cesacion del derrame de sangre, esta adhesion la exige el patriotismo, la sanciona la honra, y la aplaude la humanidad.*

Refugióse en Francia, donde en breve se vió sin recurso alguno, y se decidió en su desvalimiento á dar lecciones de idioma español.

Para que enseñase á sus hijos fué llamado por una señora legitimista muy acaudalada. Interrogado por esta, le refirió en su primera entrevista con la mayor sencillez tales hazañas y tales sufrimientos, hechas y sufridos por ambas partes en la infausta guerra civil, dando como buen español tan poco valor á estos, y poniendo tan poco precio á aquellas, que se quedó asombrado y completamente cortado cuando

* No estampamos sobre esta materia nuestro insignificante parecer como fallo ó como axioma, sino como expresion de nuestra opinion individual.

vió á la señora, que tenia un corazon muy compasiva y mucho entusiasmo, prorrumpir eu copioso llanto. Su delicadeza se alarmó considerando que pudiese ella sospechar, si al hacer estas referencias abrigaba intencion de moverla á lástima; y cierto era que sin haberlo intentado lo habia conseguido; pero en vano se esforzó la señora en procurar aliviar su situacion: todas sus ofertas fueron rechazadas con una frialdad que denotaba que en vez de halagar herian, y solo admitió al cabo de algun tiempo, muy sencillamente, el préstamo que le hizo su favorecedora para poder regresar á su patria.

Cuando llegó á Carmona, pueblo de su naturaleza, se encontró con que su padre y el único hermano que tenia habian muerto, y la viuda de este habia regresado con sus hijos al pueblo de su nacimiento. Habiendo su hermano heredado el mayorazgo, no encontró mas herencia que una casita, en que se estableció con su familia, y dos suertecitas de ólivar. Apresuróse á vender lo mejor de ellas para satisfacer su deuda, y quedó así reducido á una pobreza cercana á la miseria.

Habíale sucedido, pues, que con la mejor brújula, cual era su conciencia, pero con piloto poco experto y sagaz para navegar en el borrascoso mar de la presente era, como barco mal traido habia venido á zozobrar en las mismas playas de donde salió con mar bonancible. ¡Ay! decia á veces, cuando él mismo hacia la referida comparacion, hoy dia está la brújula de mas; lo que se necesita es buen piloto, y no lo he tenido yo en mi hoja de Toledo!

Habia casado el coronel hacia años con una señora pobre, de una noble y distinguida familia de marinos, que le llevó la mejor de las dotes, la de las virtudes, un corazon amante y un carácter angelical. No tenia ni la propension ni el talento suficiente para guiar á su marido; pero su completo y voluntario anonadamiento no nacia como en otras de una necia y afectada sumision, sino de la sencilla y ciega fé en la infalibilidad de aquel.

El coronel, como todos los que han roto violenta y radicalmente con la vida activa, se habia, digámoslo así, acostado en su huesa anticipadamente, y caido por lo tanto en una

apatía moral completa. Era esta tal, que no se habria cuidado de la suerte de su hijo Ramon, si con esa prevision maternal siempre activa en el corazon femenino, no hubiese escrito Doña Teresa, sin que lo supiese su marido, á parientes cercanos suyos, que ocupaban altos puestos en el Almirantazgo, á fin de que obtuviesen para el nieto de uno de los héroes de Trafalgar una plaza de guardia marina; y como hay mas personas de lo que generalmente se cree que se interesan por otras y se ocupan en hacer bien, esto se habia alcanzado.

Por suerte, como lo habia previsto la buena madre al hacer aquellas gestiones, que su marido no habria consentido, sucedió que el coronel al tocar las ventajas, sin los inconvenientes de un desaire que habria dado por seguro, llevó á bien lo hecho, no pudiendo ménos de conceder al buen sentido de su mujer, que si la propia abnegacion, sea cual fuere la causa que la motive, es noble y grandiosa, no se puede sin faltar á los deberes de padre extenderla á los hijos.

Pero era el caso que Ramon, que tenia mas talento, pero un carácter opuesto al de su padre, no queria seguir la carrera militar en ninguno de sus ramos, sino que embaucado por compañeros de escuela mayores que él, se obstinaba en ir á cursar á la Universidad y hacer la alegre vida de estudiante en Sevilla, que es el bello ideal de la juventud de los pueblos: inclinacion por otra parte motivada en él, pues debia arrastrarle su instinto hácia la via para la cual su talento natural le daba indisputable aptitud.

Como fruto prematuro de esta aptitud, puesto que á la sazon solo contaba Ramon trece años, referiremos una escena que habia pasado entre el padre y el hijo, y que hacia exclamar á aquel: — No hay niñez, no hay juventud en este siglo ardiente, azorado y especulador, en que nacen los niños hombres! Nuestro pueblo, creador de imágenes, expresaba lo mismo cuando el primer Imperio, diciendo que en Francia nacian los niños vestidos de coraceros.

Sucedió que un dia entró Ramon alborozado en la sala donde se hallaba el coronel entretenido con su niña Gracia, que empezaba ya á responder á las primeras preguntas del

catecismo, y á distinguir las letras; traia Ramon unos cuantos papeles en la mano.

— Padre, exclamó, aquí tiene usted su rehabilitacion, su suerte, su fortuna; ¿cómo, señor, poseyendo tales documentos, ha permanecido usted fuera del lugar que le corresponde, renunciando á las ventajas y sueldo de su grado que estos papeles le pueden proporcionar? Y puso ante los ojos del coronel unas cuantas cartas, proclamas y órdenes secretas que comprometian en sumo grado á algunos jefes que en aquella época estaban en altos puestos.

— ¿Quién ha autorizado á tu atrevida mano á registrar mis papeles? respondió el coronel levantándose bruscamente de su asiento.

— Con solo que sepan los que los han escrito, prosiguió afanado el muchacho, que usted posee estos documentos, esterá usted seguro de obtener cuanto quiera.

— ¿Y á semejante medio, exclamó el padre arrebatando á su hijo los papeles, quieres que deba mi rehabilitacion y mi adelanto? ¿Y piensas que por cobrar sueldo añada esta última página á mi honrosa hoja de servicios?

Y con reconcentrada indignacion y amarga ironía, añadió:

— Eres de tu siglo, eres *travieso* y sabes calcular; pero mi vida pública á fé mia que no acabará con una infamia.

Y saliendo al patio encendió un fósforo y pegó fuego á los papeles que en la mano llevaba.

— Padre, exclamó Ramon, lo que va usted á hacer es una tontería; lo ignorado, ni agradecido ni pagado.

— Sé, repuso el coronel, que se ha dicho que no tengo talento, pero estaba reservado á mi hijo el decírmelo en mi cara. Cultiva tú ese talento, esa *travesura*, escalera de mano con que hoy se escalan los puestos y riquezas, pero no esperes que sea yo quien te proporcione el primer peldaño.

— Padre, padre! gritó Ramon, queriendo apoderarse de los documentos que ya ardian, su vida de usted acaba; pero la mia empieza.

Mas su padre lo apartó con un gesto tan imperioso y lleno de majestad paternal, que le hizo retroceder intimidado, diciéndole:

— Todos los sacrificios pueden pedir los hijos á sus padres, ménos el de su honra.

Y el coronel echó al viento las negras cenizas de aquellos documentos.

— Ideas quijotescas que están fuera de uso! murmuró el muchacho exasperado, entrando en la sala y tirándose sobre una silla.

— Pues qué ¿tales son los usos, que se llame quijotismo á la sencilla honradez? le dijo su buena madre.

— No sé, señora, la interpretacion que usted y mi padre dan á la honradez, respondió el muchacho; pero tener en su mano los medios de ocupar un puesto, de asegurar á usted una viudedad y á sus hijos un porvenir sin perjuicio de nadie, y utilizarse de ellos, no creo que pueda ser contra la honradez; pero por lo visto, para mi padre es muy honroso, despues de quemar sus naves, el quemar hasta su tabla de salvacion.

— Tu padre ha hecho, como hace siempre, lo que ha debido; si no te deja bienes ni posicion, adquirirlos podrás; pero si no te dejase un nombre honroso y respetado, esa hermosa prerogativa de que podrás vanagloriarte, no te la podrías tú mismo proporcionar. Camina siempre derecho, hijo mio. Tu padre siempre ha dicho que el ser hombre de bien es el mejor de los cálculos.

— Sí, para venir á parar adonde ha venido á parar mi padre, murmuró el muchacho.

— No siempre son las circunstancias adversas, objetó la buena madre.

La oposicion de Ramon á la carrera que le habian proporcionado, acabó en abierta lucha entre el padre, que era obstinado y queria ingertar la cruz de Alcántara en un uniforme de la marina real, y el hijo, que era temerario, decidido, y grandemente amigo de hacer su voluntad.

En vano se esforzaba la buena esposa con su genio conciliador por avenir á ambas partes, haciendo presente á su hijo que en su situacion, rechazar el enorme beneficio alcanzado que le proporcionaba una brillante carrera, que habia sido la de sus ilustres abuelos maternos, era harto peor que

haber quemado aquellos documentos, que de un modo tan vil le hubiesen proporcionado su porvenir.

El niño contestaba que abominaba la mar, que si se mareaba en una carreta qué no sucederia en un buque, y que ántes araria la tierra que surcar los mares.

Cuando repetia la buena madre estas razones á su marido, reforzándolas con suaves observaciones sobre que los padres no debian violentar las vocaciones de sus hijos, el coronel cortaba con pocas palabras la discusion, diciendo: que á esa edad no podian aun existir esas decididas vocaciones, que lo que habia era, que á su hijo le halagaba mas la libertad de la vida estudiantil, que no la rigidez y disciplina de un colegio militar; y sobre todo, que no teniendo medios para costear sus estudios, careciendo la necesidad de ley, y la precision de alvedrío, estas podrian mas que la en el dia tan desatendida potestad paterna.

De esta suerte, en este combate diariamente renovado, que privaba á la paz de su mas dulce y preferido asilo, el hogar doméstico, pasó un año; al cabo del cual llegó la que corta y acaba todas las contiendas de los hombres, la muerte, y el coronel bajó al sepulcro tranquilo, como el que al echar la última mirada sobre su vida, no halla en ella cosa que le inquiete, le punce ó le ruborice; tan confiado en la misericordia divina como en su providencia; — de manera que no se acordó de su familia sino para bendecirla y decir estas últimas palabras á su desconsolada mujer:

— No llores tan corta ausencia, Teresa, cria á nuestra hija á tu semejanza, y habrás cumplido en todas sus partes la dulce y noble mision de la esposa.

D. Manuel arrancó de la cabecera del moribundo á la anonadada Teresa, que para mas desconsuelo se hallaba encinta, y ocupó su lugar, que no abandonó hasta despues de haber encomendado el alma y cerrado los ojos á aquel hombre honrado.

El desconsuelo de la viuda fué desgarrador; en su noble corazon se habia hecho mas profundo y mas tierno el cariño á su marido á medida que mas desgraciado, abatido y triste, por sufrimientos morales y físicos, lo habia visto.

Algun tiempo después dijo D. Manuel á la afligida viuda (siguiendo las instrucciones que le dió un rico y caritativo marqués, que se interesaba de corazon por la virtuosa y noble señora), que el difunto padre de este señor habia dejado en su testamento una manda pia que consistia en sufragar los estudios en Sevilla á un jóven que tuviese las circunstancias que reunia Ramon, esto es, pertenecer á una familia distinguida y desgraciada, y ser hijo de viuda.

Quien no sabe mentir es crédulo, y Doña Teresa nunca sospechó que fuese á la caridad de un vivo, y no á una manda pía, á quien iba á deber su hijo su carrera. La caripad es tambien ingeniosa para hacer el bien sin dar la cara, y á veces pasa por encima de su amiga la verdad, sonriéndole y poniendo el dedo sobre sus labios.

CAPITULO III.

Preciso es ántes de proseguir que conozca el lector al padrino que habia sido de la niña, persona que sin tener parte individual en ninguno de los eventos de que se compone la relacion que vamos á hacer, figura en ellos, ya para bien, ya para mal de esta familia: suave y oficioso instrumento para lo primero, completamente extraño é ignorante en lo segundo.

D. Manuel, hijo del mayordomo del marqués de San Adrian, fué tan bien inclinado en su infancia, que desde aquella época le habia elegido el marqués para constante compañero de su hijo, niño triste y apocado, y ciego de nacimiento.

Manuel, pues, recibió la misma educacion y enseñanza que recibió el heredero de su señor. Como sus buenas inclinaciones no se desmintieron nunca, á la edad competente eligió la carrera eclesiástica, cuyos estudios siguió en Sevilla, y le fueron costeados por el marqués.

Su padre le envió á parar durante este tiempo en casa de un amigo suyo, que era cura de una de las parroquias menos céntricas de Sevilla.

Este anciano vivia con una hermana y una criada, ancianas tambien, que formaban el interior mas pacífico y reconcentrado que imaginarse puede. Su universo era su parroquia; los eventos de su vida eran las funciones y cultos que en ella se celebraban; sus ocupaciones el cuidado material de la iglesia y de los pobres.

El cura, que era estudioso, habia reunido á fuerza de tiempo y de buscar ocasiones, una librería bastante numerosa y escogida, en que, como es de pensar, vestian los libros su poco elegante traje antiguo de pergamino, cubierto del cual un Mariana y prontuario de teología moral del padre Lárraga, se miraban y encogian de hombros al ver sobre la mesa del cura un regalo que le habia hecho un librero amigo suyo, que era un almanaque encuadernado en *moiré* y con los cantos dorados. Como esta recoleccion formaba las delicias de su poseedor, y esta era casi la sola persona que trataba, el escolar se fué embebiendo en su lectura, de manera que todo el tiempo que no empleaba en sus estudios, lo dedicaba á instruirse de su contenido, y llegó á sobrepujar al cura en conocimientos literarios, históricos y arqueológicos.

De esta suerte, siempre ocupado su tiempo y llena siempre su imaginacion, aumentó su saber, se desarrollaron sus alcances, sin que nada perdiesen su candor ni su pureza de costumbres, no solo por inclinacion y sentimiento del deber, sino por hábito.

Los hombres que viven en el mundo, no creen en estas puras existencias, las cuales atraviesan el revuelto mar de esta vida con su espantoso oleaje de malas pasiones, como cubiertas de un manto impermeable que ninguna de sus olas llega á traspasar; dándolas los ménos materialistas y ménos aferrados en oponerse á la evidencia, por posibles tan solo en el aislamiento y retiro de los claustros, con la exaltacion de una devocion ascética, fruto de una enérgica reaccion; y por enteramente imposibles en el mundo, en contacto con todas las seducciones que ofrece.

El cansancio de oir sostener este triste y torpe tema, hace mayor nuestro entusiasmo cada vez que observamos una

de esas existencias inmaculadas, en las que no es la total ausencia de los vicios y de las malas pasiones debida á sacrificios, ni á heroismo, ni á desengaños, sino muy sencillamente á falta de arrastre ó á ignorancia de aquellas, y á la dulce y nunca desmentida costumbre de regirse por la ley de Dios. Este es el mayor comprobante de uno de los puntos mas controvertidos de la doctrina cristiana: el lugar preferente dado al hijo pródigo; pues quien conoce la seduccion del mal y la resiste, el que camina por una suave pendiente y retrocede, tiene mas mérito que aquel que no sigue un arrastre que desconoce, y camina por una senda llana y derecha que le lleva, sin que en ella pueda perderse, al fin hácia el cual camina.

Después de ordenado de sacerdote, regresó á su pueblo con la cabeza enriquecida y sin haber empobrecido su corazon. Nombróle su antiguo compañero (marqués ya por la muerte de su padre), capellan de su casa, en la que este vivia retirado de todo trato.

De esta suerte varió poco su vida sencilla y tranquila: estudiaba con placer, cuidaba y complacia con gusto al desvalido marqués, cumplia sus deberes de sacerdote con una dignidad sostenida y escrupulosa, no inspirada por sentimiento alguno personal, sino por las mismas funciones que ejercia. No bebia ni fumaba, por la sencilla razon de que ni el vino ni el cigarro le gustaban. En cuanto á la cerveza, contaba alegremente que habiéndosela prescrito por un padecimiento de estómago el médico á la hermana del cura, se le encargó el sacristan que buscase y comprase una botella. Cuando la hubo traido, le dió el cura un poco de aquel líquido para que lo probase, y viendo que ponia mal gesto, le preguntó: — ¿Qué te parece, hombre? — Señor, contestó el interrogado, me parece que si cerveza hubiese habido en el Calvario, al Señor no le dan la hiel.

No conocia los naipes, porque nunca habia visto juegos de baraja. Era sobrio por la razon de no haber comido sino en pobres mesas, ó en la del marqués, que estando á régimen, nunca comia sino puchero; y solo se emancipaba D.

Manuel de esta uniforme frugalidad para tomar á los postres mucha fruta, manjar favorito de los frugales españoles.

En cada mujer veia la pura vírgen, la casta esposa ó la austera viuda de que hablan las Escrituras y los Santos Padres; de estos á la odiosa ramera, no habia para él gradacion; así como no la habia entre el respeto y el repulsivo desprecio que le inspiraban.

Estamos ciertos que hay hombres de mundo que de muy buena fé calificarán por este bosquejo copiado del natural á D. Manuel de *mandria:* de tal suerte la *costumbre* del mal trastorna las nociones. Pero es lo cierto que D. Manuel, sin acudir al heroismo de la santidad, por su buena inclinacion, buenos principios y buenos lados y ejemplos, habia constituido su vida en la *costumbre* del bien, lo que le hacia llevarla perfecta, muy ajeno de que por tal la tuviesen ni Dios ni los hombres; pues sin ser santamente humilde (porque no era santo), creia su vida ni mala ni buena, ni el cumplir con sus deberes le parecia cosa digna de elogiarse.

No obstante, para ser verídicos biógrafos y probar que no hay interior humano bastante puro ni bastante atrincherado para que no penetre en él el mal espíritu, referiremos una circunstancia de su vida, en que puso el pié sobre la mas resbaladiza de las malas pendientes.

Levantábase desde su llegada D. Manuel á las cinco é iba á la iglesia á decir misa y ayudar en sus funciones al anciano cura, que desde su infancia amaba y respetaba mucho; volvia despues á su casa, entregándose al estudio y lectura hasta que le llamaban para desayunarse con el marqués, cuyo mismo desayuno de un huevo fresco y chocolate tomaba cuando no se lo impedia el ayuno. Eran sus estudios preferentes sobre la predicacion, ramo de su carrera eclesiástica por el que sentia una marcada vocacion.

Sabido esto, succedió que le fueron encomendados los sermones de un septenario. Cumplió tan admirablemente su mision, que todo el auditorio, incluso en él su pobre anciano padre, quedaron admirados y vertiendo lágrimas de dulce enternecimiento. Las autoridades civiles y eclesiásticas, las personas principales del pueblo, acudian concluidos

los sermones á la sacristía á felicitarle y saludar en él á un nuevo padre Juan de Avila, llamado por los buenos efectos de su predicacion el Apóstol de Andalucía.

D. Manuel, lo hemos dicho, era bueno, era sano; pero no era santo y no tenia la humildad de tal. Estos elogios empezaron por halagarle, despues le embriagaron, é iban quizas por sus grados contados á engreirle, cuando el anciano cura, que todo lo observaba con la vista perspicaz de la esperiencia, le llamó una mañana al entrar en la sacristía.

— Oye, Manuel, le dijo; voy á referirte un lance que se cuenta de la vida del venerable Fray Diego de Cádiz. En una ocasion predicó un sermon, pero de tal suerte, que convencidas las cabezas, enternecidos los corazones, elevadas las almas de cuantos componian el auditorio, recibió una ovacion entusiasta y fué llevado entre aplausos exaltados y tiernas bendiciones á su casa. Llegado á ella, confuso, pero enajenado, se fué á su retiro, en que habia una santa imágen del Crucificado, ante la cual se postró; entónces oyó una voz, puesto por Dios en los labios de su imágen, que le dijo: *Diego, qué bien he predicado hoy.**

El cura dicho esto, se alejó, dejando á su oyente con la cabeza baja y confuso. Poco necesita el que nace bien inclinado y ha sido bien guiado, para retroceder en la resbaladiza senda. La leccion no fué perdida. Se habla, hasta en lenguaje mundano y vulgar, aplicado á cosas ménos espirituales, de inspiraciones; ¡dichosos los que las reciben de Dios!

En otra parte hemos tenido ocasion de manifestar que el rasgo que mas distingue á los ricos habitantes de Carmona, es la caridad. Vicios y virtudes se generalizan y hacen endémicos en los pueblos á medida que se practican estas y se tienen aquellos; por lo tanto la caridad en grande escala ha dejado de ser loable excepcion en aquella ciudad, por haber llegado á ser honrosa y admirable costumbre.

Cuando hubo faltado el marqués, su hijo, tanto por sus buenas inclinaciones naturales como por la fuerza de la

* Fácil es colegir que esto significaba que habia predicado cual los primitivos apóstoles, por directa inspiracion divina.

costumbre, y tambien por verse sin heredero, destinó gran parte de sus rentas á socorrer necesitados y ayudar á indigentes. Como es de suponer, estos beneficios fueron repartidos por mano de su amigo y capellan, con la decidida prohibicion de que á nadie dijese cuál era la mano que los socorria.

D. Manuel, por las tardes, y miéntras al marqués, provisto de unas gafas verdes, salia con un pariente á pasear en coche, se iba á la parroquia á buscar al cura, con el que daba un paseo por al arrecife.

Desde su llegada conoció en aquellos paseos al coronel y su hijo Ramoncito, que acompañaban igualmente al cura; desde luego le habia apreciado mucho, así como su triste y angustiosa situacion le habian conmovido profundamente.

Habia hallado manera por medio de su criada de aliviarla algun tanto, sin que el coronel ni su mujer se hubiesen apercibido de ello; habia hecho que el colono de la suerte de olivar pasase por una alza notable en su arriendo, abonándole él por órden del marqués la cantidad de la subida; y últimamente, por sugestion de este, que en las obras de caridad hallaba placer, y hasta en combinarlas un entretenimiento, habia insistido en ser padrino de la criatura que naciera, por tal de tener un plausible motivo para sufragar todos los gastos que este aumento de familia acarrea. ¡Cuántos socorridos existen! ¡cuántos amparados en sus quebrantos materiales ó morales! El mundo es un valle de lágrimas, pero no un árido desierto; en él hay muchas encinas que extienden su sombra sobre la maleza. Pájaros que cantamos en él, no lo hagamos siempre posados sobre ruinas en voz plañidera; hagámoslo tambien al amparo de esas santas y nobles encinas que tan altas y encumbradas descuellan en los bosques de Aranjuez, la Granja y San Telmo, con la suave voz que expresa el elogio y las bendiciones!

CAPITULO IV.

Ocho años habian pasado y Ramon estaba en vísperas de concluir su carrera. Todos los veranos habia venido á pasar las vacaciones con su madre y hermana, las que suspiraban por esta época, la sola animada y variada en su monótona existencia. Con Ramon, que era alegre, entraba la vida y el movimiento en aquella casa, en la que se le aparecia la suave imágen de su hermana Gracia, entre el lecho de una madre doliente y postrada, y la cuna de un niño enfermo y débil, como una vestal que á un tiempo reanimase el fuego próximo á extinguirse en la ceniza, y amontonase combustible para avivar una chispa que no tuviese fuerza para arder.

Así habia pasado Gracia su corta vida, por haber quedado su madre desde la muerte de su marido y su último parto baldada. Gracia no era hermosa, porque el cuidado moral y material de enfermos y un perpétuo encierro, no embellecen la persona aunque santifiquen el alma; Gracia no era hermosa, pero no se habria podido hallar un ser mas poético, interesante y simpático. Era una mezcla singular en tan corta edad (pues solo contaba entónces trece años) de madurez é inocencia, de reflexion y de sinceridad, de docilidad y de iniciativa, de finura y de naturalidad: dotes debidas á las inspiraciones de su corazon, bien guiadas por su excelente madre y el único amigo que tenian, su siempre cuidoso, atento y cariñoso padrino.

Su *hermanita de la caridad*, como la apellidaba siempre Ramon, era, segun este decia, la lámpara de alabastro que alumbraba aquella casa; pero poco habia de poder él si no llegaba á ser la llama de gas que le diese luz y esplendor. — ¡Qué esplendor! contestaba la modesta Gracia; trae salud y fuerzas á la madre y al hermano de mi alma, y deja los esplendores para el sol.

Manolito, que tenia cerca de ocho años, solo aparentaba cinco ó seis; tal era la delgadez y debilidad de su naturaleza; tímido, asombradizo y melancólico, no conocia de la

niñez sino su desvalimiento. Toda la energía nerviosa de su ser estaba concentrada en el apego apasionado á su hermana, que apénas salida de la primera infancia, cuando guiada por su madre, que no se podia mover, empezó á hacer sus veces con el pobre niño. Alguna vez, cargada con él en brazos, le habia dado por distraerle algunos paseos por delante de la puerta de su casa. Solia entónces pasar por allí Gracia Lopez, la hermosa y robusta hija del carpintero, que volvia de algun paseo cargada de flores.

— Adios, solia decirle, adios, ama seca: ¡ya podria mi madre decirme á mí que cargase con mis hermanos! ¡Que si quieres! para eso tiene á la hija de la tia Blasa por niñera; bien que mis hermanos pesan mas que el tuyo. ¡Qué hermoso está! ¡parece la guadaña de la muerte; ni para alfiler sirve! Vaya, que en tu casa no medran ni flores, ni gentes, ¡y es mas triste! parece un cementerio de vivos!

— Mi hermano Ramon, bien fuerte y sano que es, contestaba Gracia sencillamente.

— Pues ¿y tú, que cabes holgada en una paja de centeno? ¿porqué no te compra tu madre un miriñaque?

— Porque ni tiene dinero, ni yo salgo á la calle.

Cuando las vecinas oian estos y parecidos diálogos, su recto juicio y buen sentido salian á la defensa de Gracia Vargas, y solian decir duras verdades á Gracia Lopez, deshaciéndose en elogios de la pobre niña á quien esta tan gratuitamente hostilizaba; de manera que habian acabado por denominarlas para distinguirlas: *buena Gracia* y *mala Gracia*. Esto habia exasperado á la última y arraigado en ella uno de esos odios inveterados que suelen germinar en las almas duras, como la higuera del diablo nace espontáneamente entre piedras, y que si son reforzados por la envidia, se hacen implacables, acerados é inextinguibles.

No sucedia lo que á su hermana á Ramon Vargas, que se habia hecho un hombre alto, fuerte y hermoso. Era parecido á su padre, pero le faltaba el aire noble y de caballero que la nobleza de su alma y la apostura militar unidas habian dado á aquel. Sus maneras eran descompuestas; nunca se sentaba, sino que se tiraba sobre una silla, deplorando

que en su casa no hubiese butacas, y asegurando que el primer dinero que ganara seria para comprar cigarros habanos, y el segundo para una butaca.

Cruzaba las piernas, y doblando el cuerpo, se sujetaba la de encima con ambas manos, teniendo así su persona una posicion tan garbosa, que la hubiese aprovechado Fidias para modelar por ella alguna de esas estatuas en que brilla en toda su perfeccion física y moral (pues las actitudes expresan) la hermosura y la nobleza humana.

En medio de la total despreocupacion que era la base del ser moral de Ramon, conservaba un recuerdo de la cruz de Alcántara, que, como una mosca que se ahuyenta, volvia á zumbarle incesantemente en el oido. Esto hacia que se hubiese apegado con preferencia, entre sus amigos de Universidad, á un jóven, hijo del marqués de Benalí, rico título de un pueblo de la provincia de Córdoba, que habia casado con la híja de un grande de España. Alfonso, tal era su nombre, habia pasado muchas temporadas en Madrid con su madre, y habia adquirido, ingertadas en su carácter naturalmente fino y delicado, elegancia y suavidad de maneras.

Este giro grave y distinguido que jamas se desmentia en Alfonso, era, á pesar que de él se burlaba el campechano Ramon, lo que le habia atraido irresistiblemente hácia él.

El último año le suplicó que viniese á pasar con él las vacaciones á Carmona; y Alfonso, cuyos padres habian ido á Paris por ver si hallaba el marqués alivio á un arraigado padecer, consintió en acompañarle.

— Chico, le dijo un dia Ramon, bien podias venirte, no á desenfrailar, sino á enfrailar conmigo á Carmona estas vacaciones.

— No me digas chico, ni uses esa voz grosera y chavacana, no hija de la confianza de la amistad, sino del mal tono en el trato: voz comun y vulgar; díme Alfonso, como yo te digo Ramon.

— Noble marqués futuro, contestó Ramon haciéndole un saludo, ven á ver el *finis*, que si bien no es el *coronat opus* de mi estirpe, es su mortaja; pero no temas que por entrar en nuestro panteon te prostituyas, que sobre esa tumba verás

una cruz de Alcántara vinculada desde hace muchas generaciones de padres á hijos, pero que no se verá en mi pecho, pues aunque es bien ancho, no quiero por lo mismo colgajos en él. ¡Preocupaciones! cada cual es hijo de sus obras; dinero es lo que debia haberme dejado mi padre, pero el buen señor se aferró en lo que, ni tiene galardon en esta vida, ni premio en la otra.

Lo que iba diciendo recordó á Ramon lo ocurrido con los documentos que habia quemado su padre. Se lo refirió á Alfonso, y concluyó diciendo: de manera que gracias al buen señor de mi padre, anciano de cortas luces echándola de heróico, y á una buena señora de luces cortas, sumisa y adherida á la opinion de su marido como un guante mojado á la mano, no me veo hoy que concluyo mis estudios, como fulano, mengano y zutano, *debutando* con un elevado puesto y un buen sueldo, sino que aquí me tienes con mi carrera concluida, sin tener una proteccion, ni medio alguno para aprovecharla y poder ser útil á mi familia; y cata ahí el resultado del heroismo cena á oscuras de mi padre.

— ¿Es posible, Ramon, repuso Alfonso, que califiques de accion heróica la de tu padre? ¿Qué diria la opinion pública, que al fin todo lo descubre, de los medios puestos en juego por tu padre, si para medrar se hubiera valido de ellos?

— Ya saliste tú con tu ídolo la opinion pública. Desde que los periódicos se han apoderado de ella y la han dividido entre sí, nadie le hace caso, pues solo entera y compacta, justa, recta y desapasionada, es la opinion pública aquella poderosa fuerza moral, aquella solemne voz que mereció ser encumbrada con el nombre de *voz de Dios*; pero hoy dia es una cotorra chillona, que no hace sino repetir lo que le hacen decir. ¿Crees tú, pulcro Alfonso, esquivar su mordacidad?

— Sí, no dando razon á que me *censure* y solo pueda *calumniarme*.

— Te harás esclavo, exclamó Ramon.

— Todos lo somos, y ya que lo sea, quiero serlo de un buen amo.

— ¡Ay Alfonso! repuso Ramon cambiando de tono, si te

oyera D. Manuel te diria que no hay mas buen amo que Dios, y que todos los demas son ídolos; pero hablando de tejas abajo, te diré, mi amigo, que ni el D. Quijote de Cervantes, ni el Quijote de mi padre, se han cuidado nunca de ella, y que tenian otro guia mas sólido y noble, aunque tan ilusorio como es el tuyo; este les llevaba ante todo á satisfacer su conciencia, y no á la opinion pública.

— Con dos guias se puede llegar al mismo punto, repuso Alfonso; alguien ha dicho que no basta ser bueno, sino que es preciso *parecerlo*.

— Sí, pero allí viene el *parecerlo* despues del ser *bueno*, mas tú truecas las primacías; bien advierto que te parezco poco escrupuloso, y que piensas de mí que por una ventaja real sacrificaria yo tu ídolo; quede, pues no es tu ídolo el mio, como tampoco lo es el que lo fué de mi padre, y no pienso por tonterías y exageraciones morirme de hambre. Te repito que ese ídolo que es para tí la opinion pública, desde que ha trocado su tono grave y austero por el tono frívolo y sarcástico, desde que suenan sus cien trompetas discordantes en tonos destemplados, nadie le hace mayormente caso; vanos serán tus esfuerzos por dominarla. ¿Puedes acaso esperar que ande derecho por la senda de la verdad quien premeditadamente se aparta de ella? ¿Pedirás justicia al que se emancipa de la ley de la razon, que hace de la justicia una deuda de honor de hombre á hombre? Desde ahora te predigo que serás víctima de tu orgulloso empeño.

— Si orgullo fuese, repuso algo sentido Alfonso, seria un noble orgullo.

— Un pícaro, vestido de caballero, es tan pícaro como otro vestido de presidiario. El orgullo aristocrático, mató y reemplazó al orgullo feudal que yace en su cota de malla y yelmo. El orgullo popular mató y reemplazó al aristocrático, que yace en sus vestidos de terciopelo y pelucas empolvadas. Este á su vez será muerto por otra especie de orgullo, pues como añade el mismo D. Manuel, solo un enemigo tiene el orgullo que le mata sin reemplazarle, y es la humildad cristiana.

— Me recuerdas, dijo sonriéndose Alfonso, por encum-

brada que sea la comparacion aplicada á nosotros que somos estudiantes, á Diógenes, cuando pateando las alfombras de Platon, dijo: Pisoteo el fausto de Platon; á lo que respondió este: Sí, pero con otra clase de fausto.

— Y ambos, como diria D. Manuel, añadió Ramon riéndose, hijos del mismo mal padre.

— ¿Quién es ese D. Manuel? preguntó Alfonso.

— Es, contestó Ramon, el ser benéfico que la Providencia envió á nuestra familia. En sus brazos han sido bautizados mis dos hermanitos; en sus brazos murió mi pobre padre; por su mediacion me fué aplicada la manda pia que ha sufragado los gastos de mis estudios; él ha proporcionado un honroso enterramiento al que me dió el ser. Si llego alguna vez á ser ministro, á fe mia que he de hacerle obispo.

— ¿Es vuestro pariente?

— Por Adan y Eva.

— Tanto mas mérito contrae.

— Tanta mas gratitud y cariño le tenemos, añadió Ramon.

CAPITULO V.

Al cabo de algunos dias de hallarse los amigos en Carmona, vino Alfonso á casa de Ramon para que diesen su acostumbrado paseo. A la vuelta hallaron los dos jóvenes á Gracia, que sentada en un poyete á la puerta de su casa, entretenia á su hermanito contándole cuentos.

— La sultana Scheherasada, dijo Ramon, que para entretener á este sultan Schachriar tiene un repertorio de cuentos interminable. Manolito, ¿quieres que te cuente el de la buena pipa?

— Esos son los que tú sabes, de pipa y de cigarros, contestó el pobre niño entre mal humorado y afligido; no quiero que tú me los cuentes, sino Gracia.

— Calla, Ramon, no le vayas á contar aquel cuento horrible del negro sin cabeza, que le tuvo impresionado é inquieto tantos dias y noches, sin poder dormir.

— Y no te dejaria ese niño mimoso dormir á tí.

— Eso no importaria nada; pero es el daño que á él le causa el no dormir, pobrecito mio!

En este momento volvia Gracia Lopez á su casa, y pasó delante de ellos con un aire tan altanero, suelto y provocativo, que apénas podia concebirse en sus pocos años. Vestida y peinada con esmero, adornado su gran rodete de flores, animado el color por haber venido de prisa, era una beldad tan notable, que ambos jóvenes se quedaron admirados.

— Gracia Lopez, ¿así pasas de largo? ¿no me has visto? le dijo Ramon.

— Pues ¿no habia de verlo? ¿tengo acaso los ojos en presidio? contestó ella.

— Gracia Lopez, ¿sabes que apénas te reconozco? ¡Cómo has crecido y te has desarrollado de un año á esta parte! ¡Estás hecha una mujer!

— Y usted un hombre, señorito, y por lo tanto, ya no está el tutearse de razon.

— ¡Hola! ¿esas tenemos? repuso Ramon acercándose á ella. ¿Y va usted á poner el dictado como un muro entre nosotros?

— Yo ni quito ni pongo.

— Pues entónces no me opongo al usted, y aunque sea al usía, porque podré decirle que está usía hermosa y desconocida, así de parecer como de trato. Mas hermosura, pero mas desabrimiento; váyase lo ganado por lo perdido.

— No: váyase lo perdido por lo ganado.

— Sea; á mí me gustan los potros por domar.

— A mí no, recalcó la muchacha con descaro.

Ramon que la seguia entró en casa del bien acomodado carpintero su vecino. La mujer de este, que estaba en el patio, le recibió con mucho agasajo, y al ver que su hija, cuya hermosura tenia vanagloria en enseñar, seguia hácia las habitaciones, en que entró, se puso á llamarla; pero Gracia Lopez, la mal criada y engreida niña, la oyó sin que acudiese y sin responder siquiera á la llamada.

— ¡Qué desabrida es! murmuró su madre; pero qué quiere usted, las bonitas se engríen; eso ¿quién lo remedia?

El caso era que Gracia Lopez estaba picada de que Alfonso, que era el que entre los dos jóvenes le habia llamado mas la atencion, no hubiese hecho caso alguno de su belleza, y por esa ansia de dominacion propia de las malas almas, se habia sentido herida en su amor propio al notar la preferencia que aquel habia hecho permaneciendo al lado de la hermana de Ramon. Alfonso, á quien habia chocado el precedente coloquio descocado y grosero, así como el aire altivo de la niña, se habia sentado efectivamente en el poyete al lado de Gracia Vargas, que sostenia en su falda la cabeza de su hermanito.

— ¿Quién es esa muchacha? preguntó.

— Es nuestra vecina; nacimos el mismo dia.

— ¿Es tu amiga?

— No, yo no tengo amigas.

— ¿Y no deseas tenerlas?

— Qué mas amiga que mi madre de mi alma.

— Es la mejor y la primera, pero yo hablo de amigas de tu edad.

— Pues qué, ¿en la amistad hay edades?

— ¿Ninguna distraccion tienes?

— Muchas; cuidar á mi madre y hermanito.

— Qué, ¿está enfermo?

— Sí, señor. Vino al mundo algun tiempo despues de la muerte y enfermedad de mi padre, que tanto afligieron y destruyeron á mi pobre madre, por lo que nació Manolito, el hijo mio, con ictericia y con unas alferecías de que nunca le han podido curar. Tengo ademas las visitas de mi padrino, que me da lecciones y me manda libros entretenidos para leer, lo que al mismo tiempo entretiene á mi madre.

— Y ¿qué libros son?

— Variados, de historia, de moral, de historia natural... y ahora me ha traido una novela.

— ¿Una novela?

— Sí, señor; ¿lo extraña usted? ¿acaso son malas las novelas?

— No tienen fama de ser buena lectura para las niñas.

— Segun sean; Gracia Lopez me dice que lee muchas

muy divertidas que le trae su padre del casinillo. Una habia que tenia yo muchos deseos de leer, porque trata del Judío errante, y á mí me gusta mucho esa historia; pero D. Manuel no quiso, y por eso me ha enviado la que estoy leyendo, que es una cosa preciosa, y se llama Fabiola.

Alfonso se sonrió dulcemente, con la satisfaccion de un alma noble en quien la realidad desvanece una maliciosa sospecha.

En este momento sonó el toque de oracion, y la niña con la mayor naturalidad, porque en su retiro no sabia que aunque no sea obligatoria esta oracion hubiese quien dejase de hacerla, se levantó y se puso á rezarla en voz alta.

Miéntras rezaba habia levantado sus ojos con una expresion plácida, recogida y melancólica, hácia el cielo, que iba trocando el divino color á que ha dado nombre, en ese tinte blanquecino que parece servir de mortaja al dia hasta que se sepulta en la noche.

Gracia, cuyo rostro de frente era demasiado demacrado para constituir una verdadera hermosura, tenia en cambio la belleza poco comun de un perfil perfecto formado por sus finas facciones y por la postura y corte de su cuello y cabeza, de manera, que vista de lado en la posicion que habia tomado, y con la expresion tan sencillamente dulce, pura y reflexiva que tenia, era ciertamente el ideal del poeta, del pintor, y del hombre que piensa y siente.

Nosotros entendemos por ideal, no un nombre vano de una cosa que no existe, sino el último grado de la estética de las cosas humanas, que la realidad no llega á alcanzar.

Cuando hubo concluido se volvió á sentar, puso la cabeza de su hermanito sobre su falda, pero sin dejar de fijar sus ojos en el cielo.

— ¿Qué miras, Gracia? ¿qué buscas en el cielo? le preguntó Alfonso, que al tutearla aun la trataba de niña sin que ella lo extrañase.

— El descubrir la primera estrella, respondió Gracia.

— ¿Es algun agüero? ¿crees ver en ella la tuya?

— ¡Oh, no! bien ha dicho usted que esos son agüeros, aunque son bonitos y poéticos: pero yo no soy poeta,

por lo que no podria explicar la atraccion que sobre mí ejercen las estrellas; pero mas que nada es una idea religiosa, porque entre las obras de Dios, son una de las mas hermosas las estrellas. Así en la que á las demas se anticipa, me parece ver la primera palabra del Credo, y por un impulso de glorificacion á Dios, apénas la discubro, cuando alzo al Señor mi espíritu con el símbolo de la fe.

— ¿Quieres, Gracia, que te recite unos versos que he compuesto á las estrellas?

— Ay, sí, sí, cuánto lo agradeceré: seré como el pajarito que no sabe cantar y escucha enajenado al ruiseñor.

Apénas empezaba Alfonso á recitar su composicion, que oia Gracia embelesada, cuando se oyó la débil voz de su madre que la llamaba.

— Mi madre me llama, exclamó interrumpiéndole Gracia; y tomando á su hermanito dormido en sus brazos, desapareció sin pensar en despedirse de Alfonso.

— Si ángeles hay en la tierra, pensó este cuando estuvo solo, esta niña es uno de ellos.

CAPITULO VI.

Miéntras Ramon, á pesar del sincero cariño que tenia á su madre, mortificaba el ya tan abatido espíritu de esta señora con las recriminaciones que hacia á su padre, pasaba una escena de distinta índole en casa del marqués de San Adrian. Sentado este sobre un sofá, reclinado en sus cojines, oia complacido lo que su capellan le referia de la manera brillante con que habia concluido Ramon su carrera, y de lo bella y vigorosamente que se habia desarrollado su físico.

— Pero ahora, añadió D. Manuel, á quien los años que habian pasado suavemente en la mas dulce de las vidas, la monótona, habian dado mucha madurez y reflexion sin cambiar en nada lo apacible y benévolo de su carácter, ahora ¿qué va á ser de él?

El marqués apoyó sobre los cojines del sofá su cabeza, calva y cana ya por sus padecimientos, á pesar de ser poco mayor que su capellan, el cual parecia, con alguna corpulencia mas, casi el mismo que era cuando regresó de Sevilla; y levantándola después con alguna animacion:

— Manuel, le dijo, he recordado lo que olvidado tenia. El hermano de mi padre es ayudante del rey: jamas le he molestado con empeño alguno; aunque es mi tio, está llamado á ser mi heredero: en vista de esto, y de que una desatencion de su parte podria ser perjudicial á sus intereses, creo que me atenderá. Le vas, pues, á escribir una carta de recomendacion para Ramon, en los términos mas apremiantes y expresivos. En cuanto á los gastos del viaje y estada en Madrid, fácil será hacerles creer que son parte de la manda.

Con la sinceridad y con el calor propios de un carazon nacido para el bien, y que del bien habia hecho todo el interés y ocupacion de su vida, acogió D. Manuel y dió gracias al marqués por este nuevo beneficio, que costándole á él poco, acababa de cimentar el porvenir de un jóven de mérito y de amparar á su desvalida familia; y concluyó opinando que era llegado el caso de que supiesen á quién eran debidas tantas y tan trascendentales mercedes.

— Eso no, exclamó el marqués apurado, no lo pienses; querrán venir á verme y darme gracias, y solo el pensarlo me agita. No, Manuel: ¿crees que pongo precio ni doy valor á la gratitud de los hombres? Ninguno; y si supiese que el ayudar á los necesitados era darles ocasion de que interrumpiesen mi sosiego, dejaria de hacerlo en vida para que después de muerto se hiciese en mi nombre. La carta, que lacrarás, puedes decir que es una sencilla carta de recomendacion que me has pedido, lo que no vale la pena de agradecerse. Y después añadió:

— ¿Y tu pobre ahijadito, que es el que mas me interesa?

— A fuerza de cuidados va saliendo adelante. Encanta ver aquella niña, su hermana, hecha, como la llama su hermano Ramon, una hermanita de la caridad: ¡ay, señor marqués, qué buena escuela es la desgracia! ¡qué buena pre-

ceptora la necesidad! Si á estas lecciones se juntan los ejemplos de una madre justa y cristiana, con resignacion de mártir, conformidad y dulzura de santa, dan por fruto criaturas que bien pueden, envueltas en su humildad, pasar inadvertidas de los hombres en su modesta senda, pero que Dios mira con predileccion y complacencia.

— Manuel, dijo el marqués, si quieres á tu ahijada, pide á Dios para ella que así siga su vida, y que nunca la perciban las miradas de los hombres.

Segun lo habia dispuesto el marqués, arregló D. Manuel todo este asunto, y como lo habia previsto tambien aquel, creyeron en la ampliacion de la obra pia. Ramon tomó la carta con entusiasmo, creyendo en su poca experiencia que llevaba una llave de oro que le abriria desde luego un seguro y brillante porvenir.

Alfonso, que tenia mas mundo, sin desilusionar á su amigo, se sonrió al ver su fe en esa carta de un oscuro y valetudinario marqués de provincia á un cortesano, porque estaba muy léjos de sospechar, ni el apremiante contenido de la carta, ni las circunstancias que mediaban y la hacian una carta de crédito pagadera á la vista.

Los amigos partieron, pues, juntos para Madrid. Grande fué el desconsuelo en casa de Ramon. Su pobre madre lloraba su separacion como eterna, porque no pensaba volver á verle. Ramon, que queria mucho á su madre y á sus hermanos, no obstante la íntima satisfaccion que le causaba ese viaje que hacia en las suaves alas de la esperanza, se afligia del dolor de los seres que amaba. — Madre, decia, me voy, pero es para prepararnos allá un dulce interior en que nos reunamos todos: ¡no se aflija usted, madre, que poco ha de vivir quien no me vea en buena posicion adquirida por mí!

— ¡Hijo de mi alma! respondia su madre, recuerdo que tu excelente padre, que santa gloria haya, decia que eras listo y *travieso*; pero te suplico, te encargo y te mando, que tengas presente que desaprobaba esa *travesura*, como guia de la vida y comportamiento del hombre. No olvides el refran que dice: Quien va despacio, anda bien; quien anda

bien, anda mucho. Nada hagas ahora lo que al fin de tu vida no quisieras haber hecho, para que tengas la muerte del justo, y puedan poner sobre tu sepultura el sencillo, pero honroso epitafio, que han puesto sobre la de tu padre:

«Aquí yace un hombre honrado.»

— Y tú, Gracia mia, dijo Ramon, mezclando en un abrazo sus lágrimas con las abundantísimas que derramaba su hermana, ¿qué me encargas?

— Que pidas á Dios, contestó este, que dé vida á nuestra madre, y salud á nuestro hermanito.

— Sí que lo haré, hermana mia, pues no podré pensar en vosotros sin pensar en Dios y los ángeles. ¡No llores! vamos á ser todos felices; el primer dinero que gane, no lo gastaré en cigarros, no, que será en un vestido para mi hermanita de la caridad.

— ¡No, Ramon, no; cómprale juguetes á Minolito, que es el pobrecito mio tan triste y tan apocado, y que cuando se distrae está mejor!

— ¿Y á mí qué me encargas, Gracia? dijo Alfonso enternecido al presenciar el amor y la consagracion de aquella dulce criatura á los suyos.

— Que no me olvide usted, dijo Gracia, la cual se habia apegado con tierna simpatía á aquel jóven bello, fino y delicado, que era el solo ser que fuera de su padrino le hubiese demostrado interés.

— ¡Eso nunca! respondió Alfonso con cariñoso y convencido acento; la memoria olvida, el corazon no. Pero yo te hago igual encargo: No me olvides.

— No olvidaré á usted: el recuerdo es como las cuentas del rosario, siempre dicen lo mismo, y siempre se reza con la misma devocion.

— ¿Y cuándo pensarás en mí?

La niña bajó un momento su cabeza, sus lágrimas cayeron sobre sus manos que tenia cruzadas sobre su pecho, como para comprimir su dolor, y no aumentar con él el de su madre, y dijo en voz queda:

— Cada tarde, cuando vea asomar la primera estrella.

CAPITULO VII.

No es nuestro propósito seguir en todas las fases y pormenores de la vida pública á las personas que hemos presentado, sino en aquellas de la vida íntima y privada que se enlazan con el asunto que bosquejamos. Basta saber que Ramon habia llegado á Madrid, y que habia sido recomendado de una manera especial y activa á un ministro por el personaje á quien habia escrito el marqués de San Adrian; que este le dió un modesto empleo, al que renunció por mezquino poco después.

Dejando pues á Ramon por dos años, que empleó en Madrid con bastante provecho, gracias á su *travesura*, volvamos á encontrarle en ocasion de haber venido á Sevilla y pasado á Carmona á ver á su familia. Aunque su viaje no habia tenido esta visita por objeto (pues cuando la cabeza lo absorbe todo el corazon queda muy postergado), sintió el mas intenso placer al hallarse entre los suyos; pero se mezclaba á este placer una dolorosa compasion al hallar á su madre siempre inmóbil y postrada, envejecida de muchos años en los dos que habian trascurrido, delgada á un punto que parecia incompatible con la vida, y tan pálida, que cuando cerraba sus dulces y serenos ojos se la habria creido cadáver. Su hermano Manolito seguia macilento y enfermizo, y entre ambos estaba Gracia, formada, embellecida, como un sereno y despejado mediodía entre una débil y nebulosa aurora, y un triste y nublado ocaso.

Al cabo de algunos dias, le dijo su madre:

— ¡Cuán poco has escrito, hijo mio, y los cortos renglones que de tarde en tarde hemos recibido de tí, nada nos han dicho de tu suerte! Díme, hijo, ¿qué haces en Madrid?

— Un poco de todo, madre, contestó Ramon: versos satíricos, artículos de fondo, ejerzo la abogacía, defiendo malas causas, como suelen hacer usted y otras buenas señoras; escribo correspondencias, invento noticias, juego en la bolsa por otros y algo por mí, vendo proteccion, ahueco la voz y aguzo la pluma y el ingenio; en fin, me busco la vida, y un porvenir como Dios me da á entender.

— ¿Dios? preguntó con tierna solicitud su buena madre.

— O la fortuna, que es la que mas directamente interviene en estas cosas, contestó su hijo. Madre, no meta usted el nombre de Dios en todo. ¿Le irá usted acaso á decir á la cocinera que en nombre de Dios no eche demasiada sal, y que no deje pegarse la olla?

— No se trata en lo que vamos hablando de sazonar una comida, hijo mio; se trata de consultar y guiarse por la conciencia en todos nuestros pasos, pero con mas particularidad en los primeros y mas trascendentales de la vida.

— Madre, repuso Ramon, la conciencia tiene una vara de medir distinta de la que sirve para el comercio, que es universal, y la misma para todos. Si usted, que es una santa, fuese á medir con la de su conciencia las acciones de los hombres que se mueven en la vida activa, y tienen que seguir usos y costumbres que existen sin ellos haberlos creado, eso seria querer hacer pasar un torrente por un angosto tubo de puro y delicado cristal. Lo que ahora hago es preparar el terreno para ser elegido diputado en cuanto cumpla la edad.

— ¡Tú!!

— Yo: pues ¿qué le sorprende á usted? ¿Qué me falta para diputado?

— Hijo, ¡tantas cosas!

— Madre, solo el voto de usted, que por suerte no es elector.

— ¿Sabes, hermana, añadió Ramon dirigiéndose á esta, que Gracia Lopez está hecha un sol?

— Sí que está bien parecida, contestó la interpelada, siempre lo ha sido.

— ¿Y porqué no son ustedes amigas?

— Yo no salgo nunca, Ramon.

— Pero ella podria venir aquí.

— Eso poco le divertiria.

— Pues vendria por amistad y no por divertirse. Ella lo desea, pero dice que tú nunca se lo has dicho; yo se lo diré de tu parte.

— Me harás el favor de no hacer tal, le dijo su madre.

— ¿Y porqué, señora?

— Porque mi hija no tendrá mas amigas que las que le elija su madre, que por lo tanto serán las que le convienen.

— ¿Se acuerda usted todavía quizas, dijo Ramon sonriéndose, de la cruz de Alcántara y de la cruz de Isabel la Católica de su abuelo el almirante?

— No miro los pergaminos de las personas, sino sus cualidades, para permitir á mi hija el intimar con ellas.

— ¿Y qué cualidades faltan á Gracia Lopez para ser amiga de mi hermana?

— Todas las buenas, contestó su madre.

— Señora, un fallo tan acerbo se me hace extraño en los benévolos labios de usted, repuso con mal disimulado disgusto Ramon.

— Si la benevolencia sirviese para medir á todo el mundo por un mismo rasero, y hacerse indistintamente amigo de los buenos y de los malos, esa benevolencia causaria mas daño que la misma malevolencia.

— Ramon, preguntó Gracia á su hermano para cortar entre la madre y el hijo aquel debate, que parecia excitarlos á impulso de algun sentimiento ó presentimiento oculto, ¿y tu amigo Alfonso?

— El marqués de Benalí, respondió Ramon, se ha dedicado á la diplomacia, que le viene de molde.

— ¿Porqué?

— Porque en la corte de Inglaterra se ha perfeccionado en la altivez y la reserva, en la de Francia en la elegancia y quisquilla, y en la de Austria en la preocupacion y susceptibilidad. Hace tiempo que no le veo; la última vez me preguntó por tí, Gracia, y me dijo que habia visto en un álbum inglés una imágen de la inocencia velando sobre la infancia, que se parecia á tí.

Un sonrosado suave se extendió sobre las mejillas de Gracia, que iluminó su semblante como una débil luz ilumina y colora una lámpara de alabastro.

— Quiero y aborrezco á ese hombre con igual intensidad, prosiguió Ramon; me atrae y me desvía con la misma fuerza.

— Pero ¿porqué le aborreces? preguntó su madre.

— Porque sabiendo que le quiero se separa de mí.

— Y tú, ¿no te has separado de él? tornó á preguntar su madre.

Ramon calló un momento y dijo despues:

— Puede; ¡nuestras sendas son tan diversas!

— Lo siento, Ramon.

— Él debe á sus padres, repuso este, hallar su carrera hecha; al paso que yo...

— Ese es, no obstante, el amigo que te conviene, Ramon, replicó su madre. La preocupacion de que le tildas, y la despreocupacion de que sin deberlo haces gala, se modificarian quizas ambas en vuestro amistoso trato.

— Está Sibila, es decir, adivinadora, repuso Ramon acercándose á su madre, y tomando entre sus vigorosas manos las finas, blancas y casi yertas manos de su madre, todo lo quiere saber, predecir y juzgar, desde su apartado retiro. Sabe cuál es la amiga que no conviene á su hija, y el amigo que conviene á su hijo.

— Las Sibilas iluminadas por su amor de madre, rara vez se equivocarán, hijo mio.

— Pues ya que acierta, indíqueme mi Sibila dónde hallar un tesoro.

— Hijo mio, no se hallan tesoros ni alhajas en la vida real, como en los cuentos de hadas; ni es necesario al hombre mas tesoro que su honradez y trabajo, ni á la mujer mas alhaja que su juicio y su modestia.

— Sistema de caldo de pollo y dieta de Broussais: muy sano, pero muy poco sustancioso, dijo alejándose Ramon.

CAPITULO VIII.

Pocos dias despues estaba Ramon en casa del maestro Lopez. Este, como ya se ha dicho, habia prosperado, y en ese desnivel general y rápido, hijo de nuestra era, y que seria inconcebible en tiempos normales, habíasele visto subir

sin divisar en qué escalones asentaba sus piés; de la misma manera que á otros se les ve bajar sin que se descubra la rápida pendiente por la que se despeñan. En ambos casos, tienen por lo general mas parte las circunstancias de la vida pública, y la marcha de la época que los empuja, que la accion de los individuos; pero por lo regular se ensalza al que medra y prospera, y se le adjudica el galardon de buena cabeza, así como al que decae y tiene mala suerte, se le culpa, porque no se toma para juzgar mas regulador que el éxito. Falta tiempo y falta equidad al mundo para formular sus fallos; los fabrica al vapor, que es el método por el cual se va haciendo todo en este siglo de las luces, como modestamente se califica á sí mismo.

El maestro Lopez habia empezado por comprar la casa que vivia. Después habia levantado sobre el bajo un cuerpo alto, en el que dispuso una sala de estrado, para la que compró en Sevilla buenos muebles, entre los cuales sobresalian dos butacas talladas y con muelles, que le habian costado cien duros cada una; un espejo diminuto, que costó solo media onza, y el retrato suyo y de su mujer, al óleo: dos estupendos mamarrachos dignos de los originales, pero colocados en soberbios marcos tallados y dorados.

Por de contado, aquel *estrado* estaba herméticamente cerrado, y no se abria sino para hacerlo admirar de los conocidos de sus dueños.

Lo que el maestro Lopez, á pesar de ser un buen carpintero, no habia podido pulir, era á su hijo, que ántes y despues de rico era un leño. Pero eso no impedia, como solia decir el maestro Lopez á Ramon, que se viese de sacarle un destino.

Ramon, que para lo sucesivo queria tener propicio al maestro Lopez, hombre de influencia, prometia y aseguraba que su primer cuidado al ser nombrado padre de la patria, seria colocarle, aunque dejase cesante á algun matusalen de oficinas; porque los empleados, como los gobiernos y las botas, se gastan pronto, y es necesario reemplazarlos con novatos, que son muy preferibles á los rutinarios.

— ¡Lo que sabe esta gente nueva! decia entónces admirado

el maestro Lopez á su mujer. — Y muy bien que dice, añadia sentenciosamente; los hombres no son como las maderas, que para que no se rajen y tuerzan, y puedan servir, es preciso dejar pasar el tiempo dando lugar á que se sequen y consoliden; los hombres han de ser nuevos y mozos, que miéntras mas sean lo uno y lo otro, mejor.

Ramon por de contado, no pensaba todo lo que decia; pero tenia que contentar al maestro Lopez, y tambien á su hija Gracia, de la que estaba enamorado.

A pesar de que estos amores eran sabidos y muy celebrados por los padres, que bien conocian que el mozo era llamado á hacer carrera y á figurar, Gracia y Ramon, siguiendo la costumbre del pueblo, cuando en casa del maestro estaban reunidos, nunca se hablaban.

Esta universal é inveterada costumbre del pueblo tiene varios orígenes; es el primero el respeto á los mayores, en particular al padre; el segundo es una mezcla de pudor y orgullo que hace al amor huir de entremetidas y curiosas miradas y ocultarse como una joya en su estuche, como una esencia que en un bote se lacra, como las mas bellas flores en un jardin reservado; y por estas y otras causas, en un círculo que bien puede formar una *reunion*, pero no una *sociedad*, en un pueblo morigerado como el español, nunca se acercan los muchachos á las muchachas, en las que la *conversacion* con los *mozos* está mal vista.

Establecída esta costumbre, no pueden, ni les placeria á los que son novios, infringirla llamando la atencion y exponiéndose á la crítica. Por esta razon hablan los novios por las rejas, si bien con ménos comodidad, con mas franqueza y ménos embarazo que delante de gente.

El maestro Lopez estaba aquel dia furioso. — Ese indigno hijo mio, exclamaba, me va á quitar la vida. D. Ramon, cuando sea usted diputado, no le saque usted empleo; sáqueme como en los odiosos tiempos del despotismo una órden para mandarlo á las islas Marianas, y que se pudra allí entre las ratas. ¿No es allí, D. Ramon, donde hay tantas ratas? me parece que así lo dice el *periódico*.

— Y ¿qué ha hecho su hijo de usted? preguntó Ramon.

— ¿Pues no quiere el muy bárbaro casarse con la hija de un gañan?

— ¿La hija del tio Escambron? ¿Está loco? exclamó la madre.

— ¡Buena cuñada quiere darme! dijo con desprecio y altivez Gracia.

— Yo creí, añadió el maestro Lopez, que era un zoquete ni del campo ni de la ciudad, y sin mas aficion que su maldecida escopeta; pero el niño está saliendo un ciento-piés. ¡Casarse con la hija de un gañan! ¿Podrá darse mayor necedad?

— Ya veremos de impedirlo, opinó Ramon.

— No ha de poder impedirse, le ha dado palabra. D. Ramon, ello es que un tonto echa una piedra en un pozo y cien discretos no la queden sacar.

— Y tan fea es la niña, añadió Gracia con burla, que el verla quita el hipo, y él tan torpe, que para hacer una O necesita un canutero. ¡Vaya una pareja!

Pocos momentos despues de emitir esta opinion, decia Gracia Lopez en la reja á Ramon, que se hallaba al lado de afuera:

— ¿Con que las vanas de tu madre y hermana no quieren que yo vaya á su casa?

— No he dicho eso, Gracia, repuso Ramon; te he dicho las propias palabras que mi hermana me contestó; yo no miento nunca.

— ¡Ya! ¡si tú eres muy caballero! los caballeros no mienten, ¿no es eso? Lo que te digo es que porque tu padre tenia sangre azul, galones y cruces, no quieren que te cases conmigo, porque se las come la vanidad.

Anda diciendo tu madre
que la Reina es para tí,
anda, vé, díle á tu madre
que la Reina está en Madrid.

— No es eso, Gracia...

— ¿Pues qué habia de ser?

— Que mi pobre madre está tan mala, tan triste y huraña, que no quiere ver á nadie. Bien sabes que fuera de

D. Manuel, la hermana del cura, que es amiga antigua de madre, y el médico, no entra nadie en casa.

— Digas lo que digas, bien se me advierte que estás supeditado por ellas, y ellas por su gran orgullo. ¡Qué hombre con barbas tiene que contemplar voluntades ajenas para disponer de su suerte!

— ¡Ay, Gracia! hace media hora que de muy otra opinion eras, cuando se trataba de tu hermano.

— Eso es distinto, contestó Gracia, que tenia salida á todo; mi hermano tiene padre, y mi padre dinero; y mi hermano es un zopenco que nada es ni nada puede sin mi padre y su dinero (ya vemos las bases sobre que fundaba Gracia Lopez la obediencia y sumision á la potestad paterna). Pero tú no tienes padre, y no recibes, sino que das á los tuyos, por lo cual, léjos de contrariarte, deberian contemplarte; mas ello no es así, y lo mejor será que esto se acabe y que yo me case con el hijo del boticario, que es rico y buen mozo, y que sabes que me pretende.

— Luego dirás que me quieres, exclamó con despecho Ramon.

— Si no te quisiera, yo le habria dado el sí al hijo del boticario; pero necia seria la que dejase lo cierto por lo dudoso.

— ¿Dudas de que te quiero?

— Obras son amores y no buenas razones.

Siguió la conversacion aquella y otras noches, con largos y parecidos argumentos, empleando Gracia todos los medios que su mal instinto le sugeria, y consiguiendo al fin reducir á Ramon á que se casase; si bien él exigió, por varias razones, que el casamiento fuese secreto y no se verificase allí. Dispuso que él se iria y que ella le siguiese á Sevilla, donde deberia efectuarse la boda, y despues seguirian los recien casados á Madrid.

La víspera de marchar, pasó Gracia Lopez poco ántes de la oracion por delante de la puerta de Gracia Vargas.

Estaba esta sentada con su hermanito en el poyete donde solia situarse, y segun su costumbre, miraba á las estrellas, por lo cual no notó que se le acercaba su vecina hasta que esta le dijo bruscamente:

— ¿Estas contando las estrellas? ¿no sabes acaso que á la que cuenta las estrellas le salen verrugas en la cara?*

— No las contaba, contestó Gracia, porque dice D. Manuel que nadie las ha podido contar.

— Pues á que D. Manuel, ya que es tan *sabijondo* y nada ignora, no te ha dicho, porque no la sabe, cierta cosa.

— No sé á qué puedas aludir.

— Pues yo te lo diré, y es que me caso.

— Sea enhorabuena; deseo que seas feliz, Gracia.

— Muy jóven soy, prosiguió esta, pero tengo dos pretendientes, y me he decidido por uno de ellos nada mas que por hacerle tragar quina á su madre y hermana, que no querian que se casase conmigo. Ya lo sabes, adios; algun dia conocerán qué necedad es enturbiar el agua que se ha de beber.

Gracia, herida como lo estaba cada vez que le dirigia la palabra su vecina, y ademas sobrecogida por un triste presentimiento, entró en la alcoba de su madre, á la que refirió todo lo que habia dicho Gracia Lopez.

— Hija mia, le contestó su madre, debemos celebrar este suceso, que, como es de esperar, aleja á esa mala Gracia de nuestra vecindad, y quizá del pueblo.

La hija, que vió cuán lejos estaba la madre de sospechar lo que ella temia, calló, dejando al tiempo la triste mision de desengañarla.

Pero pocos dias despues entró la criada muy afanada, y con esa ansia que tienen las gentes vulgares por comunicar malas nuevas, refirió á su señora el casamiento de Ramon con todas sus circunstancias, que con suma complacencia le habia referido la madre de la novia, añadiendo con soez y provocativa insolencia, que Ramon para casarse no habia necesitado ni del beneplácito ni de la presencia de su madre.

Al oir tal noticia, sazonada con tal veneno, permaneció la enferma unos segundos muda é inerte de espanto. Dió luego un gemido y perdió el sentido.

---

* Ignoramos del todo la causa que, ya en sentido material ó moral, pueda haber dado orígen á este aserto popular.

Su hija fuera de sí mandó llamar á su padrino y al médico. Cuando despues de varias horas de desmayo volvió Doña Teresa á la vida, fué con una violenta calentura, en cuyo delirio no cesaba de repetir:

— ¡Mis hijos! ¡mis pobres hijos!

— La calentura la sostiene, dijo el médico á D. Manuel, pero no hay vida; la tranquilidad de que ántes gozaba impedia al mal hacer rápidos progresos; pero esta sacudida la acaba.

Al dia siguiente la calentura bajó, y lentamente volvió á despejarse la enferma. La desconsolada Gracia estaba de rodillas, no léjos de la ventana, dirigiendo al cielo sus fervientes oraciones. Al tiempo que, cual una dulce respuesta de arriba, asomaba la primera estrella, se oyó el sonoro y solemne toque de la campanilla que anunciaba la venida de su Dios y de su Padre á la postrada criatura, al amante mortal que por unirse á él clamaba.

Concluida la santa ceremonia, quedó inerte, con los ojos cerrados y ensimismada la favorecida.

— ¡Madre no me mira! dijo con tristeza Manolito á Gracia, la que hecha á dominarse desde niña, sofocaba con heróico esfuerzo sus sollozos, y seguia orando.

— Hermano mio, contestó Gracia al niño, alza tu vista y mira aquella estrella que desde allá nos está mirando á tí y á mí, y nos seguirá mirando cuando madre cierre sus ojos.

Al cabo de algun tiempo, la enferma llamó con débil voz á sus hijos para bendecirlos.

— ¡Mis pobres hijos! ¡mis pobres hijos! suspiró alzando sus ya quebrados ojos hácia Don Manuel, como pidiendo amparo para ellos.

— Prometo á usted, señora, le dijo este, velar sobre ellos, y recibo el sagrado depósito.

— Y yo, D. Manuel, admito el beneficio, y llevaré al cielo, para que Dios la satisfaga por mí, tamaña deuda de gratitud que solo Dios puede pagar. Gracia, el señor D. Manuel es vuestro tutor. Nada hagas jamas sin su beneplácito. Si me lo prometes, moriré tranquila; y luego añadió: D. Manuel, evite usted á toda costa que estos inocentes caigan en

poder de la mujer de su hermano, el que deberia haber sido su padre, y que para nada ha tenido en cuenta ni á ellos ni á mí. Dios le perdone como yo lo hago. Mi perdon para el hijo ingrato; todas las bendiciones de mi alma y corazon para tí, Gracia. ¡Angel de mi vida! sélo, como lo has sido mio, de ese húerfano infeliz y desvalido.

— ¡D. Manuel! ¡D. Manuél!... pierdo la vista... ¡ay Dios, ya no los veo!... ¡mis pobres hijos!... ¡Dios los ampare y ampare mi alma!...

Al cabo de unos dias, D. Manuel escribió á Ramon á Madrid, con laconismo y sin pormenores, la muerte de su madre. Ramon estuvo algunos dias muy afectado, al cabo de los cuales la aglomeracion de sus negocios le distrajo de su pesar. Escribió que sus hermanos podrian reunirse á él, pero sin mostrar empeño.

D. Manuel le contestó que el estado de salud de su hermano no les permitia ponerse en camino.

Ramon les envió el corto socorro que solia remitir á su madre (porque Ramon era al uso del dia, pródigo en cosas personales y de fausto, pero en sumo grado economico en los demas dispendios), y las cosas quedaron cual estaban, con gran satisfaccion de Gracia Lopez, que deseaba poco vivir con sus cuñados, ni que se enterase Gracia de que Ramon, con varios pretextos, no la habia llevado á su casa, sino que la habia instalado en una habitacion aparte, en un barrio extraviado, donde vivia sola y oscuramente.

CAPITULO IX.

Cinco años despues estaba Ramon un dia en su despacho, cuando se abrió la puerta y dio entrada á una persona que con pausa, pero con cordialidad, se adelantó á saludarle. Realzaba la bella presencia del introducido una elegancia de porte y de maneras que unida á una dignidad sencilla y á

una afabilidad natural, pero reservada, infundian tanto agrado como consideracion. Puede que en otras circunstancias se hubiese hallado en el sujeto que presentamos algun retraimiento, debido mucho mas á la desconfianza en el trato que á orgullo personal; pero en este momento se franqueaba abiertamente, y cuando Ramon se levantó para ir á su encuentro exclamando: ¡Alfonso! ¡tú en mi casa! le contestó estrechando su mano:

— Y mas afortunado que he sido en la mia, te encuentro en ella, cuando tú á mí no me has hallado.

— Tres veces he ido á verte desde que supe que habias vuelto de la Embajada de Paris, de que formabas parte.

— Yo tambien tengo contadas tus visitas para agradecértelas; pero desde mi vuelta, originada por la falta de salud de mi madre, no queriendo ya separarme de ella, renuncié á mi destino. La asistencia de mi enferma me ocupa la mayor parte de las horas del dia; esta es la causa de no haberme hallado. Gracias al cielo, se encuentra aliviada; y ahora hablemos de tí. Pocas veces podré verte, así como á mis demas amigos, y quiero aprovechar el tiempo para que me pongas al cabo de cuanto te concierne. Sé que has perdido á tu buena madre, que fuiste elegido diputado, que ejerces la abogacía, que has tenido empleos, que has hecho pingües negocios, y que hoy cuentas ya en el número de los capitalistas. Me congratulo, sin envidiarte. — Y una imperceptible sonrisa acompañó estas últimas palabras: una sonrisa parecida á esos soplos del Guadarrama que, sin que los marque la veleta, penetran el mas impermeable y tupido abrigo. — En fin, que has dado razon á tu buen padre que te designaba como *travieso* y listo. Tienes buena cabeza: lo has probado.

— No debo mi fortuna á mi buena cabeza, sino á mi buena suerte, contestó Ramon, y en particular á la subida fabulosa que han tenido las acciones que yo poseia, de... (aquí enumeró varias grandes empresas de que era accionista), y prosiguió despues: ¿quieres que te ceda alguna?

— Gracias, respondió Alfonso, no me gustan acciones, y se me occure lo que en una ocasion dijo Mr. de Brancas al

avariento duque de Bourbon Condé, que le enseñaba lleno de entusiasmo un paquete de acciones del Misisipí, creadas y puestas en circulacion por Law. Mhnseñor, una sola de las *acciones* de vuestro abuelo vale mas que todas estas. Pero, añadió Alfonso para dar otro giro á la conversacion: díme, ¿qué es tu hermana, la suave, la *linda*, la *buena Gracia?*

— Está en Carmona con mi hermano menor, que es una débil, enferma y pusilánime criatura, al que tiene un cariño apasionado y exclusivo.

— Extraño es, Ramon, que no la traigas á tu lado no teniendo ella mas amparo que tú.

— Se lo he propuesto y no quiere, replicó Ramon, y es por lo que te decia que su cariño á Manolito era exclusivo.

Al marqués de Benalí pareció sorprender esta respuesta.

— Por cierto que es extraño, dijo, y tú debes sentirlo, pues soltero y solo como vives, ella podria llevar aquí una vida regalada, y tú tendrias quien estuviese al frente de tu casa.

En este momento se abrió la puerta, y dos hermosos niños, de cinco á seis años de edad, se precipitaron en el cuarto gritando:

— Papá, hemos salido bien de los exámenes.

— He ganado en premio esta medalla de plata.

— Y yo, añadió el mas pequeño, esta hermosa banda.

— ¿Y quién os ha dado licencia para venir á mi estudio, lo que tengo prohibido? dijo con voz áspera su padre.

La alegría de los niños se trocó al punto en consternacion.

— Mamá nos dijo que viniésemos para enseñar á usted los premios, contestó en voz queda el mayor.

— Cuando mamá mande lo que yo prohibo, no la debeis obedecer, repuso su padre; salid al punto, y no conteis ya con la recompensa con que habia pensado celebrar vuestros premios.

Los niños, con la cabeza baja y con las lágrimas en los ojos, se encaminaron hácia la puerta.

— ¿Y no saludais á este caballero? les gritó el padre con mal reprimido encono al notar la impresion que en el marqués habia causado la precedente escena.

Los pobres niños se volvieron, y sin mirar al marqués dijeron simultáneamente:

— Que usted lo pase bien, quede usted con Dios: y desaparecieron.

— ¿Y qué, eres casado? preguntó el marqués á su amigo.

— Sí, contestó este con sequedad y visiblemente contrariado.

— No será, supongo, con Gracia Lopez, la calificada por la voz pública de *mala Gracia*, de la que cuando muchachos te enamoraste.

— Con ella precisamente, contestó mortificado Ramon.

Hubo un momento de silencio penoso, al cabo del cual preguntó con resolucion el marqués:

— ¿Y porqué no vive contigo?

— Tú que la conoces, contestó Ramon, convendrás conmigo en que . . .

— Lo que conozco, Ramon, le interrumpió el marqués, es que el hombre que comete un desacierto debe confesarlo y someterse con valor y dignidad á sus consecuencias, que ese es el modo de hacérselo perdonar.

— Someterse, bien; pero ostentarlo no, y esto hago.

— Yerras. Tener á tu lado á la que has hecho madre de tus hijos y mujer tuya, no es ostentar tu desacierto, sino dar honor y dignidad á tu matrimonio. Al contrario, tenerla oculta y lejos de tí, es quitarle, así como á tus hijos, su sello de legitimidad; es dar justo pábulo á que te crean peor de lo que eres; es ser tú el primero en menospreciar á la madre de tus hijos, en robarle su decoro, en negarle el respeto, en arrostrar la opinion pública, que, severo juez, sabe harto bien que el misterio es un velo muy trasparente que pocas veces oculta lo que no honra. La manera de que á su puesto alces á tu mujer, es que en él la coloques, y no que la rebajes.

— Si tú, pulcro marqués, te hubieses casado con una Gracia Lopez, ¿la traerias á tu lado?

— Yo, dijo el marqués con algun calor, jamas hubiese amado á una Gracia Lopez; si la hubiese amado, habria huido de ella en vez de procurar su fácil seduccion.

— ¡Ya! si tú tienes el corazon revestido de amianto.

— Ni de amianto, ni de yesca, Ramon; compárame mas bien á las fieras que á ningun peligro temen, pero huyen del fuego; mas supuestos estos dos imposibles, la madre de mis hijos habria sido mi mujer ante Dios y ante los hombres.

— Eres un Caton.

— No es necesario ser un Caton para ser un hombre de juicio y de moralidad.

— Tu moral es evangélica, la mia es mas bíblica, repuso Ramon acudiendo á la chanza, auxiliar de las malas causas.

— En las opiniones que he expresado tiene mas parte el honor que el Evangelio, contestó el marqués.

— Concedo; cierto es que el verdadero honor enaltece al hombre, repuso Ramon, pero cuida no tome el orgullo su nombre, pues hoy dia ya sabes que andan los nombres trocados.

— Este es un ardid de la fraseología. Pero dejemos á un lado ardides, y hablemos de buena fe, repuso el marqués de Benalí. La vanidad es la necedad del egoismo, y el orgullo es la insolencia de la vanidad, y ambas cosas ajenas del asunto de que tratamos.

— Pues si no es una ni otra cosa la base de tus principios, lo serán las preocupaciones; pero sábete que el hombre que se emancipa de su freno opresor, hace lo que le conviene y quiere, sin cuidarse de ellas.

— No, Ramon, el hombre ante todo tiene que hacer lo que debe.

— Estando su conciencia de hombre honrado en lo esencial tranquila ¿qué le importa los que piensen los demás? Pues qué, ¿á tí te ofenden las habladurías?

— Te lo he dicho ya en otras ocasiones, distingo; desprecio completamente aquellas, hoy tan frecuentes, debidas á la malevolencia gratuita, á la calumnia infame, falsa moneda de la verdad, que gentes sin honor ni conciencia fabrican y expenden, y que están destituidas de todo fundamento y verdad; pero no así las censuras que tienen una base cierta, ó siquiera una suposicion probable.

— Y yo tambien te he dicho ya, repuso Ramon, que la

opinion del mundo, de la que te haces esclavo, se vengará de tí; créeme, la exageracion, aun en lo bueno, saca las cosas de quicio, y daña.

CAPITULO X.

En Ramon, que tenia un buen fondo, aunque como el buen trigo á veces, sofocado por esa mala yerba que hoy dia crece y se mece erguida sin que mano alguna escarde los campos, no habian caido en balde las reflexiones del marqués de Benalí. De allí á poco, habiéndole encontrado en un teatro, le participó como habia traido su mujer á su casa y hecho público su casamiento. Benalí le felicitó cordialmente, y añadió que ahora pensaba que no se negaria su hermana á venir á su lado.

Al dia siguiente fué el marqués á ver á la mujer de su amigo, que con una elegancia de traje exagerada, le recibió con la misma exageracion de halagos. Para esto tenia ella muchos motivos, los unos ostensibles, los otros secretos. Sabia que él era el que habia influido en su marido para que hiciese público su casamiento, blanco de todas sus aspiraciones; era ademas el marqués uno de los hombres mas distinguidos y pulcros de la aristocracia de Madrid, por lo cual daba gran prestigio y honra á la sociedad poco selecta que recibia su marido; y por último, era el hombre que desde niña habia llenado todas las ilusiones de su vano y ambicioso corazon. Sus provocaciones, como de una mujer grosera y que no habia nunca conocido ninguna clase de sujecion, fueron demasiado marcadas para que no chocasen al marqués, el cual se mostró mas frio y acompasado que nunca, y no volvió.

Ramon, que en el fondo queria bien á sus hermanos, les participó su casamiento, lo que ántes no habia hecho, renovando sus instancias para que se reuniesen con él.

— Ya no tienes motivo para no irte con tu hermano que te llama, decia por entónces D. Manuel á Gracia Vargas.

— Lo conozco, respondió esta, que contaba ya veintiun años: pero cuánto temo el salir, y sobre todo el sacar á mi pobre hermanito de esta vida sosegada y tranquila que es la sola que nos conviene; y qué temor y repugnancia me causa el ir á vivir con Gracia Lopez, que siempre tan mal nos ha mirado á ambos. ¡Ay! acuérdese usted, padrino, de los leales avisos que me da mi corazon; á su lado hallaremos la desgracia ambos.

— No creo tal, repuso D. Manuel; casada con tu hermano, mirará Gracia á los suyos con cariño y como cosa propia; tu hermano es bueno, y sabrá daros el lado que os corresponde.

— Obedezco los consejos de usted, padrino, como me lo encargó mi santa madre; mi hermano es bueno, es cierto, pero usted sabe que Gracia es mala.

Algun tiempo después mandó Ramon á sus hermanos un dependiente de su confianza, que los acompañó á Madrid.

Grande fué la alegría de Ramon al estrecharlos en sus brazos, y tanto mas contraste formó con ella la seca frialdad que les demostró su cuñada.

Pero esta alegría primera de Ramon pronto se disipó, no por falta de cariño, sino porque abstraido del todo y ocupados su tiempo, su atencion, y casi siempre sus afectos, en el cúmulo de negocios arduos, excitantes, peligrosos, comprometidos, secretos unos, públicos otros, que habia abarcado; los goces y solaces tan dulces del hogar doméstico, de la familia, de la amistad íntima, no hallaban tiempo ni cabida en su vida, ni espacio en su corazon. Ademas, las influencias de su mujer eran una lima sorda que, si no llegaba al tronco, iba despojando al frondoso árbol de sus hojas y de sus ramas.

Los niños, que por desgracia son inclinados á la malevolencia, no necesitaron de las insinuaciones de su madre para ponerse en abierta oposicion con el infeliz é inofensivo Manolito, que aunque mucho mayor que ellos, era por su estenuacion un niño ruin y apocado, y que criado como entre

algodones al lado de su cariñosa y dulce hermana Gracia, sufria como un recien nacido echado sobre abrojos. Gracia padecia de una manera destrozadora por la hostilidad de que era objeto, no ella, sino su hermano, á quien queria ahora mas que nunca, pues el amor y la lástima son dos llamas que al unirse forman una intensa y flamante hoguera; pero como de tan suáve y prudente carácter, maduro ántes de tiempo por la gravedad de la desgracia y el fructífero rocío de los buenos ejemplos y buena enseñanza, conoció que con quejarse á su hermano Ramon nada conseguiria, sino agriar y empeorar su situacion.

El único consuelo que tenia era desahogar su corazon escribiendo á su padrino, que en sus cariñosas respuestas la exhortaba á sufrir con resignacion y conformidad las pruebas que Dios envía á sus escogidos, que son cual el lastre que se pone en los barcos para que naveguen en la mar con aplomo y sin rendirse obedeciendo al timon que los guia.

Largo, penoso, monótono y poco grato seria para el lector el referirle todas las crueles escenas que de continuo se renovaban, y cómo fueron influyendo en Manolito, á quien, por lo débil y nervioso, la menor emocion de temor ó de sorpresa causaba ataques epilépticos.

El estado de sobrexcitacion en que las hostilidades y burlas de su cañada y de sus hijos le ponian, habia recrudecido en él los insomnios, uno de los padecimientos mas crueles de la infancia. Su hermana pasaba las noches á la cabecera de su cama entreteniéndole y alejando de su imaginacion las ideas lúgubres con suaves imágenes de floridos cuentos de hadas. Todo esto era materia para un escarnio cruel que, cuando no estaba presente Ramon, se hacia hasta delante de personas extrañas, las que desconociendo la realidad de las circunstancias, admitian como positivo todo el ridículo que se sabia prestarle. Un niño zarangullon que no quiere dormir solo porque tiene miedo, tan mimoso que es preciso contarle cuentos cuando está en la cama; este tema en bocas vulgares y malévolas, era una mina inagotable de desdeñosa burla.

Deseosa de hacerse olvidar todo lo posible, habia escogido

Gracia Vargas para situarse el lado de una ventana detras de las cortinas, ocultándose con su hermano casi del todo á los ojos de las personas que se hallaban en la sala. Allí llevaba su labor y algunos libros con estampas para entretener á su pobre hermanito, y á veces llegaba á conseguir el anhelado olvido; pero una mañana en que estaban solos la madre y sus mal criados niños, estos, no teniendo gentes con quien entretenerse, se propusieron hacerlo con el infeliz enfermo. Muchas fueron las bromas insolentes y los epítetos groseros que le dirigieron.

El niño empezó angustiarse.

— Si son chanzas, hijo mio, la decia Gracia, en viendo que no haces caso de ellas, dejarán de gastarlas.

Pero no fué así, porque acercándose al pobre niño le dijeron que saliese de allí para jugar. El infeliz, en la mayor angustia, se asió del vestido de su hermana.

— Déjenle ustedes, ¿no ven que está enfermo, y que ni sabe, ni quiere jugar? les dijo Gracia en tono suplicatorio.

— Nosotros le enseñaremos, replicaron los niños; lo que tiene es que es un mandria, un terco, y ha de jugar. Y tirando cada cual de uno de sus brazos, lo arrancaron del lado de su hermana.

El niño empezó á hacer desesperados esfuerzos para zafarse de las manos de sus verdugos.

— ¡Ay, madre! gritó uno de ellos: ¡este pícaro me ha arañado!

Al oir esto su madre, que como de costumbre estaba impaciente y hostil, se levantó con la mano alzada para descargarla sobre Manolito; pero en este instante la suave, la sumisa Gracia, se arrojó entre ambos, y estrechando con una mano á su hermanito contra su pecho, y extendiendo la otra con toda la energía de su tanto tiempo contenida indignacion, — Eso no, exclamó, no pondrás tú la mano sobre este inocente: ¡guárdate! Pobres somos, pero el mundo es ancho, y tengo manos para trabajar y procurar al hermano de mi alma el trato dulce y la vida tranquila que su doliente estado necesitan. Mañana saldré de tu casa.

La sorpresa, la rabia, y mas que nada et temor, habian

sellado los labios á la mujer de Ramon. Conoció que habia abusado, que habia traspasado los límites, y vió ante sus ojos la figura amenazadora de su marido. Ya buscaba su perspicacia la manera de disipar la tormenta cuando su cuñada llegase á hablar, haciéndola pasar por calumniadora, asegurando que á quienes habia tenido intencion de castigar habia sido á sus hijos y no á Manolito; pero no fué necesario. Gracia se habia llevado en sus brazos á su pobre hermano con una espantosa alferecía, de la que no volvió.

Al siguiente dia estaba de cuerpo presente.

CAPITULO XI.

¿A qué pintar el dolor de Gracia? ¿Quién ha podido sondar el mar, quién contar las estrellas del cielo, ni las lágrimas que unidos pueden verter la mas destrozadora lástima, el mas cruel dolor, y el mas profundo desconsuelo?

Ya lo que Gracia pudiese decir á su hermano mayor, de ningun alivio podia servir al que yacia frio é inerte en su huesa, y Gracia calló.

Este generoso proceder, léjos de amansar el encono de su cuñada, lo avivó, porque se habia preparado á una lucha de que esperaba salir vencedora.

Gracia escribió á su padrino lo que habia pasado, acabando así su carta: «Siempre me llamo Ramon *hermana de caridad*, y puesto que ya cumplí mi mision con los mios, dulce mision que ha llenado toda mi vida porque amaba con tanta ternura á los que asistia, estoy decidida á proseguirla en los hospitales. Si no fuese mi vocacion, si no fuese el camino del cielo, si no fuese en mí ya costumbre, la eligiria solo por salir de la vida que llevo, que es una vida harto peor, y sin provecho para mí ni para nadie.»

D. Manuel le contestó que nada tenia que opponer á su santa determinacion, y sí solo que parecia haberla tomado en un momento de agudo dolor; que las determinaciones nece-

sitaban mucho tiempo para adquirir madurez, y que su opinion, así como la del señor cura, era que aguardase algun tiempo ántes de efectuar su propósito.

La dócil jóven siguió el dictámen para ella sagrado del consejero que le habia señalado su madre, y vestida de rigoroso y sencillo luto, volvió á ocupar su puesto en la sala detras de la cortina que la ocultaba á la vista de todos.

Una tarde fria y desabrida estaban Ramon y su mujer sentados, cada cual ocupando una butaca, al lado de la chimenea. Gracia Vargas ocupaba su acostumbrado puesto cerca de la ventana, detras de la cortina, donde permanecia tan oculta á las miradas como léjos de la memoria de todos. Ademas, como era tan silenciosa, su cuñada no cuidaba de hablar delante de ella aun de las cosas mas secretas.

— Sabes, Ramon, dijo á su marido, que hoy ha estado aquí Doña Rosa, y me ha vuelto á hablar para que influya contigo á fin de que te hagas cargo del pleito de la marquesa de Oropeles, la millonaria señorona.

— Es un pleito repugnante, mujer, respondió Ramon, cuyo buen fondo y noble sangre hablaban siempre que su interes, su ambicion, ó la pésima influencia de su mujer no ahogaban su voz. Su hermano ha muerto sin hacer testamento, y valida de eso, aunque sabe el cariño que él tenia á su pobre mujer, que ha perdido su salud por un acto de heroismo al salvarle la vida, no solo la quiere despojar de cuanto posee, sino impedir que señalen á la infeliz enferma una triste pension con que pueda vivir.

— Eso no es cuenta tuya: los abogados no se eligen como jueces, sino como combatientes; los abogados deben dejarse el corazon en casa y no llevar al tribunal sino el Código. Si no aceptas, la marquesa no nos convidará al gran baile que va á dar, donde estará la flor y nata de la alta sociedad de Madrid.

— Y si acepto la defensa, como deseas, ¿acaso te ha dicho que te convidará?

— Terminantemente. ¡Podrias ahora salir con las ideas de tu padre! Si aquellas te han costado tu posicion y suerte, ahora te costarian perder el lustre que á tu mujer le falta,

el ser introducido en la intimidad de personajes altos é influyentes que todo lo pueden, empezando por la marquesa de Oropeles, que asegura que el buen éxito de su pleito lo pagará con el nombramiento de secretario honorario de S. M.

— Promesas al aire, repuso Ramon; pero sea como fuese, dices bien, el abogado no juzga, defiende. Sea, pues, y si ese marido desprevenido no hizo testamento, él es, y no sus naturales herederos, quien tendrá la culpa de lo que á su mujer sobrevenga.

— Gracias á Dios, Ramon, que te veo razonable; si por tu quijotismo me hubiese quedado sin ir al baile, no sé qué me hubiera sucedido; por la parte mas corta, me cuesta una enfermedad; y en tí el renunciar por melindres á todas las ventajas que esa defensa te va á proporcionar, hubiese sido una necedad.

— Pero es el caso que si al fin parece un testamento...

— ¡Qué ha de parecer!

— Dícese que lo tenia hecho.

— ¿Cómo se ha de saber eso?

— Por varios testigos que se lo oyeron decir, entre ellos Benalí, amigo íntimo del difunto.

— ¡Mienten! y así se les dice en buenas palabras, y que lo hacen por compasion, y esa que la ejerza cada cual con su bolsillo, y no para que por ella se menoscaben las leyes. Ramon, este pleito es una fortuna que se nos entra por las puertas; pero calla, oigo pasos ... en la antesala.

Efectivamente, en aquel instante se abrió la puerta, y dió paso á la hermosa y noble persona del marqués de Benalí, en cuyo rostro se advirtió un ligero tinto de inquietud y tristeza.

Gracia Lopez, agradablememente sorprendida, se deshizo en agasajos y amables quejas por el olvido en que los tenia el mejor de sus amigos; pero el marqués, con glacial cortesía, puso término á la afectada afluencia de Gracia Lopez, diciendo á Ramon que venia á hablarle sobre un asunto de interés.

— ¿Quieres que vayamos á mi despacho? preguntó Ramon.

— Yo me ausentaré si estorbo, dijo su mujer.

— No, señora, no os incomodeis, respondió el marqués

visiblemente contrariado; urge el tiempo, y solo vengo á preguntar á Ramon si puede encargarse de defender un pleito.

Ramon se sobrecogió sospechando que pudiese ser el mismo de que su mujer le habia hablado.

— ¿Qué pleito es? preguntó.

— El de la infeliz viuda del mejor de mis amigos, de la noble y generosa mujer que le salvó la vida á costa de exponer la suya, y que él amaba con el mas tierno cariño. La perversa marquesa de Oropeles, al saber la muerte de su hermano, la quiere despojar de todo el gran caudal que posee, por no hallarse el testamento que á ella le consta tenia aquel hecho. Hízolo en Cádiz ántes de embarcarse para Méjico, donde le llamaban cuantiosos intereses; para mas seguridad, entregóselo para que me lo confiase á mí al mas fiel de sus criados. La eficacia de este, que no quiso desprenderse de la cartera que lo contenia, fué la causa del contratiempo; porque habiéndose dormido en la galera en que venia desde Cádiz á Madrid, se le escurrió la cartera del bolsillo y se le perdió en el tramo de Sevilla á Ecija. Todas sus gestiones por volverla á hallar han sido infructuosas. La pérdida de ese documento sume en la mas espantosa miseria á la mejor y mas desgraciada de las mujeres.

Ramon callaba.

— ¿Está usted seguro, preguntó Gracia Lopez, de que esa cartera con su contenido haya existido? ¿No podria ser que ese fiel criado hubiese mentido por fidelidad á su señora? Las personas que no son capaces de mentir no sospechan que otros puedan hacerlo; esto pudiera sucederle á usted.

El marqués miró con asombro á su interlocutora, y estuvo por contestarle que las personas que sabian mentir sospechaban la mentira aun en los mas verídicos; pero se contentó con responder:

— Señora, de la veracidad de ese hombre respondo yo.

— Buena garantía es, pero podria ser burlada la buena fe que la ofrece, repuso ella; por mí estoy persuadida de que á usted le engañan, marqués, y de que no existe tal testamento. Por lo que yo, en lugar de Ramon, no tomaria la defensa de lo que aparece claramente una superchería. Un

testamento que se entrega á un criado, que no parece ni parecerá nunca, porque no existe; una cartera que de puro guardada se pierde, sin que pueda darse con ella...

— Esa cartera existe y la tengo yo en mi poder, dijo Gracia Vargas levantándose y apareciendo de repente á los ojos de Alfonso como el hermoso genio del bien para hacerle triunfar de sus enemigos.

El marqués asombrado fijó sus ojos en aquella inesperada aparicion, y exclamó: — ¡Gracia! ¡Gracia Vargas! ¡Ella es!

— ¿Que tú tienes esa cartera? preguntó su hermano: ¿cómo puede ser eso?

— En mal hora entró en mi casa una cuñada, murmuró Gracia Lopez con reconcentrada ira.

— Hermano, contestó la interrogada, todo se explica fácilmente. El médico habia prescrito á nuestro infeliz hermano que hiciese ejercicio, y todas las tardes lo sacaba yo por el arrecife...

Dos gruesas lágrimas, atraidas por el recuerdo de su hermano, bajaron lentamente por las mejillas de Gracia, que prosiguió:

— Una tarde nos habíamos sentado sobre la yerba á la orilla del camino, cuando de repente el hermano de mi alma exclamó: — Gracia, mira lo que me he encontrado, — y me entregó una cartera. La llevé á casa y enseñé á mi padrino, que viendo que contenia papeles de interés, me encargó la guardase con cuidado, miéntras él trataba de averiguar el dueño; pero tanto sus investigaciones como los avisos que se insertaron en el Diario de Carmona y en los de Sevilla, fueron inútiles: nadie reclamó la cartera, y yo seguí conservándola con el cuidado que me habia encargado mi padrino.

— Tráela, dijo su hermano.

— ¿Qué prisa hay? murmuró su mujer fijando en su marido una mirada de reconvencion.

Gracia Vargas con su paso mesurado y su continente natural, digno y modesto, atravesó la sala, miéntras los ojos del marqués fijos en ella la seguian por una atraccion tan dulce como irresistible, y con tal embeleso, que le hizo no acordarse de expresar su satisfaccion por el hallazgo que salvaba

de un despojo infame á la viuda de su amigo. En aquel momento todo lo habia olvidado Alfonso al ver aquella niña que tanto le habia interesado, convertida en la hermosa y modesta jóven que se le aparecia como la enviada de la verdad y de la justicia.

Poco despues volvió Gracia con la cartera, y el marqués procuró hacerse dueño de la turbacion en que se hallaba para examinar los papeles que contenia.

— ¡Es el testamento! exclamó. ¡Loado sea Dios, Gracia! proseguís vuestra mision de *hermana de caridad* contribuyendo en este instante á salvar á la desamparada viuda.

Al decir esto sorprendió el marqués en los ojos grandes, negros y expresivos de Gracia Lopez, una mirada de odio y encono dirigida á su cuñada, que le reveló súbitamente la situacion de la pobre huérfana en aquella casa.

Esta habia vuelto á ocupar su puesto; Ramon y su mujer se habian echado con avidez sobre los documentos. Entónces Alfonso se acercó á Gracia, la que fijaba sus ojos llenos de lágrimas en el Cielo. La cartera le habia recordado viva y dolorosamente á su infeliz y amado hermano.

— Gracia, le dijo con su queda y melodiosa voz; ¿mira usted al Cielo buscando la primera estrella?

— Sí, respondió Gracia con ahogado acento.

— ¿Recuerda usted la promesa que me hizo de acordarse del amigo de su niñez, cuando descubriese en el firmamento esa estrella, exacta imágen de un recuerdo, porque su luz es un reflejo?

— Recordaba al verla, respondió Gracia inmutada, y aun mas que inmutada conmovida por la solemnidad de la presente escena y el recuerdo de su hermano; recordaba que mi pobre hermano decia cuando aparecia á nuestra vista, que era la mirada de nuestra madre que velaba sobre nosotros.

— ¡Pobres huérfanos! dijo con profundo interés Alfonso. Gracia, no será ya la inerte estrella la que velará: de aquí en adelante será un amigo.

CAPITULO XII.

Cosas muy comunes son en la vida los amores, á los que hace la sabia providencia que creó el universo tanto mas poderosos y atractivos, cuanto que no los pone al nacer en los corazones, pero los inspira distantes del círculo de los propios para unir así á las familias y hombres entre sí. Porque son los amores y sus peripecías cosas tan repetidas en las novelas que cuenta la vida del hombre, omitiremos los pormenores de los de Gracia y Alfonso. Tambien quedan muy analizados y repetidos los sentimientos que inspiran y los efectos que causan, ya la envidia, ya los celos; y si ambas cosas se unen, envidia y celos, en una naturaleza como la de Gracia Lopez, se podrá conjeturar el estado de exasperacion y despecho á que por grados la conduciria el amor respetuoso, pero franco y abierto que el marqués desde luego empezó á demostrar á Gracia, y el ver que este amor, dulce y exclusivamente admitido y correspondido por su cuñada, no solo la iba á encumbrar á una grande altura, sino que la hacia tan dichosa, que la iba hermoseando como el sol á un dia en tempranas horas empañado y oscurecido por neblinas. Gracia, que despues de errar tanto tiempo por áridos desiertos de arena, hallaba un oásis en el cariño que inspiraba y sentia, en el dulce amparo que hallaba su vida, habia perdido el aire abatido, triste y temeroso que le hacia ensimismarse y bajar su pálida frente; habia embarnecido, sus mejillas se habian cubierto del suave sonrosado de la juventud; su boca sonreia, como sonríe la inocencia á la felicidad, y sus ojos, que no habian olvidado la sentida costumbre de alzarse al cielo, la conservaban; pero ahora era dándole acciones de gracias y confiando á su madre su felicidad.

A Ramon llenaba de contento la buena suerte de su hermana (buena suerte que por lo regular no logran aquellas que la merecen), y siempre calculador, consideraba con alegría y afan todas las ventajas que le proporcionaria á él su cercano parentesco con un hombre como el marqués; así fué que el dia en que su hermana le comunicó que Benalí la

habia elegido por compañera, necesitó su talento poner un freno á su excesiva alegría para que no apareciese ridícula, y se deshizo en demostraciones de cariño con ella, parte por amor á ella misma, parte por amor á sí propio.

Gracia Lopez siempre se habia burlado de esos amores, asegurando á su marido que su hermana, que era una criatura sin mundo, sin saber y sin trato, se las prometia felices sin causa sólida; que tomaba por dinero contado cuatro cumplidos que le hacia un hombre fino y galante, y que ya vería cómo el dia ménos pensado, por cualquiera asunto que ocupase mas su atencion, dejaria el marqués de venir, sin acordarse ya de lo que solo habria sido para él un mero pasatiempo.

Ramon oia todo esto con impaciencia y disgusto, sin poder combatir tales asertos con razones sólidas, y porque, como es sabido, en sus altercados siempre lleva la ventaja la malicia á la buena fe. Así fué que aquel dia entró Ramon en el cuarto de su mujer, cuyas burlas y falsas profecías se complació en anonadar con la misma sorna y acritud que ella habia gastado hácia su hermana, participándole que Gracia le habia confiado la intencion del marqués de unirse á ella.

Su mujer, pálida de envidia y despecho, le dejó concluir, y se contentó con decirle:

— No lo creo.

Esta sostenida incredulidad era tan ofensiva á su hermana, que Ramon volvió la espalda con un gesto de profundo desden, y salió del cuarto indignado.

CAPITULO XIII.

Al dia siguiente, después de comer, se hallaban reunidos delante de la chimenea, Ramon, que ocupaba una butaca, su mujer, que ocupaba la del lado opuesto, Gracia Vargas, que no léjos de su cuñada bordaba á la mano á la espléndida

luz de un reverbero colocado sobre un velador, y junto á este un convidado á quien Ramon trataba con una franqueza exagerada, que sabia refrenar cuando el amigo con quien la gastaba era persona de buen tono. El caballero que ocupaba este puesto, era rico.

Estamos en la era de la publicidad, parte por el *métome en todo* del periodismo; parte por el cinismo que la falta de dignidad de nuestra época tolera; parte por la malevolencia de los que descubren y publican, ponderándolas, las maldades ajenas, creyendo sin duda que por vituperarlas en otros se les tendrá por completamente exentos de ellas. No obstante, hay arcanos que no es dado descubrir del todo, y que el mismo cinismo, si bien no por vergüenza, oculta por temor. Tales son muchas fortunas salidas de repente como del fondo del mar, que con su pródiga y rica vegetacion se ostentan sobre su superficie como islas flotantes. A estas pertenecia la de D. Arturo Rico, hijo de un sacasillas y metemuertos de un teatrillo, cuyos antecedentes formaban un *quodlibet* de naipes, de agencias secretas, de desfalcos, jugadas de bolsa y falsificaciones, harto extraño y repugnante. Ramon le habia defendido hábilmente en alguno de sus lances elevado á los tribunales. D. Arturo le habia pagado espléndidamente su trabajo, y de ahí nacia la intimidad que entre ellos reinaba, y que D. Arturo queria asentar sobre mas sólidos cimientos, casándose con Gracia Vargas. Para alcanzar su propósito contaba con un celoso auxiliar, y este era Gracia Lopez, que escudaba la dañina intencion de casar á su pobre cuñada con un hombre desacreditado, despreciable y antipático ademas á su noble y delicado ser, con la frase vulgar y moderna *es un buen partido.*

Pero Ramon, que aunque contaminado con los vicios de su época, era bondadoso y amaba á su hermana, se oponia decididamente á tan desigual union. D. Arturo, sentado en el espacio que habia entre la mesa de velador y la butaca en que estaba medio tendido y soñoliento Ramon, trataba de anudar una conversacion con aquella, cual la oruga que busca la senda para llegar á una alta y blanca azucena; pero no podia lograrlo, porque Gracia, sin altivez, pero con severa

decision, sabia mantener íntegra la gran distancia que desde luego habia puesto entre ellos.

— ¿Querrá usted creer, dijo Gracia Lopez, que mi cuñada pueda constantemente echar de ménos y preferir á esta buena chimenea la mesa de nagüillas cubierta de hule que tenia en Carmona, y á este espléndido reverbero su velon de pantalla verde?

— Muy poco creible es en efecto, contestó D. Arturo, y solo si Gracia me lo afirmara le daria entero crédito.

— Puede usted dárselo, pues, dijo Gracia sin levantar la vista de su bordado.

— Extravagancias románticas, opinó Gracia Lopez.

— Puede que sea el encanto que tiene lo que es propio, repuso D. Arturo, y en tal caso si estos cómodos objetos fuesen de su propiedad, tendrian para ella el mismo encanto que conservan en su memoria aquellos otros de Carmona.

— No, señor, repuso Gracia Vargas, que conoció que callando podria parecer que otorgaba; el encanto que tuvieron aquellos no lo pueden tener para mí ningunos otros, pues consistia en la presencia de la madre de mi alma, del hermano de mi corazon y de mi querido y buen padrino.

— Esos cariños se reponen con otros cuando una no es obstinada y no cuenta con un apoyo que puede faltar, dijo Gracia Lopez.

Su cuñada no contestó, pero inclinó aun mas sobre su bordado su rostro pálido de indignacion; mas de repente brillaron sus ojos, sus mejillas se cubrieron del carmin del corazon, su rostro se iluminó como un aposento oscuro cuyas ventanas se abriesen súbitamente á la luz del sol, porque en este momento se abrió la puerta y apareció el marqués de Benalí. Apénas le vió D. Arturo, se puso de pié, y miéntras Ramon hacia otro tanto para ir al encuentro de su amigo, se despidió aquel de Gracia Lopez, que en vano le insistó para que permaneciese.

Cuando se hubo retirado dijo el marqués dirigiéndose á la dueña de la casa:

— Espero, señora, que no extrañará usted que anticipe hoy la hora en que suelo venir á su casa; supongo que Gra-

cia le habrá dicho que ya no vengo á ella solo como una visita ni como un amigo, sino que vengo como un hermano.

Ramon dirigió á su mujer una mirada de triunfo, y no pudo ménos de extrañar lo demudado de su semblante y la expresion de encono y tedio que en él se dibujaba.

Benalí ocupó el sitio que habia dejado vacante D. Arturo, habiendo rehusado la butaca que le ofrecia Ramon, y decia á media voz á Gracia:

— ¿Para cuándo has fijado la boda?

Gracia no contestó.

— ¿No respondes? tornó á preguntar Benalí; ¿qué dispones?

— Yo no estoy acostumbrada á disponer ni sé hacerlo, respondió ella.

— Pues necesario es que te acostumbres, porque lo has de hacer siempre de aquí en adelante, repuso el marqués.

— ¿Sabe y aprueba este enlace la marquesa, sin cuya aprobacion dice usted que no quiere hacer nada? le preguntó Gracia Lopez.

— La prevé y la desea, repuso Benalí, y cuando mañana vaya á Aranjuez, donde se halla, á participarle mi alegría por haber acogido Gracia mi peticion favorablemente, sé que será grande la suya.

— Como Gracia no tiene dote, ni herencia alguna en perspectiva, ... objetó su cuñada.

— Señora, respondió con algun desden el marqués, hasta hoy eran esas objeciones desconocidas en España, y mi madre pertenece á la generacion anterior á la nuestra. Mi madre, así como yo, buscamos el valor de la persona en su mérito y prendas personales, en sus antecedentes y los de sus padres, en el amor, simpatía y aprecio que sienta é inspire, en su virtud, en su dignidad y buenos principios: con cuyas cualidades pueda ser la honra de los hijos que tenga y el orgullo de su marido.

Gracia Lopez herida, sin que hubiese sido la intencion de Benalí herirla, iba á contestar, cuando Ramon, temiendo con razon que lo hiciese de una manera inconveniente, dijo riéndose á su amigo:

— Vamos, Alfonso, para que quedase tu pulcritud completamente satisfecha, seria necesario que naciese y se criase una mujer libre de toda culpa, hasta de la original, como María Santísima.

— No pretendo imposibles; pero te confieso que tu noble padre y tu santa madre forman una aureola admirable á tu incomparable y pura hermana, así como la cubre á los ojos de todos cual de una nube de incienso el epíteto de *buena Gracia* con que la voz general la calificó.

El recuerdo de este epíteto que iba unido al de *mala Gracia* aplicado á la otra, cuyas mejillas se pusieron encendidas y cuyos ojos echaron chispas, no solo hirió á esta, sino al mismo Ramon, que dijo con algun despique:

— Los epítetos que se dan á los niños no solo no pueden serles aplicados cuando grandes, sino que suelen estar basados en defectos ó calidades que luego el tiempo desmiente. Recuerda que en la escuela te pusieron por nombre *Alfonso mírame y no me toques*, á causa de tu susceptibilidad y entono, lo que ahora por cierto no te cuadraria.

— Puede, contestó Alfonso riendo, que algo de ello, modificado por la razon y la experiencia, me haya quedado; pero lo que sí es cierto y forma mi gloria y encanto, es que á tu hermana le cuadra ahora como ántes, ó mas que ántes, el dulce sobrenombre que le pusieron cuando niña.

— Conozco, dijo gravemente Ramon, que todo hombre honrado y digno debe dar un valor grande á la opinion pública, que forma la reputacion; pero asimiso estoy persuadido de que cuando esta veneracion á una cosa que se puede llamar noble y santa se exagera, se torna en culto ó en ídolo, y confesarás que en este exceso tiene mas parte el orgullo que el pundonor.

— Me resigno á tu fallo, contestó el marqués. Como hoy dia ha desaparecido el *orgullo señor*, y lo veo reemplazado por la grosera soberbia y la ridícula vanidad, elegiré el primero, que me apartará de los dos últimos.

— ¿Y todo lo sacrificarias ciegamente á tu ídolo como tosco é inculto romano?

— Todo, recalcó el marqués.

— ¡Jesus! exclamó Gracia Vargas, poco sé de las cosas del mundo, pero confieso, Alfonso, que ese *todo* que ha lanzado usted como un proyectil, cuyo alcance y cuyo estrago no puede graduar, me ha sobrecogido é impresionado mal, como lo haria un acorde falso en una bella sinfonía.

— Pues á mí me ha causado un efecto opuesto, dijo Gracia Lopez, en cuyos ojos negros brilló un repentino júbilo como el relámpago de la tempestad, porque lo hallo lógico y consecuente con la manera noble y digna de ver las cosas, propia del marqués. El que como el señor se ha propuesto vivir en un palacio de cristal, no puede ni debe sufrir que nada lo empañe, porque entónces sus pretensiones serian ridículas. Las gentes despreocupadas no tienen tales pretensiones, y si las toleran en otros es en cuanto estos las puedan sostener con la frente muy erguida. Así es que dice bien el marqués: pára no asemejarse á los que patullan en el barro, es necesario sacrificarlo todo á la invulnerabilidad de la buena opinion; y no puede ménos de llamarme la atencion y de causarme extrañeza que tan mal ¡te impresione á tí, Gracia, la noble declaracion del marqués; das pábulo á que se pueda falsamente imaginar que tienes motivos para negar su importancia al qué dirán.

Gracia Vargas habia escuchado cuanto habia dicho su cuñada con la instintiva repulsa con que las almas rectas, puras y sensatas, rechazan los sofismas (que son en el raciocinio lo que los albinos en la humanidad, blancos, nacidos de padres negros), sentiendo y demonstrando su semblante el disgusto que se experimenta cuando se ve inducir al que equivoca una senda á proseguir en ella; pero al oir las últimas palabras de su cuñada, levantó su serena frente y respondio:

— Dije mi opinion porque entendí, y entiendo, que esa frase *sacrificarlo todo* no se puede aplicar en toda su latitud sino al deber.

CAPITULO XIV.

Benalí habia anunciado que iria al siguiente dia á Aranjuez, en donde se hallaba su madre, y fijado el dia de su regreso; pero este dia llegó y Benalí no vino, y llegó el siguiente, y tampoco pareció.

La pobre Gracia empezó por extrañarlo é inquietarse, y acabó por afligirse, porque la felicidad era para la pobre huérfana demasiado nueva é inusitada para que pudiese confiar en ella.

Al tercer dia, cuando á la noche estuvieron reunidos, preguntó Rámon á su hermana:

— ¿Te ha dado aviso Alfonso de la causa de su ausencia?

— No, hermano mio, contestó Gracia; y no pudiendo retener sus lágrimas salió del cuarto precipitadamente.

— Estará indispuesto, dijo Ramon cuando su hermana se hubo ido.

Una sonrisa, una de esas sonrisas que harto mas prueban una mala alma que una puñalada, vagó por los labios de Gracia Lopez. Su marido que la observó dijo con enojo:

— Comprendo la malicia de tu sonrisa; pero te engañas, porque Alfonso no es capaz de una villanía.

— Es capaz de mudar de parecer como todos los hijos de Adan, contestó su mujer. Ustedes hacian reliquias de él, y á mí siempre me ha parecido tener mucha fatuidad y muchos humos. Ni está ni se cree comprometido, eso tenlo por cierto.

— Una palabra basta para comprometer á un hombre honrado. No es probable, no es posible que Alfonso mude inmotivada é inopinadamente de parecer estando por medio una hermana mia, que vive bajo mi custodia y amparo.

— ¡Lo mismo hubiera hablado el buen señor de tu padre! Y bien; si no volviera á acordarse ese enamorado de tu hermana ¿irias acaso á dar un escándalo, que ademas de no remediar nada, la dañaria á ella grandemente y te cubriria á tí de ridículo en la era presente, en la que los Quijotes no están de moda? Al saber sus allegados su intento (si es

que lo ha tenido y se lo ha comunicado), le habrán disuadido de él, le habrán propuesto una novia millonaria que le tenga mas cuenta, y cátalo ahí. No existen papeles ni otras razones que le puedan comprometer, sino frases y palabras que se pueden negar ó atribuir á bromas.

— Verdad es, repuso indignado Ramon, que no liga al marqués á mi pura y sencilla hermana pacto alguno, sino meras palabras; de modo que si se casa con ella, como creo que sucederá, será por el aprecio que le merece, por el verdadero y profundo amor que la tiene, por la dulce certeza de que le hará feliz, no siendo, como á otros desgraciados acontece, por compromiso, ni tampoco por ventajas que le pueda traer.

— Como que no aspira á ser diputado ni tiene Gracia padre que se lo pueda proporcionar, repuso incisivamente su mujer. ¿Tú crees que ese D. Infulas se ha de casar con tu hermana porque todo se lo merece esa *mosquita muerta?* ¿Apostemos que no? Apostemos.

— En breve lo hemos de ver. Con las mujeres honradas no juegan sino los malvados, y Alfonso no lo es. Cuando los veas casados quedará confundida tu malevolencia, y cuando ademas los veas felices podrás convencerte de cuánto mas lo es el hombre que une su suerte á aquella que mereció el epíteto de *buena*, que no aquel que la unió á la que mereció el epíteto de *mala;* y Ramon salió cerrando con violencia tras sí la puerta.

Su mujer le siguió con sus ojos negros, en los que ardia, como arde una hoguera en la noche, la ira y el coraje, miéntras que, formando extraño contraste, vagaba por sus labios una sonrisa de satisfaccion y triunfo.

La ausencia del marqués se prolongaba. Ramon fué á su casa á preguntar por él y se le contestó que no habia regresado; y á los pocos dias se supo de público que el marqués de Benalí habia salido con una comision del gobierno para una corte extranjera.

Gracia Vargas, con el decoro y modestia de su noble ser, reprimió las muestras exteriores de su agudo dolor; no lloró, no se quejó, no estuvo ni pretextó estar enferma para entregarse

á él. Solo se la vió mas callada y mas metida en sí que lo habia estado ántes.

Su cuñada la observaba con malévola intencion, y aunque no se le ocultaba cuánto sufria, dijo un dia á su marido:

— Poco queria tu hermana al marqués, y así bien ves que no ha sentido gran cosa el fin de sus relaciones. Tu hermana es fria como una lechuga, y lo que queria era ser marquesa; y puesto que esas uvas están verdes, lo que debe hacer ahora es querer ser rica, y para eso que se case con D. Arturo, que acaba de tomar de una mala deuda una hermosa carretela con dos yeguas normandas, y se paseará en coche como una duquesa. Te he dicho ya ántes de ahora que trates de persuadirla á que consienta en ese casamiento, que para ella es una buena suerte. Si ántes no queria porque le tenia el marqués trastornada la cabeza, puede que ahora se mire mejor en ello.

— Y yo, respondió Ramon, te tengo dicho ántes de ahora, que no solo no influiré en mi hermana para que se case con ese hombre, sino que si fuese capaz de pensar en ello, me opondria á su determinacion cuanto pudiese.

— ¿Y si se aferra esa vana en aguardar otro marqués, que no vendrá?

— Hará lo que quiera, mi hermana es libre en mi casa.

— Y si no le halla ¿tendremos toda la vida en casa esa pejiguera?

Nada pudo contestar Ramon, porque en este instante entró Gracia, á cuyos oidos llegaron las palabras de su cuñada; pero hizo como si no las hubiese oido, sonriendo con sincero cariño á su hermano.

CAPITULO XV.

Algun tiempo después recibió D. Manuel la siguiente carta de Gracia:

«Mi querido padrino: muchas veces habia oido hablar de hombres que dicen á las mujeres que las quieren sin querer-

las, y que hallan un placer en captarse su cariño para abandonarlas luego con la mayor indiferencia. Estas como otras cosas las habia oido sin poderme persuadir de que fuesen ciertas, ó á lo ménos las creia excepcionales y propias de almas dañadas como las que cometen otras maldades. ¡Cómo habria podido yo sospechar cosa semejante en el marqués de Benalí, en ese modelo (que por tal está reputado) del buen caballero! Y sin embargo, querido padrino, esto es lo que acaba de hacer aquel jóven en quien usted creyé descubrir durante su primera juventud tanta nobleza y tanta formalidad. Un dia, en cuya víspera me habia pedido á mi hermano con el mayor cariño, dejó de venir sin mandar una disculpa, sin dar una razon. Mi hermano fué á preguntar por él á su casa y se le dijo que no habia vuelto de su excursion: y á los tres dias partió para el extranjero. Mi cuñada, muy afanosa para que mi desaire no se trasluzca, me quiere casar con un señor rico, amigo de mi hermano, que es tan tosco como grosero. Mi hermano no quiere, por causa de sus malos antecedentes, lo que por fortuna me evita á mí dar una negativa á mi cuñada con mas indignacion de lo que convendria, pues hasta ahora he guardado con ella el silencio que usted me recomienda, y solo tengo que acusarme de que si bien en este silencio han entrado la obediencia á sus santos consejos y la prudencia, ha entrado tambien algun desden. ¡Siempre ha de mezclarse con algo de malo lo poco bueno que hacemos!

Confesaré á usted con vergüenza, que en los primeros dias me dejé dominar enteramente por la violencia de un acerbo dolor; pero ya me he hecho dueña de mí misma, como lo verá usted por el contenido de esta carta. Usted me decia en su última, al celebrar la noticia de mi casamiento (la que supo usted tarde por haberse perdido mi primera carta), que ya conoceria por qué razon me aconsejaba usted algun tiempo ántes el diferir mi entrada en las Hermanas de la Caridad, pues visto estaba que Dios me habia querido para casada. Ahora digo á usted, padrino, que para lo que Dios me quiere es para su santo servicio en la persona de sus pobres y desvalidos, y que aseguro á usted con toda la

energía de mi voluntad, que nunca me casaré, y usted sabe que en mí todo es constante. No puede mortal alguno ocupar en mi corazon el lugar que ocupó Alfonso, ni nadie, ni aun él mismo, podria curar la herida que he recibido. ¿No es cierto, mi querido padrino, que existe en la mujer una dignidad natural, que sin estar reñida con la modestia la aparta de toda debilidad y bajeza? Pues esa dignidad me aparta para siempre del hombre que así pudo pagar un cariño que me inspiró con falsía, y me apartará igualmente de esta palestra cínica y misteriosa á un tiempo de las pasiones humanas, con la que hacen mala liga las personas sinceras, rectas y de buena fe.

No crea usted que habla con acrimonia. No la tengo; lo que me ha sucedido es, como dice mi cuñada, demasiado cotidiano para que me pueda quejar. Así, si usted no se opone cruel y decididamente, entraré en breve en el Hospital, para lo cual he dado algunos pasos. Muchas razones hacen que no pueda permanecer por mas tiempo en esta casa, en la que sufro de un modo cruel sin que aproveche á mí ni á nadie. Por Dios, no se oponga usted á mi firme determinacion, ni me ponga en el caso extremo de faltar, desatendiento su parecer, al respeto y obediencia que le debe esta su humilde ahijada y s. s. q. s. m. b.

GRACIA VARGAS DE TOLEDO.

CAPITULO XVI.

Dos años pasaron. Ninguno de los eventos que hemos referido, de tanta trascendencia en la vida de las personas que hemos presentado, habia llamado la atencion del público. La travesurilla del marqués de Benalí habia sido al principio motivo de risa y solaz en los cafés y casinos; luego habia caido, no en el Manzanares, sino en otro rio mayor que corre por el mundo entero, el Letéo.

Busquemos empero á nuestros personajes, aunque muy distantes unos de otros.

Al marqués le hallamos en una corte extranjera, fino, digno y elegante como siempre; pero á la sonrisa alegre y benévola que hermoseaba su rostro y que le daba un aire juvenil que atraia, ha reemplazado una sonrisa escéptica y fria que le envejece. Es una rosa marchita que ha perdido su frescura y perfume, conservando solo las espinas. Las señoras de buen tono advierten con extrañeza que el tema favorito de su conversacion es la sátira contra las mujeres, en la que invierte todas las sales de su ingenio, y notan en él el vulgar afan de anatematizar la hipocresía, haciendo de ella el blanco de todos sus tiros, reforzados con la enorme falange de lugares comunes que desde hace un siglo se han aglomerado en pos de Tartufe intentando hacer á la religion su cómplice. Para los que le observan de cerca es seguro que el orgullo y algun otro sentimiento agarrotado, pero no muerto, luchan en su corazon y amargan su vida. Hay en él, dicen, un lleno que le oprime y un vacío que le desquicia.

De la casa de Ramon Vargas de Toledo habia huido, no solo el poco contento y la aparente paz que en ella hubo algun dia, sino hasta la esperanza. Su mujer yace en su lecho víctima de un horroroso cáncer. Varias crueles operaciones ha sufrido sin que hayan logrado curar un mal que está en la masa de su sangre. Sus crueles é incesantes padecimientos han agriado su genio á tal punto que todas las criadas que sucesivamente han venido á asistirla se han despedido, no pudiendo soportar ni moral ni físicamente la asistencia que se les exige. El aseo extremado que necesita este mal está desatendido, lo que le agrava y emponzoña el ambiente. Su marido, víctima como los demas de la exasperacion de una mujer que ni ama ni respeta nada, y al que por otro lado sus negocios apremian, hace lo que debe en poco tiempo y con un interes en que entra mas la humanidad que el cariño; dispone juntas, busca asistencia, derrama dinero, pero ansía por alejarse de aquella mujer que fué fresca y hermosa y es un espectro, que fué cariñosa y es una furia, que seducia y ahora rechaza y hace huir.

No sabiendo qué hacer ni de quién valerse, Ramon se decidió á mandar venir una hermana de la caridad, lo que no dijo á su mujer, seguro de que se hubiese opuesto. Cuanto tenia carácter religioso le causaba desvío, aumentándose este, como suele suceder, á medida que mas gravada sentia su conciencia. Veia desvanecerse cuanto el mundo seductor le habia brindado, cuantas satisfacciones la vanidad le habia ofrecido; ¿y qué le quedaba? nada. Vacío al rededor de sí, vacío en su interior, en su alma, en su corazon....

Y no obstante, la fortuna habia favorecido á Gracia Lopez, á Ramon y á Alfonso, hasta que la enfermedad de aquella puso término á sus goces y prosperidades. Habian hecho los tres lo que habian querido y logrado lo que habian deseado; las circunstancias no habian influido en su suerte ni doblegado su voluntad; ellos habian sido los dueños de las circunstancias, ellos las habian creado.

Pero busquemos á la pobre criatura esclava y víctima de ellos. Gracia Vargas atiende plácida y sosegada á sus penosos quehaceres en el hospital. Ha embarnecido á pesar de ellos, y la inalterable serenidad de su precioso y distinguido rostro muestra á las claras que hay para la criatura una clase de felicidad fuera de las condiciones en que los hombres la colocan y solo la creen posible, felicidad tranquila que olvida el recuerdo por la esperanza, lo presente por lo venidero, lo temporal por lo eterno. Pero esto el mundo lo niega, como el ciego niega la luz, ó lo que es peor, como el que ve y niega lo que ve.

Es una sencilla verdad (y asombra que sea contestada) que es necesario despojarse de las cosas que envenenan y martirizan nuestra existencia como una túnica de Dejanira, y vestir la túnica del sacrificio para poder devolver la paz al alma y curar las heridas del corazon.

Cuando Gracia se enteró de que era en casa de Ramon donde se requeria la asistencia de una de las hermanas, se apresuró á suplicar á la superiora que fuese á ella á quien se encargase esa mision: lo que le fué concedido.

Gracia Lopez estaba en uno de sus accesos de exasperacion. Se habia quejado á su marido de la mala asistencia

que tenia y del abandono en que se hallaba. Ramon, cansado ya de repetirle que habia hecho cuanto humanamente era dable para evitar el extremo de no tener quien la asistiese (lo que era debido á que á todas cuantas habian venido á asistirla las habia alejado su carácter violento y exigente), añadió que habia escrito á la superiora de las Hermanas de la Caridad, rogándole que enviase alguna hermana en las circunstancias apuradas en que se hallaban. Gracia Lopez, que era la oposicion personificada, y que á todo por regla general empezaba por oponerse con violencia, lo hizo á la determinacion de su marido con desesperado coraje.

— Pues qué, exclamó ¿es mi casa un hospital para que vengan esas desechadas á prestarme sus rutinarios cuidados y su fria asistencia? A lo que vendrán será á mandar en lugar de obedecer, y á predicar dormidas en vez de velar calladas. No, no quiero que se me acerquen. No quiero verlas; ¿me oyes?

CAPITULO XVII.

En este instante se abrió la puerta y se presentó Gracia Vargas á los ojos de Ramon y su mujer, con rostro sereno, en el que se dibujó al ver á su cuñada la mas tierna compasion. Ramon lanzó un grito de júbilo y corrió á abrazarla.

— ¡Esto era lo único que me faltaba! exclamó Gracia Lopez. ¡Véte! ¡véte de mi casa! ¡Te saliste de ella sin pedir licencia ni parecer á nadie, y tras la emancipada jóven se cerró mi puerta para no volver á abrirse viviendo yo! ¡Aguarda á lo ménos que muera para venir á engatusar á tu hermano con tus hipocresías y á tomar posesion de ella!

— Gracia, probrecita, y no vengo á tomar posesion mas que de la cabecera de tu cama para asistirte, á lo que estoy obligada como hermana de tu marido y por el instituto de la órden á que tengo la dicha de pertenecer. Te prometo, Gracia, que si no acertase á contentarte, si mi asistencia no

te satisficiese, regresaré al hospital en el momento que me lo indiques y hayan ustedes encontrado quien me reemplace; pero hasta tanto, te ruego, hermana, que no me despidas y tenga que alejarme de tí con el desconsuelo de dejarte sin asistencia.

Diciendo estas palabras Gracia Vargas, se habia quitado el velo de lana negro en que venia envuelta, lo habia doblado y colocado sobre una silla, y empezó á poner órden en aquella alcoba, en que estaba tan desatendido el órden como el aseo. Llamó á una criada de la casa, tosca y desabrida, la que guiada por ella con buenas y suaves maneras, fué prestándose cada vez con mejor voluntad á cuanto le fué indicado. Entre ambas, y con el mayor cuidado, arreglaron y renovaron el lecho en que yacía la enferma, á pesar de su resistencia y exasperacion.

— Vienes á coronar tu obra de hipocresía, exclamaba esta, ofreciéndote á prestarme asistencia, cuando en realidad solo vienes á gozarte en verme padecer.

— No hay, Gracia, hipocresía en prestarte los servicios que desde dos años presto á los pobres del hospital: es mi destino, y obligacion que con todos cumplo con gusto y celo; cuánto mas no lo haré con la mujer de mi hermano. No soy una fiera para gozarme en tus padeceres, pues á lo que vengo es á aliviártelos en cuanto me sea posible: ¿qué motivos me llevarian á tal necedad?

— El aborrecerme, de lo cual me has dada mil pruebas.

— ¿Cuáles han sido?

— Primero, que no hubo medio de hacerte venir al lado de tu hermano cuando quedaste huérfana, y eso no podia tener mas causa que el no querer vivir á mi lado.

— Sabes, Gracia, que mi infeliz hermano menor estuvo mucho tiempo imposibilitado de ponerse en camino.

— A poco de haber llegado, como para ostentar todo tu desvío hácia mí, rehusaste un ventajoso y lucido porvenir, y te fuiste sin consentimiento de nadie á hacerte la interesante á un hospital.

— No necesitaba ni aun el del tutor que me dió la última voluntad de mi madre, puesto que habia entrado ya en

mi mayor edad. No obstante, se lo pedí y lo obtuve: ¿tienes mas cargos que hacerme?

— ¡Oh! muchos, los suficientes para que te aborrezca y me sea insufrible tu presencia.

— Pues te prometo alejarme en el momento que haya encontrado Ramon quien me reemplace en tu asistencia.

En este momento entró el cirujano para hacer la cura á la enferma. A pesar de lo acostumbrada que estaba Gracia á presenciar males espantosos, se quedó horrorizada de ver la extension y profundidad del cáncer que devoraba todo el lado derecho de la enferma extendiéndose debajo de su brazo y profundizando hasta las costillas. Pero pudo reprimir su emocion con el hábito y valor que habia adquirido en el ejercicio de su santo y admirable ministerio; fuerzas y valor superiores á las facultades físicas de la mujer; pero no á los ángeles que guian y sostienen á estas heroinas de la caridad.

El cirujano celebró con entusiasmo la ayuda que le prestaba Gracia á él y la que en su ausencia prestaria á la enferma, á la que dió la enhorabuena pronosticándole que con tal asistencia sus sufrimientos serian menores. El natural egoismo de los enfermos triunfó entónces del repulsivo y envidioso tedio que inspiraba su inocente hermana á aquella mala alma, y Gracia permaneció á su lado. Por muchos dias sufrió los desvíos y malos tratos de su cuñada, que poco á poco, merced á la paciencia de Gracia y al beneficio que recibia de su asistencia, se fueron templando. Por fin un dia en que cansada de quejarse y agitarse violentamente, habia quedado rendida y exhausta la enferma, dijo Gracia á su cuñada al ver que volvia de su paroxismo:

— ¿Hermana, quieres que roguemos á Dios y á su bendita Madre para que te envíe conformidad y con ella tranquilidad de espíritu?

— Oye, repuso volviéndose á agitar la enferma; aguarda á que el médico declare que es tiempo de prepararme, para venir á fatigarme mas con tus beaterías. Eso me lo estaba yo temiendo desde que te vi llegar; no podia faltar, la hipocresía habia de salir á relucir, aunque con las tales mojigaterías empeores mi estado y exacerbes mis fatigas.

— Hermana, repuso su enfermera, al proponerte que roguemos á Dios he pensado mas que en nada en tu estado físico, pues si te otorga tranquilidad de ánimo, ella mas que ninguna medicina ha de templar la excitacion de tus nervios y la irritacion de tu sangre, y tú misma juzgarás, si Dios nos oye, del alivio que sentirás. Mira, añadió poniendo á los piés de la cama un cuadrito, aquí está la Santísima Vírgen de Gracia, tu patrona y la mia: no nos negará ella su misericordiosa intercesion, la que vamos á pedirle ambas.

Diciendo esto, Gracia Vargas se arrodilló ante la Santa Imágen y empezó á rezar.

Gracia Lopez, por malvada que fuese, por olvidados que tuviese los principios santos de la religion, habia sido bautizada, criada y confirmada en ella, y la comprendia. — El timbre superior de la religion de Cristo conservada sin bastardear en su Iglesia, es, no el preservar de la culpa al hombre que nada pone de su parte, sino el dejar en su conciencia el conocimiento del mal, y de esta suerte hacerle posible el arrepentimiento, sola y única rehabilitacion del prevaricador, solo y único medio de alcanzar el divino perdon; y por eso el católico implora para sí y pide para los demas el perdon de sus pecados para alcanzar *una buena muerte*, esto es, que el que va á comparecer ante el supremo tribunal lleve consigo ese arrepentimiento, esa protesta contra la culpa, ese divorcio con la impiedad que solo pueden alcanzar el misericordioso y divino perdon. A cuántos pecadores contritos y fervorosos, libres del orgullo que perdió á Luzbel, habrá consolado el Señor en su divina Eucaristía, recibida en el Viático, como á Dimas, con estas dulces y consoladoras palabras: «¡Hoy serás conmigo en mi reino!» Mas ¿puede acaso dirigirse esta promesa de misericordia á la impenitencia final, al suicidio del alma?

— ¡Madre mia de Gracia! proseguia la suplicante, ¡salud de los enfermos, consuelo de los afligidos, ten compasion de esta tu hija, bautizada con tu santa y bendita advocacion en tu sagrado templo! ¡Mediadora nuestra, alcánzale la salud si le conviene, y si no, obtenle al ménos algun alivio en su padecer, y sobre todo paciencia y conformidad para sopor-

tarlo con la santa resignacion y mansedumbre de que el Señor, y tú, Madre mia, nos habeis dado ejemplo!

Varias veces, durante la oracion de Gracia, habia salido de los cárdenos labios de su cuñada la dulce exclamacion de ¡*Madre mia*! no traida á ellos por la rutina tan genuina, general y extendida en la católica España, sino salida del fondo de su corazon como el espontáneo suspiro del enfermo que despierta de un pesado sueño. Gracia seguia arrodillada, y con voz cada vez mas sentida y fervorosa prosiguió implorando al Señor con un acto de contricion que de esta suerte concluia:

Para enmandar lo pasado
y perseverar resuelto
en vuestro santo servicio,
lo ruego con tanto afecto,
que hasta la muerte la pido
y hasta la muerte la quiero,
por no llegar á ofenderte
manso Jesus, dulce Dueño.

Esto pide un corazon
todo en lágrimas deshecho,
por culpas que ha cometido
sin saber lo que se ha hecho.
¡Misericordia, Dios mio!
¡piedad, divino Cordero!
que el corazon á pedazos
parte el dolor en mi pecho.
¡Ay! quién pudiera aliviarte
de ese tan duro tormento,
tomándome yo la carga
que justamente merezco.
¡Pero ya que es imposible
aliviarte, dulce Dueño,
confesaré mis delitos
en mares de sentimiento!

Al repetir esta última plegaria prorumpió la enferma de repente en un copioso llanto.

— ¡Pobre hermana mia! dijo la suave hermana de la caridad abrazándola.

— ¡Perdóname, Gracia! ¡perdóname, inocente! ¡perdóname, bendita! exclamó la enferma.

— Calla, hermana, calla ó me alejo; ¿me vas acaso á pedir perdon por las impertinencias tan naturales en los enfermos? Demasiado pocas tienes para lo que padeces, ¡pobrecita mia!

— ¡Demasiado poco padezco para lo que merezco! repuso la enferma redoblando su llanto.

— Ese es un pensamiento cristiano, hermana mia, dijo con suave gozo Gracia Vargas, y ya notas el favor y gracia que la santa Madre que hemos invocado te ha conseguido; pero no te debe apurar, sino consolarte.

— ¡Si tú supieses!... prosiguió la enferma.

— ¿Tus culpas? ¡si tú supieses las mias! cada cual tiene que implorar por ellas misericordia y perdon. Pero calla, no te agites mas, calla, te lo pido y te lo mando. Levanta tu corazon á aquel que los purifica y consuela.

Desde aquel dia la enferma, resignada y paciente, todo lo sufrió con inusitada mansedumbre, demostrando á su cuñada una gratitud exaltada y un cariño triste que se deshacia frecuentemente en lágrimas.

— Eres una santita, decia Ramon á su hermana en los pocos momentos que podia hablarla fuera del cuarto de la enferma; una santita que hace milagros.

— ¡Milagros yo! ¿á qué aludes?

— Al cambio verificado en Gracia, que hace poco era una furia y la has convertido en manso cordero.

— Verdad es, Ramon, que es un milagro, pero no hecho por mí.

— ¿Pues por quién?

— Por la Vírgen de Gracia, Ramon.

CAPITULO XVIII.

Un dia entró Ramon en el cuarto de su mujer, y la halló en un estado de gravedad tal, que la habrian mandado administrar los facultativos á no haber ella misma solicitado dias ántes prepararse y que le trajesen un confesor. La mansedumbre admirable que habia adquirido y que en su

progresivo padecer conservaba, el cariño humilde que tanto á él como á su hermana demostraba, habian hecho que Ramon se apegase mas á ella y permaneciese mas tiempo á su lado. En la clase de mal que llevaba á Gracia al sepulcro, es sabido que la cabeza no padece y que se conserva el entendimiento claro y sin ofuscacion hasta el último momento.

Ramon estaba preocupado. Su hermana, atendiendo exclusivamente á la enferma, no lo notó; pero esta le preguntó con débil voz:

— Ramon, ¿qué tienes?

Ramon contestó al punto:

— Acabo de encontrar al marqués de Benalí, no sabia su regreso, y la sorpresa unida á mi resentimiento me ha trastornado.

La escasa luz que habia en el cuarto y su misma preocupacion, impidieron á Ramon notar dos cosas que ambas le hubiesen sorprendido igualmente. La primera fué que el nombre del marqués no causaba en su hermana ninguna impresion, y la otra, la mucha que causó este nombre en la moribunda.

A la mañana siguiente el aspecto del cuarto de la enferma era lúgubre. La noche habia sido espantosa. Ramon se habia alejado lleno de horror. Las criadas no se atrevian á entrar en el cuarto, porque la enferma causaba el mismo miedo que un cadáver frio é inmóbil, pero aun con vista en los ojos y palabras en sus blancos labios. Solo Gracia, agitada y trémula á pesar de estar acostumbrada á ver muertes, agonías y horrores, continuaba inseparable de la cabecera de su cuñada. Esta pocos momentos ántes habia sido administrada, y despues se habia ausentado su confesor para evacuar un encargo que la moribunda le habia hecho.

— ¿Y Ramon? preguntó con mas tristeza aun que extrañeza la enferma.

— Ha ido, contestó con embarazo su hermana, á una subasta del gobierno; le era humanamente imposible faltar á ella por ser el representante de casas extranjeras y poderosas: comprenderás, hermana, que tales intereses no se pueden abandonar.

— ¡Oh sí! lo comprendo, repuso Gracia Lopez; los intereses materiales tienen hoy sobre todos los demás la preferencia. ¿Cómo podria quejarme de eso yo que hasta hace poco he seguido la misma doctrina? ¿Cómo me quejaria de que no exista un amor y un apego que no he sabido ni me he esforzado en conservar?

Un triste y solemne silencio reinaba en aquella habitacion. La administrada parecia descansar dando gracias.

Su cuñada, hincada de rodillas entre la pared y la cama, oraba, lloraba y ocultaba sus lágrimas apoyando su frente sobre los colchones de la cama.

Este silencio fué interrumpido por el confesor, que abrió la puerta y dijo:

— Hija, aquí está la persona que deseábais ver: dicho lo cual se retiró y cerró la puerta.

La persona que habia introducido el sacerdote, que era el marqués de Benalí, venciendo el asombro que le causaba el contemplar á aquella mujer que dos años ántes habia visto tan hermosa y arrogante y llena de vida convertida en un inmóbil y espantable esqueleto, y dominando por compasion la repugnancia que le producia aquella criatura, que siempre le fué antipática, se acercó y la preguntó en tono serio, pero suave:

— ¿Qué me quiere usted, señora?

— Que me escuche usted, repuso en voz queda la moribunda, y que despues de haberme oido me perdonen ambos agraviados, si es que cual nuestro Criador tienen misericordia y dan mérito al arrepentimiento y valor á la expiacion.

La enferma calló un rato para tomar nuevas fuerzas.

— ¿Que yo tenga algo que perdonar á usted? preguntó el marqués, temiendo que aquellas palabras que habia oido fuesen hijas del delirio.

— ¿Se acuerda usted, prosiguió la moribunda, de una carta anónima que recibió por el correo pocos dias ántes de marchar al extranjero?

Este recuerdo inesperadamente evocado hirió á Alfonso como una estocada en una oculta herida enconada, y exclamó:

— ¿Quién ha podido decírselo á usted?

— ¿Sabe usted quién la escribió? dijo con angustia la infeliz.

— No, y lo siento, porque fué sin duda un hombre honrado, un amigo, que me evitó caer en un precipicio.

— ¡Se equivoca usted! suspiró la moribunda, como todos los que ven en un anónimo el interes, y no el odio á aquel á quien daña.

— ¡Ah! no, aquí la tengo, pues siempre la llevo conmigo puesta sobre el corazon como una egida contra el amor fingido y las astucias de las mujeres. Ella me salvó de haber hecho compañera de mi vida y madre de mis hijos á una mujer indigna de serlo. Ella me salvó de haber sido objeto de la menospreciadora lástima de los cuerdos y de la insultante burla de los que valen ménos que yo.

— ¡Pues ella fué una calumnia! dijo con energía Gracia Lopez.

— Eso no: las verdades que encerraba eran demasiado patentes; no quiera usted disculpar á la hora de la muerte á una cuñada á quien tan poco amó en vida.

La moribunda dió un gemido y llevó á sus labios la mano de su cuñada que tenia entre las suyas.

— Sobre todo, oiga usted, prosiguió el marqués sacando del pecho una pequeña cartera, y de ella una carta que desdobló: y acercándose á una lamparilla que ardia ante la imágen de la Vírgen de Gracia, se puso á leer:

«Carmona á tantos ...

«Un sujeto de esta vecindad que tiene de su persona de usted las mejores noticias, cree que es un deber de honradez evitar el que sea usted víctima de gentes sin conciencia y perversas que con la mayor hipocresía le han urdido una trama. Me cuesta repugnancia decirlo, y quizas no lo haria á no ser el caso tan público aquí que nadie lo ignora. Todo el mundo sabe que D. Manuel Sanchez, padrino de Gracia Vargas, si ha mantenido la casa, si ha educado á la niña, si costeó la enfermedad del padre y le ha erigido un túmolo, si ha costeado los estudios del hermano y enviádolo á Madrid,

no lo ha hecho por caridad cristiana; que por caridad cristiana no se roba al marqués ciego, de quien es capellan, para hacer gastos tan cuantiosos. Así fué que cuando se murió su madre, no se fué Gracia con su hermano como debió hacerlo, sino que se quedó por disposicion de D. Manuel en Carmona. Todo esto salta á la vista, y quien no lo ve es que no quiere verlo. Pero aun los hipócritos tienen sus descuidos, y así ha sucedido que el capellan del marqués al salir de su casa prendió fuego á un papel para encender un cigarro, tirándolo casi consumido. No faltó quien lo recogiera, y es el pedazo de una carta que remito á usted para que se convenza: papel que ha andado aquí de mano en mano, y que yo guardé para evitar el escándalo y para remitírselo, impidiendo así que un hombre caballero y confiado sea víctima de una trama hábilmente urdida.»

En seguida desdobló el marqués un pedazo de carta cuyos bordes estaban ennegrecidos por el fuego, que habia consumido lo demas, el que contenia estos renglones que leyó en alta y estridente voz:

«Usted es el único hombre que ha llenado mi corazon.
GRACIA VARGAS DE TOLEDO.»

Miéntras el marqués leia, Gracia Vargas habia levantado la cabeza, despues se habia puesto de pié, y con los ojos asombrados y sonrojado el rostro de vergüenza, escuchaba absorta, trémula é indignada.

Cuando el marqués hubo concluido, cruzó sus manos exclamando con voz ahogada:

— ¡Qué infamia!

El marqués, que no habia notado su presencia, se volvió hácia su lado, y al verla exclamó á su vez con profundo dolor y concentrada indignacion:

— ¡Cierto, qué infamia!

La moribunda, haciendo un supremo esfuerzo, dijo dirigiéndose al marqués:

— No fué un amigo vuestro ni un honrado hombre quien escribió esa carta; la escribió una mujer malvada, por odio, celos y envidia, pues esa carta calumniosa y perversa la escribí yo.

Gracia, al oir esta declaracion inaudita, se cubrió el rostro con ambas manos.

— Puede ser, dijo el marqués con tono amargo y despreciativo, pero ¿y la carta de la interesada en que todo queda confirmado?

— La carta, prosiguió la enferma haciendo un heróico esfuerzo, que yo sustraje al criado que la llevaba al correo, iba dirigida por Gracia á su padrino, y habia en ella un párrafo que decia así: *Temo escribir con libertad excesiva, pero Alfonso, bien lo sabe V., es el unico hombre que ha llenado mi corazon.* Quemé la carta hasta la palabra *sabe,* y truncada la primera frase quedó unida á la siguiente formando con ella distinto sentido. — Si podeis, ¡perdonadme por Dios, perdonadme para que muera tranquila!

Gracia se echó sin titubear al cuello de su cuñada diciendo:

— Perdonada estás, hermana mia, perdonada de corazon, y tanto mas cuanto que no es un acto de generosidad el que me pides, sino un acto de justicia, pues la expiacion anula la culpa; y tú has expiado la culpa con la noble y esforzada declaracion que acabas de hacer, con tu arrepentimiento y tu terrible padecer.

— Escríbele á D. Manuel que me perdone, rogó la culpable.

— No, contestó Gracia, lo debe ignorar todo; pídele á Dios perdon de una ofensa que no le puede dañar y que ignora el agraviado.

Alfonso al descubrir y convencerse de tamaño crímen, se habia quedado inerte de pasmo y de indignacion; mas al considerar que le habia costado la felicidad de su vida, y que su mismo afan por la opinion pública era lo que le habia traido á perder su buen concepto con su inexplicable conducta, dando suelta á todas las iras y dolores de su corazon, exclamó:

— No, no, yo no perdono. Muchos hay en los presidios arrastrando cadenas cuyos delitos no admiten comparacion con el imperdonable, el pérfido y denigrante anónimo, que fraguan mancomunados la vileza, la cobardía, la envidia, la

calumnia y la crueldad. En esta época de trastorno social, de trastorno de ideas y de opiniones, todos los vicios y crímenes se han querido defender y disculpar achacándoselos á la mala organizacion de la sociedad. Al robo, al asesinato, al adulterio, á la prostitucion, á todos se les ha prestado una fuente pura: todos han sido disculpados y se han hecho interesantes en sus perpetradores; pero los mimos que idealizan la maldad no han osado, no se han atrevido á justificar la calumnia del anónimo á pesar de los recursos de su fértil y viciada imaginacion. El vil anónimo es tal, que hace sonrojarse aun al cinismo; al lado de ese horrible mal causado al prójimo con premeditacion, á sabiendas é impunemente, los venenos de los Borgias que no hacian mas que quitar la vida, son beneficios. ¡Perdon! ¿y para quién? ¿para el que despues de cometida su obra infernal queda gozándose en los estragos que ha hecho, y necesita que venga la muerte para despertar un tardío y temeroso arrepentimiento? ¡Nunca! hay cosas que si se perdonasen envilecerian el perdon.

La moribunda dió un gemido y cerró los ojos.

— Sois mas cruel que ella lo ha sido, dijo Gracia deshecha en lágrimas; negar el perdon al arrepentido es el mas inhumano de los procederes para con nuestros semejantes, es aun peor que el que estais motejando.

— Pues mas injusto, repuso Alfonso, seria dejar pasar impunes cuando se llegan á descubrir, esos delitos que avergonzados de sí mismos se refugian como en segura guarida en el misterio: en el misterio, que es el mas vil de los auxiliares de la maldad. ¿Perdonar á esos malvados que gracias á él osan transitar con su maldita cabeza erguida entre las gentes honradas? ¡nunca! ¡Vileza! ¡infamia! voces que aterran aplicadas á las acciones de los hombres!!! ¿Acaso, prosiguió exaltándose por las mismas reflexiones que en tropel le asaltaban, acaso no habia dispuesto una antigua ley que fuese cortada la mano del incendiario? pues ¿porqué, con mas razon y justicia, no se ha dispuesto tambien que al infame que no contento con reducir á cenizas una parte de los bienes de sus semejantes, les arranca su honra y les destruye su suerte, se le corte no ya la mano, sino el brazo?

— Justa es vuestra sentencia, y yo, sometida á ella, ruego á Dios que sirva de expiacion á la mísera que la ha sufrido, dijo la moribunda con débil voz señalando á Alfonso un velador con piedra de mármol sobre el que se hallaba un objeto cubierto con un lienzo. Ved, añadió, alzad ese paño.

Alfonso se acercó al velador, alzó la toalla y retrocedió con una exclamacion de asombro y de horror. Sobre aquel velador estaba extendido un brazo con su mano, inerte, helado, muerto. Habiendo destruido la accion del cáncer todos los nervios y ligamentos del brazo derecho de la enferma, este se habia desprendido en la pasada noche, como lo habria hecho el de un esqueleto, y habia sido depositado allí.

— ¿No está la infeliz bastante castigada? dijo con su dulce voz la hermana de la caridad.

Alfonso, consternado y conmovido, se acercó á la cama de la moribunda, y le dijo:

— ¡A mi vez, Gracia Lopez, imploro vuestro perdon! habeis expiado y estais redimida para con Dios y para con los hombres.

La emocion que estas palabras produjeron en la agonizante la hizo perder el sentido. Gracia corrió á llamar al confesor que estaba en el cuarto inmediato, el que acudió miéntras ella empezaba á auxiliar á la moribunda haciéndola respirar un espíritu. Al cabo de un momento entreabrió esta los ojos; al ver á su confesor se pintó en su cárdeno semblante cierta expresion de sonrisa, diciéndole en casi ininteligibles palabras:

— ¡Padre! ¡me han perdonado!

— Así debia ser, contestó el sacerdote.

— ¡Bendecid, pues, á la reconciliada con Dios y con los hombres, padre!

— ¡Con toda mi alma, hija mia!

Y el padre la bendijo. Entónces levantando los ojos al cielo y alzando la voz, exclamó la moribunda: — ¡Bendita sea la clemencia divina, y la clemencia humana hija de aquella! ¡bendita sea la religion!

Sus ojos se cerraron, su cabeza se inclinó sobre su pecho.

— Recemos el Credo, dijo el sacerdote postrándose de rodillas al par de Gracia y Alfonso.

En la cama yacia un cadáver.

CAPITULO XIX.

El hombre miéntras está en el mundo, aun no siendo mas que un cadáver, necesita del cuidado y ayuda de los que lo sobreviven, así como despues de muerto ha menester de sus sufragios y oraciones. ¿No deberia este solo pensamiento extinguir en su corazon toda hostilidad contra sus semejantes? Alarguémonos todos la mano de amigos y de hermanos ante la horrible fantasma de penas, de males, de muerte aislada y desamparada, que no hay valor, por brutal que sea, al cual no arredre.

El confesor se alejó para ir á disponer el féretro, los blandones y paños mortuorios, todas esas necesidades y honras debidas y usadas con los cadáveres.

Gracia se acercó trayendo un pañuelo de holanda para cubrir el rostro de la difunta, el que libre de la accion del padecer y de la inquietud, se iba serenando y tomando esa belleza austera y majestuosa que hace á los muertos tán respetables. En seguida salió para mandar avisar á su hermano y á una de sus compañeras, con objeto de que esta la ayudase á amortajar á la que habia fallecido.

— Gracia, exclamó Alfonso que la habia seguido al cuarto inmediato, postrándose ante ella cuando se hallaron solos; ¿y tú acaso podrás perdonarme?

— Para perdonar es preciso haber tenido resentimiento, respondió Gracia, y puedo asegurar á V. que nunca lo he tenido. El amor sin mezcla de sentimientos bastardos y personales, causa dolores, pero no resentimientos. Que sea V. feliz ha sido mi cotidiana oracion al cielo, y lo será siempre. Le amé á V., y el recuerdo que ha quedado en mi corazon le hará siempre para mí un objeto de benévolo interes.

— ¡El recuerdo! pues qué, Gracia, ¿ya no me amas? ¿no consentirias acaso en hacerme feliz uniendo tu suerte á la mia?

— Eso ya no puede ser.

— ¿Porqué, santo Dios?

— Porque no puedo amar al hombre en cuya preferencia hácia mí no habia ni amor, ni fe, ni aprecio; á un hombre á quien bastó para alejarse de mí un miserable anónimo, sin pararse á averiguar su orígen ó á examinar sus causas, sin desentrañar la verdad que pudiese tener, sin dignarse siquiera participarme el motivo, cerrando así la entrada á toda justificacion, y no desatando, sino cortando con el mas afilado de todos los puñales, el desprecio, unas relaciones que fueron el único rayo de sol de mi opaca vida. No, no, repito; el hombre que esto hace, ni ha amado ni amará nunca, porque hay en su alma otro sentimiento superior al amor. Si un anónimo pudo extinguir su amor de V...

— ¡Extinguirlo! ¡oh! nunca, Gracia.

— Pues aun concediendo que sin extinguirlo pudo enterrarlo vivo, la conducta que usted siguió, sin paliarla siquiera, me ha probado cuán fácilmente, fuese cual fuese la causa, podia V. pasar del cariño al desvío, del aprecio al desden: lo cual le hizo aparecer á mis ojos como un hombre distinto de aquel que yo habia amado. Muy bien y con razones muy contundentes anatematizó V. el anónimo; pero mal estaba en sus labios el hacerlo, y mejor hubiera estado en los de otro que lo hubiese despreciado cual ese vil medio de dañar lo merece. ¿Tan oculto pensaba V. que pudiera mantenerse el mal, que solo una persona lo supiese? ¿Tan prudentes ó egoistas creia V. á sus amigos, que todos callasen al verle engañado y seducido, y que les sobrepujase en interes hácia V. un extraño? ¿Acaso pensaba V. que el que da un benéfico consejo y lo hace con buen fin oculta cuidadosamente su nombre? Basta pararse un poco para convencerse de que la buena intencion, como los rayos del sol, ni puede buscar una marcha torcida ú oblicua, ni ocultar su elevado orígen. En los males causados por tan infame medio cabe casi tanta parte al que forja la calumnia como al que le presta asenso,

concediendo á un extraño que desde luego se presenta como un malvado, esa fe de que despoja á las personas que pretende querer. Dícese que el modo de burlar y desvirtuar los ataques de la malignidad es desatenderlos; con tanta mas razon debe este consejo del buen sentido aplicarse al mas abominable de los medios de ataque, al mas perverso de los ardides. Pero para V. esa voz de los abismos ocultos de la maldad pudo mas que el aprecio, mas que la buena opinion y que el cariño á que creí ser acreedora y merecerle; así fué que le lloré á V. por muerto, y no me quedó para aquel en quien se habia trasformado sino extrañeza é indiferencia.

— Pero el primero ha resucitado, Gracia.

— No, Alfonso; yo soy la que mediante la confesion de la pobre difunta, que esté en la gloria, he resucitado para V.; me vuelve V. á ver libre de culpa, pero tambien decidida á no unir mi suerte á quien no puedo amar, y resuelta á seguir, sin dejarla, la senda en que hallé el consuelo, la tranquilidad y una dicha moderada, pero independiente y segura.

— Esto y mas hallarás á mi lado, Gracia; soy caballero, te debo una reparacion, y te la daré cumplida.

— La agradezco sin admitirla, repuso Gracia con una imperceptible sonrisa; tardo en decidirme, pero decidida no vacilo. La barquilla que halló puerto tranquilo y seguro, no vuelve á salir al mar por mas sosegado y espléndido que se le presente. Cuando me faltaron aquellos mas dulces y profundos amores de la vida, el que presta y el que recibe amparo, esto es, mi madre y mi pobre hermano; cuando me vi sola y aislada, desatendida de mi hermano mayor, rechazada por quien debió ser mi hermana, abandonada por el hombre que me habia inspirado y demostrado tanto amor, acudí al amparo de un Padre que no muere, y cuyo amor no desatiende, no rechaza, no abandona. Me abrió sus brazos, me consoló y confortó, me dió fuerzas, resignacion y esperanza. Entónces mi corazon le preguntó: ¿Con qué pagarte, Señor tantos beneficios? ¿Cómo demostrarte mi gratitud? — Y él contestó á mi corazon: *Amándome y demostrándome tu amor, amando y sirviendo á tus hermanos desvalidos, y á mí en*

ellos. — Obedecí, y hallé cuanto en el mundo no habia encontrado: paz, satisfaccion, dulzuras y esperanzas; ¿y cree V. posible que ahora le dijese desertando del puesto que me señaló: *No necesito ya de este tu amparo, al que me acogí transitoriamente, pues he hallado otro preferible?*

— ¿Con que, exclamó Alfonso, rechazarás mi cariño? ¿me dejarás por tus groseros, repugnantes é ingratos enfermos?

— Sí, porque su grosería, sus males y sus ingratitudes, no llegan á lastimar mi corazon.

— Eso, dijo herido en su cariño y en su amor propio Alfonso, con alguna altivez, eso es extravagante y hasta ridículo.

— La débil arma de la malignidad que se llama el ridículo, respondió Gracia, solo hiere al amor propio.

— ¡Qué corazon tan frio! exclamó Alfonso en tono de reconvencion y de dolor.

— No lo han creido así mi madre, mi hermano y la que acaba de morir.

— Lo que te han inspirado no ha sido amor, ha sido compasion.

— Y aunque así fuese, repuso Gracia, ello no probaria un corazon frio, puesto que la compasion es amor, el mas puro, el mas tierno y consagrado de los amores. Pero, añadió encaminándose hácia el cuarto mortuorio, me llaman al lado de mi pobre cuñada el deseo y el deber de prestarle el último servicio, el de amortajarla. Adios, Alfonso, dentro de ocho dias agradecerá V. á la pobre hermana de caridad la determinacion que en este instante merece su censura.

— ¡Qué cruel despropósito! ¡Gracia! ¡Gracia! ¿qué ha podido infundírtelo? dijo asombrado Alfonso.

— Las que en el mundo nos dedicamos al servicio de Dios en la asistencia de los enfermos, aprendemos á conocer así los males físicos como los morales que aquejan á la humanidad.

Diciendo esto Gracia, entró en el cuarto mortuorio, impidiendo con un gesto de grave y severa dignidad que Alfonso la detuviese.

EPILOGO.

Gracia habia acertado; ocho dias despues Alfonso se decia á sí mismo miéntras vestia su uniforme de diplomático adornado con la llave de gentil hombre, que acababa de recibir, para ir á palacio á dar gracias á la reina por tan distinguido favor:

— No hay duda que las mujeres son atinadas y tienen mas tacto que los hombres. De los salones se puede dignamente bajar á los hospitales; pero subir de los hospitales á los salones, se ve poco, y si se viese daria pábulo á la burlesca mordacidad de las gentes. Por cierto que el desenlace de nuestros amores no ha sido ni novelesco ni sentimental, y lo rechazaria por prosáico la novela cuya atribucion es crear; pero lo admitiria desde luego el cuadro ó novela de costumbres, cuyo objeto es pintar las cosas como realmente son.

DEUDAS PAGADAS.

CAPITULO I.

— En la vida he dicho yo un perdone V. por Dios, ¡bendita sea la Misericordia Divina!

(Un pobre campesino.)

Aunque los pueblos de las sierras de Andalucía, por su elevacion, gozan en el estío de una temperatura mas templada que los de los llanos, en las horas denominadas *del sol,* reverberando este en las rocas que se hallan en los terrenos montañosos, se siente allí un calor seco y ardoroso, mas pasajero, pero mas irritante que en los llanos. Sufren principalmente sus abrasadores efectos los segadores nómadas, que despues de concluir en su provincia la recoleccion de las mieses, van á buscar trabajo en aquellas que aun se lo pueden proporcionar. Gran parte de estos segadores, de la provincia de Granada, llegan á la sierra de Ronda, en la que son bien venidos y recogen el fruto de sus penosas tareas, siempre que la enfermedad, esa plaga del pobre, no los postra y acaba con sus ganancias ó con sus vidas.

En tiempos piadosos se estableció un pequeño hospital para los pobres forasteros en Bornos, que es uno de los pueblos que, como ramos, lleva la sierra orlando su falda; hospital que en invierno permanecia cerrado, pero que en verano recogia á muchos de estos pobres segadores que la intensidad del calor hacia enfermar y que no tenian allí casa ni hogar.

Por los años de mil ochocientos treinta y tantos, en la tarde de uno de los dias mas abrasadores del estío, se hallaba sentada á la puerta de su casa en el mencionado pueblo una mujer de semblante dulce y bondadoso, ocupada en picar el tomate y el pimiento, y en migar el pan que habian de servir para el sano, nutritivo y sabroso gazpacho de la cena; no léjos de ella en la calle jugaban sus dos hijos, un niño de siete y una niña de cinco años.

Como el pueblo se halla en gran parte circundado de huertas y naranjales, situados en la vertiente de la planicie en que aquel se asienta, y que son regados á esa hora por las claras y abundantes aguas de sus manantiales, traia la brisa de entre las hojas de los árboles de aquellas huertas, con el canto de los pájaros que despedian al sol, un ambiente fresco y perfumado, como si la naturaleza, esa buena madre, hiciese abanico de sus árboles para refrescar con él la frente de su predilecto ser, el hombre. La fachada de la casa gozaba ya las dulzuras de la sombra, miéntras que al frente doraba aun el sol los objetos que desde allí se veian, esto es, los montes, que pasado el valle se alzan con sus desiguales crestas, como dóciles camellos que han recibido la carga de viñas, olivares y sembrados que les confía el hombre.

La madre, abstraida en su faena, no habia notado que otro niño de muy pobres trazas se habia acercado á los suyos, ni habia oido el siguiente diálogo:

— ¡Ah! dijo el niño de Bornos al forastero, yo no te conozco; ¿cómo te llamas?

— Miguel; ¿y tú?

— Gaspar.

— Y yo me llamo Catalina, añadió la niña, que queria tambien ser conocida de su nuevo compañero.

— Yo sé la relacion de Santa Catalina, dijo este.

— ¿La sabes? Pues *ímela.*

El niño recitó la siguiente:

¡Santa Catalina! mañana es tu dia,
Subirás al cielo con santa alegría
Y dirá San Pedro al verte llegar:

— ¿Que mujer es esta que viene á llamar?
— Yo soy Catalina, que quisiera entrar.
— Entra, palomita, en tu palomar.

— ¡Qué preciosa es! exclamó la niña; ¿sabes otra?

— Mira, Catalina, gritó su hermano, que estaba comiendo habas tostadas; mira, en esta haba hay un coquito muerto, un coquito tostado.

Y se puso á cantar:

El coquito se ha muerto,
Dios lo perdone.
A enterrarlo lo llevan
Los cigarrones.

— ¿Me das habas? suplicó el niño forastero.

— Sí, toma. ¿Te gustan mucho, muchísimo?

— Sí que me gustan; pero te las pido porque tengo mucha hambre.

— Pues qué ¿no has comido?

— No.

— ¿Ni *almorzao?*

— No.

— *Mae*, *Mae*, gritaron ambos niños dirigiéndose á la suya; este pobrecito niño no ha comido ni almorzado, y tiene mucha hambre; dénos V. pan para dárselo.

— ¿Que no ha comido? dijo la buena mujer dando un pedazo de pan al niño, con esa caridad cariñosa, tan propia de las mujeres hácia los niños; ¿pues no tienes padres, hijo mio?

— Sí, pero no tienen pan que darme.

— ¡Pobrecito! y ¿dónde están tus padres?

— Allí, contestó el niño, señalando con el dedo hácia una callejuela que hacia esquina con la calle, y que formaban las tapias de los corrales inmediatos.

La buena mujer, seguida de los niños, se dirigió allí.

Sobre la yerba seca, arrimado á una tapia, estaba tendido un hombre miserablemente vestido, con la cara vuelta á la pared: tenia un pañuelo liado á la cabeza; á su lado yacia una hoz caida de su inerte mano, y se le hubiese creido abandonado cadáver, si en el suelo á su lado no

hubiese estado sentada una mnjer que, apoyada su escuálida mejilla en la descarnada mano, clavaba en él sus miradas al traves de las lágrimas que despues de llenar sus ojos surcaban su triste semblante, como en dias de temporal surcan filtrados caños de lluvia las abandonadas paredes de las ruinas. El sol, al ponerse, alumbraba este lastimoso grupo con los rayos que se introducian por aquella callejuela, y que eran lánguidos y tristes como las miradas del que se despide.

Al verlos, preguntó la buena mujer, que se llamaba María, á la mujer forastera:

— Señora, ¿qué tiene su marido de V.?

— ¡Una calentura de tabardillo que se lo lleva! contestó prorumpiendo en sollozos la interrogada.

— ¡A Jesus! ¡Ay María Santísima! exclamó compadecida la madre de los niños; y ¿V. por qué no avisa y pide auxilio? ¿Estamos aquí acaso en tierra de herejes?

— Yo no conozco á nadie en esta tierra.

— No le hace; para gastar projimidad no es menester *conocencia.* ¡Pues qué! ¿Ha de morir este infeliz como en tierra de moros? No en mis dias.

En este momento llegóse á ellos un hombre, de cara bondadosa, enérgica y serena.

— *Pae*, *Pae*, gritaron los niños; ese hombre se está muriendo, y dice este que es su hijo, que no tiene pan que darle.

— Juan José, dijo á su vez la madre de los niños, este infeliz está aquí sin amparo; esto es un dolor. Anda, si quieres; lo recogeremos en casa y avisaremos al médico.

— ¿Pues no he de querer? respondió su marido. *En la vida he dicho yo un* «Perdone V. por Dios», *¡bendita sea la Misericordia Divina! Siempre ha habido en mi cocina un rinconcito para los pobres, y mas si llegan de noche, van de camino, ó están malos, y siempre han tenido un pedazo de pan del que yo he comido.** ¿Acaso no lo sabes tú, mujer?

---

* Textuales palabras de un campesino, anotadas al oirlas pronunciar.

— Pues á ello; dijo esta; *alevántalo*, Juan José, que yo le cogeré por un brazo y su mujer por el otro.

Como fué dicho fué hecho. Los niños cogieron, el uno la hoz; el otro el sombrero; el tercero un pequeño y miserable lio de ropa, y todos se encaminaron hácia la casa.

Colocado sobre una de esas gruesas esteras de anea que sirven en los cortijos y viñas, á los trabajadores, de camas, una zalea y unas sábanas, fué acostado en ella el enfermo, que permanecia completamente aletargado, miéntras Gasparito, con el encargo de *ir por los aires*, corria á llamar al médico. Acudió este, que declaró al enfermo de mucho peligro y que le recetó varios medicamentos, que se le hicieron con ese celo é inteligencia de enfermeras, que es una de las muchas prerogativas del sexo que llaman *bello*, y que con mas propiedad pudiera llamarse piadoso.

Despues de habérselos suministrado, y merced á una copiosa sangría, quedó el enfermo mas sosegado, y al parecer dormido con un sueño natural y benéfico, y entónces pensó la familia en cenar su fresco y nutritivo gazpacho y esas frutas tan abundantes en este país y á que tan afecto es este pueblo, frugal, fino y elegante hasta en sus mas materiales apetitos.

CAPITULO II.

TRADICION: Noticia de alguna cosa que viene de padres á hijos.
(Diccionario.)

Excusado es decir que los primeros llamados á participar del *rancho*, como decia el amo de la casa, que habia sido soldado, fueron la forastera y su hijo.

— ¿Y de qué pueblo son Vds? preguntó Juan José á su huéspeda, presentándole la cortada de una magnífica sandía, que brillaba como encendido granate.

— De Treveles, en las Alpujarras, contestó la interrogada.

— Allí he estado yo cuando servia al rey, repuso Juan

José; aquellos son pobres pueblos. Treveles está *espernacao* sobre el barranco de Poqueira.

— Verdad es, repuso la pobre mujer, cuya apagada y triste mirada se animó un momento al recuerdo, tan de todos querido, del lugar en que nació y en que radicaba su hogar doméstico.

— Por mas señas, prosiguió Juan José, que desde allí se columbran los picachos de Mulasen (Mulhá Hasem) y el de Veleta, que no llega al cielo porque su Divina Majestad no quiso, que no por falta de haberlo intentado.

— Oye, Juan José, ¿y por qué le llaman al picacho aquel de Veleta? ¿Tiene alguna?

— No la *vide.*

— No la tiene, pero la tuvo en tiempos atras, dijo la forastera, cuando andaban moros y cristianos revueltos peleando por las Alpujarras. La guardaba un ángel, haciendo que señalase hácia España, y entónces ganaban los cristianos; pero si se descuidaba, venia el diablo y hacia que señalase hácia Berbería, y entónces ganaban los moros.

— Pero por mas que hizo el diablo los echamos; ¡toma! ¡y mas que hubieran sido! opinó el ex-soldado.

— ¿Y V. ha estado por esas alturas? preguntó la dueña de la casa á su huéspeda.

— Yo no, respondió esta; pero sí mi Manuel un ciento de veces. En una ocasion fué á llevar á un inglés que queria verlas. Entre ambos picachos hay una hondonada que está llena de agua, y es una caldera que hicieron los diablos. En sus centros se oye un ruido muy asombroso, que lo hacen los martillazos que dan los diablos componiendo su caldera. Todo aquel sitio es un yermo, rocas peladas, y tan solitario y pavoroso, que dijo el inglés que aquello se parecia á semejanza de un mar muerto que hay por esos mundos.

— ¡Ay *Mae*! ¿Y por qué se ha *morío*? preguntó la niña.

— Qué sé yo, contestó su madre.

— *Pae*, tornó á preguntar la niña, ¿por qué aquel mar se ha *morío*? ¿Lo mató el moro?

— ¡Qué espilfarro! contestó su padre, que no quiso, como lo habia hecho su mujer, manifestar su ignorancia del

hecho; se ha muerto porque en este mundo todo se muere, hasta las mares.

— Y qué, preguntó María, ¿todo aquel monte está *asina?*

— No, que mas abajo hay arbolado, castaños, encinas y monte bajo, y unos manzanos muy hermosos que plantaron los moros, y cuyas manzanas se llevan á vender á Granada.

— Y me dijeron, añadio Juan José, que hay allí unas cabras montaraces y bravías que corren mas que agua cuesta abajo, saltan como cigarrones, y son tan prevenidas, que tienen á una siempre de centinela en una atalaya, que en viendo peligro golpea la roca con el pié, y entónces parten las demas y desaparecen como una volada de perdigones.

Mucha verdad que es, repuso la huéspeda, y que tambien hay cárabos*, que son unos pájaros con alas y cara de gente.

— ¿Qué está V. diciendo, señora? ¿Quién ha visto nunca semejantes avechuchos? exclamó Juan José.

— Los ha visto mi Manuel, y todo el que ha subido á aquellos vericuetos; y ha de saber V. que los cárabos y las cabras monteses, lo son desde los tiempos que andaba Jesus por el mundo, que llegó por aquellos andurriales que eran entónces unos frondosos verjeles en que pastaban cabras mansas y hermosas, guardadas por sus pastores. El Señor, que venia cansado, entró en una cabreriza y pidió á los pastores que le preparasen á él y á San Juan y á San Pedro, que lo acompañaban, un cabrito para cenar. Los pastores, que eran ruines moros, le respondieron que no tenian ninguno; pero el Señor insistió, y entónces ¿que hicieron esos desalmados? Mataron á un gato, lo guisaron y se lo pusieron sobre la mesa. Pero ¡ya se ve! el Señor, que conoce los corazones y sabe todo lo que pasa, por mas oculto que se crea, estaba al cabo de lo que habian hecho los pastores, se sentó y dijo:

Si eres cabrito
mantente frito.
y si eres gato
salta del plato.

* Especie de buho.

Al punto se enderezó el animalito e echó á correr. El Señor para castigar á los pastores, los convirtió en cárabos, y á sus cabras en montaraces.

En este momento se oyó un quejido; todos acudieron al lecho del enfermo. Su alivio habia sido momentáneo; la calentura habia subido, originándole un ataque cerebral que en breves horas le causó la muerte, sin que por un instante volviese á su conocimiento.

Fácil es describir un dolor desesperado que se agita violentamente, grita y se subleva contra el infortunio; pero no lo es describir el dolor profundo, callado, humilde y resignado. La pobre viuda que todo habia perdido, hasta las fuerzas para trabajar, alzó los ojos al cielo, cruzó sus manos, hincó su cabeza, y su muerto corazon fué parando con su frio la débil vida orgánica de aquella infeliz.

No se vió despedida por la buena y caritativa familia que la habia amparado; pero conoció que iba á ser para esta una pesada carga, y aunque sumisa á su voluntad, rogó al Señor de la *Buena Muerte*, del que era especial devota, que se la concediese cuanto antes como término de sus padecimientos; y el Señor se la concedió.

Una noche vió con indecible consuelo el lecho en que yacia postrada rodeado de buenas, devotas y compasivas almas; la casa se iluminó; un altar se alzó frente á su pobre cama, en el que se veia la efigie del Señor de la Buena Muerte, con los brazos abiertos al que le imploraba; todos traian flores, esas universales intérpretes de los sentimientos humanos, que así realzan las mas augustas solemnidades, como poetizan y hermosean las más alegres fiestas, y que cual si fuesen dones de los ángeles, se hallan, como estos, lo mismo en las chozas que en los palacios, en los regios jardines que en el campo.

Sonó á lo léjos una campanilla que con su son argentino parecia decir: *Aquí viene el Señor de la Buena Muerte.*

Y así fué, porque concluido que fué el solemne acto de recibir la enferma los Santos Sacramentos, alzó esta sus ojos, en los que volvió á brillar su perdida alegría.

— Yo voy á dejar este valle de lágrimas, dijo con débil

voz, y mediante la misericordia de Dios, voy á su presencia á pedirle que mire por este pobre niño desvalido, por este pobre huérfano ...

— ¡Qué huérfano! exclamó Juan José. ¿Pues no sabe V. que es hijo nuestro?

La moribunda apoyó su pálido rostro sobre la frente de su hijo, en la que quedó sellada una lágrima, y le dijo: — Hijo de mi alma, paga tú á nuestros bienhechores tu deuda y la de tus padres; por mí, solo puedo pedir á Dios que los bendiga como yo los bendigo.

— Juan José, dijo el cura, la bendicion de los moribundos es la herencia de mas valor que pueden legar á los que les sobreviven.

CAPITULO III.

El que es bien nacido,
es agradecido.

(Refran.)

En mil ochocientos cincuenta y tres, Gaspar y Miguel, criados como dos hermanos, habian llegado á ser hombres, y eran trabajadores y honrados como el padre que los habia guiado. Catalina era linda jóven, recogida y hacendosa como la madre á cuyo lado se habia criado. Miguel, que tenia un corazon amante y noble y por tanto agradecido, amaba á la familia que le habia prohijado, con apasionada ternura, en particular á Catalina, hácia la cual sentia todo el cariño de un hermano y toda la ternura de un amante por la que desea hacer compañera de su vida.

Muchos dias de tranquila felicidad disfrutaron aquellos seres tan buenos y tan unidos; pero como la ventura y el azul del cielo no pueden ser permanentes, porque la tierra para dar sus frutos necesita la lluvia, y el hombre para aprender á apreciar bien esta vida y la otra necesita las lágrimas, llegó el caso que se vertiesen muchas en aquella casa, para probar á sus moradores que su beneficio, casi con preferencia, se lo concede Dios á los pobres y á los buenos.

La quinta se promulgó, y ambos hijos entraron en suerte.

El que conozca la apasionada ternura de las madres del pueblo por sus hijos, podrá comprender el dolor y desconsuelo de María. A ambos hijos creia amar igualmente; por ambos temia con igual angustia; con el mismo fervor rogaba á Dios y á su Madre porque saliesen libres el uno y el otro; pero cuando volvieron del sorteo y supo que la suerte de soldado habia caido al hijo suyo, el grito que arrancó esta nueva á su corazon de madre: — ¡Hijo mio de mis entrañas, á ti te habia de haber tocado! — probó que el cariño de una madre no puede ser igualado por ninguno.

Miguel presenció con el corazon partido el dolor de María; dolor que todos los consuelos que tanto él como su marido la prodigaron, no pudieron disminuir ni calmar.

Al dia siguiente fué Juan José a llevar á su hijo á la caja de depósito en que habia de ingresar; pero ¡cuál no seria el asombro de ambos cuando le dijo el comandante á Gaspar que estaba libre y que podia volverse á su casa!

— ¡Cómo! exclamó estupefacto Gaspar, ¿y por qué?

— Porque tienes un sustituto, contestó el jefe.

— ¿Yo? tornó á preguntar, cada vez mas asombrado Gaspar; ¡si eso no puede ser!

— ¡Cómo que no puede ser! ¡Si está ya recibido y alistado es que lo es!

— ¿Pero quién es? preguntó atónito Gaspar.

— Este mozo, contestó el comandante, señalando á aquel que la caridad de sus padres habia criado como á hijo.

— Miguel, ¿qué has hecho? exclamo conmovido Gaspar.

— Lo que mi madre al morir me encomendó, pagar una deuda; contestó Miguel.

— Tú no tenias conmigo deuda ninguna, repuso Gaspar; yo sí que la tengo ahora contigo, y quiera Dios darme ocasion de podértela pagar, hermano; que si se me presenta, á fe mia, no la desperdiciaré, no.

CAPITULO IV.

¡Viva España! ¡Viva la Reina!

(El pueblo español.)

Dos años despues de estos referidos sucesos aguardaba una pena aun mayor á esta buena familia, tan unida y tan amante, como suelen serlo todas en los pueblos del campo: Miguel salió soldado, como ántes Gaspar, y teniendo por tanto que servir su propia plaza, hubo de ser llamado de nuevo á las filas el hijo de sus padres adoptivos, á quien ya no podia sustituir. Trascurrieron cuatro años mas; y cuando esperaban que cumplido su tiempo regresase Miguel á su casa, y Catalina preparaba sus vestidos de novia, resonó un grito que dado por la Reina de España se esparció por el país como la chispa eléctrica propia á despertar el genuino entusiasmo, el verdadero patriotismo español: *¡Viva España! Muera el moro que la ultraja!* Este grito fué repetido por todos los ámbitos de la península, acompañado de la vibracion de la espada del guerrero, y por la del oro del pudiente, que cayó en aras del honor de país; fué repetido por el pueblo, que dió su sangre; por el santo episcopado, que bendijo la causa del país y del cristianismo, y su voz arrastró tras sí, no solo á las conciencias religiosas y timoratas por su santidad, sino á todas por su sabiduría, prudencia y acierto. Las hermanas de la Caridad ofrecieron sus consagrados servicios; las monjas elaboraron hilas y santos escapularios de la Vírgen; las señoras hicieron tambien á millares hilas y vendajes que humedecieron con sus lágrimas, y hasta los niños entusiasmados pidieron ir á la popular guerra del moro.*

---

* Con muchos ejemplos podriamos acreditar este aserto; pero basta con trascibir aquí la carta que escribió un sobrino nuestro, hijo del marqués de C..., que aun no ha escrito sino planas, como se podrá notar por su manera de firmar.

«Señor gobernador:

»Aunque soy un niño de ocho años, me excito á decir á V. que qui

Miguel, que participió de la unánime exaltacion por el general patriótico impulso, al recibir su licencia se reenganchó sin querer recibir premio de reenganche, por el tiempo que durase la guerra de Africa.

Juan José, que por el invierno se ejercitaba en la arriería, á la vuelta de uno de sus viajes en que habia visto á sus hijos que servian ambos en el regimiento del Rey, trajo esta nueva á su casa. Al saberla, la pobre María prorumpió en llanto.

— ¡Bien se dijo el año pasado cuando el cometa que parecia un galápago, que venia anunciando guerra contra el moro! exclamó desconsolada.

— El cometa ne era un galápago, respondió su marido con bélica animacion; bien sabes que lo que se dijo fué que era la misma estrella que guió á los Reyes que vinieron á Belen á manifestar que era Cristo el Mesías verdadero; pues bien, los nuestros irán al moro á manifestar que ya están hartos los cristianos españoles de sufrir las barbaridades é insultos de la condenada morisma.

— Pero es que en esta guerra van á morir muchos, Juan José, y eso es un dolor; un dolor, por mas que con tus terriblezas digas que no.

— Ya, tú quisieras que esta guerra fuese como la que tienen entre sí las *señás* mujeres, guerra abierta, pero sin muertos; pues hija, la guerra entre los que se afeitan, y más si visten la casaca del rey y llevan por delante la bandera de España que guardar, es otra cosa; ahí de lo que se trata es de vencer ó morir.

---

siera perder mi vida por la patria, y que teniendo aficion á las cosas militares me permita ir á pelear contra los moros. — La hizo P. P.»

Es de advertir que el carácter de esto niño es dócil, y su índole más dulce y humilde que osada y arrogante.

Otro sobrino nuestro algo mayor, que tiene dos tios oficiales de artillería, y un gran entusiasmo por seguir esa carrera, hallaba muy mal, y se desesperaba porque no les fuese permitido á los niños ir á la guerra de Africa. — Pero niño, le dijo el asistente de uno de sus tios al oir sus lamentaciones, si vinieses, no podrias entrar en el colegio como tanto lo deseas. — Lo deseo, contestó el niño, para aprender á ser artillero; y en la guerra lo aprenderé mejor que en los libros.

— Pues por lo mismo, repuso angustiada María, ¿no hubiera podido despues de cumplido venir á su casa á estarse sosegado?

— ¡Ya se ve! ... Como tú, á la copa é hilando; pero has de saber que ninguna embarcacion nueva y velera quiere ser ponton; ¿estás?

María y Catalina seguian llorando.

— Si siquiera me hubieras dicho que ibas á verlos, dijo la primera, te hubiese dado, para que se los llevases, unos escapularios de la Vírgen.

— Ya los tienen, ya los tienen, y bendecidos por el señor obispo de Málaga; te lo he dicho ya, mujer; esta es una guerra santa que ha de alegrar á San Fernando en el cielo. ¡Por *vía* de las lloronas estas! añadió impaciente, viendo que su mujer y su hija seguian derramando lágrimas; ¿pues qué querias? ¿Que se quedasen aquí como mujeres, en lugar de irles á meter el resuello para dentro á esos condenados que no creen en Cristo, que niegan su Santa Madre, que nos dicen á los españoles «gallinas y perros cristianos?» ¡Por mí la cuenta, que el caldo que les hagan estas gallinas no les ha de saber á mas! — No cogen á un español, mas sea en tiempo de paz, que no empalen ó descuarticen: !mire V. que esto hace hervir la sangre á todo español! Yo no sé cómo me contengo que no me voy tambien; porque habeis de saber que los piés me hacen hormiguilla, y el dia que ménos lo penseis agarro el fulsil y la manta, y allá me encampo.

— ¡Juan José! Por María Santísima, ¿no basta con tener allá á tus hijos? ¿Nos ibas á dejar solas?

— Por poco tiempo seria.

— Calla, calla; Dios sabe por cuánto tiempo seria, que aquella gente está en su tierra, defienden sus casas, y sabes que son feroces, bravías, arrojadas y valientes.

— Sí que lo son; pero en cuanto á arrojados y valientes, mas lo somos los españoles.*

---

* Dicho de un soldato.

— ¡Y Dios sabe las hambres y necesidades que van á pasar!

— No lo creas; mas cuando eso fuese, en dándole al soldado español agua, agua, ya va listo.* ¡Vamos, si la alegría de aquella tropa al embarcarse era para vista! ¡Cascabeles, y que no me fuese yo con ellos!

— Juan José, por María Santísima, no tengas esos disparos de mozo, mira que tienes sesenta y cinco años.

— Tengo hoy veinte, mujer, tengo veinte; ¿estás?

— Tus brios te engañan, y no he de consentir en que te vayas tú á la guerra teniendo en ella á dos hijos.

— Y si tuviese más, allí estarian; ¿pues acaso piensas que he de ser yo ménos que el padre del primer soldado muerto en la toma del Serrallo, que cuando lo supo llamó á otro hijo, se fué al alcalde de su pueblo, y le dijo: — Mi hijo ha muerto en el ejército de Africa, aquí traigo á otro que lo reemplace?

— ¿Por lo visto eres capaz de haber empujado á Miguel para que fuese al moro?

— No necesitaba Miguel que lo empujasen; Miguel ha hecho bien, y *asina* se lo dije. — Anda confiado, le grité al despedirme, que la veleta de tu tierra señala para España; no te amilanes si hay algun reves, que en la guerra, como no sea por un milagro de Dios, alguno ha de haber; pero pocos han de ser, y poco ha de arrimarse el diablo á la veleta del picacho de las Alpujarras, porque el que á la presente cuida de ella es un arcángel, tu patrono Miguel y el de la España, y ese no se decuida y tiene á raya al diablo.

---

* Dicho de otro idem.

CAPITULO V.

Si; que los manes de Guzman el Bueno,
Del gran Cortés, de Córdoba y Pizarro,
Por tí constantes velan, madre España;
Y el mundo todo, de respeto lleno,
Aun ha de verte en el triunfante carro
Y ha de admirar hazaña tras hazaña.
(Fernando de Gabriel.)

Algun tiempo despues fué Juan José con su mulo por una carga de peros á Ronda. Allí supo que podria llegar sin mucha dificultad al campamento cristiano en Africa. — Pues señor, pensó entónces, lo mismo podré vender mis peros allí que lo haria en Jerez ó Málaga; pues allí me voy: *asina* veré á mis hijos y aquel teclado, que será digno de verse; — y como lo pensó lo hizo.

Muy ajenas de esto estaban María y Catalina, cuando á los seis ú ocho dias regresó Juan José á su casa. Despues de haber llevado el mulo á la cuadra y arreglado sus cosas con mucha cachaza, se sentó y dijo á su mujer y á su hija:

— Muchas memorias de los muchachos, y que desean que al recibirlas gocen Vds. de perfecta salud como la que disfrutan ellós.

— ¿Qué estás diciendo, Juan José?

— Digo que muchas memorias de los muchachos.

— ¿Has tenido carta?

— No, que la carta soy yo.

— ¡Tú! ¿Pues qué quieres con eso?

— Que fuí y vengo de Berbería sin haber perdido la derechura, con mi mulo Orejero, que empinó poco las suyas, cuando al llegar per aquellos vericuetos se halló tanta algazara, tanto moro, tanta fiesta y tanto tiroteo.

— ¡María Santísima! ¿Y á qué fuiste, temerario?

— A vender unos peros que me pagaron retebien; á ver á los muchachos, que hallé buenos y mas contentos que unas pascuas; y á matar á tres moros que no le volverán á decir «perro cristiano» á ningun bautizado. Con que ya ves, mujer, que no he perdido el viaje.

— ¡Esto has hecho! ¡Dios nos asista, Dios nos asista!

exclamó santiguándose la buena mujer: ¿tres moros mataste? Eso no habrá podido ser sino que fuesen indefensos, vencidos ó rendidos; ¿y esto has hecho?

— María, ¿qué estás diciendo? repuso su marido. ¿Acaso no sabes que matar á un indefenso es contra la honra y cosa de verdugo? ¿No sabes que matar al rendido es una villanía y hacerse carnicero de humanos? ¿No sabes que matar al que pide la vida, es de perversos cobardes que ultrajan con eso el nombre de cristianos y difaman el de español? En buena guerra los maté, María, cuando ellos armados me querian matar á mí y á mis compañeros. De sobra sé que la gloria está, no en *matar*, sino en *vencer* al enemigo, y no quisiera yo á la hora de mi muerte tener que recordar una muerte mal dada. Te digo, así Dios me asista, que los maté en toda ley, como bueno, y *asina* mueren todos, porque no se quieren rendir ni con la bayoneta sobre el pecho.

— ¡Jesus! exclamó María: ¿y por qué?

— Porque sus santos les han hecho creer que nos españoles son tan feroces como ellos y que queman vivos á los heridos y prisioneros que cogen. A tí te parecia que para la guerra no servian sino los chavales y que con mis sesenta y cinco años no servia yo para el caso; pues te engañaste, te engañaste; que yo soy de buena *caliá* y aunque se gastó el acero queda el hierro. ¿Estás? Y que soy buen soldado pero no asesino; ¿estás?

— Perdona, Juan José, no me paré ...

— Pues ya se ve que no te paraste; ni te has acordado que tu marido es cristiano viejo y español bien nacido, que sabe arremeter á los enemigos de su fe, de su patria y de su Reina, pero que jamas se deshonra con matar á un indefenso, ni se envilece con acabar al vencido, ni se hace tigre negando la vida al que se la pide, mas que fuese este el mismo Barrabas en persona.

— ¿Iban ganando los nuestros, Juan José?

— ¡Vaya! Ganando siempre; ahora, ántes y despues.

— Pero es que he oido decir, Juan José, que vienen muchos mas moros con un hermano de su rey que le dicen *Muele-Habas*.

— ¡Que vengan! que eso es lo que se desea; pero no creas tú que esos moros de rey sean como los del Riff, que son los mas valientes y bravíos, y que nada han podido todos contra solo la division de Echagüe, que se ha llenado de gloria como el sol de rayos; ¡por *via* de sanes, que ya puede la Reina Isabel estar ufana con las tropas que tiene! Como te lo estaba diciendo.

Cuando llegué á Algeciras me embarqué con mi mulo y con mis peros; y cuenta que eso de embarcarme no me hace ni chispa de gracia, porque los borricos que andan por las veredas de la mar, si se caen no se levantan. Desembarqué en Ceuta, y de allí me fuí con mí mulo y mis peros al campamento, y no bien vi allá arriba en el Serrallo la bandera de España, se me ensanchó el corazon que no me cabia en el pecho. Llegué al campamento y vendí mis peros por el aire, que allí no falta plata, ni humor para gastarla. ¡Qué algazara, María! Aquello parecia una feria de las más alegres: no se oia más que guitarras, cantes y vivas á la Reina.

Viva Isabel segunda,
Porque ha dispuesto
Su tesoro y sus joyas
En favor nuestro.

No te digo mas sino que el general en jefe ha tenido que prohibir que haya de noche tanta guitarra y cante, porque á los condenados moros les servia de puntería. Preguntando estaba por el regimiento del Rey, cuando tocan la corneta, agarran los nuestros el fusil, gritan «¡viva Isabel II! ¡Viva España!» y se ponen en marcha. Yo dejé el mulo y me fuí detras, y me podeis creer que aquello era digno de verse, y le hubiese descuajado la sangre á un muerto. Cada soldado de los nuestros era un Bernardo; cada oficial un Pizarro; cada general un Cid. No parecia sino que Santiago en su caballo blanco iba por delante: de tal manera arrollaban á los moros que son todos guerreros y eran tres veces mas. No os pudiera referir todo lo que vide, ni con cien bocas que tuviese. Yo vide al general Quesada coger un fusil y cargarlos el primero á la bayoneta. — ¡Ah, buen hijo de buen padre! dije para mi chaleco, que yo serví con aquel y

era otro de los de punta. ¡Pero qué digo yo otro, si de punta lo son todos! Yo vide más balas pasar por cima de la cabeza del general en jefe, que grajeas un dia de Carnestolendas. Yo vide al regimiento de Granada con su valiente coronel D. Miguel Trillo á la cabeza, dar, gritando ¡viva la Reina! una carga á la bayoneta que hizo huir á los moros espantados, y oí al general en jefe que le decia que aquella hazaña merecia dos entorchados, á lo que aquel generoso jefe respondió: — «Nada para mí, mi general; todo para mi batallon.» — Oí al general en jefe preguntar á unos soldados del regimiento de Zamora: — «Qué tal, muchachos? ¿Habeis ya recibido el bautismo? — Sí señor, mi general, contestaron los soldados, y se lo hemos roto á muchos moros.» — En fin, María, si fuese á referir cuanto allí vi, habria para no acabar hasta el dia del juicio. Pero á quien yo no quitaba ojo, María, era á nuestros hijos; y ¿cómo no se batirian cuando lo notó el general en jefe que estaba por la cercanía, y acercándose á Miguel le dijo: — «Bien te has batido; dí ahora ¿qué quieres? — Seguir batiéndome, mi general», contestó Miguel, y al punto le dió el general la cruz de San Fernando. Yo no sé lo que por mí pasó; pero me pensé que se me iba la chaveta: no fuí dueño de mí y corrí á abrazarle, cuando vi uno de aquellos locos aulladores herir á uno de los nuestros que cayó á la vera mia. — «¿Sí? dije, cogiendo el fusil del herido; no matarás tú otro valiente cristiano»; — y lo despaché, y una vez metido en danza despaché otros dos, y di con los muchachos una carga á la bayoneta que le puso alas á los piés de los moros, que si bien son de mano pesada para la embestida, son de piés ligeros para la huida. Despues viniéndose la noche entregué el fusil y me vine á buscar mi mulo, al que por lo visto no le cuadró aquella fiesta de moros y cristianos, y que, segun me indilgaron, se habia encaminado como mulo de paz al abrigo de las murallas de Ceuta

Aquella noche se desencadenó una tempestad que estoy para mí que desde que el mundo es mundo no ha habido otra. Yo me pensé que la mar, el viento y la lluvia, acababan con el mundo entero. Pero á la mañana siguiente está-

bamos todos como si tal cosa, y si por acaso envió el diablo aquella y otras por empeño de su amigo *Majoma* para amilanar á sus contrarios, pudieron ambos quedar convencidos de que á las españoles no los amilanan los bramidos de los elementos, ni los aullidos de sus moros bravíos. Y ahora que miento esa palabra, has de saber, mujer, que la gente *civilizá* le dice á nuestros soldados *bravos*.

— ¡Oiga! ¿Y por qué? preguntó María; ¿por rudos?

— ¡Qué por rudos! Por valientes, guapos, denodados, bizarros, como en mi tiempo se decia.

— ¿Pues y por qué?

— Porque aquellas voces son viejas y no están de *moa*. — Pero como te iba diciendo, por la mañana me levanté y me encaminé al campamento á platicar con los muchachos, pues, como referí, el dia ántes no nos lo habia permitido el moro. Cuando llegué me hallé al regimiento del Rey formado por completo, con su música y todo. — ¿Qué será esto? pensé. El Hacho, que es la vigía, no ha dicho esta boca es mia; de manera que no hay moros en la costa. ¿Por qué estará formado este regimiento y otros no? Aquello me iba haciendo á mí tilin. Me acerqué; las músicas tocaban que era un contento, cuando se pone delante el coronel y manda que haya silencio, — y dice en voz recia para ser oido de todos:

— «El general en jefe se ha enterado con gran satisfaccion de que en la tarde del 24 de Noviembre, un soldado del regimiento del Rey que me honro en mandar, encontrándose herido su compañero y amigo y en poder de los moros, este valiente soldado, animado de los mas nobles sentimientos, armó su bayoneta, y lanzándase heróicamente sobre los moros, y matando á los que lo retenian, los arrebató á su amigo herido, le cargó sobre sus hombros, atendiendo mas á su vida que á la propia, y arrancándole de una muerte segura se incorporó con él á la compañía; y deseoso de recompensar de un modo ostensible al que de una manera tan admirable reune el valor del guerrero y la piedad del cristiano, le remite la adjunta medalla de oro que el Ateneo de Cádiz costea y mandó grabar con el objeto de que fuese ga-

lardon insigne de un hecho que en ambos conceptos unidos sobresaliese, debiéndose entregar al frente de su regimiento formado, para que le sirva de estímulo al referido denodado y generoso soldado ...»

Al anciano, hasta allí tan animado, en este instante le faltó la voz para proseguir.

— Y bien, preguntó su mujer hondamente conmovida por la relacion que oia, Juan José, ¿por qué te paras? Sigue.

— Es que no lo puedo decir, se me anuda la garganta, porque al que llamaron y el que salió de la fila para recibir de manos de su coronel la medalla de oro, era ...

¿Quién era? ¿Por qué te perturbas?

— Era ... mi hijo, ¡era Gaspar! *

— ¡Hijo de mi alma! ¡Y la Vírgen me lo sacó illeso! exclamó María.

— ¡Hermano de mi vida! ¡y salvó á Miguel! murmuró Catalina.

— ¡Y mató tres moros! ¡Ah, buen hijo, honra de mis canas! añadió con entusiasta ternura Juan José.

Hubo un rato de silencio en que las lágrimas no dejaron á aquella infeliz familia sino cruzar sus manos y alzar sus ojos al cielo.

Algo repuesto Juan José prosiguió su relacion en estos términos.

— Concluido el *auto*, me fuí á buscar á mis muchachos. ¡Yo no puedo decir, María, lo que por mí pasó cuando los vide, al uno con su medalla de oro y al otro con su cruz de San Fernando! Lo que sí puedo decirte es que ni la Reina Isabel, que Dios bendiga y guarde, puede estar mas ufana con su cetro y su corona que lo que estaba yo con mi Gaspar y mi Miguel. Si contento estaba Gaspar, mas lo estaba Miguel, al que se le saltaban los ojos de la cara; el otro estaba á modo de parado. — ¡Bien, hijo, bien! le dije; *asina* se portan los españoles cuando pelean por su tierra, por su Reina y por su fé, teniendo presente que el que es

* El soldado en quien recayó el premio á que se alude, se llama Francisco Lopez, y es natural del pueblo de Fuentes, en Andalucía.

valiente sin ser piadoso, es valiente á lo bruto como lo son ellos. Has merecido la medalla, hijo mio, y la bendicion de tu padre.

— Pues señor ¿que es lo que he hecho? dijo Gaspar, que como todo valiente legítimo no es arrogante ni vocinglero, y no se tiene en más, sino en ménos de lo que es.

— Has salvado la vida á tu hermano, dije yo.

— Y con una accion tan heróica, añadió Miguel, que se estampará en letras de oro.

— ¡Qué! No, hombre, respondió nuestro Gaspar, pasando su brazo al cuello de su hermano; lo que he hecho es *pagar una deuda.*

— Pues tambien á la morería se la pagó España con *reitos*, dije yo, y estoy para mí que no le han de quedar ganas de volverse á entrampar; *asina* ya ves, mujer, todos los bienes que nos ha traido la guerra. ¡Viva la guerra!

— Juan José, contestó su mujer, porque á nosotros nos haya sido favorable, y eso será por la bendicion de aquella madre moribunda, no debemos olvidar los muchos males que origina; los infelices que sufren, los que quedan inutilizados, los que mueren, y las muchas familias que á estas horas lloran y visten luto; que la guerra es una calamidad, y así debemos pedir á Dios con toda nuestra alma y corazon por la paz, que el cántico de los ángeles es: ¡Gloria á Dios en las alturas, y paz á los hombres en la tierra de buena voluntad!

CAPITULO VI.

Lo que mucho vale mucho cuesta.

(Refran.)

Dos meses despues, era á mediados de Enero, estaban sentados una noche alrededor del brasero Juan José, su mujer y su hija. El cielo hacia muchos dias que se hallaba cubierto de una espesa capa de nubes, como un sudario,

que vertian las aguas que contenian con una perseverancia poco comun en los temporales. El viento que venia de Levante mugia, cual si para espantar á España trajese las amenazadores aullidos de los salvajes hijos de Africa y los bramidos de sus leones.

— ¡Qué estarán pasando! dijo en queda y ahogada voz Catalina.

— ¡Ay Dios de mi vida! añadió su madre; ¡pantanos por suelo, tiendas que se calan por abrigo, y el cólera que los diezma, y el Moro que los acecha y persigue traidoramente, y estas noches eternas que se tragan los dias! No hay fuerzas ni espíritu que pueda resistir á tantos males.

— Y no es esto lo peor, añadió Juan José con la impremeditada franqueza campesina, dando con el pié un fuerte golpe en el suelo, y alzando los ojos al cielo.

— ¡Qué, no son esas cosas las peores! preguntó ansiosa y asombrada María; ¿pues qué más queda, Juan José? ¿Qué más? Dí.

— ¡El hambre! contestó con fúnebre voz su marido.

— ¡María Santísima! exclamó aterrada la pobre madre; ¡qué dices, hombre! ¿Pues y las provisiones?

— Las provisiones no las hallan allí, y tienen que ir de España y embarcadas; y aunque bastantes llevaban, tienen que renovarse, y con estos temporales que no tienen tregua ni fin, no pueden pasar el Estrecho ni los pájaros. Esos son, María, los azares de la guerra; y si á Dios plugo cabalmente en estos dias mandar todos sus temporales, será, María, para probar nuestro valor y constancia, para que acudamos á él y le pidamos su poderoso auxilio, y para que comprada mas cara, sea mas brillante y mas celebrada la victoria.

— O mas sentidos y llorados los padeceres y muertes de los nuestros, repuso su mujer; ¡Jesus! ¡Jesus! ¡Inclemencias del tiempo, epidemia, enemigos fieros y traicioneros por todas partes, y hambre! ¿A quién no decae los ánimos?

— Al soldado español, María.

— Y los generales y los usías se vendrán.

— Ni uno, María; ni uno; y si alguno por heridas ó ma-

les tuviese que venirse, lo hará desesperado y á mas no poder; yo los conozco, María, yo los conozco.

— ¿Pues qué, van todos á perecer?

— No lo creas, que Dios y María Santísima los sacará con bien; esto tenlo por artículo de fe.

— Pues pidámoselo, gimió la pobre madre. ¡Madre mia de los Desamparados! ¿Dónde están mis hijos? ¿Qué es de ellos? ¿Son vivos? Si lo son, ¡qué no estarán pasando, y qué van á pasar si tú no los amparas! ¡Qué angustiados estarán sus corazones! ¡Qué caidos sus ánimos! ¡Si siquiera, Madre mia, tuviese noticias de ellos! Roguemos á la Señora para que interceda por ellos.

La familia empezó á rezar el rosario, con ese fervor que trueca la angustia en esperanza y el desconsuelo en resignacion; y no bien habian concluido, cuando un chiquillo gritó desde la puerta:

— Tio Juan José, dice mi padre que en el correo tiene V. una carta, y que es de allá del campamento de los cristianos.

Juan José, con la agilidad de los veinte años, se precipitó fuera de la casa, miéntras María y su hija habian caido de rodillas levantando sus cruzadas manos hácia una imágen de la Vírgen.

Juan José volvió con un compadre suyo que sabia leer, el cual leyó, en alta voz la carta que en su trémula mano traia aquel:

«Mis queridos padres*: Espero que al recibo de esta estarán Vds. en cabal salud, como la que para mí deseo. Yo y Miguel estamos buenos, para lo que ustedes quieran mandar. El cólera vuelve á ensañarse, pero nos reimos de él. Cada dia de fuego es para nosotros un dia de gozo y de placer, solo por cubrir de lauro á nuestra patria y ver el ardor de todos, pues cada dia va siendo mas, así en nosotros los *comerancho*, como en los oficiales y generales, á cual

* Esta carta en casi su todalidad, está compuesta de retazos de cartas de soldados; de las que unas han sido impresas en los diarios, y otros hemos visto originales.

mas. Eso del rancho, escasillo ha andado estos dias atras; porque la mar estaba mas bravía que los mismos moros, y no podian llegar los barcos con los socorros; pero ¿qué le hace? ¡Lo peor era que no teníamos tabaco! Asina sucedió que el general en jefe, que andaba animándonos como un padre muy *respetuoso*, pero muy cuidadoso, se llegó á mí y me dijo: — ?Qué tal, muchacho? ¿Tienes mucha hambre? Y yo le contesté: — El hambre no es cosa, mi general, y si tuviese... si tuviese un cigarrillo... — Pues ¿saben Vds. lo que hizo? se fué á su tienda y sacó un cajon de cigarros disforme que le habia regalado S. M. la Reina para la campaña, y diciendo que S. M. se alegraria que hubiese servido para aliviar en sus fatigas á sus fieles soldados, nos lo repartió todo. Recibímos víveres, gracias á la marina, que en esta ocasion no parecia la hermana, sino la madre del ejército; y á ese valiente y activo general Bustillo no le pagamos ni con cien vidas que tuviésemos. ¡Viva la marina, padre! mas que á su mercé no le guste la mar.

«Padre, ha de saber V. que ha llegado aquí un príncipe de casa Real de Francia. Aunque alto y de gallarda presencia, es criatura y no tiene mas que diez y siete años. Si lo hubiese visto su mercé, habria dicho que era chaval y que no servia para el caso; pero ya habria V. mudado de parecer, viéndolo arremeter al Moro. ¡A fe que desde Santiago acá, creia yo que solo los españoles arremetian de aquella manera á la morisma. Acá nos pensamos que lo que queria hacer era otra hazaña como la que contaba la madre de Miguel, de Hernando del Pulgar allá en su tierra de Granada, y que iba á enclavar el *Ave-María* en la tienda de Don Manuel Habas, y lo hubiera hecho si no lo detienen... Mire V., padre, que es una cosa muy noble y digna de admirarse; ¡venirse, sin que nada le obligue, á esta guerra que tiene tres pares de tacones, solo por acreditarse de valiente! Verdad es que tener ese renombre vale mas que todo el oro del mundo, y le *alevanta* á uno una cuarta del suelo.

«Padre, mas de cuatro cargas á la bayoneta hemos dado, como aquella en que tomó su mercé parte. Esas cargas no les gustan mucho que digamos á los moros, que oyendo el

toque de la calacuerda*, á la que le hemos puesto por nombre la polka del general Prim, pierden pié, color y posiciones.**

«Miguel me da muchas memorias, y que sepa Catalina que no la olvida, y que diga á Vd., padre, que razon llevaba en lo que dijo, que su santo no descuidaria la veleta que siempre ha señalado para España, pues ni una vez hemos sido derrotados, y cuenta con que los moros son valientes hombrones, y que pelean desesperadamente y con coraje. Con esto se despide pidiendo á Vds. su bendicion su hijo.

GASPAR.

«Madre: no entro una vez en fuego sin encomendarme á la Vírgen, como me lo tiene Vd. *aprevenido.*»

Fácil será comprender el enajenamiento de los padres al oir leer tan alegre y animada carta, cuya lectura fué muchas veces repetida, porque desde que cundió por el pueblo que habia carta de Africa, se les fué llenando la casa de gentes, ávidas de saber noticias de la mas nacional y popular guerra que ha habido en España despues de la Independencia.

CAPITULO VII.

Sí; que al Africa levando
La victoria con la lucha,
Lauros de Isabel primera
Renueva Isabel segunda.
(José Gonzalez de Tejada.)

Pasaron dias, y volvió á apoderarse la inquietud del corazon de la tierna madre.

— Juan José, le decia á su marido; nada se sabe, y eso es que no podrán entrar en Tetuan.

---

* Toque de atacar á la bayoneta.

** Este es el lugar de consignar que esa misma division con su general Prim, al hacer un reconocimiento, á dos leguas de Tetuan se encontraron á una pobre mora anciana, desfallecida y abandonada por los moros, y que trayendo una camilla sobre sus hombros la condujeron á Tetuan como hermanas de la Caridad.

— Calla, simple, contestaba su marido, que donde entra el sol entran los españoles; pero ¿no sabes tú que no se ganó Zamora en una hora, y que no puede pasar la artillería por pantanos y tienen que hacerle una calzada? A las señás mujeres que no entienden de guerra, se les figura que tomar una plaza fuerte en país enemigo es quizas un buñuelo que se echa á freir.

Pero el dia 5 de Febrero un arriero que venia de Jerez trajo á Bornos la noticia, llegada allí por telégrafo, de haber habido el dia ántes una reñida accion frente á Tetuan, en que, como en las anteriores, habian salido victoriosos los españoles, habiéndose hecho dueños de cinco campamentos enemigos, aunque á costa de grandes pérdidas.

El entusiasmo, unido á una angustiosa inquietud, hicieron á Juan José no poder permanecer en el pueblo, y se puso en camino para Jerez. Allí supo que los heridos en aquel memorable dia debian ser conducidos á Sevilla, y saliendo un tren de materiales del camino de hierro en aquella direccion, suplicó que lo admitiesen en él.

Amaneció el dia 7 de Febrero, dia para siempre memorable en los fastos de España. No rayaba aun el alba, cuando las sonoras campanas de la catedral de Sevilla, que tanto conmueven, esparciendo, autorizando y solemnizando la alegría, anunciaron al dormido pueblo el grande y fausto acontecimiento de la toma de Tetuan. No es posible dar una idea de la impresion causada por aquellos sonidos, pues ¿quién es el que puede describir el apogeo del mas unánime, ardiente y nacional entusiasmo? Pero hablen algunos hechos.

Los sacerdotes que acudian á las iglesias para decir misa, unidos la dijeron solemne, y en seguida cantaron el *Te Deum*, ese augusto himno de gracias al Señor.

Los respetables generales Guajardo y Hernandez, autoridades militares del distrito, y veteranos ambos, que no tienen una hoja en su corona de laurel que pueda marchitar el tiempo, cuando se vieron no pudieron pronunciar una palabra y cayeron en brazos uno del otro, arrancando la vista de este noble espectáculo lágrimas á los oficiales que estaban presentes. Cuando el alcalde se presentó al arzobispo á pedir

su consentimiento para sacar en procesion á la Vírgen Pura patrona de España, y el estandarte y espada de San Fernando, el venerable Príncipe de la Iglesia prorumpió en llanto, haciéndoselo derramar igualmente al alcalde; lo cual, visto por un hombre del pueblo, se arrojó á él diciéndole: *Señor alcalde, permítame su señoría que le abrace.* El pueblo gritó que queria ver á su venerado pastor, y este se presentó en el balcon bendiciendo á su grey que lo victoreaba con entusiasmo. La Vírgen de los Reyes y el cuerpo de San Fernando fueron descubiertos, y á su lado puestos los centinelas de honor acostumbrados. En su magnífica capilla entraban las hermandades de mujeres en procesion, dando á voces gracias á la Señora. Músicas recorrian las calles, seguidas de una muchedumbre ébria de gozo, que victoreaba á la Reina, á España, al ejército y á los generales que le habian conducido á la victoria, y que se detenian ante las casas en que se hallaban jefes ú oficiales heridos en esta gloriosa guerra, para victorearlos.

En la plaza, un vendedor de naranjas abandonó su puesto y su mercancía, dejando un letrero que decia: *El dueño de este puesto se ha vuelto loco de alegría y ahí queda eso.* Otros rompieron las cántaras de un aguador (cuyo importe abonaron en seguida) diciendo: — ¿Qué es esto? — Agua. — Hoy no se bebe en Sevilla sino vino. — Mas allá gritaba otro grupo: *¡Nadie duerma esta noche; el que duerma es un inglés!* — ¡Qué alegría, decian las mujeres, *ni el Sábado Santo!* — Banderas en las torres, colgaduras en todas las casas, el hermoso ruido de la alegría por todas partes.

— Parte telegráfico, gritaban los ciegos desatinados, de la entrada de nuestras valientes tropas en la gran ciudad de Tetuan, y de que á los moros se los ha llevado demonio. — ¡Viva España! ¡Viva la Reina! ¡Viva el ejército! ¡Vivan los moros! — Hombre, ¿qué está Vd. diciendo? ¿qué vivan los moros? — Sí, para volverlos á matar.

Tal es el entusiasmo español cuando es unánime, legítimo y de buena ley; acude á sus iglesias, saca en procesion á su Patrona la Vírgen Pura, victorea á su Reina, á sus prelados, á sus autoridades, á su patria, aclama á su ejército

que le da poder y gloria, á su caudillo y á los generales que lo guian, á los que traen de la guerra gloriosas heridas, y el odioso *muera* no lo halla ni para sus feroces enemigos. ¡Y vosotros que estais en Africa y tan inmenso regocijo habeis proporcionado á vuestra patria y no podeis ser testigos de la gratitud con que os paga!

Podrá ser que el entusiasmo unánime y frenético inspirado por la toma de una ciudad mora, por grande que sea el hecho de armas que la puso en poder de los españoles, parezca exagerado; pero no lo es, porque, en primer lugar, el pueblo, con su admirable instinto, sabe que el éxito en todas cosas es el que las evalora: siente ademas que no es solo una ciudad mora y otras ventajas que pueda reportar, lo que ha proporcionado á España su ejército, sino que siente que del fuego marroquí se ha alzado el Fénix español, volando hácia un glorioso porvenir; y en segundo lugar, porque con estas demostraciones públicas, con esta ardiente espansion, paga el país á su ejército tres meses de admiracion, de interes y de simpatía. Esto se debia por sus sufrimientos, por su constancia, por su valor sin igual, por su humanidad sin límites. Esta deuda tenia la patria, y se là paga en amor, en admiracion y entusiasmo.

El dia 8 continuó la misma alegría; procesiones, salvas y tantos tiros, que hubo quien dijo se habia gastado tanta pólvora como para tomar á Tetuan. Pusiéronle el 9 á una de las calles principales el nombre de calle de Tetuan, lo cual se hizo yendo á las ocho de la noche el ayuntamiento con el retrato de la Reina.

Pero entretanto, nada sabia María de Juan José. Cundian exageradas las pérdidas á costa de las cuales se habia obtenido la gran victoria. María no pudo contener su ansiedad, y partió como otras muchas madres de los pueblos, para la capital, donde debian ser conducidos los heridos, quienes podrian quizá darle noticias de sus hijos.

Llegaron madre é hija el dia 9 al anochecer á Sevilla, y despues de descansar unos momentos en un meson, salieron para tomar informes del lugar á que habian sido conducidos los heridos recientemente traidos.

Un inmenso gentío y un entusiasta clamoreo les avisó que se acercaba la procesion, en la que se llevaba el retrato de la Reina. Subiéronse en el poyete de un zaguan para dejarla pasar. Abrian la marcha cinco batidores á caballo y una numerosa música; seguia la guardia municipal á pié; á continuacion llevaban cuatro banderas seguidas de una porcion de personas con hachones encendidos, y despues los heridos de Africa coronados de laurel, y llevando banderines en que se leian en letras de plata los nombres de las principales victorias alcanzadas por el ejército. Marchaba luego el ayuntamiento presidido por el gobernador civil y por el retrato de nuestra augusta Soberana, llevado por dos concejales, y cerraba la marcha un piquete de infantería con otra banda de música á la cabeza.

«¡Allí vienen los heridos!» decian las gentes apiñadas; y los vivas eran más entusiastas, y las lágrimas corrian presurosas por las mejillas de las mujeres, al paso que se detenian asombradas, ántes de ir á perderse entre negros ó canos bigotes. — ¡Mirad aquel, mirad aquel, pobrecito! no puede andar solo, lo vienen sosteniendo; — decian al lado de María, señalando á un jóven que con el brazo y el hombro vendado, coronada su pálida frente con una corona de laurel, y llevando en la mano un banderin con un letrero que decia Tetuan, caminaba con rostro placentero, macilento y modesto, apoyado sobre el brazo de un robusto anciano, cuya mirada orgullosa y enajenada parecia decir á todos: ¡Este valiente es mi hijo! — María, cuyo corazon se hallaba agitada hacia dias por el temor, la esperanza, el entusiasmo y la angustia, dió un gritó que todos aquellos sentimientos la arrancaron al reconocer en el macilento y glorioso herido á su hijo, y cayó en brazos de Catalina.*

---

* Este es el lugar de reproducir lo que concerniente á los heridos que iban en la procesion referida dice La Andalucía, periódico de esta ciudad:

«El que no haya presenciado la escena que la noche del juéves se ofreció en la Plaza Nueva en el momento de atravesarla la procesion que conducia en triunfo el retrato de S. M. y á los heridos convalecientes, no puede tener idea de lo que es un pueblo entusiasta y patriota. Allí las

CAPITULO VIII.

All's well, that end's well.

Meses despues se celebraba en Bornos una alegre boda, la de Catalina y Miguel. Asistia á ella Gaspar, del todo restablecido, pero habiendo perdido el uso de su brazo derecho. Si habia perdido un brazo, en cambio habia recibido una medalla de oro, una cruz pensionada y una renta vitalicia: como inutilizado en la guerra de Africa, esta; como valiente, la cruz; como benéfico y generoso, la medalla.

— ¡Todos los dias son dias de dar gracias á Dios! ¡No hay padre mas feliz que yo! exclamó alegremente Juan José; ¡no tengo mas pena que verte manco, hijo mio! Pero ¡cómo ha de ser! Pagaste como bueno tu deuda á la patria, Gaspar.

— ¡Padre, respondió Gaspar, señalando su medalla y su cruz con entusiasmo; y cumplidamente me ha pagado á mí la patria las suyas!

— Verdad es, hijo; y así, señores, á brindar. ¡Viva la Reina, y vivan todas las personas generosas y buenas españolas que como S. M. y la Real Familia han contribuido al auxilio de los heridos é inutilizados de la guerra de Africa!

---

aclamaciones, los disparos y los vivas ensordecian el aire, miéntras el espectáculo que ofrecian nuestros guerreros coronados de laurel, arrancaba lágrimas de ternura en los pechos mas inaccesibles al entusiasmo.

Uno de ellos, cazador de Arapiles, exclamaba lleno tambien el rostro de lágrimas:

— ¿Quién no se bate, despues de ver esto?

Otro no podia casi andar, parecia estar incómodo.

— ¿Quiere vd. retirarse? le preguntó un caballero.

— De ningun modo, señor. Estos vivas me dan la vida.

Una mujer quiso hacer un obsequio metálico á un soldado.

— Gracias, patrona. Tengo bastante con la paga que me da la nacion, y con esta corona, que para mí es de oro.

Por ultimo, al despedirse los heridos de los señores alcaldes y concejales, una vez concluida la ceremonia, muchos de ellos profundamente conmovidos daban las gracias por tantos favores, asegurando que si les cabia la dicha de volver á batirse contra los moros, el recuerdo de Sevilla los alentaria, como el de una madre cariñosa que con sus bendiciones les protegia.»

APÉNDICE.

No queremos concluir esta pequeña reunion de rasgos heróicos, generosos y tiernos de nuestra guerra de Africa, que darán á conocer el carácter y sentimientos de nuestra nacion, sin añadir algunos detalles de sumo interes.

Decia el general Marchessi en su magnífica alocucion á los tercios vascongados, al estimularlos con el recuerdo de las gloriosas empresas de nuestros antepasados: *Acordémonos de que todo lo emprendieron en el nombre de Dios, y hagamos lo mismo.* Así es, que cual aquellos que al concluir una obra la coronaban con la cruz, nuestros guerreros de hoy han dado cima á la suya entrando en la ciudad conquistada, no como enemigos exasperados, no como conquistadores fieros y altivos, no como hombres que acaban de ver á sus compañeros y amigos horrorosamente mutilados en los campos de batalla, sino como cristianos, como civilizadores, como generosos, al ver ante sus piés postrada á una mísera multitud poseida del doble espanto de lo que acababa de sufrir de la bárbara y brutal soldadesca marroquí, y de lo que aguardaba de un conquistador ultrajado y deseoso de venganza; multitud que imploraba su clemencia gritando *¡ Viva la Reina de España! ¡ Vivan los señores!* Aquellos corazones, poco ántes de acero ante el peligro, impasibles ante las tormentas y la muerte, se enternecen y se ablandan ante la desolacion, ante la desgracia, ante la miseria. — ¡Pobrecitos! este dulce epíteto en que se funden la compasion y el cariño, pues como lo hemos dicho ya, la compasion es el mas puro de los amores; ¡pobrecitos! palabra mágica de la caridad, que en idioma alguno puede traducirse, dándole su significado cándido, su delicado prestigio, su dulce afecto; esa palabra tan pequeña, que como una chispa enciende la santa hoguera del fuego sacro, fué pronunciada por aquellos mismos labios que poco ántes mandaban con energía una carga á la bayoneta, y es repetida por todos los soldados que partian con los míseros hambrientos cuanto llevaban! y esto sin ostentacion, sin jactancia, con la misma sencillez que lo refiere un soldado en este párrafo de su carta:

Todos les dábamos cuanto podíamos, pues no mirábamos en ellos á nuestros enemigos sino á los pobres que no tenian que comer.

Un sobrino nuestro, oficial de artillería nos escribe estas líneas:

«Me he convencido con íntimo placer de que el soldado español es tan humano como valiente. He visto á los soldados repartir su galleta á los pobres, y á uno llevar á ancas de su acémila á un infeliz judío, al que decia: — ¿Por qué no acudís cuando comemos á los ranchos? Nos sobra y os daremos; y ya que tanta necesidad teneis, ¿qué os importa que esté hecho con tocino?»

Hé aquí una carta de otro oficial, que publica un periódico sevillano:

«Un respetable anciano yacia cadáver horrorosamente mutilado, la cabeza á tres pasos del tronco, y junto á sus manos, crispadas aun por las angustias de muerte, se veia un cuchillo ensangrentado sin empuñadura: mas allá una mujer completamente desnuda, de facciones bastante regulares, pugnaba por coger con la única mano útil que tenia, á un precioso niño como de dos años, que al parecer estaba muerto.

«Al verme, un grito de alegría se escapa de los cárdenos labios de aquella infeliz. En mal español, que me costaba mucho trabajo comprender, me refirió que la noche anterior se habian presentado los moros en su casa, y despues de forzar las puertas, asesinaron á su marido y á su padre, al primero de los cuales sacaron arrastrando á la calle. En la desesperada defensa que emprendió ella, le habian causado una herida en el muslo izquierdo. Despues se llevaron cuanto tenian, inclusos algunos quintales de cera. Por fortuna el niño no tenia mas que un desmayo producido por el hambre. Merced á un vaso de vino, que no sé de dónde me proporcionó un soldado, conseguímos volverlo á la vida.

«Decirle á V. las demostraciones de júbilo que hizo aquella madre, cuando vió que su hijo abria los ojos, seria una cosa imposible. Me abrazaba, pidiendo que no la abandonase, y nos llamaba sus salvadores. Por fin, despues de

socorrerla cuanto me fué posible, salí de la casa profundamente conmovido.

«Se han emprendido algunas obras en las que se admiten á todos los hebreos que quieran trabajar, retribuyéndoseles con 4 rs. diarios.

«La espantosa miseria de estos infelices, ha dado lugar á hechos de abnegacian admirables. Se han hecho infinitas limosnas, y varios soldados se han privado de su racion para remediar el hambre de algunos desgraciados.

«Multitud de hombres se ocupan en limpiar las calles, y se ha publicado un bando para que entreguen estos habitantes todas las armas que tengan, depositándolas en poder de un moro que, con el título de alcalde, se ha comisionado al efecto.

«El general Rios, con una actividad y celo dignos del mayor encomio, procede á la organizacion del ayuntamiento y á la rotulacion de las calles. La plaza Mayor se ha bautizado con el nombre de *plaza de España.*»

Entre los innumerables hechos que atestiguan, á la vez que el ardor patriótico y la constancia de nuestros incomparables soldados del ejército de Africa, el espíritu eminentemente religioso que los anima y fortalece en los combates, citaremos el que hemos leido en una correspondencia escrita desde el campamento frente á Tetuan por una persona respetable que lo presenció.

En el momento de haberse disparado un cañon por un artillero asturiano, observaron sus camaradas el estrago que produjo la metralla en un grupo de moros, y prorumpieron en estrepitosos vivas y aplausos, abrazando á su compañero. Este sereno y piadoso soldado, léjos de envanecerse por tan merecidas y entusiastas demostraciones, y como inspirado por los sentimientos que embargaban su corazon en momentos tan supremos, se desabrochó el pecho, y enseñando á sus camaradas un escapulario de la Santísima Vírgen de Covadonga que le puso al cuello su madre al despedirse de ella, les dijo: «A esta Señora, á esta, que es mi patrona y mi amparo, y no á mí, se debe cuanto yo hago y hago per mi patria y por mi Reina Doña Isabel II.»

En la primera misa celebrada en Tetuan, que fué dicha por un venerable misionero, asistido por capellanes castrenses, y oida por el general en jefe con todo su estado mayor y por piquetes de los diversos regimientos, pronunció aquel una plática en la cual consignó el hecho elocuentísimo de que entre más de cuatro mil heridos y enfermos de nuestro ejército de Africa, que habia asistido en los hospitales, solo uno no llevaba al cuello cruz, medalla ó escapulario, y ese uno era un presidiario de los que para ocuparse en ciertos trabajos acompañan al ejército.

Pero ¿quién podrá enumerar las pruebas de humanidad tierna y cristiana que han dado en esta campaña oficiales y generales? Sirva de muestra esta hermosa frase que se atribuye al general Ros de Olano, tan bizarro como prudente en la guerra, y tan cuidadoso del bienestar de sus tropas: *Mas quiero un soldado vivo que diez moros muertos*; y la delicada bondad de corazon del general en jefe, que en medio de sus graves cuidados y de la inmensa responsabilidad que sobre él pesaba desde que la Reina le dijo: *Te entrego los destinos de España*, y cuando apénas hallaba tiempo material ni sosiego moral para el necesario descanso, encontró ambos para contestar á la siguiente humilde carta de una pobre madre de un soldado, que reproducímos, para probar cuán verídicos son los tipos que de las mujeres del pueblo pintamos.

Una pobre madre, luchando con el temor y cariño que dos personas diversas le inspiran, ha escrito al conde de Lucena la siguiente carta:

«ESIJA y enero.

«Esentísimo señor conde de Lusena

«— Muy señor mio: una madre que ya ase dos meses que no sabe de el hijo de sus entrañas es la que recure á usía para mereser de su buen corason que me haga usía el osequio de sin perdida de correo mandar á uno de sus secretarios pues buestra eselencia no es cosa que le escriba auna pobre como yo, como está de salud si es muerto ó herido Manuel Carrascosa y Romero soldado de el primer ba-

tallon del Príncipe Cuarta compañía nro. tres ¡ay esselentísimo señor cuanto gusto que tiene mi corason porque mi hijo este al lado de usía para defender la patria y cumplir como soldado con su deber, y cuanta pena tiene mi alma por no tener carta suya! ¡ay señor mio por el amor de Dios y el de buestra familia os suplico que busque á mi hijo y le manden que sin perdida de correo me escriba y si mi hijo está herido ó muerto por Dios que usía me lo mande á desir por vuestro secretario pues si usía tiene hijos sabe cuanto se quieren y cuanta será mi pena por no saber de el hijo de mi alma asi le suplico que no desoiga mis suplicas y que me mande á desir cuanto le pido pues asta no tener contestasion á esta no dejan mis hojos de derramar lagrimas amargas.

«Su eselentísima se conserve siempre bueno y libre de todo mal, como se lo pide á Dios y á su santísima madre la que ha tenido el atrebimiento de incomodarle y le pide á su eselensia mil perdones por haberlo molestado su mas atenta umirde y segura serbidora que besa su mano.

«*Josefa Romero.*

«El sobre para Josefa Romero calle de Martin de Parma nro. ocho en

ESIJA PROVINSIA DE SEVILLA.

«Su Eselensia tambien me ará el obsequio de desirle á mi hijo si está en este mundo que me mande á desir si á resibido una carta mia en la que lemando una letra de treinta reales, y una estampa de la Santísima Vírgen de el valle nuestra patrona.

«Tengo balor suficiente para resibier cuarquiera nueba desagradable de lo que haya pasao á mi hijo así su eselensia no tenga cuidado en mandarme á desir lo que le haya pasado pues cuarquiera cosa la llebaré con pasensia y conformandome con la voluntad de Dios.»

La lectura de esta carta bastó para que el general O'Donnell mandase que inmediatamente su ayudante el teniente

coronel graduado Sr. Rizo, se informara del paradero del soldado Carrascosa.

El Sr. García Rizo ejecutó las órdenes de su general; afortunadamente para esa pobre madre, á quien tanto honra su carta, modelo del maternal amor, el soldado vivia y habia recibido la letra, y aseguraba que habia escrito á su madre.

El conde de Lucena entónces, de su puño y letra, contestó á la carta y tranquilizó á la pobre y afligida madre, noticiándole el estado de su hijo y asegurándola que léjos de haberle molestado con su pretension le habia proporcionado con ella el placer de darle una buena noticia.

Cómo recibirá la madre de nuestro soldado esta carta, y cómo correrá de mano en mano por el pueblo, fácil es de comprender.

Ultimamente, concluiremos estos ligeros apuntes con un chiste andaluz, para que una sonrisa en los labios acompañé las lágrimas de ternura que llenan nuestros ojos, y es el siguiente brindis pronunciado en una comida dada en celebracion de la toma de Tetuan: «Brindo, dijo el que lo hacia, por el abrazo que daria el emperador de Marruecos al que le llevó la noticia de la derrota de los suyos.»

DICHA Y SUERTE.

CUADRO DE COSTUMBRES POPULARES.

FORTUNA.

Sobyugados sois á mí
los humanos.

BLAS.

No son los varones magnos,
No facen cuenta de tí. *

CAPITULO I.

SAN LUCAR Y EL COTO DOÑA ANA.

Cansado de arrastrarse por despobladas y monótonas marismas, llega el Guadalquivir á San Lúcar, término de su carrera. El mar le viene al encuentro esanchando su cauce, á fin de que sea grandioso y digno lugar para la entrevista de los dos potentes soberanos; el de las aguas mansas y dulces, y el de las aguas amargas y agitadas.

Este lugar forma el fondeadero de San Lúcar, que pierde la importancia que podria tener, por la facilidad que á los buques presta el rio para subir hasta la capital de Andalucía.

Bonanza es el apropiado nombre que lleva el desembarcadero establecido en las aguas bonancibles; está situado á alguna distancia rio arriba del pueblo, cuya playa recibe todavía las embestidas del mar que penetra en la ancha desembocadura del rio, y de las que lo guarece una estensa

* Del marqués de Santillana. No hay de esta composicion sino una impresion que se hizo en Sevilla. Se halla reimpresa en la Floresta, publicada por Don Juan Nicolas Böhl de Faber. Tomo III, pág. 97.

playa de arena, en la que se han cavado navazos y plantado viñas.

Divídese el pueblo en dos partes. La una, denominada *Barrio bajo*, es en estremo larga y se ha labrado entre la playa y un monte, sobre el que está situada la otra, que se denomina *Barrio alto*. La llana plataforma de este monte la ocupan, hácia el lado de las marismas, un castillo moruno con su soberbia torre, sobre cuyo turbante de almenas ondean, cual penacho, abigarradas banderas, con las que anuncia los pacíficos huéspedes que al rio envía la mar, pues la anciana guerrera, por no estar ociosa, se ha metido á vigía.

En el centro de la plataforma se alza el palacio, ó mas bien la fortaleza; que es casa solariega de los descendientes de Guzman el Bueno, duque de Medina-Sidonia, cuyo jardin ocupa la vertiente mas escarpada del monte, en términos que parece una formidable muralla que para defenso del castillo levantara el terreno y que hubiese enlucido con vegetacion.

El tercer edificio, ó tercer floron de la diadema que corona á San Lúcar, es el palacio de verano recientemente construido allí por los señores infantes duques de Montpensier, que goza en toda su pureza, como el primero en recibirlas, la frescura de las brisas del mar, las que se encargan de mecerles las palmeras y llevar á tan augustos moradores los perfumes de sus jardines. Si las brisas se perfuman con las flores para refrescar sus frentes, para satisfacer sus corazones se santifican tambien con la bendicion de todo un pueblo que alza sus ojos agradecidos hácia la Providencia terrenal puesta allí por la celeste para su amparo y su consuelo.

Centros de barrios perfectamente labrados; cabos de barrios alegres, limpios, y aunque pobres, sin miseria; hermosísimas iglesias, bellísimos conventos que desmorona el abandono; abundancia de fuentes de esquisitas aguas, abundancia de ricas frutas y legumbres: esto se ve y se halla en San Lúcar de Barrameda, constituyendo uno de los pueblos mas bellos (así como es uno de los mas moralizados, religiosos y tranquilos de Andalucía), el que promediando la distancia

de Sevilla á Cádiz, participa algo de la fisonomía de ambas capitales.

En la orilla opuesta del rio empieza el magnífico Coto de Doña Ana, propiedad de los duques de Medina-Sidonia, que ocupa el espacio de diez leguas; Coto que encierra los mas variados caractéres de la naturaleza, con todas sus galas y todas sus arideces. Estéril en sus arenales, frondoso en sus cañadas, agreste en sus montes, ameno á orillas de sus lagunas, sombrío en sus bosques, risueño en sus llanuras, grandioso en sus playas, reconcentrado en sus valles, es alternativamente desierto y paraíso, verjel y páramo, Arcadia y Tebaida.

Es el Coto un pequeño mundo primitivo en todo su lozano libre albedrío. Allí no se ha introducido aun la civilizacion agrícola; es allí exótico el arado que desgarra la florida superficie de la tierra; es desconocida la podadera que suprime lo bello en favor de lo útil; no se ha dividido el terreno como un tablero con lindes; no se ha empobrecido la libre creencia con desmontes*; no se ha impuesto á los árboles como á los quintos el formar en monótona simetría; no se ha dicho á las plantas: *Sed productivas*, y solo rige allí el primitivo mandato: *Creced y multiplicáos.*

Como es de suponer, en aquel inmenso despoblado campan por su respeto todos los animales que el hombre avasalla ó destruye. En los altos pinares se anidan á miles las urracas y se ceban los jabalíes; en sus vastas llanuras corren cerriles las yeguas andaluzas, que segun tradicion griega, eran fecundadas por los vientos; en sus frondosos bosques de alcornoques, triscan airosos los ciervos y trepan los gatos monteses; en dilatados prados de romero que rivalizan en perfume con el tomillo, el almoradux y la mejorana, se deleitan numerosas tribus de tímidos conejos y asustadizas liebres; en el monte bajo, se instalan las zorras y los lobos,

---

* Esto no implica que dejen de hacerse por algunas partes cortas, las que forman uno de los productos de estas vastas posesiones.

y entre los riscos las serpientes y los lagartos. En el siempre fresco lentisco, y el vistoso madroño, la picada y sombría sabina, el escobon de doradas flores, el erguido labiergano, en todo aquel eden de vegetacion, cantan un sin número de variados pájaros, miéntras á poca distancia de la dehesa bruma el toro bravo, aquí arrulla la tórtola, allí relincha el indómito potro; silba el mirlo y aulla el lobo, trina la alondra y grazna el pato, gorjea el ruiseñor y gruñe el jabalí, bala la cabra y gritan las urracas; y sobre todo este inmenso conjunto, se eleva en su soberbio vuelo y se cierne en campo azul de esmalte la noble águila, como las armas vivas de este magno señorío del heróico defensor de Tarifa.

CAPITULO II.

DEL ARCA DE NOÉ Y LOS PATRIARCAS.

Si hubiésemos sido el arquitecto que labró en este Coto el palacio que existe y en el que el año de 1624 obsequió el duque de Medina-Sidonia tan régiamente al rey Felipe IV*, hubiésemos dado á este palacio la forma mas apropiada á su situacion, que hubiera sido la del arca de Noé.

Como afectó á los niños, lo somos tambien á sus juguetes, y entre estos nos es mas simpático que ninguno su decano, la venerable arca de Noé. Como se confeccionan libros para todas las edades, se confeccionan arcas de Noé para todos los bolsillos; las hemos visto desde el mínimo precio de tres reales hasta la respetable suma de dos mil.

---

* Vea el que quiera mas detalles, la curiosa y minuciosa relacion que de este recibimiento hace el Excmo. Sr. Don Antonio de Latour en el tercer tomo de sus interesantes, eruditos y poéticos Estudios sobre España, que intitulaba la Bahía de Cádiz.

Hemos visto en las primeras, las pobres (todo lo pobre nos agrada desde que el dinero se ha hecho tan vulgar y tan plebeyo), hemos visto caricaturas en miniatura de todos los animales, en las que sin degenerar, se han sucedido las degeneraciones, destruidas con espantosa rapidez sin ayuda del tiempo.

Acaece, no sabemos si por falta de imaginacion ó por sobra de fe, que nuestra comprension en que tan temprana se grabó la imágen de la familia del Patriarca en toda su tiesa majestad, no admite la idea de Noé, Cam, Sen y Jafet sino con sus túnicas ó sacos azul, verde, amarillo y color de castaña sujeto al talle por un cinturon sin cabos y sin hebilla, cayendo sin pliegues ni arrugas hasta cubrirles modestamente los piés, sus sombreros negros de ala ancha redonda, sus brazos pendientes como los de los quintos y en uno de ellos un báculo al que conservamos respeto y veneracion.

Si alguna vez formamos ó dirigimos la composicion de un cuadro vivo, y es elegido este asunto, al que tanto cariño tenemos, será ciñéndonos estrictamente á nuestros queridos modelos; la mas pequeña variacion, nos pareceria una falta grave á las tradiciones infantiles que tambien se deben conservar. En las decoraciones tendrian precisamente que entrar: el arca en su batea, y con una ala del tejado engoznada para poderse levantar, mostrando una mezcolanza íntima, un batiburrillo el mas sosegado y pacífico. Figurarian los cipreses de virutitas; las comparsas las formarian precisamente: un leon que ostenta su ferocidad en la entonacion de su cola que sube á coronar su cabeza como la cresta de un gallo; un gato sentado con una cara tan larga que acertadamente demuestra su conocido horror al agua; un rinoceronte sin rabo al que para prestar un aspecto fiero dieron ojos encarnados; una oveja á la que la mujer de Noé, que presintió el idilio, ató un liston rosa al cuello; una rata tan grande, que pone en fuga á un cochino, con un rabo de hilo gris. — Presentados de otro modo, el arca de Noé desprestigia á nuestros ojos; no queremos las arcas de Noé caras y civilizadas, queremos las pobres con todas sus graciosas inverosimilitudes. ¡Viva lo inverosímil! — no nos va á quedar en

nuestra era prosáica, en nuestro siglo racional y en nuestra época materialista, nada de poético sino lo inverosímil.

En aquel Coto, que quizas como ningun otro paraje de Europa, nos representa la naturaleza en su primitivo estado, bello, inculto y despoblado, pueden figurar propiamente el papel de Noé, los guardas puestos allí por los duques y cuyos cargos se suelen heredar de padres á hijos. En aquella soledad, de la que sobre todo los ancianos, casi nunca salen, conservan en su carácter y costumbres mucho de patriarcal y de inocente. ¡Qué triste idea es la de que si bien la sociedad sirve para civilizar al hombre, tambien sirven para pervertirlo! — No hay sino comparar la índole y la moral de los pobres del campo con la de los pobres de las ciudades para confirmarse en esta verdad: los primeros honran y hacen bella y noble la pobreza; estos últimos la degradan y la hacen viciosa y repugnante.

En una de estas guarderías habia pasado su vida el tio José, á la sazon viudo y con tres hijos. Dos de estos eran casados y guardas tambien; el menor era cortador de leña y trabajaba con los que arrendaban las cortas para hacer con ellas carbon. Dirigir estas cortas, para lo que se necesita una inteligencia especial en el ramo de arbolado, es uno de los cargos de los guardas mayores.

El hijo menor, que se llamaba Vicente y tenia veinte y tres años, á una hermosa figura, á un genio alegre y bondoso, unia una gran cultura moral que habia ingerido el padre á toda su familia con solo hacerse respetar, puesto que el respeto es la base de toda verdadera cultura. — Como siempre se ve, ese mismo respeto habia engendrado en sus hijos el mas entrañable cariño hácia él, pues es muy rara la cosa que se respeta y no se ama. — Como los impulsos que reciben, obran tan irresistiblemente en los hombres, el del respeto que habian dado los hijos del tio José á sus mujeres é hijos, no era solamente seguido por estos, sino á su vez comunicado á cuantos trabajadores iban al Coto á las cortas de leña y hornos de carbon, y nunca pudo un mortal representar mejor que el guarda mayor á aquellos jefes primitivos,

cuya voluntad, sin luchar con rebeldías, era á la vez núcleo que unia, impulso que guiaba, y voluntad que regia.

Aunque los dos hijos mayores del guarda eran casados, ninguno se habia atrevido á fumar en su presencia, á pesar de que su padre fumaba y nunca les habia prohibido el hacerlo; pero el culto instinto del respeto, tan perdido en la actualidad en que lo reemplaza el incultísimo *sans façons*, les sugeria que el dejarse ir á ese poco fino goce, que implica poca compostura, era faltar al respeto, aun del hombre rústico. Jamas se sentaban si su padre estaba de pié; nunca hablaban de su persona denominándolo *él*, sino *su mercé*, y de esa misma respetuosa espresion se valian en su presencia. Todas estas cosas nos constan, y por eso las referimos, así como, por último, este rasgo: habiendo venido el tio José, en una ocasion á San Lúcar, y parando en casa de uno de sus hijos, entónces recien casada y establecido allí, su nuera, que solo tenia una sala y una alcoba contiguas, despues de prepararle á su suegro una buena cama en la sala, se fué á pasar la noche en la habitacion de una vecina viuda, dejando solo á su marido, que así lo dispuso, en la cama matrimonial. — A los que deseen conocer nuestras costumbres populares, les presentamos estos ejemplos, añadiendo que esta cultura de alma que posee nuestro pueblo como ningun otro, y que hace al pobre campesino tan noble, tan honrado, tan bien avenido con su destino, tan decente, tan delicado, tuvo su orígen en la gran legisladora del mundo, estampada en las tablas de Moisés y ampliada en el Evangelio..... *la palabra de Dios.*

Hermoso, robusto, alegre y sano de corazon se habia criado Vicente en aquella grandiosa naturaleza primitiva, con aquellas costumbres patriarcales, siempre respirando aquel aire puro, siempre bajo los ojos de Dios y los de su padre. ¿Qué tiempo, qué ocasion, qué ejemplo, qué seduccion al mal hubiese podido tener Vicente? ¡Vegetaba! — No; vivia tal cual es la no viciada vida; trabajando, descansando: lo primero voluntaria y concienzudamente, y lo segundo con paz y contento. ¡Pero su existencia no era cumplida! Sí lo era. — Los sábados por la noche desaparecia Vicente. —

Despues de un dia de fuerte trabajo, sus piés hallaban toda la agilidad que da el descanso para andar en breve rato media legua que dista la morada del guarda mayor de la orilla del rio; desde allí lo pasaba la barca al muelle de Bonanza, refrescando en la travesía las brisas de la mar su acalorada frente. Saltaba en tierra, y con los brios de veinte años y el apresuramiento del deseo, corria el cuarto de legua que separaba á Bonanza de San Lúcar. El domingo á la hora de la comida estaba de vuelta. El padre sabia sus escapatorias y adivinaba su objeto, pero se desentendia: otorgar, era contra su dignidad; prohibir, era traspasar sus derechos de padre; y el instintivo criterio de aquel campesino, lo guiaba de un modo tan admirable, como no resulta por cierto de la sutil ciencia del mundo.

CAPITULO III.

LA HUERTA DEL TIO CURRO Y SU MAS LINDA ROSA.

Hácia el lado de Bonanza, y siempre en línea recta, se prolonga interminablemente la poblacion, formando una calle que, empezando en la plaza de los Caños-del-Campillo, concluye entre solo dos hileras de casas hasta entrar en el paseo y hallar sombra debajo de los árboles.

Las casas que del lado derecho, esto es, hácia el monte, hacen espalda á las de esta calle, tienen al frente un camino terrizo y un ancho vallado. Entre este vallado y el monte hay unas huertas que, resguardadas por este del furor de los levantes, y por las casas del de los temporales, forman por su situacion una especie de invernáculo general para las plantas que allí se crian sin embates, como monjas en sus conventos.

Una de estas huertas en que vamos á entrar, estaba cultivada con un esmero que incluia el primor, de manera que mas que huerta parecia un jardin rústico. Sus primitivos

dueños debieron haber cifrado su placer y pasatiempo en hermosearla, particularmente con profusion de árboles.

Del camino la separaba el mencionado vallado tan ancho y frondoso, como que tenia el espesor de un muro de fortaleza; muro en el que si bien las osadas tropas ligeras muchachiles solian abrir pequeñas brechas, para coger moras ó nidos de pájaros, el ingeniero que lo edificó, le restauraba sin ruido y sin presupuesto, con incansable perseverancia. Descollaban entre zarzas, lentiscos y espinos de trecho en trecho cual alertas centinelas, lanza en ristre, las erguidas pitas (aloes) espresando pantomímicamente el *¡atras!* con un puyazo al que intentaba traspasar los límites del recinto confiado á su custodia.

Separábala de la huerta contigua, una hilera de chopos de Lombardía, como una fila de granaderos con verdes penachos, que llevaban cañas de maiz por sables y viñas por correas y cartucheras.

Del lado opuesto la defendia de las usurpaciones de la vecina, una batería de granados que fundian sus dulces proyectiles con las enrojecidas flores que al intento producian.

Dos enormes morales tenian su solar en el fondo de la huerta, en donde, como señorones rancios y de buena ley, daban su sombra á la noria, sus frutos al hombre, sus hojas á los gusanos de seda, su alto amparo á los pájaros, su apoyo á la yedra, y nada pedian en cambio sino que los dejasen vivir en paz.

Apoyaba la huerta su espalda de naranjos sobre la enramada cuesta del monte, como en el blando y perfumado respaldar de un ancho sillon. Las legumbres bien cuidadas y bien colocadas medraban tanto, que parecia la huerta el instituto modelo de Vertumno; así era, que creyéndose dignos de figurar en esposiciones, la vanidad habia trastornado las molleras de las ántes tan modestas y sensatas hortalizas. (¡Cosas del siglo XIX!) Las coliflores habian añadido á su nombre el bonito nombre de sus madres; los finchados alcauciles repudiaban todo parentesco con las alcachofas y cardos, que calificaban, á pesar de ser sus abuelos, de incultos y bastardos. El apio, que pretendia descender de la hija

de Esculapio Panacea, cuyas virtudes poseia, derivaba su nombre de este dios su antepasado; hasta las calabazas de mala tez, pero de buena índole, se soplaban como globos, esperando así obtener por mote de sus armas el conocido aserto de *lo que no va en calidad va en la cantidad.* Unicamente el perejil y la yerba-buena, se lamentaban en un rincon del ínfimo precio que valia un manojo de sus ramas, á pesar de hallarse enaltecida la una con el mismo glorioso sobrenombre de los Guzmanes, señores del pueblo, y el otro con la mas encantadora de todas las prerogativas, la de alegrar el corazon.

Una infinidad de pajaritos que allí se reunian, por mas que el cerrorillo * intentaba cerrarles la puerta, formaban coros, cantando todos á un mismo tiempo, presididos por su maestro el ruiseñor; músico que á los de Italia enseñó á principiar las arias por un *andante* y á concluirlas por un *allegro.*

En aquel lugar, ántes que en otro alguno, abria la primavera sus ojos de rosas al despertarla las golondrinas; y cuando la acosaban los calores del estío, allí hallaba su último refugio, que le *procuraba* el hortelano con el riego de su noria.

Este hortelano era el tio Curro, quien habia criado en competencia con sus rosales á una hija llamada Rosa, que corria pareja con las de aquellos, á los que el tio Curro llamaba sus compadres por haber sido padrinos de su hija y haberle puesto nombre. No sabemos si era debido á esta causa el que Rosa fuese bella, aristocráticamente fina, blanca, rubia y delicada como las de su nombre. Unia Rosa á esto una de esas índoles de mujer que no tienen mas manantial de felicidad ó de tormento en la vida que el del cariño, y que no conciben que otro interes ni objeto alguno pueda encerrar la existencia.

La docilidad de su carácter era solo comparable á la

---

* Pajarito así llamado porque su canto se asemeja al ruido que a cerrarse produce un cerrojo.

constancia de su sentir; su voluntad era nula, ménos cuando la regia su corazon; entónces era el suave y resistente junco, siempre cediendo mas nunca quebrado. Cuando la hallámos á los diez y ocho años hábil costurera, cosiendo en su cuarto, miéntras su madre hacia las faenas de la casa, estaba triste y abatida; porque sus padres, y en particular el tio Curro, se oponia á sus amores, cuyo objeto era Vicente, y deseaban para ella un partido ventajoso que se la presentaba.

El tio Curro era un buen hombre, franco y de buen sentido, que habia sido soldado, y que llevaba ligera y alegremente la vida como habia llevado la mochila.

Su mujer era séria, seca y de pocas palabras, lo que no impedia que fuese, como todas las mujeres del pueblo, amante esposa y apasionada madre.

CAPITULO IV.

DON PROSPERO Y LA BUENA SUERTE.

Sumergíase con alma el sol en el mar para salir limpio y radiante en otro hemisferio. Las tareas campestres del hombre habian concluido, y el tio Curro, despues de haber soltado el agua de su alberca, la que repartida en todas direcciones, corria presurosa como culebritas de un fuego artificial de plata, se habia sentado debajo del emparrado que formaba el atrio de su palacio, gozando con deleite de un descanso tal como no lo conocen los que por deleites anhelan, y que solo se obtienen en compensacion al trabajo.

En su cercanía se hallaba una higuera que, partida en dos troncos á su nacimiento, formaba entre ambos un asiento, al que daban techo sus anchas hojas.

En este banco natural estaban sentadas algunas niñas de la vecindad, que muy afanadas formaban cadenas con las barbajas de los pinos, arrancando una de estas de la cápsula en que nacen gemelas, doblando la otra hasta clavar su punta de remate en la cápsula, y enlazándolas unas con

otras. La mas pequeña, de pié y con la boca abierta, miraba hácia la copa de la higuera, en la que llamaban su atencion dos cosas que por suerte estaban fuera de su alcance: los pájaros que revoloteaban entre las ramas, y los higos que de ellas pendian.

— Las brevas están verdes, dijo al fin la niña, plagiando á la zorra que en parecidas circunstancias dijo lo mismo de las uvas.

— No son brevas, que son higos, rectificó el tio Curro.

— Sí son, repuso la chiquilla, que por San Juan me dió la tia Amparo unas brevas que de esta higuera cogió.

— Pues por lo mismo, si por San Juan las tuvieron no las pueden tener á la presente. Ahora tienen higos, porque las higueras dan dos cosechas al año. ¿No sabes tú eso, María Moquillos?

— No *señó*.

— Pues sábetelo, y tambien por lo que eso sucede.

Cuando andaba Nuestro Señor por el mundo, descansó en una ocasion debajo de una higuera con San Pedro que se chupaba los dedos por una breva; viendo el Señor lo mucho que le gustaban á su discípulo, le dijo: Pedro, ya que tanto te agrada la fruta de ese árbol, de aquí en adelante dará no una sino dos cosechas al año. ¿Te enterastes?

— Sí *señó*.

Las ranas, en tanto, señoras de la alberca, muellemente colocadas en sus verdes balsas de verdin, entonaban su canto claro, frio, sin espresion y sin modulaciones, apropiado á su carácter y á su elemento, canto que es tan peculiar al agua, á las cañas, á los juncos, á los mimbres y á toda planta que ama el baño que parece las hacen brotar sus sones; canto monótono como el murmullo del agua y que del seno de esta se alza como un saltadero de melodía estraña, pero que aman aquellos para quienes todas las melodías campestres son gratas, y que miran, ó sienten en ellas *vida*, y otras cosas que indudablemente contienen, puesto que las obras de Dios no son máquinas como las de los hombres.

Al oirlas las niñas, por simpatía, se pusieron á cantar cual ellas.

Los niños, que son fuentes de sincera y candorosa aunque sencilla é inculta poesía (y por eso mismo mas genuina en su pequeña y limitada esfera) han puesto en verso el siguiente hecho que muchos ignoran y que ellos afirman:

Cuando cantan las ranas
Bailan los ranos
Y tocan los palillos
Los gusarapos.

Este canto, por simple que pueda parecer á los encumbrados doctores del Parnaso, nos parece, si bien no sublime ni heróica, de graciosa y mona poesía. La alberca, convertida por él en salon de baile y de concierto, con tales bailadores, músicos y cantantes, tiene para nosotros un prestigio muy superior al que dan á los arroyos sus náyades: no vemos alberca sin que nos la alegre el recuerdo de este canto infantil. Pero esta manera de sentir peculiar nuestra, no pensamos de modo alguno elevarla al juicio de ningun ateneo, así como el pueblo y los niños no elevan sus poesías al fallo de ninguna cátedra de literatura. Bulwer ha dicho que hay poetas que nunca han soñado con el Parnaso; y nosotros añadimos que tambien en poesía hay *pobres de espíritu* que no están tan léjos del ideal como se les juzga.

— ¿No sabeis vosotras, chilindrineras, por qué cantan las ranas? preguntó el tio Curro á las chiquillas.

— ¡Toma! — para alegrarse, contestaron ellas.

— No señor; cantan para pedir el agua á su Divina Majestad, porque habeis de saber que una rana sin agua está lo propio que un hombre sin vino, *ahiláa*. Sucedió que un año de seca, un pobre que veia que su pegujar se le moria de sed, se fué á una laguna que estaba cerca de su manchon y le dijo con el sombrero en la mano á las ranas: *Animalitos de Dios, pedirle agua*. Las ranas se pusieron á cantar que se desgañitaban y él á jalearlas tocando las palmas y diciendo:

A las que están cantando
Echarles rosas,
Porque se lo merecen
Por buenas mozas.

Acaeció que vino un temporal de aguas que se hundia el cielo y se anegaban los campos hechos charcos y pantanos. Como que miéntras mas llovia mas contentas y mas cantadoras estaban las ranas, el pegujalero, que veia su trigo ajeñado, se fué derechito y sin perder su vereda á la laguna y les gritó con coraje: *Figuritas del diablo, callad la boca.* Y habeis de saber, que lo referido tiene sentido hasta dejárselo de sobra, porque enseña, que cuando se necesita de uno, se hacen á manta carantoñas y se le echan flores, y cuando no se le necesita yá, no se acuerdan del santo de su nombre, y le encajan un sofion sin andarse con aquí las puse.*

Entró en este momento en la huerta, y se presentó debajo del emparrado un jóven vestido con levita y sombrero redondo; era alto, seco y desgavillado; su nariz era larga, como igualmente su cara, y esta en estremo angosta, que no se percibian sus chupados carrillos cuando se le miraba de frente: este conjunto lo realzaba una palidez estacionaria y un aire displicente inveterado. Era el descrito sujeto, hijo de un amigo y compañero del tio Curro, que con él habia salido á servir y con él habia vuelto á su pueblo; que habia seguido su oficio de panadero, y andando el tiempo se habia casado con la viuda del amo á quien servia, la cual era dueña del establecimiento, y tenia ademas un hermano establecido en la Habana que la solia mandar algunas remesas. Esto habia hecho que la rica panadera educase algo al tardío vástago que dió á luz, lo que facilitó poder colocarle de ayo** en la escuela de un maestro conocido suyo. Dicha colocacion le proporcionaba por el pronto la calificacion de *Don* que apetecia con igual ansia la madre y el hijo. En cambio los muchachos de la escuela le habian bautizado con el apodo de *Quilógramo.*

Conforme lo vieron entrar las chiquillas, dijo una de ellas:

---

* No pensamos que haya entre los fabulistas de mas renombre quien en sus composiciones haya aventajado á esta, ni en lo verdadero y sutil del pensamiento, ni en la manera graciosa y clara de patentizarlo.

** Llaman en Andalucía ayos á los pasantes de escuela.

— Ahí está *Quilógamo*; ¡qué recompuesto viene! Trae un *chaleque* verde y un corbatin *encarnao*, parece un rábano!

— Se ha metido á lechuguino*, opinó otra, y formando todas en seguida un círculo se pusieron á salmodiar:

De dos melones y dos pepinos
Nació una mata de lechuguinos.
Unos son altos *(se empinaron en las puntas de los piés)*,
Otros son chicos *(se agacharon)*
Chirriquititos *(se pusieron en cuclillas)*,
Y todos tienen pelo bonito *(se levantan y saltan)*.

— Ea, lagarse, chicharras, dijo el tio Curro; coger pira y liberal; cada mochuelo á su olivo, y que no lo vuelva á decir; ¿hablo claro?

La legion pigmea atravesó á paso menudo y presuroso el emparrado, como una camada de perdigones, y ya á la salida de la huerta se pusieron á cantar á desaforados gritos:

Todos los hortelanos
Cogen la berza
Con la espalda mas alta
Que la cabeza.

— ¡Hola, Próspero! Buenas tardes te dé Dios, dijo el tio Curro al recien entrado; ¡por via del judío! que no te viene mal ese nombre; me han dicho que has sacado á la lotería; si tienes mas suerte que Benito que murió de ahito.

— ¡Sí! — La suerte es como mia, contestó mal engestado el mozo. ¡Saqué 200 reales! ¡buen puñado son tres moscas!

— Mas vale algo que nada. Tu padre siempre tuvo suerte y la has heredado tú. Cuatro veces fuí herido en la guerra contra el frances y entré en el hospital, y tu padre no tuvo un aruño en su pellejo. Tu padre se casó con una mujer de posibles y se echó á la buena vida; no tuvo mas hijo que tú, te dió estudios finos y te ha colocado de ayo de escuela y mas adelante podrás ser maestro; en las quintas siempre has salido libre; ¿qué mas quieres, caracoles? —

---

* Petrimetre acicalado.

Yo siempre he tenido mala suerte sin mas que un *coge y come* y treinta dias al mes. He tenido un celemin de hijos; unos se me han muerto, otros están sirviendo al rey y los tengo mas repartidos que los maravedises; no me queda mas que Rosa; pero con *too* no me cambio por tí, que á pesar de tu buena suerte siempre estás *frondío* y con una cara que parece que estás probando vinagre, miéntras yo á pesar de mis tramojos siempre estoy contento, porque has de saber, Próspero, que la dicha y la suerte aunque parece que deberian estar *ayuncadas*, no siempre lo están. Si tienes suerte y no la gozas, para maldita la cosa te sirva. Tú te echas por ahí el *hoy* con el ansia de que el *mañana* sea mejor; yo me contento con que el mañana no sea peor que hoy, y cuando no lo es, le doy gracias á Dios y que me sabe mi gazpacho mejor que un pollo.

— Pero bien sabe Vd., tio Curro ..... objetó en tono elegíaco el ayo de escuela.

— ¿Que Rosa no te quiere? — Lo sé, y me pesa; pero no me vengas á mí con esas, que soy perro viejo. No es esa la causa de tu displicencia; té conozco como á las berzas de mi huerta. Para tí el número uno lo eres tú: el número dos lo propio que el número uno: Rosa no es sino el número que viene detras.

— Bien dice Vd. que es viejo, pues se ha olvidado Vd. de cuando estuvo enamorado, tio Curro. Pero, señor, ¿no pudiera Vd. convencer á su hija, y si no mandar como padre?

— Mira, Próspero, he servido al rey y sé lo que es la disciplina, qué *reasumidamente* quiere decir cumplir cada cual con la ordenanza derecho como un huso, pronto como la luz, y sin chistar como el pez; pero, hijo, la voluntad no es obligacion, y decirle á esta, media vuelta á la derecha ó media á la izquierda, es un puro *ipotismo*, y eso no puede ser. Rosa, contra mi voluntad, no se ha de casar; pero contra la suya tampoco, aunque lo mandase yo. Bastante la he aconsejado que te quiera, porque te estimo y porque le tiene cuenta; de la tuya corre ganarle la voluntad: anda, métete tres dias en una salina á ver si sales ménos desabrido y mas propio para el caso.

— Si Vd. se lo mandase, mas habia de influir en Rosa la voluntad de un padre que no la sal de una salina, repuso picado el pretendiente.

— ¿Dónde has visto tú eso, Cristiano? ¿Es mi hija alguna persona real para que se vea obligada á casarse por conveniencia del Estado?

— Pues sepa Vd. que la quinta está decretada, y mañana se pregona. Si me toca á mí la suerte, mi Madre me liberta; pero si le toca al *calza-polainas* de Vicente, no tendrá mas que coger el fusil.

— Eso tienes en tu favor, hombre, contestó el tio Curro.

— Así es; pero yo quisiera que si llega el caso, inclinara Vd. á Rosa á mí persona, que siempre se ha dicho: *Tales cosas te digan, tal corazon te pongan....*

— En eso descuida, hombre, que cano estoy de celebrarte; si las celebraciones pusiesen á los hombres bonitos, habias tú de ser, lo que no eres, esto es, el mejor de San Lúcar.

Próspero volvió sus tristes ojos hácia la casa, y fijó sus lánguidas miradas en el emparrado: pero nada vió, sino los racimos de uvas que parecian decirle: *no nos alcanzas*, y las gallinas que se cuidaban tan poco de él como él de ellas. Suspiró y se sentó sobre el muro que formaba la alberca. En esto vió á las ranas arrellanadas en verdes prados de verdina, y que con sus grandes y saltones ojos miraban abstraidas el vacío, de la misma suerte que muchos que parecen absortos en profundos pensamientos, y no piensan en nada.

Como todo amante es poeta, y cada cual á su manera, se puso este no correspondido enamorado á comparar á su pretendida á las ranas en cuanto á lo fria, arisca é insensible.

Entretanto el tio Curro, con su acostumbrada locuacidad, prosiguió la conversacion, que mas que esta era monólogo.

— Como te iba diciendo, Próspero, tu padre siempre tuvo suerte. — Caímos prisioneros á la par; él tuvo quien lo hiciese escapar; y yo pasé las viruelas con aquellos *Didones**

* Nombre que se daba á los franceses derivado de su acostumbrada muletilla dis donc.

que eran tan soberbios y desalmados como el que los mandaba. Pero aquella soberbia se les vino abajo, y los *brigantes* como á nosotros nos llamaban (¡por *via* del Dios Baco!) les metieron á los vencedores del mundo, como se decian, el resuello para adentro. — Asina fué que se dijo entónces y muy bien enversado: Todavía me acuerdo y me place decirlo:

Napoleon por traidor bien señalado,
Junot sin su Ducado y escondido,
Del trinquete Murat desaborlado,
Lefèbre en Zaragoza destruido,
Moncey sobre Valencia derrotado,
Y Dupont en Bailen roto y vencido,
Así ve Europa de sorpresa llena
Los heroes de Austerlitz, Marengo y Jena.

— ¿Te enteras, Próspero? añadió el padre de Rosa ¿qué te parece?

— Señor, repuso el interrogado, lo que me interesa es, que quien está mas derrotado que Moncey en Valencia soy yo en la casa de Vd.

— Pues hijo, *aprométele* una novena á Santa Rita que es la que te puede valer, y á mí déjame el alma en paz.

Cuando se hubo ido el pretendiente, vinieron la tia Amparo y Rosa á sentarse debajo del emparrado, que á ello convidaba con su frescura.

— Rosa, le dijo su padre, ¿sabes que ya está decretada la quinta?

Rosa palideció, y preguntó con trémula y tímida voz:

— Padre, ¿qué me quiere Vd. decir con eso?

— De que esta es la ocasion propia de que dejes de *hablar* á quien no te tiene cuenta: si se va, porque se va, y si se queda, porque se queda.

Rosa no contestó y empezó á verter lágrimas suavemente y de quedo, como caen los copos de nieve, como llora la constancia.

— Si Próspero saca número, continuó el tio Curro, su madre lo libertará, y no tardará en abrir escuela; es un muchacho completo y sin vicios, y su mujer ha de pasar una vida como una Usía, y fuerte cosa es, que pudiendo tú dis-

frutarla, no quieras, por haberte encalabrinado en irte á meter, tú que eres mas fina que una ele, y mas señorita que las flores, en el Coto en compañía de los lobos, con un cortador de leña mas basto que un alcornoque.

Rosa no contestó una palabra, y el padre prosiguió:

— No te pega marido leñador; nunca ha querido tu madre que hagas otra cosa que coser, con lo que te has criado muy repulía para que te metas en el Coto.

Rosa permaneció muda, sin mas respuesta que sus lágrimas.

— ¡Por vida de las muchachas cabezonas, tercas y llorona! esclamó impaciente el tio Curro.

— Lo propio me decia mi padre, le dijo á media voz su mujer que salió en defensa de su hija desde que la vió llorar, lo propio me decia cuando salistes á servir al rey y queria que te olvidase y me casase con mi primo.

— ¡Y decia bien! respondió exasperado su marido; si te hubieses casado con tu primo, que es hoy un pelantrin de los boyantes, y no conmigo, que no tengo mas que lo comido por lo servido, estarias hoy como la propia rosa y pudiendo gastar fantasía; ya ves, pues, lo que te has perdido con no haber dado oidos á tu padre.

— Verdad es, Curro, contestó su mujer, pero no me ha pesado lo que hice.

— ¿Por qué, me querrás decir?

— Porque, como ahora poco te oí decir á Don Próspero, la dicha y la suerte, aunque parece que deberian estar ayuncadas, no siempre lo están, y que lo propio que tú no cambio la dicha por la suerte.

CAPITULO V.

LA MALA SUERTE. — EL ADIOS.

Miéntras pasaban estas escenas en la huerta, habia llegado Vicente á Bonanza, y corria mas que andaba el camino que de allí conduce al pueblo.

La amortiguada luz de la luna hacia visible la soledad y la inmovilidad de la naturaleza rendida por el calor del dia. Los pinos salpicados á poca distancia del camino, formaban con sus delicadas barbajas un murmullo mas suave, mas leve, mas misterioso y grave que el que forman con sus hojas los demas árboles que parece que murmuran, miéntras el pino parece que ora.

El mochuelo lanzaba en el melancólico silencio de la apacible noche su triste voz, esa voz que, segun la poética y religiosa imaginacion del pueblo, es la de *Cruz* y que repite desde que en el Calvario presenció horrorizado la muerte que sufrió el Salvador.

Asociados si no por convencimiento, por sentimiento, á esta tierna y conmovedora creencia, concediendo que sea una ilusion, pero voluntariamente bajo su dulce imperio, confesamos que no podemos oir la espresion tan suave y triste de esa ave solitaria de la noche, sin conmovernos profundamente, y sin persuadirnos de que siente lo que espresa. — ¿Y acaso no podria ser que el escalpelo de nuestra fria razon, que nos empeñamos en hacer regulador, árbitro, y solo juez de las cosas, así morales como materiales, haya cortado lazos, destruido armonías, y roto comunicaciones entre las partes que existen en las cosas creadas? Dirán que es inverosímil que las hubiese. ¿Por qué? Pero aun dado ese caso, no rechaza ni la fe ni la poesía las ideas por inverosímiles sino por las malas, nocivas y bajas. Las admite inverosímiles como las mas bellas plumas de las alas de su fantasía, que elevando su ente á mayor altura, es dable la acerquen mas á la verdad que no la razon que le da la humana concepcion por cárcel.

Vicente llegó á la portada de la huerta en que ya hemos introducido al lector, que á sazon estaba cerrada. El fuerte gruñido de un perro le avisó que no estaba dormido su vigilante.

— Calla, Palomo, que soy yo, dijo Vicente. Enterado el perro, prosiguió su ronda sin cuidarse mas del que se presentaba; este trepó con ligereza y maña par las mal unidas tablas que formaban la puerta, y saltó adentro. Encaminóse hácia espaldas de la casa donde habia una pequeña ventana enrejada; tocó á su postigo que estaba cerrado, pero no recibió respuesta; silbó, pero la ventana permaneció cerrada.

Entónces se puso á cantar con hermosa voz, admirable entonacion y no ménos admirable flexibilidad de garganta, dotes tan necesarias para los cantos andaluces, con cortos intérvalos y distintas tonadas, estas coplas:

Los lindos ricitos rubios
Que te adornan esa frente,
Parecen campanillitas
Que van llamando á la gente.

Los dientes de tu boca
Me han prendido á mí.
¿Quién ha visto cadenas
Hechas de marfil?

La nieve por tu cara
Pasó diciendo;
Donde yo no haga falta
No me detengo.

Entónces se corrió pausadamente el cerrojo, y se abrió con tiento la ventana.

— Rosa, dijo acercándose Vicente, ó has perdido el oido ó duermes mas que un gusano de seda.

Pero apénas notó que la reconvenida lloraba amargamente, no estando acostumbrado en su tranquila vida á ver escenas ni lágrimas, esclamó asustado:

— ¡Jesus, María! Rosa, ¿qué tienes?

— Pues qué, ¿no sabes? contestó ella.

— Yo no. ¿Qué es?

— ¡Que hay sorteo!

Vicente tornó instantáneamente á su tranquilidad y á su alegría, y dijo:

— Pues qué, ¿no es mas que eso? No te apures; á mí no me toca la suerte, tenlo por seguro; á mis hermanos tampoco les tocó. Pero á un turbio correr, si me tocase, ¡tendríamos paciencia!. . cómo ha de ser; ¡no todo el monte es orégano!

— ¡Ocho años, Vicente; eso es media vida!

— ¡Qué habian de ser! Pasan ocho años como vara de mal paño. Pero no serán ocho, serán seis, que á los que se alistan para pasar el charco les rebajan dos.

— No, Vicente, no, por María Santísima, ¡embarcarse! ¡y luego encontrarse allá con la epidemia! No, no; mas vale pasar los ocho años en tu tierra.

— Rosa, el mal camino andarlo pronto.

— ¡Y si no vuelves!

— ¡Que no vuelva! ¿Por qué no; no volvió tu padre y otros miles? No seas cavilosa, ¿por qué no habia de volver yo?

— ¿Y si se va á pique la embarcacion?

— Salgo á la orilla como un pez en la mano.

— ¡Ay, Vicente!, esclamó redoblando su llanto la desconsolada Rosa; ¡lo que me saca de tino es el ver lo poco que te pesa la ausencia!

— Sí que me pesara si llegase el caso de que me tocase la suerte; pero sola ella, pues

No me pesa ser soldado
Si me tocase la suerte,
Que no me pesa el fusil
Pero sí dejar de verte.*

— ¿Me olvidarás, Vicente?

— ¿Qué te olvidaré, Rosa? Eso no lo temas, ni te puede pesar por las telas del pensamiento:

---

* Intercalamos estas coplas en el diálogo, aunque no es propio, ni lo hace el pueblo, con el fin de espresar sus ideas de la misma manera que lo hace él en su poesía.

Primero que yo te olvide
(¡Mira qué comparacion!)
Ha de calentar la luna
Y ha de refrescar el sol.

— Yo sí que puedo temer, Rosa, porque Don Próspero te anda pretendiendo, y, aunque es mas feo que el sargento de Utrera, que reventó de feo, y que tiene al Angel sirviendo al rey, tu padre lo apadrina, y tanto pueden dar...

— Calla, calla, Vicente.

El quererme á mí quitar
Tu amor de mi pensamiento,
Es escribir en el agua
Y es predicar en desierto.

Créelo, Vicente, no quebrará la soga por mí; créelo, como artículo de fe.

— ¿Por qué, Rosa?

— Porque en llegando á querer, la mas firme es la mujer.

— Pues cree tú tambien, Rosa, como artículo de fe, que lo mismo la mujer que el hombre, quien bien ama tarde olvida.

Un mes despues se habia verificado el sorteo. Próspero habia salido libre; Vicente era soldado. El tio José nada demostró cuando se despidió este. «Dios vaya contigo, hijo, fué su despedida. Sé hombre de bien, mas que no medres, que mas vale ser honrado que no enviado. Vé con buen ánimo, que con el temor de Dios vas seguro, con la vergüenza vas firme, y con el escapulario de la Vírgen del Cármen vas amparado. Adios, hasta mas ver en esta ó en la otra.»

Diciendo esto, le volvió bruscamente la espalda, se internó en el monte y desapareció entre el espeso follaje. Cuando volvió al anochecer á su casa, estaba sereno como siempre.

CAPITULO VI.

DON PROSPERO PROSPERANDO.

Un año habia pasado, y poco cambio habia traido en las cosas y personas que han figurado en la relacion precedente: solo las frescas mejillas de Rosa habian perdido sus subidos y brillantes colores. Vicente, segun se lo habia propuesto, para abreviar el plazo de su servicio, se habia embarcado con las tropas destinadas á Cuba.

— Por vida de la chiquilla terca que va á enfermar por ese demonio de *come en rancho*, decia algunas veces el tio Curro.

— No lo temas, contestaba su mujer; lo propio que dices tú decia mi padre, y no enfermé.

Impaciente entónces el marido, le volvia la espalda y se iba á sus faenas canturreando:

Madre, yo quiero casarme,
No me diga usted que no,
Porque me ha salido un novio
Que sabe tocar el tambor.
Leñador, madre, lo quiero,
Que saque astillas;
Bien, hija, y que las saque
De tus costillas.

Si Rosa oia á su padre, estaba llorando todo el dia. Cantando sin cesar de llorar:

En la soledad del campo
Me puse á llorar mis penas,
Y fueron tantos mis llantos
Que florecieron las yerbas.
A la mar fueron mis ojos
Por agua para llorar
Y se vinieron sin ella
Porque estaba seco el mar.

Un dia se presentó Próspero con cierto aire de aplomo y de importancia al tio Curro, en el momento en que este estaba enganchando su buey al palo de la noria.

— Buenas tardes, tio Curro, dijo el recien entrado.

— Dios te las dé muy buenas, contestó el hortelano, que añadió al volverse y notar que su interlocutor estaba vestido de negro: ¡Jesus! qué *funebre* estás, ¿quién te se ha muerto?

— El hermano de mi madre, que estaba en la Habana.

— En descanso esté. — (¡Ata, Pajarito! que para poste no tienes precio, ¡buey maula, buey retecansado!) — ¡Hombre, paró la goterilla! ya no vendrán aquellas remesitas y aquellas cajitas de *sal de la Habana.**

— Verdad es; pero en cambio ha dejado á mi madre 20000 duros.

— Que no te parecerán á tí sino muy blandos.

— O sean 25000 pesos, añadió Próspero.

— ¡Qué á tí no pesarán! — (Mal haya tu flojera, Pajarito del demonio, que eres como el buey Simon, cortito de paso y largo de esporton). — Tu suerte, Próspero, tu suerte, hijo ¡que se pierde de vista!

— Mi madre quiere que me quite de ayo de escuela y la maneje el dinero que se ha de invertir en viña y bodegas para criar los mostos.

— ¡Y cate Vd. ahí á Periquito hecho fraile! ¡Hacendado, cosechero y almacenista! ¡pues no es nada! ¿qué mas puedes desear, hijo de la suerte? ¡por vida de las aves frias! ¡y todavía tienes cara de Viérnes Santo!

— ¿Qué mas puedo desear? repuso Próspero. Tio Curro, veinte y cinco pesetas son cien reales, y en faltando un ochavo no están cabales. ¿Se entera Vd.?

— Ya, ya estoy, contestó impaciente y picado el tio Curro, mi niña es el ochavo que falta; pues sábete que tú eres los 25000 pesos que á ella le están de más. ¿Me entiendes?

— Mire Vd., dijo sentido el improvisado ricacho, en quien la riqueza iba despertando arrogancia, mire Vd. que su hija, con su airecito de mosquita muerta, es mas terca y mas voluntariosa que una rama mal guiada.

— Próspero, repuso el tio Curro, mas que tengas

* Azúcar.

25000 pesos, mira cómo hablas de ella: tú, toda tu casta, y cuantos tienen boca, han de enjuagársela con agua de rosa para hablar de mi hija, ¿estás?

— Vamos, tio Curro, respondió Próspero, como es Vd. hortelano, está Vd. hecho á coger el rábano por las hojas. ¿Qué mal he de hablar yo de su hija de Vd., si lo que pretendo es casarme con ella? Lo que estoy es despechado, porque su hija de Vd. es peor que un peñon que ablanda una gotera continua; pero ella cuanto mas me ve penar, y miéntras mas me desvivo, mas dura está.

— Pues hazte *los cargos*, hombre, que el duro peñon no lo soy yo, que desde la primera vez que me hablastes, me tienes mas blando que unas poleadas.

— Pues ablándela Vd. á ella, señor.

— ¿Cómo? ¡sino bien le digo una razon cuando se echa á llorar por su cara abajo y la madre se engesta por tres dias! ¡Qué quieres hombre! Las *Señás* mujeres tienen mucho de la trastienda, pero en cuanto á sentido no tienen ninguno; y en cuanto á sesos..... ¡perdone Vd. por Dios! Los novios les han de entrar por el ojo derecho, y si no, no tenemos *naa*. Tú, hijo (te lo digo, no por ofenderte, sino porque es la pura verdad), eres feo con coraje, y el otro maldito *Estripaterrones* es un real mozo, que se puede presentar al rey de Francia. No puedo hacer mas que acompañarte en tu sentimiento, que es sentimiento mio tambien, y renegar de las enaguas, principiando por las hojas de parra hasta el *te engañé.**

Próspero se retiró desconsolado y rabioso. Al pasar por debajo del emparrado, saludó á la tia Amparo, que lo estaba barriendo, con un breve *quede Vd. con Dios*, que contestó esta con otro semejante. Viendo que la madre de Rosa seguia su faena sin añadir palabra, la dijo:

— ¿No me ve Vd. de luto?

— Verdad es, contestó la tia Amparo. ¿Quién se le ha muerto á Vd.?

---

* Nombre que da el pueblo á los miriñaques.

— El hermano de mi madre, que la ha dejado 25000 pesos.

— Dios lo tenga en gloria, contestó la tia Amparo; acompaño á Vd. en su sentimiento.

— Yo no tengo ninguno, porque no lo conocia, replicó impaciente Próspero; lo que tengo es contento, porque mi madre me quiere quitar de ayo de escuela, y quiere que sea propietario y cosechero.

— Sea enhorabuena.

— Para mí no hay enhorabuena miéntras Rosa no me dé el sí, contestó el porfiado pretendiente.

Estoy para mí, repuso la tia Amparo con esa instintiva urbanidad del pueblo español, que si Rosa tuviese dos que dar, le daria á Vd. uno, Don Próspero; pero como las mujeres honradas no tienen mas que uno, y ese, como Vd. sabe, lo tiene dado, no le puede complacer; harto lo sentimos su padre y yo, pero ¡cómo ha de ser! Con una hija no se pueden tener dos yernos.

— En diciendo la suerte *allá voy* no es menester arrearla, dijo la tia Amparo á su hija, cuando Próspero se hubo ido; despues de salir libre del sorteo se le entra á Don Próspero una herencia de las Indias por las puertas. ¡Ahora sí que la va á emprender tu padre con que te cases con él!

Rosa se echó á llorar.

— Madre, dijo, que me pida su merced mi sangre y se la daré, porque lo podré hacer; pero que no me pida imposibles, y eso lo es, el que olvide á Vicente y me case con otro. Ahí viene padre; por María Santísima, haga Vd. porque no me hostigue. No soy para esta briega, que va á dar conmigo en la huesa.

— ¡Amparo! gritó el tio Curro.

Esta no contestó con el fin de dejar á su hija tiempo para alejarse.

— ¡Amparo! volvió á gritar su marido, ¿qué estás haciendo?

— Calderos, ¿no oyes los golpes? respondió la mujer.

— Mas valiera, dijo el tio Curro, que en lugar de á *guasona* te metieras á gobernar y aconsejar bien á tu hija,

para impedirla de hacer *descabello* de los enormes. ¿Sabes que Próspero es ya un hombre de los mas acaudalados?

— No, que dejaria de decírmelo cuando iba mas ancho que el mar, y hecho pregonero de la noticia.

— ¿Y qué dice Rosa? ¿Todavía se empestillará en aguardar el ganapan que no tiene que comer mas que las uñas?

— Dice que te dará su sangre, pero que no se casa con otro.

— ¡Su sangre! ¿Para qué la quiero yo? Que la guarde, que buena falta la hace, que está que se trasluce, y mas descolorida que las tercianas. ¿Cuándo hubiera ella podido soñar en hacer esta suerte? ¡y la *esprecia!* ¡Vamos, si esto no se puede creer! De hacendado cosechero y almacenista á millonario no va un jeme. ¡Se acabó! Está ida del sentido.

— No, Curro, no.

— ¿A tí, por lo visto, te parece cordura lo que está haciendo la niña?

— Si cordura es querer mas bien la dicha que la suerte, cordura será lo que hace.

— Esas son pampringadas, razones de enamorados, que no valen un comino.

— No te lo parecieron en otros tiempos, Curro.

— Por vida del demonio malo, que no es la mujer esta, cansado reloj de repeticion, esclamó impaciente el hortelano, que se alejó gruñendo: ¡mujeres! mas sutiles son que culebras, mas tercas que mulas, y mas imprevisoras que aquel de los almanaques, que por mirar á las candilejas de la bóveda azul, fué á dar con su cuerpo en una sima.

Rosa, que se habia retirado á su cuarto, seguia entretanto cosiendo, y cantaba sin dejar de verter lágrimas:

Rosa me puso mi madre
Para ser mas desgraciada,
Pues no hay rosa en este mundo
Que no muera deshojada.

Suspiros que de mí salgan
Y otros que de tí vendrán,

Si en el camino se encuentran
¡Qué de cosas se dirán!

Entre la hostia y el cáliz
A mi Dios se lo pedí,
¡Que no te maten las penas
Que me están matando á mí!

CAPITULO VII.

BIEN VENGAS MAL SI VIENES SOLO.

Debajo de un emparrado, obligado apendice de toda morada de hortelano, en la huerta que fué del convento de Santo Domingo, estaba sentado al siguiente año un hombre jóven, apoyada la cabeza en una mano, y el codo sobre la rodilla. A poca distancia de él se hallaba una anciana, que remendaba por centésima vez una camisa de hombre. Era esta anciana prima del tio José, guarda del Coto de Doña Ana. Al cabo de un rato de silencio, dijo esta mujer al callado jóven:

— ¿Piensas, Vicente, hijo, irte á los invalidos de Madrid, donde dice mi Juan que lo pasan muy *rebien?*

El carácter de los españoles, activo, independiente y exento de molicie, su natural parco, sus pocas necesidades y la pulcritud (que ostentan, aunque estén cubiertos de andrajos) hacen que detesten toda mancomunidad y dependencia, al paso que el clima, cuyos rigores no son tales que exijan un amparo contra ellos, les lleva á aborrecer toda clase de clausura y vida solitaria, lo que hace en España difícil los establecimientos y hospicios para los desvalidos, quienes los miran mas como duras prisiones, que como asilos.

Así sucedió que el interrogado contestó con decision:

— No, señora, no iré donde van los desechados. Pues qué, ¿á los veinte y cinco años y con toda mi fuerza y vigor

me habia de encerrar en tierra estraña entre cuatro paredes, como un pollo en su cascaron, solo cual él y á cruzarme de brazos?

— ¡Válgame Dios, hijo! ¿y qué trabajos has de hacer falto de vista? preguntó con dolor la buena mujer.

— Señora, aunque sea darle vueltas á una noria como la vaca.

— Díme, Vicente, hijo, aclárame bien el cómo acaeció la desgracia, pues no me acabo de enterar.

— Ní lo podrá nunca comprender bien, señora. Sabe Vd. que era artillero, esto es, de los que andan con los cañones. Estábamos mi compañero y yo cargando uno en un ejercicio de fuego. Al tiempo de remachar la carga se inflamó la pólvora y salió el tiro. A mi compañero le llevó los dos brazos y murió; yo caí mal herido al suelo. Sané; pero la vista que perdí por el fogonazo no volvió con la salud.

— ¡Pobre Vicente! dijo limpiándose las lágrimas su tia.

— ¡Bien lo puede Vd. decir, y que he tenido bien mala suerte! He vuelto á mi pueblo, me he hallado á mi padre muerto, muertos al tio Curro y á la tia Amparo, y á Rosa muerta, ¡sino para el mundo, para mí! Me veo solo, solo como la peña en el mar. ¡No me queda á quien querer sino á Dios, ni mas amparo que el socorro que me da el rey, que me proporciona el pan, pero no la dicha para siempre perdida!

— ¡Desventurado! repitió enternecida su tia.

— Dice Vd. bien, desventurado y no pobre, que no me abruma la pobreza, que en ella nací y me crié, y la quiero como á madre; lo que me abruma es la soledad, que se asemeja á la muerte, y el estar ocioso, que es como estar paralítico.

— ¡Esos ojos tan hermosos! y no se les conoce mayormente la ceguera; si no fuese porque están parados como los de los santos de bulto, no se diria que eres ciego. ¿Y no tiene tu ceguera remedio, Vicente?

— No, señora, ninguno.

— ¡Qué desgracia!

— Mas suerte tuvo el compañero que murió, pues á mí, ¡¡de qué me sirve la vida sin vista, y sentado en un campo santo!!

— Estamos de mas las criaturas en el mundo; y por eso hay tantas muertes que nos diezman, observó la buena mujer. Si hubieses estado aquí este verano pasado, cuando de sopeton se nos entró el cólera por las puertas; ¡ay, hijo, qué afliccion! En el barrio bajo se cebó. Con un dia por medio se llevó al tio Curro y á su mujer: á Rosa fué á la que, á pesar de la asistencia que tuvo á sus padres, no le dió. ¡Pobrecilla, lo que pasó entónces, y qué afliccion tan grande fué la suya! Quedaba sola y desamparada y en el mayor desconsuelo. Entónces se volvió á presentar Don Próspero de pretendiente; pero Rosa se mantuvo firme en no casarse con él. Como tiene unas manos de costura, que no cose sino que pinta las cosas, una Usía muy considerable, una dama de la Señora Infanta, á la que cosia, se la llevó consigo de doncella á Sevilla, donde dice lo pasa grandemente, muy estimada de su señora, y como es tan preciosa y tan fina que parece que se ha criado en pañales de holanda, dicen que tiene mas pretendientes esa rosa que abejas las de los jardines.

Vicente suspiró profundamente.

— ¿Le has mandado á decir que estás aquí? preguntó su tia.

— Yo no, ¿á qué?

— Verdad es, solo le darias un pesar, porque te queria bien, dígalo Don Próspero, que decia que le habias dado hechizos, porque heredó un millon, ó una multitud ansina, y ni por esas consiguió que consintiese Rosa en casarse con él.

— ¿Con qué heredó? ¡qué suerte!

— ¡Toma! tiene mas plata que lo que pesa, y se ha hecho un avariento de los que hasta al agua del pozo echan la llave, y tan ansioso, que es capaz de comerse la omnipotencia de Dios hecha pan. Está mas feo que *de nantes* con sus patas de alcaraban, su pescuezo de botella y su cara de esquina, tan triste y tan confusa, que parece principio de un pleito y fin de una historia.

— ¿Y á qué le sirven sus riquezas, si Rosa no le ha querido? No se las envidio, dijo Vicente.

CAPITULO VIII.

LA DICHA Y LA SUERTE.

Algunos dias despues estaba Vicente mas abatido aun, sentado en el cuarto de su tia cerca de la ventana, donde recibia sobre sus rodillas un rayo de sol que sentia sin verlo. — Su tia estaba barriendo la habitacion, cuando asomó una chiquilla de la vecindad, que la llamó de parte de su madre. La buena mujer salió, y al cabo de un rato volvió á entrar.

Seguíala de puntillas una jóven rubia y blanca primorosamente vestida, que de léjos se puso á considerar á Vicente, caidas sus manos que cruzaba y torcia hácia fuera con un gesto de amargo desconsuelo, miéntras su dulce y lindo rostro espresaba el mas tierno interes y el mas vivo dolor.

— ¿Viene Vd. sola, tia? preguntó Vicente.

— Sí, hijo; ¿por qué me lo preguntas?

— No sé: pero siento como si hubiese otra persona en el aposento.

— No, hijo, estamos solos.

— ¡Solos! repitió con profundo acento de tristeza el pobre inválido; pero, ¡cómo lo estraño, si es estarlo mi sino!

— Vamos, hombre, no pierdas los ánimos, que Dios está siempre en el mismo lugar y nos manda consuelos cuando ménos los esperamos. Si me quieres complacer, hombre, cántame el romance que has compuesto, y que cantabas anoche.

— ¡Tia, no tengo ánimo para cantar!

— Anda, anda, que quien canta su mal espanta; y me complaces á mí.

Entónces el ciego cantó con entonacion apagada y melancólico acento, este cantar que habia compuesto:

¡Mes de mayo! ¡mes de mayo!
Cuando los recios ardores,
Cuando los toros son bravos,
Los caballos corredores,

Y la cebada se siega,
Los trigos toman calores;
Cuando los enamorados
Obsequian á sus amores,
Unos les regalan frutas,
Otros les regalan flores;
Yo, pobrecito de mí,
Estoy en negras prisiones,
Sin saber cuándo es de dia,
Sin saber cuándo es de noche,
Sino por callar las aves
Tristes, cuando el sol se pone.
¿Qué importa que la calandria,
El ruiseñor y el gilguero
Canten para consolarme,
Si para mí no hay consuelo?

Miéntras cantaba, corrian abundantes lágrimas por las mejillas de la jóven que parecia recoger cada una de las palabras que salian de los labios de Vicente, como una rosa las gotas del rocío de la triste noche.

Cuando concluyó, hubo un rato de silencio.

— ¿Quién sabe, dijo al fin su tia á Vicente, cuando llegue á saber Rosa tu venida, si se acordará de la palabra que te tiene dada?

— Señora, ¡quiere V. callar! repuso su sobrino. La palabra se la dió á un hombre con vista, que podia mantener sus obligaciones, pero no á un ciego que solo sirve de estorbo en el mundo.

— ¿Y si tú la hubieras hallado ciega, Vicente, no te hubieras casado con ella? preguntó su tia.

— Yo me hubiese casado con ella, muda, ciega y sorda, respondió Vicente; pero es diferente, porque los hombres son los que mantienen á las mujeres.

— Pues sábete que Rosa con su tijera y su aguja, es capaz de mantenerte á tí y á una docena de hijos que os deparase Dios.

— Señora, dias pasados daba Vd. por de contado, y hacia bien, que Rosa, que es una prenda digna de un infante de Castilla, no podia hacer el despropósito de casarse conmigo.

La jóven hizo un movimiento para acercarse al ciego, pero

se contuvo merced á una seña que sonriendo la hizo la buena anciana.

— Pues si no es á Rosa, dijo á su sobrino, no te faltará á quien querer.

— Si me faltará á quien querer, repuso este, pues no puedo, ni podré jamas querer sino á ella. Y lo que es á mí, ¿quién me habia de querer?

— Pues yo sé quien te quiere.

— La tierra que nos quiere á todos. ¿Quién habia de querer á un desvalido, á un hombre que no puede servir para nada?

— ¿Quién? — Quien bien ama y nunca olvida, esclamó de repente la jóven acercándose y pasando su brazo al rededor de la cabeza del pobre ciego, como para posesionarse de ella.

— ¡Rosa! esclamó Vicente apretando entre sus manos con pasion un pedazo de la falda de su vestido. ¡Rosa! — repitió con angustia, — ¡ay de mí! ¡que no te veo!

— No le hace, con tal que me quieras.

— ¿No te lo dije, intervino su tia, no te lo dije, Vicente, que no te faltaria quien te quisiese? — Un arbolito con tantas raíces, ¿quién lo arranca ya?

— ¡Rosa! esclamó Vicente con ahogada voz.

— No me llames Rosa, le interrumpió esta, llámame Amparo como se llamaba mi madre, ¡tu amparo!

— ¡Es un despropósito el que ahora te quieras casar conmigo!

— ¿Este es tu sentir? — pues te dejaste por esos mundos de Dios el cariño.

— ¿Vas á rechazar una buena suerte por la miserable que á mi lado te espara?

— Sí, Vicente, sí.

— Piénsalo.

— Lo tengo pensado mucho há, y hasta mi padre decia lo que pensado tengo.

— ¿El qué?

— Que mas vale dicha que suerte.

EPILOGO.

Algunos años despues de lo referido se veia por las calles de San Lúcar, á un hombre pulcra y aseadamente vestido, de muy buena figura, de cara risueña, de ojos bellísimos, pero sin vista, que un precioso niño de cinco años conducia por la mano, y á quien todos querian y saludaban cordialmente.

El Juéves Santo se sentaba á la puerta de una iglesia y con una bellísima voz cantaba la Pasion del Señor y las saetas con sus estrañas, tristes y solemnes modulaciones; cayendo en el sombrero que en la mano tenia, las dádivas de la caridad, abundantes en estos dias en que celebra la religion su apogeo. Por Navidad, el mismo hombre iba á las casas, siempre acompañado por el niño, que entónces unia su vocecita fresca é infantil, á la sonora y robusta voz de su padre, para cantar, acompañándose con la guitarra, las tiernas y alegres coplas de Noche-Buena. Era acogido en todas partes con la alegría de esa santa fiesta, y regalado con abundancia que, con nombre de aguinaldos esparce la caridad en señal de regocijo en estos dias. Lo demas del año vendia billetes de lotería.

Solíase encontrar con Don Próspero, que estaba mas flaco y mas amarillo que ántes, porque su genio apocado y poco propio para manejar un caudal, le daba cuidados que no eran compensados por satisfacciones ni goces. Siempre mirando al cielo por ver si se mostraba propicio á las necesidades de sus cosechas, siempre atemorizado con la baja de los mostos, siempre apurado con el aumento de las contribuciones, con las obras de las fincas y atrasos en los pagos de los inquilinos, y sin poder olvidar á Rosa, era un hombre muy desdichado á pesar de su dinero.

Cuando encontraba al pobre ciego tan contento y alegre le decia:

— ¡Qué suerte tienes, Vicente!

— No, señor, contestó este, no tengo suerte, eso quien la tiene es Vd., Don Próspero; no tengo *suerte*, pero tengo *dicha*.

PROMESA DE UN SOLDADO

A LA VIRGEN DEL CARMEN.

Frente al mar Oceano
Un templo se alza, que con santo celo
El religioso pueblo gaditano
Erigió á nuestra madre del Carmelo,
Do en culto fervoroso y esplendente
La adora y ruega su piadosa gente.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

Españoles y españolas,
Ya la guerra se acabó,
Demos por ello las gracias
Al divino Salvador.
¡Viva la Reina del cielo!
¡Viva la Reina Isabel!
¡Viva el ejército invicto
Y su caudillo O'Donnel!

CANTO POPULAR.

Los sencillos moradores del pueblo de Dos-Hermanas, se quedaron sorprendidos cuando el camino de hierro que conduce de Sevilla á Cádiz vino á favorecerlos, y estáticos cuando con bronco mugir vieron venir por él *el monstruo diforme sin cabeza que volaba sin alas, y arrastraba tras sí una cáfila de galeras.* *

Una nueva era se abria para esta tranquila y silenciosa aldea que se formó alrededor de una capilla labrada por dos hermanas.

---

* Textual.

Esta nueva era acabará con el silencio y soledad del lugar; sustituirá en muchas casas techumbres de tejas á las de aneas; pondrá todo bonito, simétrico, renovado, pero el pueblo dejará de ser tan sencillo, campestre, y rústico como hoy lo es, y por lo tanto no será ya tan poético para aquellas mentes que hallan la poesía y lo pintoresco campestre, en lo natural, sencillo y rústico, y no en lo ataviado. *

En una de las casas situadas al extremo opuesto del que ocupa la estacion, sentadas en el patio-corral, se veian en una mañana del mes de junio sentadas varias mujeres ocupadas en faenas domésticas, cuando por la siempre abierta puerta de la calle entró una anciana diciendo:

— Dios guarde á Vds.

— Y á Vd. por muchos años, contestaron.

— Bien decia yo, añadió una de las vecinas de la casa, que era jóven y estaba cosiendo, bien decia yo que venia visita, porque rato há que el gato se está lavando la cara. ¿Que trae Vd. de bueno, tia Manuela?

— ¡Traer bueno! repuso aquella, ¡pues si lo bueno lo vengo á buscar porque no lo hallo!

— ¡Ya! como que está en el cielo; pero Vd. no se queje, tia Manuela, Vd. que tiene en Sevilla á la señora que tanto la socorre, y que le *empresta* para que siembre sus matas de melon, que quien te *empresta* te ayuda á vivir.

— Sí, hija, cuando se *empresta* como lo hace la señora, á la que nunca puedo devolver lo *emprestado* y que nunca me lo pide; que á no ser así, cuenta con que cochino fiado gruñe todo el año. Si no fuera así, ¿cómo le costeaba yo la enfermedad á mi Juan, que tiene un bulto como medio melon sobre las costillas? ¿y ademas un dolor en una pierna que dice el *méico* es de *romantismo?* hija, como que casa vieja todas son goteras, y mi Juan tiene ya cumplidos los

---

* Que no se nos crea por esta causa enemigos de los caminos de hierro, como gratuitamente lo ha supuesto un crítico inglés. Somos grandemente partidarios de ellos, por creer esta manera de viajar las mas cómoda, rápida y segura, y su establecimiento el solo modo de evitar el martirio de los infelices caballos y mulas.

tres duros y medio*; mi hijo se ha casado, y ya salió de casa ese jornal; y mi hija que enviudó, se va la infeliz á lavar en casa del estanquerô y ganarse la vida, y me deja á mí sus tres criaturas para que las cuide y les dé de comer, por aquello de que tú que no puedes llévame acuestas. Estaban en cuerecitos y la señora me los vistió. ¡Dios se lo dé á su señoría de gloria! ¡Cuánto no hacen los ricos por nosotros los *probes*! y mas de cuatro no lo conocen y son ingratos con ellos. No así yo, que bien se me previene lo que merece por lo que hace conmigo, y le digo de aquesta manera: ¡Ay señora! ¡nadie sabe lo que vale un *merecido* aquí abajo, y allá arriba! asina es que ha dispuesto su Divina Majestad que nos salvemos todos, dando para ello á los ricos el camino de la santa caridad, y á nosotros los *probes* el de la santa conformidad.

— Tia Manuela, dijo la dueña de la casa, tengo puesto un guiso de habas, ¿quiére Vd. comer?

— Dios te lo pague, que aproveche, ¿ya vas á comer? ¿pues qué hora es?

Las todas**, y por eso voy á poner la comida, que en dándole á una las doce comiendo se alcanza la bendicion del Papa.

— Mucha verdad que es; y tambien que son las doce, que están repicando.

— ¡Vaya si repiquetean! dijo la vecina, ¿qué santo querrá sacar la cabeza mañana?

— ¡Hija! ¿vives en Babia? repuso la tia Manuela; es Corpus Christi, la fiesta del Señor, y ya sabes que en verano las grandes fiestas son: Trinidad, Corpus Christi y la Santa Ascension.

— Ahí viene tu hijo Roque, dijo á la dueña de la casa la vecina que estaba sentada frente á la puerta y veia la calle, cantando que se las pela. *Ende* que ha estado en la guerra del Moro se le han espabilado las luces que es un asombro.

---

* Setenta años.

** Las doce.

— Pues qué ¿cumplió ya tu hijo, Isabel? preguntó la tia Manuela.

— No, señora, sino que ha venido con dos meses de licencia, y está con su padre en la era trillando la cebada.

Acercábase á la casa un gallardo mozo, que con sonora y clara voz venia cantando:

Soldadito soy del Rey,
Y, como pobre con honra,
Si el Rey me mantiene á mí,
Yo mantengo su corona.

—

Estaba Muley Abbás
En su tienda de campaña,
Lo echó el Conde de Lucena
Gritándole: ¡Viva España!
¡Ay que lástima me da
De ver los moritos chicos
Llorando por su papá!

—

A orillas del rio Martin
Una morita decia:
Si ganan á Tetuan
Se acabó lo morería.
¡Ay que lástima me da
De ver los moritos chicos
Llorando por su papá!

—

Al pié de Sierra Bullones
Una morita lloraba,
Por no poderse casar
Con el general Zabala.
¡Ay que lástima me da
De ver los moritos chicos
Llorando por su papá!

— ¡Hombre! le dijo la vecina cuando entró el mozo, como has estado en tierra de Africa, no cantas mas que coplas de por allá.

— Señora, como la guitarra es mia, canto por donde me parece, contestó el soldado.

— Dios te guarde, Roque, dijo cariñosamente la tia Manuela, ¡parece que desde que no vos vemos no nos conocemos! amigo, desde que has vuelto de la guerra de Africa has echado fantasía, y una voz que parece la de un *ruinseñor.* * ¿Te han enseñado los moros á cantar?

— No, señora, tia Manuela; los moros no me han enseñada mas que á correr tras ellos.

— Oye, Roque, ¿estarian muy embravecidos, ellos que siempre lo están, de ver á la gente de España por su tierra?

— ¡Qué si lo estaban!! como que un moro mordió á un cristiano, y el cristiano á los cuarenta dias rabió.

— Pero ni por esas consiguieron meterles miedo á los de acá, Roque. ¡Qué valientes! ¡qué sufridos! ¡qué denodados! vamos, si han asombrado Vds. al mundo, y se há dicho que á pesar de su bravura les tenian á Vds. los moros mas miedo que á los leones de su tierra. ¿Viste alguno?

— Ninguno vide mas que al español en nuestras banderas, por lo visto, al verlo los leones de por allá huyeron de él como los moros huian de nosotros.

— Oye, Roque, preguntó la vecina, y los gobiernos, ¿eran tan valientes como los soldados?

— ¡Vaya que si lo eran!

— *¿Tóos?*

— Todos y cada uno de por sí, segun su genio ó su cargo. Asina era que decíamos:

¿Quién tiene la faz serena?
Lucena.
¿Quién es un gran paladin?
Prim.
¿Quién es roble y es humano?
Ros de Olano.
¿A quién no detiene nada?
A Quesada.
¿Quién no le teme á las balas?
Zabala.
¿Quién dice siempre «adelante?»
El sobrino del infante. **

---

* Ruiseñor.

** S. A. R. el Conde de Eu, jóven héroe de diez y siete años. — De

— Así me place, hijo, opinó la tia Manuela. Los gobiernos se deben acatar siempre, y si se portan como aquellos con mas razon acatar y enaltecer, que dice el Santo Evangelio, dar á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César. Pero, Roque, ¡qué de tiempo se estuvo sin tener noticia de tí y sin nosotros saber si honrarte vivo ó llorarte muerto! prosiguió la anciana.

— Despues cundieron las voces que habias estado preso y que te metieron en consejo de guerra. ¿Que delito hicistes, hombre?

— Ninguno. ¡Vaya que el lance ese ha metido mas ruido que una tronada!

— Pues se te culpaba mucho, Roque.

— ¡Toma! ¡como que no hay víporas mas emponzoñadas que las lenguas de los hombres!

— No supimos ni yo ni su padre que lo culpaban, dijo con indignacion la madre del soldado. — Vaya, vaya, querer culpar á mi hijo es como arrancar los manteles á los altares. ¡Cuidado con lo que se miente! perdida anda la verdad. Razon lleva el Padre Cura que refiere que cuando acaba de decir misa y el último Evangelio, al cerrar el misal, dice: *A Dios, verdad, hasta mañana.*

— Pues sépaste, Roque, dijo la vecina, que tu novia que lo supo te ha dejado y le habla á otro.

---

estas que los soldados llamaban aleluyas, hemos oido muchas mas, así como coplas que no insertamos por falta de espacio en cuadro tan reducido. Pero no podemos menos de transcribir aquí las siguientes:

Fué tan recio el tiroteo
Que los moros empezaron,
Que al general Echagüe
Le mataron el caballo.
¡Hijos mios! no temer
El que os quedeis sin jefe,
Que si mi caballo ha muerto
Aquí teneis el jinete.
Así pues, ¡vamos á ellos!
¡Españoles! ¡adelante!
Que aunque me han quitado un dedo
Falta ninguna me hace.

— Desde que pisé la tierra de España lo supe, — ya ve Vd. que su noticia es mas vieja que el modo de andar.

— ¿Y qué dijistes?

— ¿Qué dije?

¿Qué cuidado le da al Rey
Que se le muera un soldado?
El mismo se me da á mí
De que ella me haya dejado.

— Bien dicho, hijo, opinó la tia Manuela. En los amores no es menester atollancarse, sino pasar de largo si no pintan bien.

— Cuéntanos el lance, Roque, pidió la vecina.

— Ante todas cosas, hijo, interrumpió la tia Manuela, tenia pensamiento de preguntarte á tí que has estado por allá, que es la tierra de las golondrinas, si es verdad que tan parleras y cantoras como son, en llegando el Juéves y el Viérnes Santo, ¿no abren su pico y se están calladas como en misa?

— Mucha verdad que es, contestó el soldado; tambien yo lo habia oido decir, y estando en Tetuan por la Semana Santa, me puse en acecho y noté que ninguno de esos animalitos que todos los dias nos tenian atolondrados los oidos (porque allí hay golondrinas para nublar al sol), ninguna se dejó oir; estaban tristes.

— ¡Animalitos de Dios! dijo enternecida la tia Manuela, ¡que recordaban y honraban mas la Pasion del Señor, que esos salvajes infieles moros!

— Ahora cuéntanos tu percance, Roque, insistió la vecina; cualesquiera cosas apostaria yo á que es cosa de pendencia, porque tú, Roque, has sido siempre muy torero.

— Y que allí, añadió la tia Manuela, como tenian ustedes carne, pan, y vino largo, y hasta café como los usías, estarian Vds. con muchos brios y arrogancia. Por entónces todo estaba aquí sosegado y pacífico, pues el invierno fué de aguas que creíamos que la íbamos á poder beber en pié sin agacharnos; no habia dónde ni cómo ganar un jornal; y no hay cosa que mas amanse que el no tener, pues el que no

junta mas que para un cuarteron de pan, no lo gasta en vino, y sabido se es, que todos los desmanes salen de las tabernas, ¡mal haya ellas!

— Por esa cuenta, observó el soldado le placerá á Vd. mucho la pobreza, tia Manuela.

— No es decir que me plazca, hijo mio, repuso la buena mujer, que no todo lo que á nuestra alma aprovecha place á nuestros sentidos que son muy terrestres: pero conozco las ventajas de la pobreza, pues díme, ¿qué ha de pecar ni andar en devaneos, el que se levanta con un *¡ay Dios mio!* y se acuesta con un *¡ay Dios mio!?*

— Tia Manuela, ¿se ha metido Vd. á predicador? preguntó con benévola sonrisa el soldado.

— Sí, hijo, respondió la tia Manuela, eso es lo propio de los ancianos para enseñar y guiar á los mozos.

— ¿Y si no se dejan enseñar y se burlan de Vd.?

— Peor para ellos, Roque, á mí no me han de perturbar por eso, que á quien ara derecho nadie le echa el arado atras, y que no hay mal piloto cuando el viento es bueno. Pero tal cosa no la harás tú, hijo mio, que te criastes por buenos padres en buenos principios, á ménos que en la guerra del Moro no hayas desaprendido á ser cristiano.

— ¡Qué está Vd. diciendo, tia Manuela! ¡en la guerra de Africa, sépalo Vd., éramos todos por un rasero mas cristianos que el mismo apóstol Santiago!

— Verdad dices, y así es que fueron Vds. vencedores en las lides, y despues bienhechores de los pobres que se morian de hambre, mas que fuesen judíos. ¡Cristianos legítimos!

— ¡Vea Vd.! prosiguió acalorado Roque. ¡Vea Vd. que los moros le pusieron por dictado al general en jefe: el *gran Cristiano!*

— Ay señor, exclamó la buena y religiosa mujer, ¡y qué satisfecho y ufano deberia estar Su Excelencia con ese honroso dictado! mucho mas, ¡pues ya lo creo! que con el de Duque de Tetuan que le dió S. M. la Reina; y aun mucho mas que por el *gran* por el *Cristiano*, pues ¿qué dictado

habrá que al lado de este no se oscurezca como las estrellas cuando sale el sol?

— Vea Vd., repitió el soldado de Africa, ¡desaprender á ser cristiano yo! ¡yo! ¡que debo mi salvacion en el lance de que se platica á un milagro de la Vírgen Santísima!

— ¡De la Vírgen! exclamó la tia Manuela, cuenta, cuéntalo, Roque, que sin saberlo ya estoy llorando.

— Han de saber Vds., principió el soldado, como que antes de embarcarnos para la costa del moro, estuvimos unos dias en Cádiz. Allí vi una funcion que en accion de gracias por el amparo que les habia prestado, hacian la tripulacion y pasajeros de un barco, á la Vírgen del Cármen. Sepa Vd., tia Manuela, que la Señora del Cármen es en Cádiz tan querida y reverenciada como lo es aquí nuestra madre del Valme, en particular por las gentes de mar, que la dicen la *Estrella de los Mares*. — Mi madre y Vd., tia Manuela, si hubiesen presenciado aquella funcion, se mueren de gozo.

— Sí, hijo, sí, ¡Bendito sea el Señor!

— Allí habia mas luces en el altar que estrellas enciende el Cielo ante el trono de Dios: ¡Qué de flores, qué de incienso, qué de plata, qué de oro, qué de alhajas en aquel santuario!!

— ¡Tanto, tanto nos parece á nosotros, siendo todo tan poco para Dios! dijo la tia Manuela.

— Y sobre todo, prosiguió el narrador, ¡qué de almas! y al pié del Presbiterio toda la tripulacion del barco postrada teniendo puesta ante ella la vela del barco hecha girones, que habian traido como muestra de la furia del temporal del que los habia salvado, atendiendo á sus fervorosas oraciones, el divino Ser que para unirse al hombre crió Dios y dió forma humana. Eso dijo el predicador, ¡el que hizo un sermon! ¡pero qué sermon! mejor que los de Vd., tia Manuela.

— ¡Ya! como que el que *preicaba* era un *Padre de la Iglesia* *, repuso la anciana.

— Pero cuando llegó á dar gracias á la Señora por su

---

* Un Sacerdote.

beneficio, allí fué rebosar los corazones, postrarse todos, y deshacerse en llanto; yo, tia Manuela, lloraba por mi cara abajo cada lagrimon como un garbanzo, lo que ni ántes ni despues me ha sucedido toda mi vida de Dios.

— Llamadas, llamadas, hijo mio, que hace Su Divina Majestad á nuestros corazones, repuso conmovida la anciana.

— Cerca de mí, prosiguió el soldado, estaba arrodillada una señora muy devota de la Vírgen del Cármen, y muy entusiasmada por la guerra de Africa como todas las *señás* mujeres de Cádiz.

— Dí de todita España entera, observó la tia Manuela; *arrepara*, Roque, que las mujeres nos vamos siempre á lo bueno y á lo *ligítimo* por propia inclinacion aun sin saber el camino, como los arroyos al rio.

— No dice Vd. malamente, tia Manuela. — Pues señor, como iba diciendo, la señora aquella cuando se remató la funcion se acercó á mí, y me dió un escapulario de la Vírgen del Cármen, encargándome mucho que lo llevase al cuello, poniéndome con fe y amor bajo el amparo de la piadosa Madre de Dios, y me encomendase á ella en todos los peligros y riesgos que me iban á rodear. Se lo prometí, lo tomé, lo besé, y me lo colgué al cuello.

— ¡Puesto lo tiene! dijo ufana la madre del narrador.

Este prosiguió:

— Ya en la travesía nos cogió un temporal de los mas desatados. ¿Tia Manuela, Vd. nunca ha visto la mar?

— No, hijo, ni ganas, pues he oido decir que no se le ve el fin, no se le halla el fondo, que ruge como una manada de toros, y que tiene en sus centros unos peces diformes que les dicen *tibuirones* que se comen á las gentes, y eso no me hace ni chispa de gracia.

— Cuando hay que verla, tia Manuelo, es embarcado y en dia de temporal. Está la embarcacion metida entre montes de agua tan altos como los de Ronda, que todos se mueven y revientan echando espumarajos, y se tiran unos á otros el bajel como si fuera una pelota; y cuenta con que en ese azar no hay que contar con mas ayuda ni mas auxilio que del cielo; asina es, que dice bien el refran: *Si quieres aprender*

á orar, entra en el mar. Por mí puedo decir que me encomendé con gran fervor á la Señora, y me sentí despues tan reposado de ánimo como si hubiésemos navegado sobre un charco de aceite. Cuando felizmente arribámos, le dije á la Vírgen: ¡Ea, madre mia! ya has empezado á ampararme; ¡no desvíes, Vírgen piadosa, de mí, tu santa proteccion!

— Oye, Roque, ¿y aquellas playas son como las de por acá? preguntó la vecina.

— Ahora no es sazon de platicar de eso, que me tengo que volver á la era, y no me detengo mas que el tiempo que eche madre en llenar á *Salud y Gracia.*

Diciendo esto, alargó el soldado á su madre dos astas de buey pulimentadas, y perfectamente cerradas en su parte abierta por una tapadera de madera ó corcho con un boton clavado en medio para poder alzarlas de su sitio, en que llevan los trabajadores al campo el aceite y el vinagre necesario para la confeccion de su gazpacho, á las que han puesto por nombre *Salud y Gracia,* por refrescar la sangre el vinagre, y dar sabor al manjar el aceite.

— Miéntras hace tu madre esa faena, acaba de contarnos tu percance, rogó la vecina.

— Sí, hombre, añadió la tia Manuela, no nos dejes á media miel.

— Un dia despues del rancho, principió el soldado, estábamos unos cuantos de chacota; yo habia bebido un trago y estaba *chispoleto*; la verdad se ha de decir, tanto mas en estas ocasiones en las que no es el hombre el que obra sino el compañero que lleva consigo.* Lo habia yo emprendido con un lebrijano** que no estaba *chispoleto* como yo, sino *calamocano**** y no paraba de poner por las nubes la torre de la iglesia de su pueblo. Ya se ve, le dije yo, como que están ustedes los lebrijanos tan ufanos con la torre de la iglesia de su pueblo, que cuando se acabó de labrar y llegó el invierno, no sabiendo cómo resguardarla de la inclemencia

* El vino.
** Natural de Lebrija.
*** Un grado mas de embriaguez.

del tiempo, se juntaron los vecinos del pueblo, mataron cuantas ovejas tenian, y con sus pieles le hicieron una zamarra á la torre; por lo cual se les conoce á Vds. hasta el dia de por *los de la zamarra.*

El lebrijano se amoscó, y me preguntó si por acaso queria yo manifestar con lo que iba diciendo, que fuesen las gentes de su pueblo unos bárbaros. — ¿Qué habian de ser? — le respondí yo; son muy discretos y advertidos, y si no, dígalo la peticion que hicieron al Rey en ocasion de subir una arriada grande la vega hasta llegar al pié del cerro en que está el pueblo, pidiendo á S. M. que declarase á Lebrija puerto de mar.

— ¡Qué *guason*!* dijeron riéndose las mujeres.

— ¿No sabes, hijo, observó la tia Manuela, que los lebrijanos se atufan con esas chanzas, que las chanzas acaban mal, y que las burlas, dice el refran, que dejarlas cuando mas agradan?

— Tia Manuela, dijo el soldado, despues del asno muerto la cebada al rabo. A mi costa lo supe, y tambien que no hay peor burla que la verdadera, porque el lebrijano se amostazó y me dijo por lo claro y con todas sus letras, que los de Dos-Hermanas éramos unos bárbaros, mas gansos que pajares, y mas tontos que habas heladas, y yo levanté la mano y le di una guantada de cuello vuelto.

— ¡Ave María, hombre, hiciste mal!, dijo la tia Manuela.

— Señora, quien no se siente de una mala razon no se siente de una puñalada; me injurió, y hombre honrado ántes muerto que injuriado. Salímos al campo desafiados. El lebrijano estaba tan ciego por la ira y por el vino, que me acometia furioso pero sin tino; yo que ni queria matarlo ni que él me matase á mí lo paré con un golpe de plano sobre la cabeza que lo atolondró y lo tumbó de espaldas. Volvíme al campamento dejándolo allí tendido que durmiese la mona.

Pero llegó la hora de la lista de la tarde, y faltó él. Tomaron informes, y no faltó quien dijera que nos habian

---

* El que da chanzas pesadas ó necias.

visto salir desafiados del campamento, y señalase el rumbo que habíamos tomado. Mandaron á un cabo y unos soldados á recorrer el sitio, y en él hallaron al lebrijano bárbaramente degollado.

— ¡Jesus María! ¡Dios santo! exclamaron á una voz las mujeres. Roque, ¿mataste á ese hombre sin querer?

— ¡Vaya! ¡no que si lo hubiese matado queriendo ó sin querer, estaria yo aquí á la presente refiriendo el caso!

— Sigue adelante, Roque, cuenta lo que sucedió, que me tienes como á aquel que está temiendo que se le caiga el techo encima, dijo la tia Manuela.

— Allá iban las cosas vivas, continuó el soldado; en un santiamen se me hizo consejo de guerra, y cátenme Vds., á pesar de haber jurado que yo no era reo de aquel delito, condenado á ser *afusilado*, sin mas consuelo que acudir á la Vírgen Santísima del Cármen que ya me habia sacado de entre las olas embravecidas para que me librase en aquel trance, en el que no me quedaba esperanza alguna en lo humano.

Una mañana me sacaron del arresto para llevarme al consejo. — Voy á ser *afusilado* sobre la marcha, pensé, saqué del pecho mi escapulario, lo besé, y le dije á la Señora: Ya que no me hayais salvado la vida por no ser la voluntad de Dios, alcanzadme, madre mia, una buena muerte, que no niega el Señor al que conforme con su suerte y contrito de sus culpas, se la pide. No os pido ánimo, Madre mia, que no me falta, sino que muerto yo consoleis á mi pobre madre; infundidle, Señora, que muero inocente, para que me llore desgraciado, pero no me llore perverso, como voy á aparecer á los ojos de los hombres.

Las mujeres se habian todas echado á llorar con esa blandura de corazon propia de las gentes sencillas.

— ¡Hijo de mi alma, de mi vida, y de mis entrañas! decia su madre, ¡si le hubiesen quitado la vida *afusilado*, me la quitaban á mi aquellos mismos tiros!

— ¡Pobrecito! qué pasaria, ¡Dios de mi vida! ¡pobrecito! repetian las otras mujeres.

¡*Pobrecito*! . . . dulce y compasiva voz que de mancomun

han puesto en los labios de los hombres el ángel del amor y el de la compasion, pues ambos afectos se unen en ella, como se funden sobre la frente del niño doliente, el sonido del beso y del suspiro de su madre.

— ¡Pero qué! prosiguió animándose el hijo del pueblo católico, ¡la Señora habia sacado la cara por mí! Aquella mañana una partida que hacia un reconocimiento, habia hallado escondidos entre los matorrales á unos moros que apresaron, y registrados que fueron, le hallaron á uno de ellos una medalla de plata. Aquella medalla la reconocieron los compañeros del lebrijano por ser de aquel, que la llevaba siempre colgada del cuello. Entónces los gefes sospecharon lo acaecido, que aquel desgraciado habria sido en su borrachera degollado por los moros. Prometieron la vida á los presos si declaraban la verdad, y decian cuál de ellos habia muerto al soldado. Entónces cantaron de plano y dijeron que el matador lo habia sido el moro á quien hallaron la medalla. Ahora bien, ¿saben Vds. qué medalla era la que me habia salvado la honra y la vida probando mi inocencia? ¡*La medalla de la Virgen del Cármen*!

— ¡Madre mia! ¡Madre mia! exclamaron las mujeres con enternecida y entusiasta aclamacion.

— Roque, dijo la tia Manuela, ¿y no hicistes en aquel instante una promesa en accion de gracias á tan piadosa medianera, por el patente amparo que te prestó?

— Sí, señora, contestó el soldado. Prometíle (¡así me dé Dios vida para cumplirlo!) de proclamar miéntras viva su santo nombre mas alto que las estrellas; bendecirle agradecido cada dia y á cada hora y . . . no fumar nunca en sábado.

EL EDDISTONE.

CARTA ESCRITA A SU MEJOR AMIGA, DURANTE UN VIAJE.

Apénas nos habíamos embarcado en la bahía de Cádiz, cuando se desencadenó uno de esos furiosos levantes que son el azote de la Andalucía Occidental; que aterran, que irritan y paralizan con su viento y abrasador empuje la marcha ordinaria de las cosas. Fué preciso renunciar, no solo á salir al mar, pero tambien á desembarcarnos.

Estar dos dias presos en un barco parado, que se torna así en un ponton, sonriendo con la vista, casi acariciando con la mano las playas en que se hallan las personas que amamos, es por cierto moralmente el refinado tormento de Tántalo.

Quedarse aislado sobre la flotante isla de madera, tan cerca y tan separados de las personas de nuestro cariño, sin tener en esta anticipada ausencia, ni el caminar que distraiga, ni objetos nuevos que interesen, es lo mas triste y desconsolador que puede sentir el corazon ..... pero ello es que el corazon nos ha sido dado para sufrir, ¡así como la imaginacion nos ha sido dada para gozar! Lo extraño es que el lenguaje haya hecho al corazon masculino y á la imaginacion femenina, en lo que ha *machihembreado* (perdónesenos esta expresion vulgar) lo mismo que pudiera hacerlo el mas gringo de los extranjeros.

Esperezábanse las horas, como grandes perezosas que se hacen á bordo, y el sol se clavaba en el cielo, como si le temiese á su cotidiano baño de mar; el tiempo, que tan breve se hace á tu lado, se complacia en alargarse espantosamente como para lucir su magnífica elasticidad; agregando á esto el sentirme á la merced de las olas, esas fieras indómitas, preso entre aquellas tablas, que mal humoradas crujian y gruñian, agobiado con las insufribles ansias del mareo, subordinado al mezquino despotismo de un vulgar capitan absoluto, repetí aplicándome á mí mismo la célebre pregunta de Geronte en las *Fourberies de Scapin* de Molière: — «*Mais ¿que diable allait-il faire dans cette galère?*» — Pues ciertamente nada me obligaba á hacer este viaje de mero recreo: tal es la fuerza de las impresiones del momento, que por efímeras que sean las causas que las producen, bastan para hacer vacilar y retroceder resoluciones nacidas de deseos, cálculos y reflexiones de meses enteros.

Al tercer tia, habiendo caido el impetuoso Este, empezaron los cíclopes su tarea en el entrepuente, y un negro penacho de humo, ondeando como una triste bandera de adios, anunció nuestra partida. ¡Pobres ojos de madre que la vieron al traves de sus lágrimas! ¡Amor de nuestros padres, única áncora siempre segura en las borrascas de la vida!!!

¡Cuál vimos desaparecer como sueños los sitios tan queridos que abandonábamos por otros extraños, porque lo extraño atrae, así como lo conocido retiene, haciendo este incesante y contrapuesto arrastre, siempre vacilar al hombre, para mostrarle su debilidad.

Pronto nada vimos, sino la torre del faro que tenia dormido su ardiente ojo que vela de noche; mas tambien á este se le tragó la distancia, y quedámos aislados entre el cielo y la mar, ¡este tan agitado! ¡aquel tan sereno!

¡El mar! Tiempo hubo en que le amaba, le sonreia, en él confiaba, porque no le conocia, puesto que solo lo conoce y le comprende aquel que entre la vida y la muerte graduó su ira, su fuerza y su violencia, y yo no me habia hallado en ese caso.

¡El mar! ¡No hay pintor que pintarlo pueda, ni poeta que pueda describirlo! El mar es una cosa sin vida y sin inteligencia, pero con voz, con movimiento y con fuerza.

El mar es un poder, es un insensato indomable déspota, que con una de sus olas burla todos los esfuerzos y prevenciones de los hombres; que no tiene dueño, ¡y no obedece mas que á Dios!!! ¡Oh hombre! si tan pequeño y débil pareces á la orilla del mar: ¿qué no parecerás á la orilla de la eternidad? Así es que nada atrae mas instintivamente y con mas fervor el corazon á Dios, que el mar; porque ninguno como el que navega tiene que confiar en la Providencia, y que acudir á Dios, puesto que tiene siempre y únicamente el abismo á sus piés, el cielo sobre su cabeza.

De cuando en cuando íbamos viendo las costas, que son á distancia tan fáciles de confundir con nubes ó con neblinas. ¡Con qué ávida curiosidad se fijan estas desconocidas tierras! ¡Con qué ansia se desea su aproximacion! ¡Qué ilusiones se forman sobre lo que podrán ser aquellas misteriosas márgenes, aquel indefinido paisaje que se oculta con su calina, como una mujer con su diáfano velo! ¡Cómo se desea pisar aquellos montes y valles que la distancia presenta silenciosos y desiertos como un país encantado!

Siempre he extrañado que los navegantes hayan dejado á Newton la gloria de haber descubierto la atraccion de la tierra.

Es cierto tambien que á su vez los habitantes de aquellos sitios miraran la veloz nave que surca tan libre y airosa, tan denodada y ligera el ancho mar, con análogos sentimientos, pues acaso dirán: ¿de dónde viene? ¿dónde va la blanca pasajera? ¿vuela ó nada? ¿qué encierra su robusto casco? ¿qué ha pasado á la audaz aventurera? ¿qué le aguarda en su incierta senda?

Así crea nuestro instinto de lo bello, la ilusion que derrama sus prestigios sobre todo como una luz mágica: ¡La ilusion! ese encanto de la vida, de la que dice un poeta aleman que cria flores en la juventud, que cortadas por la guadaña del tiempo embalsaman aun marchitas; la ilusion, ese perfume que tiene el alma inocente y poética, que muchos se esfuerzan en destruir con el escalpelo de hierro del rastrero

positivismo, sin considerar que es lo que intentan crímen análogo al que comete el que destruye la inocencia.

La primera costa que vimos de cerca, fué el cabo de San Vicente, que se alza erguido y se hunde en lo profundo perpendicularmente, cual una colosal muralla; pásase casi rozando con la imponente mole coronada por un convento y un cuartel, que parecen el uno un solitario monje, y el otro un aislado centinela, que inmóviles dejan pasar los barcos, diciendo el primero: ¡Quién os trajese á un buen puerto! exclamando el segundo: ¡Quién os siguiese en vuestros azares!

Llegámos de noche á Falmouth, y solo vimos estrellas y luces, haciendo uno de los pasajeros la observacion juiciosa de que en nada se diferenciaban las unas ni las otras de las españolas. Pero cuando al siguiente dia ahuyentó las tinieblas una mañana clara y hermosa, aunque inglesa, vimos con admiracion, no á Falmouth, que es chico y feo, sino su bahía una de las mas hermosas de Inglaterra. Alarga la tierra dos brazos para abrigar en su seno los navíos que la enriquecen, y en las manos, que casi cruza, lleva para más ampararlos, en la derecha una fortaleza, como una pistola, en la izquierda un faro como una linterna.

Desde la misma orilla del mar se extiende aquel verde césped tan encantador, que es en el Norte la primera sonrisa de la primavera, en el Sur, el primer beneficio de las frescas aguas de otoño, y en Inglaterra la constante compensacion que recibe de las húmedas nieblas que la entristecen, dando á aquel campo una eterna juventud como la gozan las Ninfas del paganismo.

Extiéndese sin interrupcion por cuanto alcanza la vista, ya bajando á valles amenos, ya subiendo á colinas salpicadas de magníficos árboles, á cuya sombra descansan hermosas y pacíficas vacas, que quizas nos habrian mirado de reojo, y con sobrada razon, si hubiesen sabido que éramos del país de los Nerones de su casta, que inventaron las atroces corridas de toros.

Nos trajeron á bordo pan, fresas y leche, regalo de patriarcas, que nos agradó mucho, y despues, soltando las

inquietas paletas, salímos de la bahía y nos internámos en el canal de la Mancha.

¡Cuál estaba nuestra atencion absorta en la contemplacion de las orillas, que presumidas é incitadoras, ya se nos acercaban en sus promontorios, ya se escondian en sus golfos!

— Señor, pregunté á un pasajero inglés en una ocasion en que mas ameno y sonriente se nos habia acercado un romántico paisaje, ¿es esto que vemos un parque?*

— No señor, contestó, es el campo.

Sabes que no soy anglo-mano, pues no me simpatizan esas apasionadas preferencias por tal ó cual país, que se suelen volver armas para zaherir el nuestro; démos al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios; démos nuestra admiracion á aquello que lo merezca en otros países, y demos nuestro cariño y simpatías á nuestra patria.

Así es, que imparcialmente digo, que cuanto se veia era admirable: ya las pintorescas peñas, ya los suaves paisajes, ya los siete blancos arcos de tiza, que parecian un poco de frio y desnudo invierno entre tanta lujosa primavera, ya la roca sobre la que trae Shakspeare á su rey Lear, y que conserva el nombre del gran poeta, á quien el agrio y corrosivo fallo de Voltaire llamó el San Cristóbal de los trágicos. Pero lo que mas interes inspira es la perfeccion con que la Gran Bretaña ha sabido evitar ó disminuir, los peligros que originan los numerosos escollos de sus costas, con las precauciones que los contrarestan.

En Portsmouth es el admirable break-water (*rompe olas*), soberbia obra submarina destinada á disminuir el poderoso empuje de las olas; aquí son boyas sujetas con áncoras en los bancos de arena: allí una lancha roja como la de un pirata fijada del mismo modo, indica un escollo que esconde la mar como traidora arma prohibida. Vese la costa de Inglaterra guarnecida de faros, como lo están sus paseos de faroles de gas.

Siempre han sido para mí los faros, un objeto de atraccion

* Grandioso bosque, jardin.

y de simpatía: la soledad y el aislamiento, que son su destino; la noche y el temporal, que son su esfera; el perpetuo velar, que es su mision; la resistencia inmutable que es su cometido, y que les presta cual á no otro monumento, *la solemnidad de las cosas inmóviles**, y sobre todo esto, la sublime virtud del amparo que simbolizan, hacen que al mirar un faro, me quede indeciso sobre cuál de las impresiones que me causa su vista sea la mas profunda, si el respeto en mi alma, ó el enternecimiento en mi corazon. ¡Oh sí! ¡repito que un faro es — despues de una iglesia — el mas santo de los monumentos! ambos tienen el mismo fin, guiar, alumbrar, consolar y salvar.

Pero entre todos estos consejeros de piedra, estos guias de luz, descuella el Eddistone. Solo y aislado enmedio de las olas se alza el ermitaño del mar, ante el cual no puedo ménos de detenerme, para inquirir qué Hada enamorada de un marino lo trajo allí por los aires, ó qué Encantador le hizo brotar del seno del mar, para guardar en él á una Princesa perseguida por los gnomos de la tierra.

Pero dejemos á la tradicion referir la crónica de Eddistone, que lo hará mejor que la seca y prosáica historia, que al presentar los hechos, procede como al formar los árboles genealógicos, los despoja de su follaje y de sus flores, de su savia y de su perfume.

Alzase en medio del mar una roca aislada; apénas si el furor de las olas, el ímpetu del viento y la violencia de las corrientes dejan posarse en su estrecha cumbre á las silvestres aves marítimas; y la humanidad, esta santa heroina, extiende sobre ella su mano, y levanta allí un castillo que no llega á conmover todo el furor del mar, y enciende en él una luz que no consigue apagar toda la violencia del viento.

Sucedió esto así:

Un hombre se ofreció á erigir sobre la aislada cresta de aquella roca, una torre que llevase en su frente el salvoconducto de innumerables vidas, una luz en la noche mas oscura, una esperanza para el corazon mas abatido.

---

* Dumas.

Este hombre tenia un buen ángel á su lado, pues solo este pudo sugerirle y darle valor para emprender esta obra portentosa, y cuando solo faltaba la última piedra, el mal Espíritu, celoso del triunfo del Angel bueno, envió al arquitecto su mejor auxiliar, el orgullo, que se apoderó de él y le hizo decir: «Estoy tan seguro ya de mi obra, que desafío á todas las tormentas y tempestades, *y aun el poder de Dios*, á que me impida el concluirla.»

Aquella misma noche se desencadenó tal temporal, que cuando el dia corrió el velo de la noche, los consternados habitantes de la costa no divisaron en el mar sino la negra, y aislada roca, — ¡el arquitecto y su obra habian desaparecido! — el viento descansaba de su violento arrebato, — la mar acababa de borrar con sus olas los últimos restos de la obra del prevaricador,

Andando el tiempo se labró el faro que hoy existe, y como no profanó la santa obra una blasfemia, se concluyó y subsiste para bien de la humanidad que peligra, para gloria de la humanidad que ampara.

UNA EXCURSION A WATERLOO.

CARTA DE FERNAN CABALLERO A SU MEJOR AMIGA.

¡WATERLOO! ¿no retumba la última sílaba de esta voz hueca y prolongadamente como la vibracion solemne y gloriosa del postrer cañonazo que dió fin á la mas osada é indebida usurpacion de los tiempos modernos, cañonazo que afirmó el estandarte de la legítima libertad de las naciones, de la independencia de buena ley de los pueblos y de la paz europea? He ido á ver ese lugar ilustre; he ido con el entusiasmo y el respeto con que en un principio fué visitado el lugar del triunfo de la justa causa, pues ni en la verdad ni en la justicia puede haber reaccion, sino por extravagancia, paradoja ó espíritu de partido.

Pero ántes de darte cuenta de mi devota peregrinacion, te hablaré de nuestra salida de Lóndres y de nuestra llegada á Flándes, que no es un Flándes, sino un país el mas bonito, el mas culto y sosegado del mundo.

Despues de despedirnos de los señores que nos acompañaron hasta el vapor, me puse á considerar la nueva senda que íbamos á seguir, que era el Támesis, al que el sol que brillaba, hacia aparecer como un rio de plata, cual si quisiese hacer patente la metáfora que se aplica respecto á Lóndres. No obstante, el Támesis no es un rio, como lo ha demostrado Méry, que tuvo la suerte de hallar esta verdad

para acreditar su brillante coleccion de paradojas. El Támesis es una ria, y aunque mas estrecha y prolongada, parecida á las rias de Galicia. Poco mas arriba de Lóndres, en Richmond, desmáyase el portentoso rio entre juncos.

Oyóse un ruido sordo y subterráneo, como si gruñesen á la par todas las piezas de las complicadas máquinas al sentirse despertar de su letargo, levóse el ancla con dura y fuerte mano, como se arranca del corazon de una madre que ve partir á su hijo, la última esperanza de retenerle: soltáronse las ruedas, esas estúpidas locomotoras que llevan al hombre con iguales brios hácia el abismo, y partímos con la misma prisa que habíamos llegado;... ¡como si fuese lo mismo partir que llegar! Pasámos por cima de un puente; este trueque que es original, necesita explicarse.* Pasámos sobre el Túnel, que es puente que está no encima, sino debajo del rio; este Túnel es un largo callejon, abovedado y alumbrado por gas, el mas á propósito para paseo de topos, que han cavado por debajo del rio, y que siendo una obra de gigantes, tiene el aspecto de una obra de pigmeos.

Salió el vapor del Támesis como un toro del chiquero, cortó con su aguda proa las olas del mar del Norte, que son cortas, crespas y profusas como los cabellos de un negro, y á las veinte y dos horas llegámos á Ambéres.

Las orillas de su rio Escalda (Escaut), que es muy ancho, son chatas, fértiles y monótonas. La vista de Ambéres tampoco sorprende; solo la torre de su Catedral absorbe la atencion: parece que las hadas encajeras de aquel país de los maravillosos encajes, la han trabajado con hebras de cantería; por todas partes se trasluce, como si se uniesen la luz y la piedra para hacerse valer mútuamente. Pero aun sorprende y embelesa mas la hermosa *sonnerie*, que entre esta mezcla de piedra y luz suena y se esparce.

Sonnerie es literalmente traducido, campaneo; pero aquel armonioso campaneo constituye una música, cuyo género, sonido y efecto, no es comparable al de otras músicas. Es

---

* No se olvide que iban embarcados.

tan original, tan peculiar, que abre, si decirse puede, un nuevo campo á las ideas, y una nueva esfera al sentir. Así fué que al oir aquellos excepcionales sonidos alegres y solemnes á un tiempo, comedidos y libres, exactos, dulces, infalibles y expresivos, siempre los mismos así entre los rayos del sol como entre las tempestades, figúrase uno que el bronce y la armonía, dos cosas tan heterogéneas, se han unido para formar una maravilla que halague el oido, como para la vista formaron otra la piedra y la luz unidas. Al oirlos me quedé suspenso, abstraido, y lo que ni el viaje, ni el país, ni nada palpable habia logrado, lograron ellos: me *sentí* en Flándes. A nada se parecen ni pueden comparar aquellos sonidos claros, serenos y armoniosos que producidos por el cobre, se esparcen por los aires para alegrar la atmósfera como lo hacen los rayos del sol. No me seria dado analizar la emocion que causa esa melodía sin corazon, esa música autómata, que conmueve sin estarlo ella, esa alegría ficticia, esa melancolía sin alma, esa aglomeracion de sonidos, frios como flores heladas. ¿Por qué habla esto tan expresivamente el alma? ¿Será acaso porque seamos mas fácilmente impresionables por el oido que por la vista, y porque nos conmueva mas oir lo que otras generaciones oyeron, que ver lo que otras generaciones vieron? ¿Será lo extraño, lo nuevo, lo viejo, lo sonoro?

Todo habia desaparecido á mi vista: el Vapor, el camino de hierro, todo lo que pertenecia á la progresion del monótono espíritu nivelador que avasalla las nacionalidades, y despoetiza el mundo, presa y víctima de máquinas y de ideas mezquinas. Otros objetos agrupaban aquellos sonidos en torno mio. El Conde de Egmont, Clara, su candorosa amada, el Duque de Alba, se me aparecian entre frescos floreros de Rubens, y entre los paisajes de aquella suave naturaleza tan bien reproducida por el arte. Fué un momento de inexplicable gozo para mí. Entónces me dijeron que Napoleon Bonaparte gustaba particularmente de este melodioso campaneo, de esta música maquinal producida por campanas de diversos temples. ¡Qué anomalías se ven en la naturaleza humana! Pero puesto que el bronce, eso duro é inflexible metal de

cañones ha podido llegar á producir sonidos aéreos, tan suaves y tan melodiosos, no nos debe extrañar que un hombre compuesto todo de ideas como un pino de barbajas pueda alguna vez sensibilizarse.

Omito por ahora pormenores sobre Ambéres y sobre el lindo país que lo separa de Brusélas, y que atraviesa el camino de hierro como vuela un pájaro por un verjel, y me apresuro á emprender mi peregrinacion.

Durante cinco leguas, que es la distancia que media entre Brusélas y el campo de Waterloo, se hallan pueblos y caseríos casi sin interrupcion. Estos pueblos ó aldeas no son como los de Alemania y de Inglaterra, casas agrupadas sin simetría, sino que estas se hallan alineadas y se extienden á ambos lados del camino real formando calle. En esto, como en todo, es la campiña de Bélgica demasiado cuidada, demasiado simétrica, y está demasiado avasallada para ser pintoresca; el arte y la industria han cubierto por todas partes su hermosa desnudez, y le sucede á aquella naturaleza lo que á los individuos en que una temprana, severa y sostonida educacion ha extinguido todo lo natural y espontáneo de su primitivo ser. El camino real lo forma un hermoso empedrado; pero á la alarga el ruido que produce, lastima la cabeza.

Llegámos al pueblo que dió nombre á la batalla, y que esta en cambio inmortalizó. Al llegar se acercó una mujer al coche y nos preguntó si queríamos ver la iglesia que sirvió de hospital, y en la que murieron cuatrocientos hombres que estén enterrados allí. Circundan los muros de la iglesia losas dedicadas á conservar su memoria en caractéres negros sobre blanco mármol.

La honda sensacion de tristeza que sentí, fué tal, que notándola la guia me preguntó si en aquella batalla habia perdido á mi padre? «¡A mi padre no, contesté, pero á miles de hermanos!»

Volvímos á seguir el recto camino que imperceptiblemente sube hasta la pequeña altura llamada Mont Saint-Jean, donde está el caserío del cortijo que lleva este nombre, y en el cual innumerables moribundos y agonizantes fueron acumula-

dos. Allí vimos el carruaje de una familia inglesa que con el mismo fin que nosotros, se habia trasladado á aquel célebre lugar.

A corta distancia de ese caserío abarca la vista el llano de Waterloo, ese magno campo de batalla, que se estiende por varias leguas.

La imaginacion, siempre pintora á su manera, bien podrá presentar un cuadro de Waterloo en el que en un desolado yermo cubierto de maleza, aniden buitres entre desparramados huesos, teniendo ántes y conservando despues, el carácter que supone debe distinguir á aquel lugar, que la mano del Todopoderso marcó con una de esas disposiciones que cambian la faz del mundo; lugar que aquella presume debe conservar el austero aspecto de un paraje señalado por la Providencia para la expiacion. Allí dobló la Francia revolucionaria y usurpadora su altiva cerviz, y allí dijo Dios al desbordado torrente: «¡RETROCEDE!» — ¡Dios quiera que para su bien y el bien ajeno, no olvide la Francia nunca á Waterloo!

Pero si la imaginacion es poeta, la realidad en un país eminentemente industrioso, no lo es; y así Bélgica no concede á este lugar, que no es solo una hoja del libro de la historia, sino la portada de una de sus Eras, ni la soledad de un cementerio, ni el silencio de un Panteon. Todo el llano está poblado, y robustas sementeras de trigos y remolachas para la fabricacion del azúcar, se mezclan á frondosos árboles. ¡Solo uno murió! y fué el que se hallaba á la derecha del camino, bajo cuya sombra mandó Lord Wellington la batalla. Murió... Unos dicen que por sentirse arrancar por los entusiastas de la gloria del vencedor, una á una todas las hojas que le dieron sombra; pero es probable que cumplida su mision no quiso el árbol volver á cubrirse de hojas, sino morir con las que cobijaron al caudillo de la independencia de las naciones. Despues de muerto lo compró en alto precio un inglés, que se lo llevó á su país. ¿Qué se ha hecho de él? Si un individuo de otro país se lo hubiese llevado, se sabria; pero la aristocracía inglesa que tiene mucho orgullo, tiene tambien el buen gusto de no col-

garse los cascabeles de la vanidad, y así ignora el público su paradero.

A cada lado del camino hay un monumento; el del lado de la derecha, encerrado en una balaustrada de hierro, consiste en una columna del mismo metal colocada sobre un pedestal, y se erigió á la memoria de Sir Alejandro Gordon, jóven de diez y nueve años, Ayudante del General, y hermano, si no me engaño, del Conde de Aberdeen.

Al lado izquierdo se levanta una pirámide roma, de piedra, sobre una base de lo mismo. Sus cuatro caras tienen inscripciones en varios idiomas y los nombres de los que bajo aquel severo monumento yacen. La inscripcion alemana dice así:

LA LEGION HANNOVERIANA Á SUS COMPAÑEROS QUE EL 18 DE JUNIO HALLARON AQUI LA MUERTE DE LOS HÉROES.

¡Qué sencilla inscripcion! Pero ¿á qué frases para quien tiene en el sitio y dia en que murió todo su panegírico? ¡Muerto en Waterloo, es decir, muerto como valiente, muerto como vencedor por la justa causa, por el derecho de gentes, por la patria, por la honra, por el deber y por la gloria!

Mas al volver la cara á la derecha, se queda uno involuntariamente parado al ver el monte que manos de hombres levantaron, y sobre el que en pié, arrogante, gallardo é imponente, una mano descansando sobre un globo, la vista fija en el campo enemigo, se ostenta el magno Leon de hierro, para el que el monte parece chico y el llano angusto. Juzgando por mi individual sentir, dijo que nunca hubo monumento mas digno de tomar sobre sí el llevar la memoria de un gran hecho á la posteridad. La idea que lo inspiró, es grande, sobria y sencilla; lleva el sello de un noble y digno entusiasmo; parece que al decirle al hierro: «REPRESENTA A WATERLOO», le ha dado alma para cumplir debidamente su gran mision.

La construccion de este colosal monumento duró dos años.

Para llegar á la cumbre del monte se suben treinta y cuatro escalones, sujetándose á una cuerda afianzada sobre pilastras. Subímos, y contemplámos de cerca aquella enorme y viva masa de metal, aquel Leon de hierro, emblema á un tiempo de la fuerza, del poder, de la duracion y de la nobleza.

Los pajaritos han hecho sus nidos en las orejas y en la entreabierta boca de este Rey de las selvas, apoyando familiarmente las pajitas con que los confeccionan, entre sus enormes dientes: tal se vió siempre la debilidad ampararse de la fuerz. ¡Dulces é inofensivos seres, que parecen haberse refugiado allí para formar el mayor y mas bello contraste que nunca pudo crear la imaginacion de un poeta! ¡Inocentes criaturas, cuyas generacionos pasan por aquella boca de hierro como un vaho, y que tan ajenas están de que tambien ellas representan un papel en aquella solemne escena!

Tambien hacia el suyo la familia inglesa de que te hé hablado: hallámosla almorzando fiambres en el monte. Rasgo grande, patriótico y digno de la Era que se precia de culta por excelencia, es el de venir á comer un emparedado de ternera al pié del Leon que devoró el Aguila imperial. ¡Oh preponderancia del estómago! Inglaterra, inventora de lo confortable, ¡cómo te confortabilizas sin atender al tiempo ni al lugar, y sin acordarte del zurrigazo que lanzó del templo á los vendedores!

Cuando apartaba la vista del gigante de hierro, era para llevarla á los diferentes sitios que me señalaba el guia: aquí, decia, enseñando el sitio que se ve á la izquierda del cortijo de San Juan, se estendia la retaguardia inglesa. Desde el sitio en que ahora se levanta este monte, formaba la guardia inglesa. Servia esta de parapeto á la artillería; la caballería francesa cargó sobre ella: entónces el General mandó retirar la guardia, que lo hizo en buen órden, y una fila de cañones cargados de metralla descargó sobre aquella la muerte: al pié de este monte quedaron 400 muertos. Aquí fué igualmente herido el príncipe de Orange, entónces muy jóven; y en aquel sitio en que veis recostado á un pastor, fué hecho prisionero: pero en aquel dia de heroismo y lealtad,

los belgas se echaron sobre los franceses que le habian preso y le libertaron.

Aquel cortijo que veis á lo léjos, continuó el guia (de cuya estricta veracidad no puedo responder, aunque le doy entero crédito por haberse hallado él mismo en aquella célebre batalla), aquel certijo, decia, que veis á lo léjos, fué tomado y perdido tres veces sucesivamente, ya por los unos ya por los otros. Algo mas adelante, en aquella elevacion de terreno estaba el Emperador. Viendo á sus espaldas salir de aquel bosquecito un cuerpo de tropas que creyó ser el de Grouchy, dijo á sus soldados: «¡Vamos, valor, valor! este es el camino de Brusélas.» Mas en aquel instante el General Bertrand se acercó á él y le dijo: «Señor, todo está perdido, es la bandera prusiana!» .Efectivamente, en lugar del cuerpo de ejército de Grouchy que aguardaba el Emperador, era el de Bülow que le atacaba por el flanco. ¡Qué no debió sufrir en este instante que acababa para siempre con todas sus esperanzas! Elevado por la fortuna, no hubiera debido confiar tanto en sus poco sólidos cimientos.

Horribles eran, añadió el guia, los gritos y quejidos de los heridos despues del combate: ¡todos pedian agua sin que fuese posible satisfacer su ansia! Llegó á tanto el número de los muertos, que se apiñaron para su entierro, como se habian apiñado para su muerte.

Yo me estremecia subido en aquel monumento soberbio y glorioso, que ahora me parecia el mausoleo comun de un vasto cementerio; creia oir el eco del estampido de los cañonazos y del gemir de los agonizantes... Pero no; eran los pajaritos que saltando sobre las melenas del Leon, cantaban no sé qué, pero de cierto no era un himno guerrero. Estimular á derramar la sangre de nuestros semejantes por medio de la música y de la poesía, ese bello horror está reservado al hombre.

Antes de alejarme de aquel lugar, contemplé de nuevo el sitio en que se hallaron en aquel dia memorable, teñidos de sangre y coronados de laureles, los dos caudillos, considerando cuán vasta es el alma del hombre, pues pudo la del vencedor contener, sin estallar, la impresion de tan inmenso

triunfo, y la del vencido la de tan inmensa derrota. Ambas situaciones me causaban igual sentimiento de profunda melancolía, puesto que nada de lo que es solemne es alegre.

En la ladera del monte crecian florecitas con suave *qué me se da á mí*, y como bonitas idiotas vestian sobre aquel túmulo sus trajecitos de color. ¡Oh poder del tiempo! ¡Aquel campo de destrozo y muerte estaba limpio, cultivado, verde y alegre! ¡La buena naturaleza cubria de flores la tierra que el hombre cruel regó de sangre! Cogí un ramo del que te envío una flor: Guarda, guarda la flor de Waterloo, puesto que en la efectiva metempsícosis de todo lo terreno, esa flor roja es quizas la noble sangre vertida por la justa causa.

AQUISGRAN.

CARTA DE FERNAN CABALLERO A SU MEJOR AMIGA.

Desde que se sale de Bélgica y se entra en Prusia parece que la naturaleza se agranda y se ensancha. Creeríase que la cercanía del Rhin con sus magnas ruinas y sus poéticas y viejas leyendas forma una atmósfera impregnada de emanaciones de cosas grandiosas pasadas, como la que se respira en una vasta biblioteca de libros antiguos.

La mente presiente el heróico país de los Burgraves y el domicilio de aquel Rey que con tan justo título denominó la historia el *Magno*. Las bellas é inútiles ruinas reemplazan á las feas y útiles fábricas; los bosques á los jardines; á la falange de operarios, la hermosa, erguida y bien disciplinada tropa. Allí, á la sombra de CARLO-MAGNO, se oye el grito, tan simpático á los españoles, de ¡VIVA EL REY!

Antes de proseguir, y entre paréntesis, te traduciré una cancioncita pópular que aprendí allí.

EL SOLDADO HERIDO.

«Ayudadme, buenas gentes, á bajar de este carro; mirad que estoy muy débil; llevo el brazo vendado, agarradme con tiento!..... sobre todo, no me quebreis mi frasco, si no quereis que salga de tino; mi frasco es mi mayor tesoro, pues en él ha bebido mi Rey.

«El Rey estaba entre nuestras filas; yo contemplaba su rostro. Las balas llovian sobre nosotros, y Él impasible no se movió. Conocí que tenia sed; cobré ánimo y le ofrecí mi frasco, y Él... ¡Él bebió en mi pobre frasco!

«Y me dió una palmada en el hombro y me dijo: ««¡Gracias, amigo! ¡Tu bebida me ha refrigerado, te agradezco tu buena intencion!»» Estas palabras me regocijaron mucho: Camaradas, grité: ¿quién de vosotros puede jactarse de poseer un frasco como este?... Mi Rey ha bebido en él.

«Nadie me arrancará este frasco, que es mi mayor tesoro, y si muero ponedlo á mi lado en la fosa, y escribid encima:

«¡El que en esta silenciosa tumba descansa combatió en Leipzig; su mejor tesoro fué su frasco: su Rey habia bebido en él!»

Aquisgran se compone de dos distintas partes, la que cuenta siglos, y la que cuenta solo dias; la bisabuela noble y digna, y la linda nieta que se sienta á sus piés.

Las enormes ruinas que la rodean, fuertes, aunque caidas; soberbias, aunque vencidas, que el tiempo presente cubre con un tupido velo de yedra, como para no mirarlas cara á cara; aquella antigua muralla que asoma de cuando en cuando, entre árboles de ayer; una torre de seis siglos; aquel Carlo-Magno de bronce que se ve en la plaza, imperecedero cual lo es su memoria, que está entretejida en cuanto pertenece á aquella ciudad; las leyendas populares, esas crónicas tradicionales, cuyos archivos al aire libre ni devora el incendio ni roe la polilla; esto, con su catedral y casa de Ayuntamiento, compone la diez veces centenaria matrona. La fuente Elisa con su cúpula redonda sostenida por columnas; sus columnatas á ambos lados para pasear cuando llueve; la calle nueva que lleva al camino de Borset, y que seria hermosa en Lóndres; el moderno teatro, que por fuera como por dentro, es el mas bonito que yo he visto; la *Redoute* que brinda al baile; Tívoli que convida á helados; las innumerables músicas, cantantes y organistas ambulantes, la muchedumbre de bañistas de todos países y categorías, esto compone la moderna y alegre ciudad, esta es la nieta que bulle á los piés de su noble abuela.

Esta ciudad, como sabes, tiene tres nombres, Aquisgran, Aix-la-Chapelle y Aachen. — Te referiré sus etimologías; primera la histórica, despues la que refiere la leyenda.

Dicen que un romano, de nombre *Granus*, descubrió las fuentes minerales, por lo cual recibieron el nombre de Aquisgranus, que dieron á la poblacion que allí se levantó.

La tradicion, empero, no conoce á semejante romano; lo que sí sabe que un *gespenst*, esto es, un duende ó espíritu llamado *Granus* se divertia en asustar y atormentar á todo el que se bañaba en aquellas grutas, envolviéndose y desapareciendo en el vapor del agua caliente. Un dia, Pipino, padre de Carlo-Magno, que, aunque pequeñito, era valiente, se fué á bañar allí despues del sol puesto, que era la hora crítica. Vino el señor Granus, y empezó á salpicar con agua al bañista; pero Pipino, que no entendia de chicas, sacó su gran espada y le mató. El agua entónces se llenó de sangre; pero clavando el Rey la espada en tierra, la sangro desapareció.

En cuanto al nombre de Aachen, así cuenta su orígen la tradicion:

Carlo-Magno se enamoró de una mujer desconocida, de un modo tan excesivo que no podia estar un momento separado de ella, de manera que habiendo ella muerto no quiso consentir el Rey en que se enterrase, ni quiso moverse del lado del cadáver. Alarmada la corte, y temiendo fuese aquello cosa de hechizo, determinóse el Obispo á hablar al Rey; pero hallándolo inflexible en su determinacion, se puso el Prelado á examinar el cadáver, y notó que tenia en la boca un anillo, lo que le pareció sospechoso, y se lo sacó. Al punto abandonó el Rey al cadáver, y tomó tan entrañable afecto al Obispo, que no se quiso separar mas de él, ni le dejaba á sol ní á sombra. Entónces el Obispo se confirmó en que estaba aquella poderosa atraccion en el anillo, y considerando lo peligroso que seria que cayese cual ántes en malas manos, se fué á un lugar pantanoso y solitario, en el que abrió un hoyo en tierra y enterró el anillo. Pero el Rey le tomó tanto cariño á aquel apartado lugar, que no quiso moverse de allí, donde permaneció suspirando y exclamando

sin cesar ¡Ach! Ach! que es en aleman una interjeccion de dolor que equivale á nuestro ¡Ay! Esta es la raíz del nombre de Aachen. Pero prosigamos refiriendo la tradicion; pues son estos los dorados y vistosos adornos que engalanan los pergaminos de las cosas nobles y antiguas.

Viendo aquello, propuso el Obispo que, tanto para santificar aquel lugar, como para bien del país y distraer al Rey, se labrase en aquel lugar una iglesia. Así se hizo; y el Rey deseó que se concluyese cuanto ántes; pero como esto era difícil, el diablo, que en todo se mete, hasta en la construccion de una iglesia, se apareció al Rey y le dijo que le ayudaria á acabarla en un decir Satan; pero que habia de ser con una condicion; y preguntándole el Rey cuál era esa condicion, contestó que queria el alma del primero que entrase en la iglesia despues de concluida. — El Rey convino, le dió su gran mano, y negocio concluido.

El diablo cumplió como hombre de bien, y no solo se concluyó en breve con su ayuda la hermosa catedral, sino que hasta las puertas de bronce del templo de Salomon trajo por los aires para ella, y una de las cuales tiene un agujero redondo que le hizo el dedo del diablo al trasladarlas, de que doy fe (esto es, del agujero).

Concluyóse pues la iglesia, y el Rey estaba de lo mas apurado por el cumplimiento de su palabra, con la que Carlo-Magno no jugaba. Pero como el gran Rey sabia mucho, engañó al diablo, y el primero que pisó la iglesia despues de concluida fué una loba que echó el Rey en ella. — Al diablo le dió tal rabia, que no pudiendo cargar con el alma de la loba, porque no la tenia, le hizo agujero en el pecho y le arrancó el corazon, que se llevó. Al lado izquierdo de la puerta esterior se ve hoy dia una gran loba de bronce con un agujero en el pecho. ¿No es por cierto un fenómeno que aquella loba haya resistido allí al tiempo, á las revoluciones y á la ilustracion? ¿No es esa loba, que se mantiene allí firme enseñando los dientes, un rasgo característico de la vieja Aquisgran? Mira tú cómo hasta á las estatuas les sirve el mal genio para que no se metan con ella.

Ahora bien: si alguno de los viajeros *humoristas* que nos

favorecen, viese en alguna de nuestras catedrales un objeto semejante, ¿qué diria? La ignorancia, la supersticion, el *deplorable atraso* le haria llenar muchos pliegos de papel.

Léjos, muy léjos estamos tú y yo de mirar con los ojos de los llamados ilustrados, estos restos de cándidas épocas, que pecan por exceso de fe, en nuestra triste era, en que esta primera de las virtudes religiosas, y esta principal prerogativa de corazones sanos, se ha casi extinguido.

Estas leyendas tienen todas un hermoso fondo de fe, y una intencion siempre buena y moral, y la *intencion* es la que hace bueno ó malo el espíritu de las cosas.

Nuestro pueblo, tan recto y elevadamente ortodoxo en su sentir y en su pensar, demuestra esta alta verdad en uno de esos *ejemplos* que, unidos han creado un corazon ferviente y un entendimiento admirablemente comprensivo.

Habia, cuenta, una buena y devota mujer, que heredó de un pariente trece cuadros viejos y oscurecidos por el tiempo, los cuales representaban el Apostolado. Colgólos en una habitacion escasa de luz, y cada dia rezaba devotamente á los doce Apóstoles del Señor y al cuadro que formaba el trece, que segun ella creia, representaba á su Divino Maestro. Pero era el caso, que el pintor habia tenido la idea de representar en aquel lienzo al discípulo traidor, figurado por el mal espíritu, por el diablo. ¿Rezábale, pues, la buena y sencilla cristiana al diablo, cuando ante su imágen se arrodillaba? — No. — Un Angel, fiel y mensajero de nuestros corazones, recibia y llevaba á Aquel á quien iban dirigidas, las preces de un alma justa y filial.

Léjos, pues, de nosotros, el echar sobre estas cándidas creencias el anatema de *supersticion*, que significa dar culto á quien no se debe, puesto que en estas leyendas, por disparatadas que sean, siempre la intencion es buena, y nunca se da culto á quien no se debe.

Esta iglesia es en efecto hermosa, aunque parece pobre de adornos, á quien está acostumbrado á ver las iglesias de España. Su primera parte es completamente redonda; un óvalo saliente forma la capilla del altar mayor. Enmedio de la iglesia una enorme losa de mármol negro, con esta

sola inscripcion: «CARLO-MAGNO» cubre la bóveda en que se halló el cuerpo del gran Emperador, sentado en un sillon de mármol blanco sin pulir, cubierto este de chapas, unas de oro y otras de plata sobredoradas que tenian relieves, y que se enseñan en el tesoro de la iglesia. Descansaban los piés del Rey sobre una losa como de dos varas y media que representaba el rapto de Proserpina en un soberbio bajo-relieve, y que trajo Carlo-Magno de Roma. Fué sacado de la bóveda el cuerpo y colocado en una urna de plata y oro, á excepcion de algunos huesos que se conservan en relicarios.* Vense entre las alhajas del tesoro de la iglesia; y la mas notable entre estas es un busto del gran Monarca, de plata sobrepintada, del mismo tamaño del original, cuya persona tenia siete piés y dos pulgadas. Su cara es hermosa, y sus grandes ojos pardos tienen una expresion simpática de fuerza y de bondad unidas. Cuando se le quita la corona que le ciñe, que es de soberbias piedras preciosas sin abrillantar, y la misma que ciñó en vida, por una abertura cuadrada se ve el verdadero cráneo del EMPERADOR, amarillento, pero fuerte.

Si ahora pensases, le dije mentalmente tú que tanto pensaste y alcanzaste, ¿qué pensarias de los tiempos presentes? ¿Quién se reiria: tú de ellos, ó ellos de tí?

Y cuando vi su enorme brazo añadí: Si llegan aquí tambien á echar abajo el templo que tú edificaste, no te estés ahí ocioso, sino levántate para protegerlo.

En un librito que llevo, y en el que están reproducidas y descritas, verás las demas alhajas que contiene el tesoro, sobresaliendo por su riqueza las regaladas por los Reyes de España.

Solo haré ahora mencion de la bocina ó cuerno de caza de Carlo-Magno, formada de un colmillo de elefante, que tiene dos piés de largo y seis pulgadas de diámetro, y cuelga de un cinturon de terciopelo carmesí, sobre el cual se ven

---

* Carlo-Magno fué desenterrado por Othon III, por los años de novecientos y tantos.

en caractéres de oro sobrepuestos, estas palabras alemanas: *Dein ein* (Tuyo uno): asimismo se veia su espada, que ceñian los Emperadores de Alemania al coronarse, y que les servia para armar Caballeros.* Vese tambien una corona de oro artísticamente trabajada, enriquecida con perlas y zafiros que la Reina María Estuardo regaló á la Vírgen, como lo atestiguan el nombre y armas de dicha Reina que en ella se ven; y la capa de que Leon III, Papa, se sirvió cuando en presencia de Carlo-Magno consagró la iglesia en honor de la Madre de Dios. La iglesia tiene un segundo cuerpo, y este una capilla en que hay magníficos cuadros: un Descendimiento, copia del famoso de Rubens, que está en Ambéres, hecho por uno de sus mejores discípulos. Hay cuadros de Van-Dyck y de Alberto Durero.

Entre la nave redonda de la iglesia y la ovalada del altar mayor, se alza airoso y atrevido el coro, y en este se halla el órgano que regaló Josefina, primera emperatriz de los franceses. ¡Que completase la suave criolla la obra del gran Carlo-Magno á mil años de intervalo!! Este gran Monarca sellaba sus decretos con el pomo de su espada, y decia: «Estas son mis órdenes, y esta, añadia señalando á la hoja, es quien las hará respetar.» Vasto en sus miras, — dice un historiador, — sencillo en la ejecucion, nadie poseyó en mas alto grado el arte de hacer grandes cosas con facilidad, y cosas difíciles con prontitud.

La música en la misa mayor de los domingos, es muy buena; en ella cantan mujeres; todo es muy devoto, y se ven en la iglesia (lo que no sucede en España) tantos hombres como mujeres.

Los alrededores de Aquisgran, ó Aix-la-Chapelle, son preciosos, así como las vistas que ofrecen; en fin, tanto agradan, tanto se apega uno á estos sitios que el bueno y gran Carlo-Magno amó, que al alejarse de ellos exhala involuntariamente la misma exclamacion que le dió nombre: ¡Ay!!

* Esta espada, que ya no existe allí, tenia tres piés y medio de largo y dos pulgadas de ancho la hoja.

EPISODIO DE UN VIAJE Á CARMONA.

Hace pocos años que fuí á pasar una temporada á Carmona, allí escribí la *Estrella de Vandalia*, por lo que no repetiré la descripcion que ya he hecho de aquel precioso pueblo, que, como un Rey en su trono se asienta sobre una encumbrada altura á la sombra de las grandiosas ruinas de un soberbio castillo moruno, y ve estenderse á sus piés, por alfombra, la mas rica y feraz de las campiñas.

Confieso, si no precisamente con vergüenza, con esa repugnancia que se tiene al patentizar uno sus debilidades, que tengo, desde un vuelco que sufrí, un miedo á los coches y á toda clase de vehículos que nos ponga en contacto con los infelices animales que los arrastran, y los brutales y crueles cocheros que los guian, que si no fuese tan excesivo, seria ménos ridículo de lo que es.

Iba en el carruaje de la madre de un sobrino mio que me acompañaba, tratando, aunque sin conseguirlo, de desterrar de mi imaginacion un terror que intentaba disimular con el mismo mal éxito. Esto hizo que no pudiese gozar como hubiera querido, de la belleza, la variedad, los caprichos y las vistas que en todas direcciones ostentaba el campo.

¡Cuánto atractivo tiene para mí el campo! Es mi mas querido y simpático amigo, hay entre nosotros una intimidad y

una consonancia tan grandes, que solo puedo compararlas á la que existe entre los sonidos y el eco. Cuando susurran los árboles, susurra con ellos mi corazon; cuando las plantas se mecen tan airosas, se mece con ellas mi espíritu en suaves contemplaciones; cuando las mariposas, tan ajenas de que son bellas, se posan, como flores vivas sobre las otras, que á su vez parecen las mariposas de la vegetacion, me encanta ver esa union de las cosas bellas, inocentes é inofensivas, y les envío mi pensamiento para que lo perfumen las unas y le enseñen su ligero vuelo en pura atmósfera las otras. Cuando cantan los pájaros, pone mi imaginacion palabras humanas á sus melodías como lo hacen los niños con el gorgeo de las golondrinas, y como se las pone el pueblo á la melancólica nota que entona el mochuelo cuando se la inspira la triste y silenciosa noche.

Comunícame la naturaleza sus secretos, y no digo *secretos* porque lo sean, sino porque consisten en impresiones que se reciben y en emociones que surgen de ellas y que no se expresan con palabras, pues si hay astrónomos que miden la distancia y prefijan el giro de las estrellas del firmamento, no hay quien pueda hacer lo propio respecto á los pensamientos que suben al cielo, punto culminante á que se elevan todas las grandes ideas y profundos sentimientos del hombre que no desconoce á su Omnipotente Criador.

Llegámos á Mairena, situada en una hondonada á la derecha del camino, que baja y se inclina cortesmente al pasar ante las primeras casas del pueblo, como un falaz galanteador que vuelve en seguida á entonarse, y con una airosa curva se apresura á meterse en los olivares, como dueño del suelo y seguro de no ser detenido; allí hicimos una parada, teniendo que ver mi sobrino á un sujeto de aquel pueblo. Entónces me apeé de la carretela, y con ánimo mas sereno y reposado examiné, aunque por fuera, el pueblo labrado como generalmente lo son los de su categoría sin gusto y sin simetría, pero alegre, segun la expresion del pais *riéndose*, hermoseado y señoreado por las torres de sus iglesias y de sus molinos de aceite; que las torres son entre los edificios lo que entre las plantas los árboles.

¡Cómo se dilataba el alma en aquella ancha y pura atmósfera! ¡Entre aquel cúmulo de vegetacion que la naturaleza y el hombre de mancomun habian hacinado á manera de mesa revuelta en aquellos parajes! Arboles, sembrados, pastos, vallados, huertas, todo tan bello, tan lozano y en medio Mairena con sus torres, como un navío con sus mástiles, en medio de su océano de verdes olas!

Pero paso á referir el asunto que forma el episodio que he indicado.

No dará de sí un punto de moral tan oportuno y naturalmente deducido como el de Trueba, pues solo se reduce á un chiste andaluz, que únicamente prueba cuánta lógica y buen sentido encierra á veces este pueblo en pocas palabras.

Miraba yo con atencion el camino que atraviesa todo aquel sosegado y florido campo, como una vena de mala y calenturienta sangre, y considerando cuántos hombres célebres, cuántas personas ya gozosas, ya atribuladas, cuántos cuerpos de tropas y cuántas gentes pacíficas, cuántos osados ladrones y cuántos valerosos misioneros, cuántos ambiciosos y cuántos desengañados lo habian recorrido desde que existia, pensaba que si cada uno hubiese dejado en él estampada su huella, seria el mas variado y curioso album; pero ¡ay! en lugar de tan interesantes huellas, lo que á mi atemorizada vista se presentaba era... ¡baches!

Me dirigí á un grupo de hombres que se encontraban parados no léjos de mí, y con mi constante empeño de entrar en conversacion con las gentes del pueblo de campo, estimulado por la horripilante vista de los baches, empecé por lisonjear su amor propio (preliminar muy útil para entrar en materia con el altivo andaluz), y despues de decirles que la feria de su pueblo gozaba de una fama estendida, no solo por toda la provincia, no solo por toda España, sino por el extranjero, y hasta en *Paris de Francia,* donde se habian llevado cuadros que la representaban, les manifesté que era una mala vergüenza que ellos, los vecinos de la famosa Mairena, tuviesen á sus mismas puertas el camino en aquel estado y espuestos á los transeuntes á vuelcos y descalabros.

No tengo nada de elocuente; mis ideas no nacen como Minerva de la cabeza de Júpiter, sino como Adan y Eva en el Paraíso, y me cuesta trabajo vestirlas, si no bien, decentemente. Pero el miedo que habia sobrexcitado mi espíritu, así como la atencion que me prestaba el auditorio, me hicieron de repente fecundo, improvisator, y pusieron en mis labios el mas convincente discurso. Concluido que lo hube, y cuando mas confiado estaba en haber causado con esta mi primogénita arenga *honda sensacion* en los que me escuchaban, uno de ellos tomó la palabra y me contestó en estos términos:

— Señor, ¿ve su mercé á éste, y á éste, y á éste, y á éste, y á mí? (y señaló á su vecino y sucesivamente á todos los que formában el grupo, inclusa su propia persona).

— Sí señor, le dije, ¿y qué tenemos con eso?

— Pues si nos mira su mercé bien, repuso, verá que ninguno se ha roto las narices.

Nada tuve que contestar, y sí solo que admirar riendo, toda la profundidad y contundencia de una réplica que solo un andaluz hubiese encontrado, encerrando en tan pocas palabras tanto sentido. Efectivamente, si los pobres no transitaban por aquel camino sino en el coche de San Francisco ó en la montura de Sancho Panza, ¿qué se les iba ni se les venia en que para aquellos que lo pasaban en coches, diligenicas ó galeras estuviese en mal ó buen estado, ni qué se les daba de que ofreciese á estos mas ó menos comodidad?

— ¡Bien! dije, ¡eso es! ¿con que yo sobre todo y al prójimo contra una esquina?

— No señor, contestó el de Mairena, eso no; pero el que quiera capa que se la compre, y si no, que se ande sin ella.

EL VENDEDOR DE TAGARNINAS.

El que llora será consolado.

(San Mateo.)

Lo que vamos á referir no es ficcion, es realidad, es una sencillísima historia, que literariamente no merezca quizá ni ser escrita ni leida; no obstante, algo nos dice en el fondo de nuestro corazon que por algunos, aunque pocos, será leida esta relacion con simpatía: á estos pocos nos dirigimos para referirles la corta historia de un pobre niño vendedor de tagarninas.

Dice Bulwer, ese excelente moderno autor inglés: *No hay duda que existen poetas que nunca han soñado con el Parnaso,* lo que quiere decir que se puede mover al corazon y captivar la imaginacion sin valerse para lograrlo del arte, ni del saber, ni seguir la senda trazada: basta sentir y espresar lo que se ve.

Era Ortega guarda de un olivar en un pueblo pequeño, y cumplia bien su deber; era bien querido, pero sobre todo de su mujer, que criaba una niña, y de su hijo Miguelito, que tenia cinco años. Erale á Ortega la vida suave y el trabajo ligero, como lo es al caballo la carga de oloroso heno que lleva para su propio sustento. Pero el guarda se habia granjeado la animadversion de unos cabreros que tenian sus cabrerizas en un coto limítrofe del olivar que estaba al cuidado de Ortega.

Por repetidas veces habian dejado penetrar sus cabras en el olivar, con grave perjuicio de la sementera y del arbolado, hasta que acabó Ortega por denunciarlos, — y esto bastó, ¡Dios mio! para que un dia, al pasar Ortega cerca de un vallado se disparase entre las zarzas un tiro, cuya bala atravesó su pecho. — ¡Oh!! ¡en qué mina se crió el fatal pedazo de plomo que hizo á un tiempo un cadáver, un asesino, una viuda y dos huérfanos!!

Avisóse al lugar de que yacia un hombre muerto cerca de un vallado, y en breve el abandonado cadáver se vió rodeado de aquel unánime é inmenso interes que conmueve, sacudiéndola hasta en sus entrañas, á la humanidad cuando se comete contra ella el delito de *sangre*, empezando por el sacerdote, que viene en nombre de la religion, en caso que aun luche el alma con la muerte; sigue la justicia, que viene en nombre de la sociedad, magnífica institucion, bella obra de la ilustracion hecha con la ayuda de Dios, de los siglos y de la sabiduría; — acompáñala el facultativo, que acude en nombre de la humanidad, en cuyo estandarte puso Jesus por lema la palabra *hermandad*, — y sigue el pueblo, que viene en su propio nombre á tributar su compasion y lágrimas á la víctima, sus imprecaciones al asesino, pues puro existe en el corazon del hombre el sentimiento de lo justo cuando las pasiones no lo ofuscan.

Púsose al muerto sobre unas angarillas, y se ofrecieron á llevar las angarillas de la muerte aquellos mismos andaluces altivos, que por todo el oro del mundo no se hubiesen prestado á llevar la silla de mano de un rico.

No pueden aquellos que no lo han presenciado formarse una idea del desesperado é inmenso dolor de la infeliz que vió entrar por sus puertas el sangriento y yerto cadáver de aquel que siempre entró en su casa como una proteccion y un amparo, como un objeto de culto y de cariño! La desgraciada viuda, que estaba criando, tuvo un retroceso y derrame de leche; sus pechos quedaron exhaustos, la madre y la niña perecian; la primera de resultas de una espantosa enfermedad, la segunda de necesidad.

Vosotros, los habitantes de las ciudades, no sabeis cuán

grande y expansiva es la caridad en los campesinos, y cuán verdadero hacen aquel bello refran de que mas hacé el que *quiere* que el que *puede*. No hubo una sola mujer en el pueblo que estuviese criando, que no viniese á dar el pecho á la pobre criatura, para la cual se habian secado las fuentes de vida que le señalara la naturaleza. La niña fué criada á *traguitos*, segun la expresion consagrada para indicar esta clase de crianza; y como generalmente todas las lugareñas son sanas, se hacen robustas estas crias de muchas amas. Verdad es que tan pronto toman leche de una recien parida, tan pronto la de una mujer que cria á pesar de tener su hijo dos años y correr tras de su madre, pero no le hace, medran, y si lo extrañais os responde: *Que Dios hace la costa.*

Miguelito era el que se veia á todas horas descalzo de piés y piernas, pues todo se habia vendido para la enfermedad de la madre y estaban en la última miseria, cargado con la niña, con la que apénas podia, llevándola por todas las casas del lugar, sofocado y jadeante en verano, encogido y arrecido de frio en invierno, pero siempre alerta, siempre dispuesto, siempre mandable y consagrado al cuidado de su madre y hermanita; si compadecidos de verlo en algunas casas le daban un pedazo de pan, lo escondia y se lo llevaba á su madre. Esta pobre habia quedado baldada, y ese niño bendito, á pesar de su corta edad, era su Providencia; para él no habia juegos ni distracciones, era inseparable de esa madre y de esa hermana, que ni una ni otra se podian valer. El todo lo hacia bajo la inspeccion de su madre, y aun de noche sacudia con firme voluntad ese incompatible sueño de la infancia cuando era preciso pasear la niña para acallarla. ¡Qué humilde era, y qué incansable! y cuando su madre le bendecia no comprendia esa alma dulce y modesta el porqué merecia esa merced; ¡ángel de Dios que cual su Criador, solo abrojos habia de pisar en este suelo!

Miguel tenia ya seis años, y con el afan de ayudar á su madre iba, como veia hacer á otros muchachos mayores que él, á coger tagarninas al campo. Salia por la mañana y volvia á la oracion sin haber probado bocado en todo el dia,

y por descanso iba de puerta en puerta ofreciendo sus tagarninas. Pero los muchachos mayores que él, que andaban mas, habian vuelto ántes y le habian quitado la poca venta que tenia la silvestre legumbre.

— ¿Se quieren tagarninas? preguntaba con débil voz, exhausto de cansancio, hambre y frio.

— No.

Y el infeliz niño se rastreaba á otra puerta ofreciendo casi por nada el fruto de su inmenso trabajo.

— ¿Se quieren tagarninas?

— No.

Y seguia humilde y resignado á otra puerta en que le aguardaba otro *no;* pero estaba tan connaturalizado con el *no,* que parecia que no le cogia de nuevo. ¡Habia llevado tantos! de suerte que se hallaba muy contento si encontraba quien le diese tres ó cuatro cuartos por su espuerta.

¡Tres ó cuatro cuartos por todo un dia de ímprobo trabajo, para su corta edad, en parajes frios y húmedos, y hecho en ayunas! ¡Misericordia de Dios! ¡Divina justicia! ¡qué magníficas compensaciones guarda tu diestra, prometidas en las Bienaventuranzas! ¡Oh mi Dios! Si no te creyera justo, no te creyera Dios; si no te creyera premiador del bueno que sufre, no te creyera Padre; si no te creyera castigador del cínicamente malo que goza, no te creyera Señor. Sí, todo eres; y esta santa creencia todo lo esplica. ¡Oh! dichosas criaturas las que vais á la vida eterna por la misma senda que anduvo el Señor por el mundo, la pobreza, el padecimiento, el desprecio y la paciencia! ¡Arrancais lágrimas á nuestros ojos, y nos podriais contestar á nosotros ricos, soberbios y frios: ¡No lloreis sobre mí, sino sobre vosotros y vuestros hijos!

Algunas veces su madre queria retenerlo, porque su corazon se partia de ver ir á ese angelito solo, desabrigado, en dias frios y lluviosos con su espuertita y sus brazos cruzados, para abrigarse bajo de ellos sus manos entumecidas é hinchadas; los dias se habian hecho tan cortos, las noches venian tan de prisa y tan frias, pero nada detenia al pobre niño, y la infeliz madre decia llorando: ¡*Si no va, ni él comerá ni la niña*! y lo veia ir, con tan desgarradora pena,

que vertia su corazon sangre por todos sus poros, hasta que lo veia entrar con un cuarteron de pan y unas pocas de tagarninas.

Una fria tarde de diciembre tocó solemne la oracion, y el niño no habia venido; y tocaron lúgubres las ánimas, y el niño no habia vuelto, y la madre estaba baldada y no podia salir á buscar al hijo de su alma, al ángel que las mantenia á ella y á su niña; y pasaron una á una cual callados espectros en negras mortajas las horas tremendas de la noche, y la madre no se murió de congoja y de angustia, porque la congoja no mata, porque la angustia es una tremenda agonía sin el descanso de la muerte, como el castigo de los condenados; y á la mañana siguiente el sobejanero de un cortijo, que pasaba por una senda apartada, vió sentado al pié de un árbol á un niño; tenia los brazos cruzados, la cabezida caida sobre el pecho; á su lado estaba una espuerta con tagarninas. Se acerco: ¡el niño estaba muerto! ¡muerto de frio, de necesidad, de cansancio y de miedo!

Lo que contado no es ficcion, es realidad.

¡Dios y señor! hombres hay, tus hijos, Padre, que en su mezquina soberbia se atreven á sostener que las compensaciones en la otra vida, esto es, el premio y el castigo, son invenciones de los hombres, ¿puede concebirse tan espantoso absurdo? ¿puede creerse y no desesperarse? ¡Señor! ¡Señor! consérvanos la fe á los religiosos, aunque no sea mas que para impedir que no se parta de lástima unas veces, y no se ahogue de indignacion otras nuestro corazon. Déjanos confiar en aquella divina promesa: *El que llora será consolado.**

---

* Tercera Bienaventuranza de las ocho que prometió el Señor en el Evangelio de San Mateo, que lee la Iglesia el dia de todos los Santos; sublime sentencia, divina compensacion, santo consuelo, que todo lo esplica, pero solo al cristiano.

UNA MADRE.

EPISODIO DE LA BATALLA DE TRAFALGAR.

Era un domingo, 20 de octubre de 1805. El dia se habia ataviado de su mas brillante esplendo. La muralla gualda que circunda á Cádiz como un arco de oro, se hallaba llena de gentes que tendian sus miradas hácia la bahía; pero sus semblantes abatidos, sus labios silenciosos contrastaban con el alegre azul del cielo.

La escuadra combinada, que constaba de quince navíos españoles y uno frances, salia del puerto. Sus velas henchidas de esperanza y denuedo, sus ligeros y gallardos pabellones, don precioso de la patria, que llevaban como penachos, hacia que se asemejasen estos soberbios buques á caballeros armados, marchando para un torneo con pasos lentos, mesurady y orgullosos. El mar centelleaba con los vivos rayos del sol. Un viento fresco y ligero acariciaba como un niño su brillante superficíe; el cielo estaba puro y sereno, como si jamas debiera estar manchado y turbado por la tempestad.

En el balcon de una de las casas del hermoso barrio de San Cárlos, que el hombre ha impelido en medio de las olas sobre poderosos cimientos, en uno de sus balcones verdes como el mar, llenos de flores como cestas, se hallaba una mujer, ora clavando sus ojos en una imágen de la Virgen

DEL CARMEN, que colgaba en el testero de la sala, ora dirigiéndolos sobre el mar, surcado por los magníficos navíos como por sus señores. De tiempo en tiempo un cañonazo interrumpia el silencio de esta grandiosa escena, de estos solemnes momentos que preparaban á la historia una de sus mas fúnebremente brillantes páginas, y á la gloria de España una corona de ciprés. Las bocas de bronce decian ¡A Dios! ¡A Dios, amada! á la jóven que encerrada en su estancia torcia con angustia sus blancas manos. ¡A Dios, amigos y compatricios! ... á los que, reunidos para verlos salir, los seguian con sus miradas, sus votos y sus esperanzas. ¡A Dios, patria! ... á la tierra que quizas no volverian á pisar; y á aquella mujer solitaria é inmóvil en su balcon, le decian ¡A Dios, madre!!!

A pesar de la apacibilidad del dia, los expertos é inteligentes marinos españoles previeron la tempestad. Los generales Gravina, Cisneros y Alava hicieron presentes sus observaciones al Almirante Villeneuve, Comandante en jefe de la escuadra combinada.

«Todas las circunstancias lo resisten, dice en el sermon que en las honras fúnebres del General Gravina predicó el Doctor Ruiz y Roman; todas las circunstancias lo resisten; Gravina las ve, pronostica un desastre, mil muertes se ofrecen á su vista. mas excediendo á su propio juicio su obediencia, contesta cual otro Macabeo:

— «Léjos de mí la fuga ni algun temor cobarde; si es llegado el término á mi vida, moriré con valor y sin manchar mi gloria.»

El Almirante insistió. Sabia que iba á ser destituido por Bonaparte; pocos momentos le quedaban de mando, y quiso aprovecharlos para vencer ó morir.

¡Cuántas lágrimas y cuánta sangre costó ese desesperado projecto! Proyecto heróico, si hubiese sido individual.

La señora de C... viuda de un general de marina, tenia tres hijos; todos tres seguian la gloriosa carrera de su padre, y partian en esta armada para arrostrar la furia de los elementos, de los combates y la brillante estrella de un Nelson. Fijaba sus tiernos ojos de madre, deslustrados por las

lágrimas, en aquellos buques, obras de la temeridad, juguetes de la fortuna, y los volvia despues á la VIRGEN, depositando á sus piés su inmenso dolor; implorando su intercesion poderosa con el árbitro supremo y universal.

No escuchaba ni veia á su lado á la anciana María, ama de aquellos, perteneciente á la familia, si no por los vínculos de la sangre, por los del corazon.

— Señora, — decia la anciana sumiéndose las lágrimas con un valor y abnegacion de que solo es capaz el mas profundo cariño: — ¿es por ventura la primera vez que los veis salir á la mar y los habeis vuelto á ver buenos y salvos? ¿Habeis perdido vuestra confianza en la VIRGEN DEL CARMEN, nuestra Mediadora? ¿Quereis morir de pena ántes que vuelvan? ¡Vamos, valor! ... como compete á la viuda y á la madre de valientes marinos; confiad en Dios, como compete á la buena cristiana.

Y María procuraba sonreirse; pero esta sonrisa era un último esfuerzo; alejábase con el corazon destrozado, y se acercaba á otro balcon para fijar sus ojos por entre las celosías sobre aquellos barcos que le parecian lúgubres cual féretros. — ¡Ah hijos mios! murmuraba entre sollozos; ¡nosotras que os hemos preservado con tanto esmero del menor viento; nosotras, que os lavábamos con agua templada de miedo que os constipase la fria; nosotras, que vigilábamos vuestro sueño como el de un enfermo; que no os dejábamos ir solos ni á escuela! ¡A qué tantos esmeros y cuidados, si ahora tenemos que veros ir á arrostrar esas muertes acopiadas como haces de armas! ¡ay! ¿por qué esas vidas que arriesgan los hombres como dinero al juego, han de tener raiz en el corazon de una mujer?

Y luego María secaba sus ojos, apartaba de su frente sus cabellos blancos, serenaba su semblante, y se acercaba á su señora para procurar consolarla.

Apénas se halló la escuadra en ancha mar, cuando emperazon á cumplirse los vaticinios de los marinos españoles. Se levantó un fuerte viento del Sud-Este, y gruesas gotas de lluvia vinieron á anunciar la tempestad. Pero en vez de regresar al puerto, el Almirante Villeneuve, mandó acortar

velas y seguir al encuentro de la catástrofe, como un ciego sigue su camino hácia un precipio: y tal es la fuerza del honor, que treinta y tres buques, ricos de miles de vidas preciosas, siguieron la voluntad de un solo hombre, que, ciego de despecho, los llevaba á una muerte segura.

Apénas se enlutó el cielo, apénas empezó el mar á levantar su seno agitado y terrible, lanzando sus olas sobre las rocas, y contra la muralla debajo de las ventanas de la pobre madre, cuando cayó esta aniquilada sobre una silla. Sus ojos estaban secos y desatentados: sus miembros temblorosos é inertes; sus labios mudos y descoloridos. María se apresuró á meterla en el lecho, y á prepararle un calmante; despues cerró puertas y ventanas, para aminorar en lo posible el pavoroso ruido de la creciente tempestad. Su señora, abrumada y anonadada por su terrible ansiedad, quedó por algunas horas en un estado semejante á un letargo. María se habia hincado ante la imágen de la Virgen, y extendia sus brazos hácia ella, como si llevase en ellos á su Manuel, niño de doce años, que así salia de la cuna para arrojarse en ese caos de peligros, pequeño guardia-marina, que poco tiempo ántes saltaba de gozo al vestir su uniforme y al adornarse con galones de oro, como se adorna una víctima con flores.

Solo interrumpian el silencio el bramido de las olas subido al diapason de la ira y de la amenaza, y el aterrador aullido del huracan que empezaba, crecia, se hacia poderoso, luego flaqueaba y desmayaba en un lúgubre estertor.

De repente la señora de C... lanza un penetrante grito, se arroja fuera de su lecho, y cae convulsa á los piés de la Virgen, en brazos de María.

¡Ha oido un cañonazo! ¡El siniestro sonido se repite y se multiplica! No; ya no cabe duda: es la muerte que se envían los hombres al traves de la tempestad; es el grito fúnebre de su furia, que resalta sobre la poderosa voz de los elementos embravecidos. Es el reto de una loca audacia á todo los peligros reunidos; pues, como dice Don José Ruiz y Roman, ¡las aguas suenan y se conturban; encapótase el

cielo, y medrosas sus nubes, aun los hombres se ensangrientan y encarnizan!

«¡Qué escena! Donde quiera que se esparce la vista no se ve mas que horror. El cañon truena; abordajes aquí; allá naufragios; incendios á este lado; fuego por todas partes, cadáveres destrozados! ... ¿podréis enumerar víctimas? La gierra gime; el mar brama; el aire ruge; la humanidad llora, y enojada la naturaleza misma, suelta con cólera sus tempestades y sus vientos. ¡Llorad, naves del mar; solo quedan ruinas de vuestra fortaleza.»*

¡Seis horas duró este combate aterrador, que empezó en la altura del Cabo de Trafalgar, y arrastrado por las corrientes, vino á concluir á ocho millas de Cádiz, combate que no tiene semejante en los fastos de la historia en valor, honor y desastres! Oigase lo que predicó con gran elocuencia el doctor Don Manuel Fernandez Varela en las exequias generales que por las víctimas de este combate se celebraron en el Ferrol:

«Entretanto las dos escuadras se acercan, se observan y

---

* Un escritor frances ha osado hablar calumniosamente de esta batalla, en que tuvieron los ingleses diez navíos desarbolados, seis varados, uno quemado, cinco echados á pique, de siete á ocho mil hombres muertos y heridos, perdidos los mejores oficiales, su famoso almirante y su Mayor General. Estas son las ventajas que habian logrado, como dice en su oracion fúnebre el doctor D. Manuel Fernandez Varela, con fuerzas tan desiguales, con haber sido reforzados con cinco navíos á tiempo que se nos habian extraviado cuatro de los aliados. Mas equitativos los mismos contrarios, decia La Crónica, periódico inglés en 15 de marzo de 1806: «Nos lamentamos de oir que el bizarro Almirante Gravina ha muerto: sus amigos se habian lisonjeado mucho tiempo con las esperanzas de su restablecimiento; pero desgraciadamente se frustraron. En él pierde la España el oficial mas experimentado de su armada, y un marino bajo cuyo mando sus escuadras, aunque á veces batidas, siempre combatian de un modo que merecian los elogios de los vencedores.» Por otra parte véase lo que los franceses de entónces pensaban de Gravina: El Diario del Imperio de 19 de enero de 1806 dice que «no se determinó la amputacion de su brazo, de aquel brazo que supo usar tan bien, para honor de nuestro pabellon y ejemplo de nuestra marina.» Es probable que este historiador no tuviese noticia del Diario del Imperio del 19 de enero de 1806.

se amenazan. ¡Jamas se han visto unas fuerzas tan respetables reunidas sobre las aguas! ¡La mar gime oprimida con su peso, y desaparece bajo sus velas! ¡Diríase que eran dos grandes pueblos que, conducidos por una virtud prodigiosa, caminaban con majestad á disputarse el dominio de la inmensa llanura que los rodeaba! Por último, llega el fatal instante de dar principio á la accion. ¡La una quiere acometer atrevida; la otra espera intrépida! ¡Rompe ya el terrible fuego por una y otra parte! ¡Truena el cañon espantoso! ¡La tierra tiempla de susto, retumban las bóvedas del firmamento, y toda la naturaleza se estremece, y el español denodado conserva su serenidad en media de la borrasca!

. . . . . .

¡Qué asombro, qué intrepidez y qué entusiasmo se deja ver en los semblantes de todos! ¡El amigo tropieza con el cadáver de su amigo y no se altera; oye el marino el silbo de la bala que se roza con su cuerpo; y se mantiene impávido; aquí un General cubierto de su misma sangre, desprecia sus heridas y sigue dando órdenes*; allí se ve sostener á otro su navío sin tener ya casi gente**; arranca una bala la bocina de la mano de un Comandante; y él pide otra sin turbarse***; maltrata mortalmente á otro un golpe de metralla, y no quiere largar su puesto†; queda sin jefes un buque, y no por eso se rinde††; caen á los piés de un artillero ocho camaradas suyos, y no desfallece. Aquí se anega un navío, y no quiere arriar bandera†††; allí se va á pique otro con la suya enarbolada.†††† ¿Qué es esto, Dios

---

* Escaño en el navío Príncipe de Asturias.

** Cisneros en la Trinidad, con mas de 300 hombres perdidos.

*** Alcedo en el navío Montañés.

† Valdes en el Neptuno.

†† El San Juan, sin su commandante Churruca y sin su segundo.

††† El Argonauta, el Trinidad y otros.

†††† El San Augustin, por la firmeza de Cajigal, su comandante.

De Gallano dice al concluir su elogio: «¡Ay! ¡para dejar á su patria el fruto de sus trabajos como sabio, y dar luego la vida por ella como valiente!»

eterno? ¿Cabe en el corazon de los mortales tal valor y tal resistencia?» *

La infeliz Madre, en una triste agonía, se estremece al oir cada nuevo cañonazo, los que, unidos al rugir de la tempestad, tenian petrificados de asombro á los pálidos habitantes de Cádiz.

Hácia la noche cesaron los cañonazos; ¡pero esta suspension, unida á la continuacion de la tempestad, era el callar de la muerte! ¡Qué noche para la pobre madre! ¡Noche sin fin como la eternidad, llena de dolor y angustia como la agonía!

Por fin los primeros rayos del dia, tan temido como deseado, alumbraron, cual cirios á un cadáver, el horroroso espectáculo que se presentaba á los ojos de la inconsolable Cádiz. En la costa opuesta yacian el *Bucentauro*, el *Neptuno*, el *Bahama* y el *Aguila*. Lanchas remolcaban trozos mutilados de otros buques: ¡las playas se iban cubriendo de cadáveres!

---

* Al hablar de este apogeo del heroismo español, no podemos ménos de hacer mencion de un rasgo heróico de amor filial que brilló unido á tantos otros de honor, como si el corazon hubiese querido competir con este en tan elevada excelencia.

El capitan de navío D. Ignacio Olaeta, que era en aquel memorable dia segundo Comandante de Trinidad, perdió un brazo. Desarbolado, destrozado, sumergiéndose por momentos el buque, los ingléses se apoderaron de él. Tratan de trasbordar á la tripulacion que sobrevive, ántes de que se hunda el mutilado barco en el abismo, pero no es posible que halle cabida toda en sus lanchas. Esto le hace presente el oficial inglés al jóven alférez de fragata D. Ignacio Olaeta, hijo del primero, así como la necesidad de abandonar á los heridos, que de todas maneras habian probablemente de sucumbir, y le brinda el solo lugar que queda en las ya sobrecargadas lanchas. — ¡Eso no! exclama Olaeta: salvad á mi padre y perezca yo. — Si es este vuestro firme propósito, repuso admirado y enternecido el oficial inglés, venid ambos, aunque todos zozobremos ... y padre é hijo fueron salvados!

Nos pesa el que, como de cierto sucederá, el señor Brigadier Don Ignacio Olaeta sienta la indiscrecion que cometemos al publicar sin su vénia este hecho. Sírvanos de disculpa el que, si las malas y viles acciones pertenecen á la publicidad, con mucha mas razon le pertenecen las nobles y heróicas.

En vano intentó María impedir que su señora se precipitase al balcon. ¡Las ardientes y desatentadas miradas de la pobre madre se fijaban en aquellas masas informes, que el dia ántes habia visto salir tan hermosas, erguidas y confiadas! ¡El gran naufragio estaba consumado!

El horror habia helado en los labios de la cristiana María aun los consuelos religiosos. La señora de C... se echó atras, cubriendo su rostro con ambas manos, y se dejó caer en el inmediato asiento exclamando: «Ya no tengo hijos! ¡Dios mio, Dios mio! ¡Ten compasion de mí!»

Dios oyó aquel grito destrozador del corazon de una madre. En aquel momento se oyen pasos precipitados. María da un grito, y la señora de C... se halla en brazos de uno de sus hijos. Entónces se agolpan á sus ardientes y secos ojos las lágrimas, y lo estrecha sobre su pecho, como si los peligros á que ha escapado viniescn á arrancárselo de nuevo. Aun no ha podido hallar voces su felicidad, cuando de nuevo se abre la puerta, y el mayor de sus hijos se presenta ante sus fascinados ojos. Entónces ella se llevanta arrebatadamente, y en ardiente brote de gratitud se precipita á los piés de la VIRGEN, sofocada por su emocion. Sus hijos la levantan y sostienen en sus brazos. María acerca con trémula mano un vaso de agua á los trémulos labios de su señora. Pero, ¿qué felicidad, por grande que sea, hizo jamas olvidar á una madre al hijo por quien tiembla?

— ¿Y vuestro hermano? pregunta á los recien entrados; ¿y vuestro hermano? ¿Qué es de ese hijo de mi corazon?

Sus hijos callan.

— ¡Ay! gime la madre acongojada. ¿No respondeis? ¡Ya lo veo! ¡Ese niño que apénas entraba en la vida, ha hallado una horrorosa muerte en sus umbrales! ¡No me lo oculteis! ¡Decidme la terrible verdad! ¿Dónde está? ¿Dónde está mi Manuel?

— ¡Aquí estoy! gritó una voz conmovida é infantil; y su hijo menor se echa en sus brazos, y se refugia en el seno de su madre, como para olvidar los horrores que acababan de agitar su jóven alma.

Entónces los ojos de la madre se secan, no brilla en ellos la felicidad, ni los enturbia el dolor. Su semblante há poco tan expresivo por diversas emociones, queda en calma, como la mar que el Norte heló. Sus ojos miran indiferentes á los hijos que la rodean; sus brazos inertes se desprenden de ellos; su rostro, móvil reflejo de sus vehementes sensaciones se torna frio y estúpido.

— ¡Ah Dios mio, Dios mio! exclamó aterrado el mayor de sus hijos: ¡qué imprudencia ha sido la nuestra!!

¡Sentimiento tardío! ¡Aquel corazon de madre tan tierno y tan padecido, no pudo soportar tanta felicidad! — ¡Habia perdido el juicio! ...

UN NAUFRAGIO.

27 DE ENERO DE 1856.

El 5 de enero el Sudeste bramaba con la fuerza del huracan: el cielo era un conjunto compacto de nubes, tan apiñadas, que ni aun las flechas de luz del sol alcanzaban á penetrarlas y se las hubiera podido creer masas cuajadas é inertes, si ya con furia, ya con sostenida obstinacion no hubiesen vertido los raudales de que estaban preñadas, sobre la desolada naturaleza. El mar estimulado por el tremendo temporal se entregaba sin freno á su soberbia. Sublevábase en muchedumbre de montañas líquidas, que acosadas unas por otras reventaban echando al aire sus bramidos y sus espumas, aventajándose en esto á las demás, aquellas que hallaban resistencia en las peñas y en las costas. La naturaleza, privada de sus astros, de su luz, de las cuotidianas tareas humanas que la animan, del canto de los pájaros y de la intervencion y presencia de su Rey el hombre, formaba la aterradora imágen de la desolacion. Cuando todas las fuerzas morales y materiales del hombre desmayan, cuando todos esos decantados adelantos de la ciencia y de la industria, que tienden, segun sus SEIDES, á hacer al hombre todopoderoso y dominador de la naturaleza, para nada sirven, y son anonadados por una inundacion, por un golpe de viento, por un paso que adelanta el mar, por una sacudida de la tierra, á una seña de su Criador, ¿qué les queda á los míseros mor-

tales sino agachar la soberbia cabeza, que se alza como la de la serpiente rebelde? qué les queda sino clamar ¡misericordia! doblando ambas rodillas, cosas que ya no se hace, como decia Victor Hugo, cuando era gran poeta y ferviente católico:

«Ce n'est plus qu'à demi qu'on se livre aux croyances.
«Nul dans notre âge aveugle et vain de ses sciences,
«Ne sait plier les deux genoux.

«Ya solo á medias es como se entregan los hombres á las creencias: ninguno en nuestra era ciega y vana con sus ciencias sabe doblar ambas rodillas.»

¿A quién no se le ocurre comparar aquellos pueblos, entre los que una mano impía y osada esparce las semillas de la mas audaz rebeldía contra lo divino y lo santo, á las naves que perdida su brújula, roto su timon, desatendido su práctico, caminan entre los desencadenados elementos de sus pasiones á una segura perdicion?

El cariz de la atmósfera era espeso, y los horizontes por todos lados estaban tan cargados, que parecian formar una cárcel al abatido espíritu del hombre, que no encontraba cielo á que levantar los ojos, ni lontananza en que esparcir su mirada. Así sucedió, que solo cuando estuvo cercano, pudieron los moradores de Chipiona divivar un barco, que hecho juguete del viento y de las olas, pedia auxilio con esa autoridad santa y respetada que da la desgracia.

— Esa goleta, dijo el animoso é inteligente piloto Junquero, ó viene muy cargada, ó hace agua; porque no obedece á la maniobra.

— Ni tampoco conoce la costa, añadió su hermano, ni sabe la posicion de las rocas de Salmedina y del Perro, á las que se viene acercando.

Las personas reunidas en la eminencia en que mas distintamente se veia el mar, empezaron á hacer señas á la goleta para que se alejase; pero sea que la bruma y la lluvia impidiesen á la tripulacion divisarlas, que no les fuese posible seguir el buen consejo, ó que prefiriesen perecer en

la orilla, donde al ménos hallarian lástima y sepultura, á morir en la aterradora soledad del mar, ello es que el barco siguió avanzando hácia tierra, desplegadas sus velas á la desesperada, alzando su bandera de auxilio como una muda deprecacion á la humanidad.

— ¡No se les puede dejar perecer! exclamó uno de los presentes.

— Y no se les puede socorrer, repuso un marinero entendido y cano de experencia y de años.

— Probémoslo, dijo el piloto Junquero, que lo que hacerse pueda, lo haré yo.

Ayudado por otros marineros animados por su heróico ejemplo, se puso á preparar la lancha de salvamento.

Entretanto el barco, abandonado á la buena ventura, habia prodigiosamente salvado los dos escollos, y se acercaba cada vez mas hácia nuevos peligros ocultos por las olas; estos eran el destruido muelle, que se interna en el mar, y los *Corrales*, grandes y extrañas construcciones sub-marinas, que consisten en muros de piedra levantados para formar los receptáculos en que entra el pescado con la creciente marea, y en los que al retirarse el agua queda preso, y es fácilmente cogido.

La goleta advertida, habia echado una áncora; pero sin arriar el velámen, de manera que parecia una nave fantasma, una nave ciega que no veia su senda, ó una nave desesperada, que aun al tiempo de perecer, desafiaba al enemigo que la exterminaba.

Consistia esto, como se supo despues, en que la tripulacion de aquel barco habia ocho dias que no hacia sino dar á la bomba para aminorar el agua que hacia la mal traida embarcacion, y que crecia por instantes á pesar de los esfuerzos de aquella, por lo cual le era imposible atender á ninguna otra maniobra.

Tan cerca se hallaban de la orilla, que se distinguia á aquellos infelices cruzar sus manos implorando su salvacion. ¡Dios del cielo! ¿será que necesita el hombre tales destrozadores espectáculos para despertar y vigorizar en su alma el sublime sentimiento de la compasion?

Junquero y sus compañeros echaron con decidido y valiente empuje la lancha de salvacion al mar. Los náufragos recobraron la perdida esperanza; los que presenciaban esta terrible y conmoviente escena enviaron sus votos y bendiciones á los santamente temerarios marineros; todos los corazones latian con las dobles pulsaciones del temor y de la esperanza. Pero en este instante una ola mas furiosa y mas erguida que las demas, como indignada de que se le quisiese arrebatar su presa, se arrojó sobre la lancha de auxilio y la volcó cual si hubiese sido una cáscara de nuez. ¡Todo estaba perdido! ¡El auxilio era imposible!

Entónces se vió un espectáculo horrible. El barco sujeto con su cable, azotado por el viento y empujado por las olas, empezó á trabar con ellas una lucha desesperada, tal cual se ha visto alguna vez entre una débil víctima y sus potentes verdugos. Tan pronto vencida por sus enemigos y caida, quedaba jadeante, tendida sobre el costado; tan pronto se volvia á levantar vacilante: ahora sumergíala una montaña de mar que pasaba bramando sobre ella, y ahora levantábase chorreando agua, como si fuese sangre, por todas sus heridas, y se encabritaba cual el caballo herido por el toro, llena de angustia y espanto, mostrando á los horrorizados espectadores de la playa toda su quilla; y el viento arreciaba, y las olas se henchian mas, y todo bramaba, y por colmo de horror se acercaba la noche, que todos los horrores aumenta.

Entónces observaron que los del barco lanzaban una frágil canoa al mar. A ella bajaron cuatro hombres y tres niños, tres grumetes, infelices niños, presos en los barcos como alegres pájaros en una jaula, en la que á veces cantan, gracias á la armonía que rebosa en sus pechos, pero que suelen acabar por ser víctimas de los muchos enemigos que los cercan. ¡Pero, cosa extraña, aquella ligera canoa no se apartaba del navío! ... ¡no parecia sino que fuese un hijo que se obstinaba en no abandonar á su padre en su agonía! Y así era, pues pudieron observar que los hombres que estaban en la canoa, que como un corcho era alzada por las olas á una formidable altura, y tan pronto hundida

en profundos abismos, imploraban á un hombre, que en pié sobre la cubierta del barco, se negaba á partir y les hacia señas de alejarse. Pero la tripulacion, quizas por vez primera, no obedecia á su capitan, no queriendo consentir en que este, por un falso pundonor de marino, ó por rapto de desesperacion, pereciese voluntariamente con su barco. Este consagrado rasgo de lealtad de parte de estos hombres, tenia lugar cuando estaba entre la vida y la muerte, en uno de aquellos momentos en que por lo comun el poderoso instinto de la conservacion acalla todo cálculo de interes, todo humano respeto, y hasta los sentimientos del corazon. No pudiendo lograr vencer la obstinacion de su capitan ni con reflexiones ni con súplicas, se les vió abandonar la canoa, esa su tabla de salvacion, subir á la goleta, agarrar entre todos á su capitan, bajarlo á pesar de su resistencia á la canoa, y cual si los mismos elementos hubiesen respetado ese heróico rasgo de lealtad, el frágil esquife se acercó ileso á la orilla, donde no bien estuvo al alcance de los que estaban en la playa, cuando todos se arrojaron á sacar á salvo á los náufragos. Pero apénas agarraban por los brazos á aquellos desfallecidos infelices, cuando los veian prorumpir en gemidos de dolor, y al indagar las causas, notaron que traian las palmas de las manos despellejadas y sangrientas, y los brazos engarrotados é inertes. Provenia esto, de haber estado por espacio de ocho dias y ocho noches dando sin cesar á la bomba, para aminorar el agua que hacia la goleta, y que debia irremisiblemente, por poco que se aumentase, hacerla zozobrar. Apénas estuvo el capitan en tierra, cuando se echó á los piés de aquellos que cuanto les habia sido posible habian hecho por socorrerlo. El capitan fué llevado por un vecino del pueblo á su casa, los demas al meson, y allí se les administraron los auxilios oportunos. A la mañana siguiente la goleta no existia.

Este ha sido el naufragio de la Jóven Rosa, que cargada de plomo hacia rumbo á Rouan.

Si lo hemos referido detalladamente, no es solo para publicar una de las infinitas catástrofes marítimas que tienen lugar en esta terrible y aflictiva temporada en nuestras costas,

sino tambien para consolar á los buenos, haciéndoles patente que existe la caridad, á pesar de ser tan combatida su hermana la fe, y estar tan desmayada su otra hermana la esperanza. Hace tres meses que todos los pobres de Andalucía son mantenidos por los pudientes. Hace tres meses que entre las repetidas catástrofes que producen los huracanes, las inundaciones, el embravecido mar, están incansables en su mision de socorro las autoridades, los ricos, los vecinos honrados, y cuantos pueden ejercer la santa funcion de socorrer. Hace tres meses que no existen avaros. Los almacenes de trigo se han franqueado por sus dueños á la autoridad. Hace tres meses que los pobres del campo, el verdadero pueblo, hallan en los ricos, no padres, sino madres que los nutren á sus pechos, y esto, que no se ve en país alguno, se ha visto en todos tiempos en la católica España: Así; ya que son y han sido siempre los pudientes la Providencia del pobre, si á aquellos se les prescribe y se les predica tanto el dar, predíquese y prescríbase al pobre agradecer, que es obligacion tan sagrada como aquella.

No es posible enumerar los rasgos de heróica é incansable caridad de que es teatro esta infeliz provincia, pero consolémonos, los que aterrados estamos con este patente castigo que Dios nos envía por nuestras culpas, consolémonos, porque la caridad existe, y cual arco íris de paz se muestre entre las negras nubes de nuestro cargado horizonte. Ella, ella, esa sublime virtud tan querida de Dios, nos va á salvar, ella desarmará su diestra, interponiéndose entre nuestras maldades y rebeldías y la espada de su justicia.

¡Pero cómo pasar en silencio lo que en Sevilla se ha visto! Mirad el aspecto aterrador de aquella inmensa ciudad inundada. Oid los clamores de los míseros que de los pueblecitos inundados acuden á ella. Oid el rio, hecho rey de la comarca, cuál brama y amenaza con su creciente poderío, cuál aulla el viento contrariando su devastadora corriente, cuál vierten las nubes estrepitosamente sus aguaceros, las calles están intransitables, los habitantes, unos presos en sus domicilios cercados de agua, otros huyendo del temporal bajo sus techos. ¿Quién socorrerá á aquellos infelices arriados

rodeados de un mar profundo de agua dulce? No os desconsoleis, que se acerca un esquife con socorros, con limosnas, con consuelos. ¿Quién lo monta? Será un valiente marinero curtido en los temporales y la intemperie, de aquellos que están connaturalizados con los peligros y las fatigas. No. — Son dos jóvenes. — Ella es una niña, fina, delicada, y de noble aspecto. — ¡Qué temeridad! — ¿Quiénes son? — ¡Ella es la hija del que fué Rey, la hermana de la que es Reina de España; él es el hijo del que fué Rey de Francia, el nieto de Luis XIV!

¡Pueblo, abre tus ojos y mira quiénes son tus amigos, que obras son amores y no buenas razones! Bendice esa caridad cristiana que te alimenta, que te socorre, esa caridad *cristiana* que hace á la Reina lavar los piés á los pobres, y lleva á los hijos de los Reyes á arrostrarlo todo por socorrerte! — Noble vástago del trono de España, recibe las gracias, así como tambien tu digno compañero, tu apoyo, tu competidor en beneficencia. San Fernando, cuya sangre honras, te bendice en el cielo como los pobres lo hacen en la tierra, pues ejerces la caridad segun el espíritu del Evangelio, con la mano y con el corazon como Princesa y como Angel.

¡Publíquese en alta voz esta heróica caridad, pues si se hace con otra clase de hazañas, hágase otro tanto con las de la caridad, porque es un sagrado deber que imponen la verdad, la justicia, la moral y la gratitud; publíquese para ejemplo y para consuelo; publíquese para que alegre el corazon generoso de la madre de los pobres, Isabel II, el ver que tambien su Hermana los trata como á hijos, y para que la santa Reina Amalia mezcle entre sus amargas lágrimas de viuda, dulces sonrisas de madre!

UNA VISITA

AL CONVENTO DE SANTA INÉS DE SEVILLA.

Este convento, que conserva incorrupto el cuerpo de su fundadora Doña Maria Coronel, es por esta causa visitado por las personas devotas y curiosas, que para ello obtienen el necesario permiso. Y habiendo nosotros logrado la ventaja de penetrar con él en este santo asilo, relataremos lo que hemos visto, para las personas que no hayan tenido igual suerte. Pero ántes será necesario exponer algunos apuntes biográficos de la ilustre fundadora del convento.

Fué Doña María Fernandez Coronel hija de Don Alonso Fernandez Coronel, Alguacil mayor de Sevilla y Señor de Aguilar, y de Doña María Fernandez de Viedma. Casó con Don Juan de la Cerda, señor de Gibraleon, hijo de Don Luis de la Cerda, Príncipe de las Fortunadas, y biznieto de San Fernando.

Siendo esta señora de extremada belleza, enamoróse de ella el Rey Don Pedro, el que sostenia por entónces una guerra sangrienta contra Aragon, por lo cual tuvo que marchar, haciéndose proceder por Don Juan de la Cerda y por Don Alvar Perez de Guzman, marido de Doña Aldonza Coronel, hermana de Doña María.

Temeroso Don Juan por su honra, porque no se le ocultaba la inclinacion de Don Pedro hácia su mujer, regresó á Sevilla sin la vénia del Rey, por lo que fué declarado desleal, y confiscados todos sus bienes. Intentó resistir haciéndose fuerte en su castillo de Gibraleon; pero vencido, fué

conducido á la Torre del Oro de Sevilla, y condenado á muerte. Sabido este fallo cruel por Doña María, viajó á Aragon para implorar la clemencia del Rey, al que halló en Tarragona; pero no pudo el Rey concederle su peticion por estar ya ejecutada la sentencia.

Viuda y pobre retiróse Doña María á llorar su desamparo á la ermita de San Blas, fundacion que fué de sus progenitores. Allí vivió algun tiempo entregada á obras de piedad y ejercicios de devocion; pero previendo la noble y virtuosa señora adonde podian llegar los excesos de un Rey jóven, poderoso y apasionado, se retiró al convento de Santa Clara de Sevilla, fundado por el Rey San Fernando.

No fué esta prevencion suficiente, porque Don Pedro, arrebatado por su pasion, mandó que fuese sacada á la fuerza de aquel asilo. Al saber Doña María la llegada de los ejecutores de este mandato, huyó á la huerta, en donde mandó abrir un hoyo en el suelo, y que allí se la ocultase, prefiriendo el azar de morir enterrada viva, á la ignominia de ver manchada su preclara honra.

Era, no obstante, fácil advertir el piadoso engaño por la desigualdad de la recien movida tierra; pero Dios hizo crecer instantáneamente sobre ella yerbas que cubrieron con espeso y suave manto á la cristiana Lucrecia.

Acaeció, empero, que habiendo descubierto Don Pedro el engaño, reincidió con tal empeño en su persecucion, que Doña María, estimando en ménos su corporal belleza y aun su vida, que su virtud, se determinó á una accion propia del heroismo cristiano que la animaba; que fué la de echarse aceite hirviendo en su bello rostro, afeándole hasta el punto de dejarlo hecho una viva llega, cuya vista horrorizaba. Así logró esta noble heroina, esta mujer fuerte, honra y prez de su sexo, apagar la criminal pasion del Rey; que era cuanto deseaba.

Profesó en el convento de Santa Clara, juntamente con Doña Aldonza, su hermana, que á la sazon habia enviudado, y fué siempre imitadora de sus virtudes.

Cuando subió al trono Don Enrique II, fué Doña María reintegrada en la posesion de sus bienes, y habiendo obtenido

las licencias necesarias, erigió el convento de Santa Inés, para lo cual la favoreció mucho en su intento Don Enrique II, y en el año 1376 otorgó la venerable fundadora una escritura de adjudicacion de todos sus bienes en favor de su convento, previendo que seria el santo y descansado asilo de muchas almas buenas y desamparadas, expuestas, sin estos refugios, á perderse y ser causa de la perdicion de otras almas por el vicio. Yace su cuerpo con admirable incorrupcion de cinco siglos, en una urna de cristales en el coro del referido convento. En este venerable y antiguo albergue de la santa virtud y de la inocente paz, vamos á entrar.

Al frente del espacioso compas, que está, digamos así, enclavado en el convento, teniendo á la derecha la preciosa iglesia y á la izquierda la habitacion para la familia del demandadero y los locutorios, está la grandiosa y pocas veces abierta puerta. Por ella se penetra en un zaguan cubierto, y por este á un pequeño patinillo triangular que tiene á la derecha un primer patio. Este comunica tambien por la derecha á una gran pieza de paso, que conduce al magnífico patio interior, de tamaño pasmoso. Su parte descubierta forma un jardin con multitud de árboles y en medio una fuente; está separado de los anchos corredores ó galerías por una hermosa balaustrada de mármol, y otra igual ostentan los corredores del piso alto. En el medio de una de estas galerías está la gran puerta que da paso al coro. ¡Qué embelesadora armonía deben formar en el silencio de aquel lugar consagrado á Dios, la voz del sacerdote que le implora en el altar, las de las monjas que le secundan, el órgano que solemniza estas preces, el canto de los pájaros, el susurro de las hojas y el murmullo de la fuente!

Acompañábannos las madres monjas de mas edad y mas categoría, con esa atencion, esa cordialidad, esa bondad y esa paz de que parecen posesionarse al echarse el hábito. ¡Cuál hace quinientos años, llevan hoy las monjas de Santa Inés, sus túnicas azules, sus tocas blancas, cubierto el rostro con sus tupidos velos negros, tan uniformes todas, y tan apartadas del mundo, de sus modas, de su marcha, de sus inquietudes y de sus cargas!

En el coro, que es una linda pieza con su buena y tallada sillería, nada de muy notable hallamos sino un retablo cuyas tres efigies, el Dios Niño, la Vírgen y San José, casi de tamaño natural, nos parecieron muy hermosas; dándole aun mas encanto la consideracion, de que en dias de la grande y alegre fiesta de Navidad pasan las monjas ante este retablo los mas felices y alegres dias de sus vidas. Pero el objeto principal de que debemos ocuparnos es el cuerpo de la fundadora, que está encerrado en una urna ó féretro de cristal, al lado izquierdo del oro próximo á la reja que lo separa de la iglesia. La noble, la santa y gran señora, es de elevada estatura y buenas carnes, conservadas con toda su lozanía y morbidez, no estando de manera alguna apergaminadas como las de las momias; y lo mas notable es, que al decir de sus hijas las monjas, y de los facultativos que la han examinado, todos sus miembros están flexibles cual si solo estuviese hundida en un profundo sueño. En su carrillo lleva Aquella que admiró á todos por su hermosura, las oscuras manchas y las cicatrices de la terrible quemadura, y algo en la nariz, que es la única parte de su cuerpo que ha sufrido alguna alteracion, la que es de presumir sufriria ya en vida por la accion corrosiva del aceite hirviendo. Tiene iguales manchas su garganta, sobre la que cayó el abrasado líquido al deslizarse del rostro.

Tenia esta santa heroina su hábito, del que conserva la austera toca; pero la piedad de sus hijas la ha revestido de una túnica de brocado de plata y azul, que es el color de las de la órden á que pertenecia. Sus manos, muy bellas, están cruzadas sobre su pecho.

¡Así yace entre sus hijas esta insigne matrona, tan ilustre por su alta alcurnia, singular belleza y el heroismo de su virtud, Doña Maria Fernanedz Coronel! Muchas cosas enseña su vida y sus procederes; y sobre todo que no ha sido necesario nunca acudir á soberbias doctrinas y trastornos, para que las personas de recto y noble modo de sentir, rendidas y sumisas con el Rey, *Jefe del Estado*, le sepan hacer dignamente frente, y oponerse, sin cejar, á la voluntad del *hombre*, cuando exige lo que el deber prohibe.

La bondadosa y digna Abadesa actual, de la que ya hemos hecho mencion en un pequeño artículo titulado: «*Lo que los creyentes llaman milagros y los descreidos llaman casualidades*», nos llevó á la gran pieza que desde el primer patio conduce al segundo, donde se halla la imágen de bulto de San Antonio á cuya proteccion nunca acuden en balde. ¡Con qué placer, amor y confianza nos lo presentó la respetable y animada anciana pastora de aquel redil! Lo hacia de la misma manera con que presentamos á un querido amigo y protector, de cuya amistad estamos seguros, de cuya bondad estamos persuadidos, y de cuya proteccion tenemos muchas y repetidas pruebas.

En el testero de esta gran pieza, hay una pintura que representa á la VIRGEN con el Niño en brazos, que nos pareció bellísima.

En el claustro, cerca de la puerta del coro, en un pequeño nicho abierto en la pared, y cubierto con un cristal, se ve una escena de la vida de Santa Clara representada con figuras muy pequeñas, pero delicadamente talladas. Reproduce el refectorio del convento del que la Santa era Abadesa, con una mesa primorosamente puesta, alrededor de la cual hay colocados platos y sobre cada plato un pan. Vese el púlpito, desde el que se hace la piadosa lectura al tiempo de la comida. Por un lado entra en el refectorio el Santo Padre seguido de sus Cardenales; por el otro llega la venerable Abadesa seguida de sus monjas, á saludar reverente al Vicario de Cristo, tal cual lo hizo cuando inesperadamente se presentó á tiempo de ir la comunidad á tomar la comida del medio dia; y el Sumo Pontífice le dijo á la Santa Priora que bendijese la mesa. Esta se excusa modestamente de hacerlo en su presencia; pero el Santo Padre se lo manda, y la sumisa Abadesa obedece, quedando en aquel instante los panes milagrosamente señalados con una cruz, como para patentizar la eficacia de la bendicion de la Santa Prelada.

El pensamiento hierve siempre en la mente; pero cuando el sentimiento le atiza rebosa. Así era que al escuchar á la Abadesa con tanta veneracion como simpatía, este traia á nuestra mente una consideracion; y era que tal cual fué el

efecto causado en el convento entre las preces, los himnos religiosos, el grave y solemne son del órgano, el susurro de la fuente, el canto de los pájaros y murmullos de las hojas en el año de 1843, por una bomba que en el convento cayó, tal lo seria ahora una palabra, una mirada, una sonrisa impía ó escéptica; y di fervorosas gracias á Dios de traer á aquel santuario mi fe sólida, firme, exaltada, salida ilesa de todos los escollos; y de poder estar frente á la fe inocente y pura de aquellas escogidas del Señor, y en entera corcordancia con su sentir y su pensar. Si la fe no fuese la primera de las virtudes, seria la mayor felicidad del hombre. — Es ambas cosas.

No hay progreso, sino desvirtuamiento, en materias de fe: su verdad y su pureza están en lo primitivo. Mas así como los rayos del sol se entibian, palidecen, y pierden su fuerza, al alejarse de su centro, tan necias como arrogantes é impías son las pretensiones de los hombres al querer *refundir* y adaptar la fe al gusto de las épocas.

Muchos deseos teníamos de ver alguna celda; como tambien de saludar á una jóven á cuya reciente toma de hábito habíamos asistido; mas nuestras súplicas fueron amable pero terminantemente negadas. El señor Cardenal Arzobispo habia otorgado licencia solo para ver aquel admirable cadáver, que en lugar del horror y repulsa propios á todo cadáver, infunde una admirativa y dulce atraccion; y esto, como todo, se cumplia á la letra. No insistímos; porque hacerlo hubiese sido irreverente, poco fino, é inútil; y sobre todo porque nos llenó de respeto esa obediencia tan estricta, tan sumisa, tan ciega é intransigente, que es la que hace á nuestra católica grey tan compacta, tan inviolable, tan estable, y que pone fuera de toda disidencia nuestra comunidad. Puede que esto inspire á uno de nuestros poetas antiguos aquella bella definicion del amor consagrado, en esta frase, *obedecer amando*, pues en este nuestro católico exceso de obediencia hay exceso de amor al mandato.

¡Qué hermosa es la obediencia cuando es hija del deber! ¡Es el carril, no de hierro, sino de oro, que nos conduce sin vacilaciones, sin tropiezos, sin temor de extraviarnos,

por el camino más corto y llano, al término de nuestra peregrinacion! Pero como todo lo que es santo y bueno, tiene la obediencia enemigos que la combatan en todos terrenos; y para eso nos la quieren presentar como incompatible con la dignidad del hombre. Se engañan; que no es la soberbia lo que da dignidad al hombre; lo que se la da es lo que le acerca á Dios y asemeja á Cristo. No, no consiste la dignidad en desechar todos los frenos, como desecha el salvaje una á una, todas las ropas con que cubrieron su asquerosa desnudez la decencia, la cultura, la civilizacion y hasta la higiene. «*No se haga mi voluntad, sino la tuya*» dijo el Dios-Hombre á su Padre.

La Abadesa nos habia celebrado y prometido enseñar la *Gloria en duelo;* y estas palabras que parecen tan incompatibles, que son contradiccion patente, habian excitado en estremo nuestra curiosidad é interes. Por fin llegámos á la *Gloria en duelo,* que está en un ángulo de los claustros que rodean el grandioso patio. Es un retablo colocado en una urna de caoba, y cristales de mas de dos varas de alto y una y media de ancho.

En medio se ve el Calvario con solo la Cruz del Señor, al cual, ya inerte cadáver, tiene en sus brazos su Santa Madre sentada al pié de la Cruz: alza al cielo su dolorito rostro, y la rodean ángeles que tienen en sus manos instrumentos de la Pasion, que contemplan con afliccion compasiva. El que está al frente parece presentar á la vista del que llega, los tres clavos con desconsolado ademan. Otros ángeles tienen entre las suyas una de las manos del yerto Cadáver, que bañan con sus lágrimas. Algo mas retirados están los arcángeles, consternados y dolientes en la triste contemplacion de la augusta Víctima; despues de estos, y llenando entre nubes todo el espacio, vense multitud de ángeles infantiles, deshechos en lágrimas. En ambos ángulos de la parte baja del retablo, y al pié del Calvario, están en el uno la Muerte vencida, figurada por un esqueleto sentado y apoyado tristemente en el globo que figura el mundo; y al otro, derribado en el suelo está Lucifer, bajo la figura de un hombre de color oscuro, enroscada en su cuerpo la ser-

piente, y alzando su rostro de infernal expresion, para fijar sus ojos llenos de ira, de despecho y desesperacion en el divino Redentor del mundo.

En este lindo retablo observaremos una de esas cándidas sencilleces de la fe indocta, la mas pura de todas, fe del pueblo, fe de niños, fe de monjas... que tanto escandalizan á la fe *puritana*, y tanto enternecen y simpatizan á los que recuerdan las dulces palabras del Señor, á los que los querian alejar de su augusta presencia: *Dejad que los niños vengan á mí!*

Era esta (que no negamos que sea una *impropiedad)* el tener muchos de aquellos Espíritus celestiales en sus manecitas pequeñas pañolitos con los que enjugaban sus lágrimas. Tenia esto para nosotros, como otras muchas cosas de este género, inimitable gracia de la infancia que encanta; en ella veíamos la bondadosa ignorancia de la inocencia, la imprevision de la buena fe, que no calcula porque carece de malicia. No es dudoso que las espléndidas luces del siglo acabarán con estas *impropiedades;* pero en los conventos aun no hay reverberos de gas; no hay sino lámparas de plata!

Considerando esa conmoviente representacion de la *Gloria en duelo,* transformóse á mi vista en la *Cristiandad en duelo,* agrupada afligida alrededor de la iglesia, sosteniendo á su atribulado Jefe, preso y perseguido por impíos. Todos querian consolar y sostener al Santo Padre comun de los fieles; la mayor parte no podian: muchos lo hacian con sus dádivas: otros con su sangre, y todos le ofrecian sus lágrimas y oraciones.

Entónces parecióme oir una voz interior que me decia: «Si en duelo estuvo algun dia la iglesia ¿qué mucho que lo esté en otro la cristiandad? ¿Acaso no hay en el mundo de ahora, como en el de entónces, herejes, judíos, fariseos, sayones, esbirros, Júdas y hasta Pilatos que se laven las manos?

¿Pero será posible, Dios y Señor, que esto permitas? ¿No escucharás los ruegos de tantos fieles, los clamores de tus hijos?

¿Permitirás que se consume el atentado?

¿Qué dice á esto el católico y religioso pueblo con su sana mente y buen sentido? Esta es la respuesta que nos ha dado. — Rogábale fervientemente al Señor su gran sierva Santa Teresa, que saliese por General de su Orden el digno Padre Gracian; y tanto instó, que el Señor le dijo que tal era tambien su deseo; pero el Capítulo eligió á otro. «Señor, le dijo la Santa, ¿no me habiais dicho que era vuestro deseo que fuese General el Padre Gracian? — Yo quise, contestó el Señor, pero los hombres no han querido.»

¡Qué profundo sentido en tan pocas palabras! ¡DIOS LO QUIERE! Esta frase muy generalizada, es en su orígen una bien intencionada apelacion á la conformidad, pero que muchas veces carece de exactitud. Dios gobierna á la naturaleza y al orbe entero, por mas que la escéptica ciencia atribuya este gobierno á las propias leyes de la naturaleza; ¿pero estas leyes quién las creó? La *Nada* no puede crear ni aun el caos. Así es que todo lo gobierna Dios, ya por leyes establecidas, ya por fenómenos; todo lo rige, ménos la voluntad del hombre, al que dió para gobernarse á sí mismo el LIBRE ALBEDRIO.

LA CATEDRAL DE SEVILLA

EN UNA TARDE DE CARNAVAL.

¡La Catedral de Sevilla! estas palabras presentan á la mente un edificio magno, una de las maravillas de España, uno de los mas magníficos templos del orbe católico, un portento de arquitectura, un joyero de las artes, un venerable archivo de grandes recuerdos, un santuario de ilustres reliquias, un lugar y conservatorio de santo y ostentoso culto, todo esto es la Catedral, pero es aun mas.

Describir este *mas* no es fácil porque consiste principalmente en las impresiones que causa tan admirable conjunto, así como las diversas expresiones del semblante se sustraen al mas hábil pincel, así las impresiones que se aglomeran en el alma, se sustraen á la demostracion por el lenguaje.

Hay momentos en que la Catedral se solemniza de tal suerte, que exalta el respeto y la admiracion hasta un dulce entusiasmo que brota á los ojos en lágrimas y eleva en fervientes brotes el alma hácia Aquel en cuyo nombre se alzó tan suntuoso templo y se celebran tan ostentosos cultos.

De lo dicho se convenceria todo aquel que en una tarde de Carnaval, despues de recorrer las calles, entrase en la Catedral.

En aquellas reina general alegría, alegría que cuando no traspasa los límites de la decencia, es tan simpática, que se comunica aun á los que no contribuyen á ella, tanto por lo universal que es, como porque tiene algo de infantil, en sus

disfraces cómicos, sus cascabeles, su franco contento, como por su objeto y tendencia que son la festiva risa, como porque aquel bullir, aquella algazara producen la dulce ilusion de que para toda aquella muchedumbre es la vida ligera, y la alegría su estado normal, despues de recorrer las animadas y ruidosas calles, pisan bajo las altas bóvedas que lo cobijan el inmenso recinto del edificio consagrado al culto de nuestro Dios.

¡Qué contraste! aquí una distinta muchedumbre sin hostilidad hácia la otra que se alborota y se agita, está postrada inmóvil y silenciosa ante el altar mayor cuyo remate se pierde de vista en la sombría altura de sus bóvedas, y en su centro del que en un esplendente sol de oro y pedrería y en otro mayor de resplandecientes luces, está expuesta la sagrada Forma consagrada en la memorable noche de la *Cena*.

Alrededor de la gigantesca reja que circunda el altar mayor está reunido el cabildo, compuesto en gran parte de venerables ancianos. El órgano esparce sus potentes sonidos acompañando los cánticos de la iglesia, graves los unos como los otros, grave todo en aquel lugar, hasta el baile que ante el ara ejecutan los seises, vestidos con el antiguo y hermoso traje español, siempre renovado y nunca variado desde hace siglos. Este baile pausado, metodizado, exacto é invariable, como todo cuanto concierne á aquel templo modelo de santa estabilidad y de suprema dignidad, consiste en una especie de cadena y cambio de lugar, que con admirable precision, lentitud y decoro ejecutan á compas, y los niños seises cantando al mismo tiempo preces al Señor que está presente. Trasladaremos aquí uno de los motetes cantados en las tardes de Carnaval.

Candor de la luz eterna
Que para no deslumbrarme
Ocultas tus resplandores
Y me mandas acercarme;
Mira que estoy en tinieblas
Y que soy tan miserable,
Que hácia á tí no puedo irme
Si tú hácia tí no me atraes.